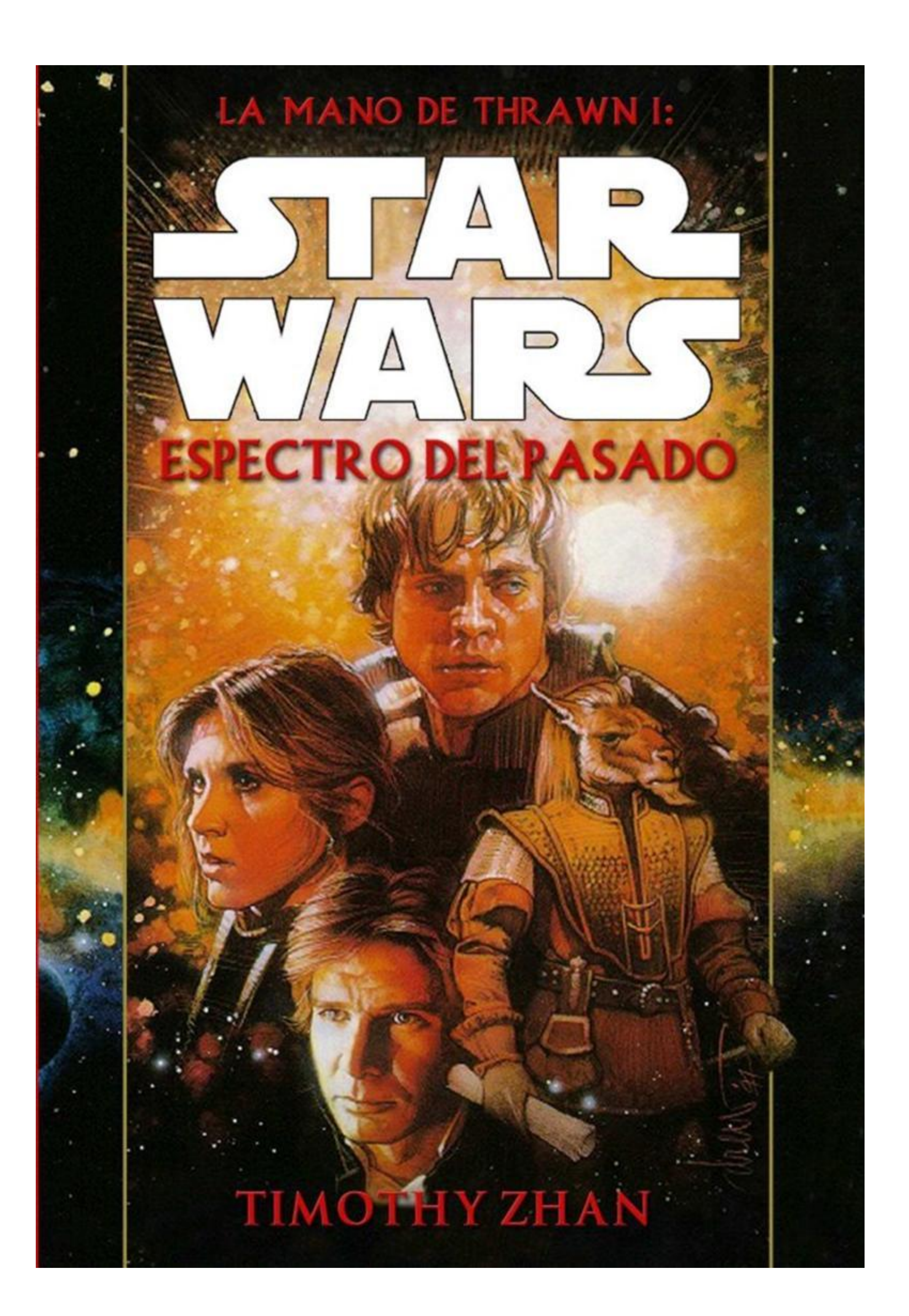

LA MANO DE THRAWN I:
STAR WARS
ESPECTRO DEL PASADO
TIMOTHY ZHAN

El Imperio está al borde del colapso total. Pero se han guardado su peor plan para el final. En primer lugar se trama un complot que podría destruir a la Nueva República en un baño de sangre de genocidio y guerra civil. Entonces viene la terrible noticia de que el Gran Almirante Thrawn —el señor de la guerra más astuto y despiadado de la historia— al parecer ha regresado de la muerte para dirigir el Imperio a una victoria largamente profetizada. Frente a increíbles dificultades, Han y Leia comienzan una desesperada carrera contra el tiempo para evitar que la Nueva República se haga pedazos frente a dos inexplicables amenazas, una desde dentro y una desde fuera. Mientras tanto, Luke se une a Mara Jade, usando la Fuerza para localizar a una misteriosa nave pirata con una tripulación de clones. Sin embargo, tal vez lo más peligroso de todo, son los que están al acecho en las sombras, orquestando un oscuro plan que convertirá a la Nueva República y al Imperio en sus juguetes.



Duología de la Mano de Thrawn 1

Espectro del Pasado

Timothy Zahn

Versión 1.0

26.10.12



Serie original: *The Hand of Thrawn Duology 1*
Título original: *Specter of the Past*
Cronología: 19 años D.B.Y (Después de la Batalla de Yavin)
Autor: Timothy Zahn
Arte de portada: Drew Struzan
Publicación del original: noviembre 1997

Traducción: Bodo-Baas
Revisión: Bodo-Baas
Edición: Bodo-Baas
Base LSW v1.1

Declaración

Visítanos para enviar comentarios, críticas, agradecimientos o para encontrar otros libros en:

- Nuestro grupo yahoo: http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/
- En el foro de Star Wars Radio Net: http://foro.swradionet.com/index.php
- O en el Blog de Javi-Wan Kenobi: http://relatosstarwars.blogspot.com.es/

¡Que la Fuerza os acompañe!
El grupo de libros Star Wars

CAPÍTULO 1

Lenta y silenciosamente, con sus luces reluciendo lánguidas de vida en medio de la oscuridad, el Destructor Estelar Imperial *Quimera* se deslizaba a través del espacio.

Espacio vacío. Espacio opresivamente oscuro. A muchos solitarios años-luz, de la más cercana de las islas diminutas que eran los sistemas estelares de la galaxia, flotando al borde del límite entre los mundos del Borde Exterior y las vastas regiones de territorio conocidas como el Espacio Desconocido. Al mismo borde del Imperio.

O más bien, al borde de los lastimosos restos de lo que alguna vez había sido el Imperio.

De pie al lado de uno de los ventanales laterales del *Quimera*, el Almirante Pellaeon, Comandante Supremo de la Flota Imperial, miraba fijamente a la vacuidad exterior, con el peso de todos sus demasiados años aplastando pesadamente sus hombros. Demasiados años, demasiadas batallas, demasiadas derrotas.

Quizás la tripulación del puente del *Quimera* también estaba sintiendo el peso. Ciertamente los sonidos de actividad detrás de él hoy parecían más callados que lo usual. Pero quizás era meramente el efecto de estar aquí afuera, tan lejos de cualquier parte en absoluto.

No, por supuesto que tenía que ser eso. Los hombres del *Quimera* eran los mejores que la Flota podía ofrecer. Eran oficiales y tripulantes imperiales, y los imperiales nunca se rinden. Nunca.

Hubo un paso tentativo a su lado.

—¿Almirante? —dijo en voz baja el Capitán Ardiff—. Estamos listos para comenzar, señor.

Por un momento la mente de Pellaeon retrocedió diez años, a otro momento muy similar. Entonces, habían sido Pellaeon y el Gran Almirante Thrawn los que habían estado aquí en el puente del *Quimera*, mirando la prueba final del prototipo de escudo de invisibilidad que Thrawn había recuperado de entre los trofeos del Emperador dentro del Monte Tantiss. Pellaeon podía recordar la excitación que había sentido entonces, a pesar de sus dudas sobre el demente clon Jedi Joruus C'baoth, cuando vio a Thrawn por sí solo insuflando nueva vida y vigor de vuelta al Imperio.

Pero el Monte Tantiss se había ido, destruido por agentes de la Nueva República y por la propia locura y traición de C'baoth. Y el Gran Almirante Thrawn estaba muerto.

Y el Imperio estaba muriendo.

Con un esfuerzo, Pellaeon se sacudió las sombras del pasado. Él era un oficial imperial, y los imperiales nunca se rinden.

—Gracias —le dijo a Ardiff—. Cuando lo considere conveniente, Capitán.

—Sí señor. —Ardiff se volvió a medias e hizo señas al coordinador de cazas en la trinchera de tripulación de babor—. Dé la señal de ataque —pidió.

El oficial asintió y le hizo señas a su vez a uno de sus tripulantes. Pellaeon volvió su atención de nuevo al ventanal justo a tiempo para ver a ocho cazas estelares SoroSuub clase *Ave de Presa* en formación cerrada acercarse rugiendo por detrás de ellos. Cruzando cerca de la superestructura del *Quimera*, pasaron por encima de la cresta delantera, rastrillándola con fuego bláster de baja potencia, entonces se dispersaron rápidamente en ocho direcciones diferentes. En espiral hacia afuera y adelante, mantuvieron su fuego hasta que estuvieron fuera de la zona de ataque primaria del Destructor Estelar. Entonces, con una curva fácil, dieron la vuelta y se reagruparon.

—¿Almirante? —preguntó Ardiff.

—Démosles una pasada más, Capitán —dijo Pellaeon—. Cuantos más datos de vuelo tenga el Predictor con los que trabajar, mejor debería funcionar. —Miró a los ojos a uno de los oficiales de la trinchera de tripulación—. ¿Reporte de daños?

—Daños menores a la cresta delantera, señor —informó el oficial—. Una matriz de sensores averiada, dejando cinco turboláseres sin información de blancos.

—Entendido. —Todo daño teórico, por supuesto, calculado bajo la premisa de que los Aves de Presa estuvieran usando turboláseres de nave-capital a plena potencia. Pellaeon siempre había amado los juegos de guerra cuando era más joven; había saboreado la oportunidad de jugar con técnicas y tácticas sin los riesgos del verdadero combate. En alguna parte de todos esos años, el entusiasmo se había desvanecido—. Timón, llévennos unos veinte grados a estribor —pidió—. Los turboláseres de estribor harán fuego de dispersión cuando ellos hagan su próxima pasada.

Los Aves de Presa estaban ahora de nuevo en formación cerrada, una vez más aproximándose a su blanco. Los turboláseres del *Quimera* abrieron fuego cuando se acercaron, su fuego de baja potencia esparciéndose sobre los escudos deflectores solapados de los Aves de Presa. Por unos segundos los oponentes intercambiaron fuego; entonces, los Aves de Presa rompieron formación de nuevo, dispersándose como las yemas de los dedos de una mano que se abre. Retorciéndose por encima y debajo del *Quimera*, pasaron disparados, corriendo a la seguridad de la distancia.

—¿Reporte de daños? —pidió Pellaeon.

—Tres baterías turboláser de estribor averiadas —respondió el oficial—. También perdimos un proyector de rayo tractor y dos cañones de iones.

—¿Daño al enemigo?

—Un atacante parece haber perdido su escudo deflector, y en otros dos hay lecturas de capacidad turboláser disminuida.

—Apenas cuenta como daño —murmuró Ardiff—. Por supuesto que la situación de aquí no es precisamente justa. Unas naves tan pequeñas y maniobrables nunca tendrían el tipo de escudos o el poder de fuego por el que les estamos dando crédito.

—Si quiere un juego justo, organice un torneo de shockball —dijo Pellaeon ácidamente—. No busque eso en la guerra.

La mejilla de Ardiff se crispó.

—Lo siento, señor.

Pellaeon suspiró. Lo mejor que la Flota Imperial podía ofrecer…

—Prepare el escudo de invisibilidad, Capitán —pidió, mirando el lejano brillo de sus motores mientras los Aves de Presa se reagrupaban de nuevo en la distancia—. Active a mi orden.

—Sí, Almirante.

Hubo un súbito destello de brillo de motores, parcialmente eclipsado por los mismos Aves de Presa, mientras el enemigo iniciaba una alta aceleración.

—Aquí vienen —dijo Pellaeon, mirando como el único punto luminoso rápidamente se resolvía en ocho naves en formación cerrada—. Enlacen el Predictor al control de fuego. Preparen escudo invisible.

—Predictor y escudo invisible listos —confirmó Ardiff.

Pellaeon asintió, toda su atención en los Aves de Presa. Casi en el punto donde habían roto formación la última vez…

—Escudo invisible: ahora.

Y con un breve parpadeo en la iluminación del puente, las estrellas y los Aves de Presa que se acercaban se desvanecieron cuando el escudo invisible sumió al *Quimera* en la oscuridad total.

—Escudo de invisibilidad activado y estabilizado —dijo Ardiff.

—Timón, vuélvase a babor: treinta grados y después ocho —pidió Pellaeon—. Aceleración hacia adelante punto uno. Turboláseres: fuego.

—Entendido —contestó un oficial—. Los turboláseres están disparando.

Pellaeon dio un paso hacia el ventanal y miró abajo a lo largo de los lados del *Quimera*. Las débiles andanadas del fuego de baja potencia eran visibles, lanceando una corta distancia fuera del Destructor Estelar y entonces desapareciendo cuando penetraban el borde esférico del escudo invisible del Destructor Estelar. Cegado por el mismo dispositivo que lo ocultaba de la vista de sus oponentes, el *Quimera* disparaba salvajemente en un esfuerzo por destruir a esos oponentes.

O quizás no tan salvajemente. Si el Predictor funcionaba como sus diseñadores esperaban, quizás el Imperio todavía tenía una oportunidad en esta guerra.

Pasó bastante tiempo antes de que los turboláseres del *Quimera* cesaran el fuego. Demasiado tiempo.

—¿Eso es todo? —le preguntó a Ardiff.

—Sí señor —dijo el otro—. Quinientos tiros, como estaba preprogramado.

Pellaeon asintió.

—Desactiven el escudo invisible. Veamos qué tan bien lo hicimos.

Hubo otro parpadeo en las luces, y las estrellas regresaron. Cruzando mentalmente los dedos, Pellaeon se asomó por el ventanal.

Por un momento no hubo nada. Entonces, desde estribor, avistó las luces de los motores aproximándose. Siete de ellas.

—Señal del Comandante Adversario, Almirante —avisó el oficial de comunicaciones—. El Blanco Tres reporta que recibió un golpe desactivante y se ha

vuelto inactivo; todos los demás blancos sólo han sufrido daños mínimos. Esperan órdenes.

Pellaeon hizo una mueca. Uno. De ocho blancos, el *Quimera* había podido acertar exactamente a uno. Y esa gran hazaña había requerido quinientos tiros para lograrse.

Así que eso era todo. El maravilloso Predictor de Combate Computarizado, aclamado por sus creadores y patrocinadores como el mejor acercamiento al uso práctico del escudo de invisibilidad, había sido puesto a prueba. Y para ser justo, había sido probablemente mejor que simples tiros al azar.

Pero no lo había mejorado lo suficiente. Ni cerca de lo suficiente.

—Informe al Comandante Adversario que el ejercicio ha terminado —dijo Pellaeon al oficial de comunicaciones—. El Blanco Tres puede reactivar sus sistemas; todas las naves deben volver al *Quimera*. Quiero sus reportes archivados dentro de las próximas dos horas.

—Sí señor.

—Estoy seguro de que podrán mejorarlo, Almirante —dijo Ardiff al lado de Pellaeon—. Esta fue sólo la primera prueba de campo. Seguramente podrán mejorarlo.

—¿Cómo? —replicó Pellaeon—. ¿Entrenarán al Predictor para ser omnisciente? ¿O simplemente le enseñarán cómo leer las mentes de nuestros enemigos?

—Sólo le ha dado dos pasadas para estudiar los patrones de vuelo de los blancos —le recordó Ardiff—. Con más datos, podría anticiparse mejor a sus movimientos.

Pellaeon resopló suavemente.

—Es una buena teoría, Capitán, y bajo ciertas situaciones controladas incluso podría funcionar. Pero el combate rara vez es una situación controlada. Hay demasiadas variables e incertidumbres, sobre todo considerando los centenares de especies alienígenas y estilos de combate con los que tenemos que contender. Supe desde el principio que esta idea del Predictor era probablemente fútil. Pero tenía que ser intentada.

—Bueno, entonces, sólo tenemos que volver a cero —dijo Ardiff—. Inventar algo más. Tiene que haber usos prácticos para este dispositivo de escudo de invisibilidad.

—Por supuesto que los hay —convino duramente Pellaeon—. El Gran Almirante Thrawn inventó tres. Pero no queda nadie en el Imperio con su genio militar.

Suspiró.

—No, Capitán. Es el fin. Todo ha terminado. Y nosotros hemos perdido.

Por un largo momento el bajo murmullo de la conversación de fondo fue el único sonido en el puente.

—No puede querer decir eso, Almirante —dijo por fin Ardiff—. Y si me permite decirlo, señor, ésta no es la clase de cosas sobre las que el Comandante Supremo de las Fuerzas Imperiales debería hablar.

—¿Por qué no? —contrapuso Pellaeon—. Es obvio para todos los demás.

—Ciertamente no lo es, señor —dijo tiesamente Ardiff—. Todavía dominamos ocho sectores… mas de mil sistemas habitados. Tenemos la Flota, con la fuerza de casi doscientos Destructores Estelares. Todavía somos una gran fuerza que tener en cuenta.

—¿Lo somos? —preguntó Pellaeon—. ¿Lo somos realmente?

—Por supuesto que lo somos —insistió Ardiff—. ¿Cómo mas podríamos estar resistiendo contra la Nueva República?

Pellaeon agitó la cabeza.

—Estamos resistiendo por la simple razón de que la Nueva República está demasiado ocupada ahora mismo con disputas interiores para molestarse con nosotros.

—Lo que funciona directamente a nuestro favor —dijo Ardiff—. Nos está dando el tiempo que necesitamos para reorganizarnos y rearmarnos.

—¿Rearmarnos? —Pellaeon lo miró con un ceño inquisitivo—. Ha echado usted al menos una mirada superficial a lo que estamos usando aquí. —Hizo señas por el ventanal a los Aves de Presa, desapareciendo de nuevo debajo del borde del casco del *Quimera* mientras se encaminaban hacia el hangar del Destructor Estelar—. Mírelos, Capitán. Aves de Presa de SoroSuub. Nos hemos reducido a Aves de Presa de SoroSuub.

—No hay nada malo con los Aves de Presa, señor —dijo Ardiff obstinadamente—. Son un caza estelar mediano bastante capaz.

—La cuestión es que no son fabricados por el Imperio —dijo Pellaeon—. Son escamoteados de quién sabe dónde… probablemente de algún pirata del bajo mundo o pandilla mercenaria. Y son escamoteados precisamente porque nosotros estamos reducidos a un solo astillero mayor que no puede mantenerse al ritmo de la demanda de naves capitales, y mucho menos de cazas estelares. Así que dígame cómo planea usted que nos rearmemos.

Ardiff miró afuera por el ventanal.

—Todavía no es el fin, señor.

Pero sí lo era. Y bien en el fondo, Pellaeon estaba seguro de que Ardiff lo sabía tan bien como él. Quedaban mil sistemas, de un Imperio que una vez había alcanzado un millón. Doscientos Destructores Estelares quedaban de una Flota que una vez había incluido más de veinticinco mil de ellos.

Y quizás lo más notorio de todo, cientos de sistemas estelares que alguna vez habían mantenido una cauta neutralidad estaban ahora solicitando la membresía a la Nueva República. Ellos también sabían que el resultado ya no era incierto.

El Gran Almirante Thrawn quizás podría haber reavivado las chispas restantes hasta una victoria imperial. Pero el Gran Almirante Thrawn se había ido.

—Haga que el navegante trace un curso para el sistema Bastión. Capitán —le dijo Pellaeon a Ardiff—. Envíe transmisiones a todos los Moffs, con instrucciones de encontrarse conmigo en el palacio del Moff Disra. Saldremos tan pronto como los Aves de Presa estén a bordo.

—Sí, Almirante —dijo Ardiff—. ¿Puedo comunicar a los Moffs sobre qué es la reunión?

Pellaeon miró las estrellas distantes por el ventanal. Estrellas que alguna vez el Imperio había llamado suyas. Habían tenido tantas… y de algún modo todo se les había escurrido por entre los dedos.

—Dígales —dijo en voz baja—, que es tiempo de enviar un emisario a la Nueva República.

—Para discutir los términos de nuestra rendición.

CAPÍTULO 2

La consola del *Halcón Milenario* dio un pitido final de proximidad, despertando a Han Solo de un sueño ligero. Descruzando los brazos, él estiró los músculos cansados y dio una rápida mirada a los diales. Ya casi.

—Vamos, Chewie, muestra signos de vida —le dijo, dando al wookiee a su lado un par de rápidas palmadas con el dorso de los dedos.

Chewbacca se despertó con una sacudida, retumbando una pregunta.

—Ya estamos aquí, eso pasa —le dijo Han, ensanchando los ojos un segundo para aclararlos. Agarrando las palancas del hiperimpulsor, miró la cuenta regresiva del cronómetro—. Prepara los motores sublumínicos. Aquí vamos.

El contador llegó a cero, y empujó las palancas hacia adelante. Afuera del parabrisas del *Halcón*, el cielo jaspeado del hiperespacio se volvió líneas estelares que se colapsaron en estrellas, y ya estaban allí.

—Justo en el blanco —comentó, señalando hacia el medio círculo planetario rojo-azulado delante de ellos.

A su lado, Chewbacca gruñó.

—Sí, bueno, siempre hay mucho tránsito alrededor de Iphigin —dijo Han, mirando los centenares de diminutos brillos de motores moviéndose alrededor del planeta como algún loco baile múltiple—. El punto de trasferencia principal para este sector y por lo menos otros dos. Probablemente la razón por la que Soplador hizo la cita aquí… nadie empieza a disparar si algunas de sus propias cosas podrían meterse en el camino.

Chewbacca gruñó molesto.

—Bueno, perdón —se disculpó sarcásticamente Han—. El Presidente Gavrisom, entonces. No sabía que eras su gran admirador.

Hubo un pitido en el comunicador. Palmoteando con una gigantesca mano sobre el interruptor, Chewbacca rugió un saludo.

—Hey, Chewie —salió del altavoz la voz de Luke Skywalker—. Llegan justo a horario. El *Halcón* debe estar funcionando bien para variar.

—Nada roto excepto el interruptor del comunicador —refunfuñó Han, frunciéndole el ceño al wookiee—. Chewie acaba de intentar aplanarlo. ¿Dónde estás, Luke?

—Saliendo del lado nocturno —dijo Luke—. ¿Qué le pasa a Chewie?

—No mucho —dijo Han—. Una pequeña diferencia de opiniones políticas, eso es todo.

—Ah —dijo Luke comprendiendo—. Estuviste llamando «Soplador» al Presidente Gavrisom otra vez, ¿verdad?

—No *empieces* —gruñó Han, mirando al altavoz del comunicador.

Chewbacca retumbó una pregunta.

—Bueno, en primer lugar, nunca parece hacer nada excepto hablar —dijo Han.

—Eso es en lo que los calibops son mejores —señaló Luke—. Enfréntalo, Han: las palabras son la herramienta que se usa en estos días.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Han, haciendo una cara—. Leia me lo ha estado machacando desde siempre. —Su voz cambió lentamente a una parodia casi inconsciente de su esposa—. Ya no somos la Alianza Rebelde, con un puñado de personas manejando todo el espectáculo. Somos negociadores y árbitros y estamos aquí para ayudar a los gobiernos de sistemas y sectores a ser todos buenos y amistosos entre sí.

—¿Es así realmente como lo pone Leia?

—Y qué si parafraseé un poquito. —Han desvió la vista al parabrisas del *Halcón* y volvió a sus pantallas—. ¿Ese eres tú en el Ala-X?

—Soy yo —confirmó Luke—. ¿Por qué? ¿Creías que me había olvidado de cómo volar uno?

—No, sólo creí que normalmente usabas una de las lanzaderas Lambda de la academia en estos días.

—Eso es porque usualmente vuelo con otras personas —dijo Luke—. Estudiantes y eso. Erredós estaba conmigo en Yavin revisando algunos datos, así que cuando llegó tu llamada, nosotros sólo brincamos al viejo caza y partimos. ¿De qué se trata?

—De lo que pasa siempre en esta punta del Núcleo —contrapuso agriamente Han—. Los diamalas y los ishori se están peleando de nuevo.

Luke suspiró, un débil siseo en el altavoz.

—Déjame adivinar. ¿Una disputa sobre comercio y distribución de recursos?

—Cerca —dijo Han—. Esta vez es la seguridad de navegación. A los diamalas no les gusta tener que confiar en naves de patrulla locales cuando van a puertos ishori. Los ishori, por otro lado, no quieren naves diamalas armadas entrando en sus sistemas.

—Suena típico —dijo Luke—. ¿Gavrisom tiene alguna idea de cómo resolver esta?

—Si la tiene, no la mencionó —dijo Han—. Él sólo me llamó en Wayland y dijo que viniera en una llamarada. Para ayudarles a ser buenos y amistosos entre sí, supongo.

—¿Gavrisom te pidió *a ti* que arbitraras?

Han apretó los labios.

—Bueno… no exactamente. Él como que cree que Leia está aquí con nosotros.

—Ah.

—Mira, Luke, yo *soy* enlace oficial de la Asociación de Transportistas Independientes —le recordó irritadamente Han—. No es como si no hubiera hecho esta clase de cosa antes. Y Leia no ha tenido ningún tipo de vacaciones de verdad en mucho tiempo… ella y los niños necesitan algún tiempo libre juntos. Y por una vez, no voy a permitir que sea arrastrada en algún estúpido asunto diplomático, sobre todo cuando se supone que está de licencia. Ella se merece algo mejor.

—No puedo discutir eso —concedió Luke—. No es como si sus últimos tiempos lejos de la Presidencia hubieran sido precisamente tranquilos. Aunque personalmente, no puedo imaginar que nadie tenga a Wayland muy alto en su lista de lugares de recreo.

—Te sorprenderías —dijo Han—. No es como cuando nosotros vagamos a través del bosque en camino al Monte Tantiss. No con todos los noghri que se han establecido allí.

—Te tomo la palabra —dijo Luke—. ¿Entonces cómo puedo ayudar?

—Lo tengo todo planeado —dijo Han—. Sabes cómo se ponen los diamalas cuando piensan: mucha calma helada e impasibles, ¿verdad? Bueno, eso se parece a tus profundas cosas Jedi, así que puedes ir a hablar a su delegación. Los ishori son justo lo contrario… no pueden discutir nada sin alterarse y gritarse unos a otros.

—Pero no quieren decir nada con eso —agregó Luke—. Es todo hormonal… una respuesta de lucha o pensamiento, creo que se llama.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —dijo Han, sintiendo una ligera molestia por la lección. Maestro Jedi o no, Luke todavía no tenía ni la mitad de la experiencia de Han volando alrededor de la galaxia y tratando con otras especies—. La cuestión es, que pueden gritar todo lo que quieran sin molestar a ningún wookiee. Así que Chewie hablará con *su* grupo. Entonces los tres nos reunimos, proponemos una solución, y listo.

—Es un acercamiento inventivo… te concedo eso —dijo Luke, en tono pensativo—. Personalmente, todavía preferiría tener aquí a Leia. Ella tiene un genuino don para la conciliación.

—Más razón para que nosotros hagamos esto por ella —dijo Han oscuramente—. Por como están las cosas allí afuera, Gavrisom y el Alto Consejo la podría tener corriendo en círculos para pisotear fuegos por el resto de su vida.

—La Nueva República parece estar teniendo más de su parte de dolores de crecimiento —convino sobriamente Luke—. Quizá es un ajuste normal al colapso de la dominación imperial.

—Eso, o lo que queda del Imperio está revolviendo la sopa —dijo Han con una mueca—. Vamos, bajemos allí. Cuanto más pronto comencemos, más pronto podremos volver a casa.

• • •

Aterrizaron en una bahía de atraque de tamaño doble que había sido vaciada para ellos en el complejo del espaciopuerto norte de la ciudad capital. Han y Chewbacca estaban parados al pie de la rampa de aterrizaje del *Halcón*, hablando con una tríada de diamalas de melena blanca, cuando Luke maniobró su Ala-X en un aterrizaje sólo ligeramente fuera de práctica.

E incluso antes de cortar los repulsores, pudo sentir que había problemas.

—Quédate con la nave, Erredós —le ordenó al droide mientras abría la carlinga y se quitaba el casco de vuelo—. Mantén un ojo en las cosas, ¿de acuerdo?

Erredós dio un trino afirmativo. Dejando caer su casco y guantes en el asiento, Luke se dejó caer ligeramente por encima del costado del Ala-X hasta el suelo y caminó hacia

el grupo que esperaba cerca del *Halcón*. Los tres diamalas, notó inquieto, lo estaban mirando detenidamente… y sus expresiones no le parecieron particularmente amistosas.

—Saludos —dijo, inclinándose educadamente, cuando llegó al lado de Han—. Soy Luke Skywalker.

El diamala que estaba más cerca a Han se agitó.

—Lo saludamos recíprocamente, Maestro Jedi Skywalker —dijo con una voz monótona y sin emociones, su cara curtida e ilegible—. Pero no le damos la bienvenida a esta conferencia.

Luke parpadeó. Miró a Han, captó la tensión en la cara y pensamientos del otro, entonces miró de nuevo al diamala.

—No lo entiendo.

—Entonces lo haré más claro —dijo el alienígena, su oreja izquierda se sacudió—. No deseamos que usted sea parte de estas negociaciones. No pensamos discutir nada de esto con usted. Nosotros preferiríamos, que de hecho, usted dejara completamente este sistema.

—Oye, espera un minuto —interpuso Han—. Este es mi amigo, ¿de acuerdo? Yo le pedí que venga aquí, y él ha hecho un largo camino para ayudar.

—Nosotros no deseamos su ayuda.

—Está bien, *yo* la deseo —respondió el fuego Han—. Y no voy a pedirle que se vaya.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Luke mantuvo los ojos en los diamalas, preguntándose si debía resolver unilateralmente la discordancia simplemente retirándose. Si aquí realmente no lo querían…

El diamala a la cabeza movió una oreja de nuevo.

—Muy bien —dijo—. El Maestro Jedi puede quedarse. Pero sólo como su consejero, y debe estar ausente en las negociaciones reales. Los diamalas no discutirán estos asuntos en su presencia.

Han hizo una mueca, pero asintió.

—Si así es como lo quieren, está bien. Por qué no nos muestran nuestras habitaciones, y comenzaremos.

El diamala hizo señas, y uno de sus compañeros le dio un datapad a Chewbacca.

—Se les ha entregado una suite en el complejo de control del Espaciopuerto —dijo—. El mapa les mostrará el camino. Los ishori ya se han congregado en la cámara de reuniones. Comenzaremos en cuanto estén listos.

Al unísono, los tres alienígenas se dieron la vuelta y se dirigieron por la bahía de desembarco hacia una de las escaleras que salían.

—Bueno, eso fue interesante —dijo Luke en voz baja mientras los veía alejarse—. ¿Alguna idea de qué fue todo eso?

—Sí —dijo Han—. Bueno, algo así.

—¿Algo así? ¿Qué significa eso?

Han miró a Luke de costado, ambos su expresión y pensamientos extrañamente perturbados.

—Mira, olvidémonos de eso por ahora ¿de acuerdo? Ellos no… bueno, no les gustas. Sólo déjalo ahí.

Luke fijó la mirada en las espaldas de los diamalas partiendo, viendo sus brillantes melenas ondulándose ligeramente en la brisa. No tenía que contentarse con eso, por supuesto; podía estirarse con la Fuerza ahora mismo y sacar el conocimiento necesario. Seguramente cualquiera que fuera el problema tenía que ser algún tipo de malentendido, y sería difícil que pudiera ayudar a aclararlo a menos que supiera de qué se trataba. Sí, eso era lo que debía hacer.

Y sin embargo…

Miró a Han. Han estaba devolviéndole la mirada, con una expresión perturbada en la cara. Quizás preguntándose si Luke haría exactamente eso.

No. Como Han se lo había pedido, lo dejaría pasar. Por ahora.

—Bueno —dijo—. ¿Cuál es la nueva estrategia?

—Chewie y yo nos ocuparemos de las charlas —dijo Han, volviéndose hacia el wookiee. Incluso con su expresión oculta, no había forma de confundir el parpadeo de alivio silencioso en su estado emocional—. Si no te importa esperar hasta que nosotros terminemos, quizá puedas ayudarnos a deducir cómo resolver todo.

—Seguro. —Luke miró en la dirección por la que los diamalas se habían ido—. Él dijo que yo podía ser tu consejero. Así que supongo que te daré consejos.

Lo volvió a mirar para encontrar a Han estudiándole la cara.

—No te gusta esto, ¿verdad? —dijo el hombre mayor.

Luke se encogió de hombros.

—Bueno, no es exactamente el punto más alto de mi día —concedió—. Siempre es un poco vergonzoso ofrecer tu ayuda a alguien y ser rechazado. Pero supongo que un poco de vergüenza nunca mató a nadie.

—Sí —dijo Han—. A veces incluso ayuda.

Eso fue, pensó Luke, algo bastante raro que decir. Pero antes de que pudiera preguntar nada, Han había llegado al lado de Chewbacca y tomado el datapad que el diamala le había dado.

—¿Averiguaste a dónde se supone que debemos ir? —preguntó.

El wookiee retumbó una afirmación, apuntando un dedo lanudo a la pantalla del datapad.

—Sí, bueno —dijo Han, devolviéndole el datapad—. Muéstranos el camino —le dio a Luke una mueca desequilibrada—. No hay nada como un wookiee para hacer que la gente se aparte de tu camino.

—Te das cuenta de que hay otra posibilidad —dijo Luke en voz baja cuando partieron cruzando la bahía de atraque—. Pueden estar intentando separarnos para algún tipo de ataque.

Han agitó la cabeza.

—No creo que sea eso.

—De todos modos me gustaría mantener un ojo en tus reuniones —persistió Luke—. Debería poder seguir tu presencia desde dondequiera que nos pongan. De esa forma, yo puedo llegar allí enseguida si me necesitas.

—Pero *sólo* mi presencia, ¿no?

Luke le frunció el ceño.

—Por supuesto. Yo no intentaría leer tu mente sin permiso. Ya lo sabes.

—Sí —dijo Han—. Seguro.

• • •

Como resultaron las cosas, no fue necesario que Luke usara la Fuerza para mantenerse al tanto de los procedimientos. Sus anfitriones iphigini de algún modo se habían enterado de las restricciones que los diamalas le habían impuesto a su asistencia, y para cuando Han y Chewbacca comenzaron las negociaciones habían conectado una línea de monitores entre la suite de Luke y el salón de conferencias, permitiéndole mirar directamente la reunión.

Le tomó dos horas comprender que las charlas no estaban yendo a ninguna parte. Pasó otra hora antes de que Han llegara a la misma conclusión. O por lo menos hasta que estuviera dispuesto a admitirlo en voz alta.

—Están locos —gruñó Han, echando un manojo de datacards hacia una mesita baja en el centro cuando él y Chewbacca se unieron a Luke en la suite—. Todo el montón de ellos. Completamente locos.

—Yo no diría locos —le dijo Luke—. Tercos cabezaduras, quizá, pero no locos.

—Gracias —gruñó Han—. Eso ayuda mucho.

Chewbacca retumbó una advertencia.

—*No* estoy perdiendo los estribos —le informó tensamente Han—. Estoy perfectamente bajo control.

Luke miró a su amigo, escondiendo cuidadosamente una sonrisa. Era como el viejo Han de nuevo, el descaradamente confiado contrabandista que él y Obi-Wan se habían encontrado por primera vez en la cantina de Mos Eisley. A toda carga alegremente hacia las situaciones desconocidas, y la mayoría de las veces encontrándose hasta el cuello en problemas. Era bueno saber que aunque se había vuelto un hombre de familia respetable y un oficial de la Nueva República responsable, Han no había perdido toda la temeridad que una vez había vuelto a sus amigos casi tan locos como tenía a los imperiales. Hasta el cuello en problemas era donde Han funcionaba mejor. Quizás, por puro hábito, era donde estaba más cómodo.

—Bueno —dijo Han, tirándose en una silla al lado opuesto de la mesa de Luke—. Pensemos en todo esto. Tiene que haber una salida.

—¿Como probar con el acercamiento de una tercera parte? —sugirió Luke—. Quizá la Nueva República podría ocuparse de la seguridad de los cargueros diamalanos cuando estén en sistemas ishori.

Chewbacca retumbó el problema obvio.

—Sí, ya sé que no tenemos muchas naves de las que disponer —dijo Luke—. Pero el Alto Consejo debería poder reunir algo.

—No lo suficiente para hacer alguna diferencia —dijo Han, agitando la cabeza—. Los diamalas hacen una horrenda cantidad de viajes, y no creo que comprendas cuánto hemos estirado nuestras existencias de equipo allá afuera.

—De todos modos sería más barato a la larga que lo que costaría separar a los diamalas y los ishori si empiezan a dispararse entre ellos de nuevo —defendió Luke.

—Probablemente —concedió Han, jugando con una de las datacards—. El problema es, que yo creo que los diamalas no aceptarían la oferta ni aunque tuviéramos las naves disponibles. No creo que estén listos para confiar su seguridad a nadie más.

—¿Ni siquiera a la Nueva República? —preguntó Luke.

Han agitó la cabeza, sus ojos se clavaron furtivamente en los de Luke por un momento, entonces se apartaron igual de rápidamente.

—No.

Luke frunció el ceño. En ese momento captó otro parpadeo del mismo humor perturbado que había sentido en el *Halcón*.

—Ya veo.

—Sí —dijo Han, animado de nuevo—. ¿Alguien tiene alguna otra idea?

Luke miró a Chewbacca, buscando una forma diplomática de decir esto. Pero realmente no había ninguna.

—Sabes, Han, no es demasiado tarde para pedir la ayuda de Leia en todo esto. Podríamos llamar a Wayland y pedirle a los noghri que la trajeran aquí.

—No —dijo firmemente Han.

Chewbacca gruñó en acuerdo con Luke.

—Dije que no —repitió Han, fustigando al wookiee con la mirada—. Nosotros podemos manejar esto.

Hubo un trino de la consola integrada en la mesa. Luke miró a Han, pero él todavía estaba ocupado en un concurso de miradas con Chewbacca. Extendiéndose con la Fuerza, accionó el interruptor.

—Skywalker —dijo.

En el disco holográfico en el medio de la mesa la imagen de un cuarto de tamaño de un joven iphigini apareció, su labio-barba trenzada cubría parcialmente la insignia en su garganta del Directorio del Espaciopuerto Iphigin.

—Discúlpeme por perturbar sus deliberaciones, Jedi Skywalker —dijo él, su voz era mucho más melodiosa de lo que su cara y físico ásperos hubieran sugerido—. Pero hemos recibido una notificación de Comercio de la Nueva República diciendo que un carguero Sarkan está en camino hacia aquí bajo una Alerta roja de Aduana.

Luke miró a Han. Aduana Rojo: una advertencia de que había carga ilegal y altamente peligrosa a bordo.

—¿Identificó Comercio al capitán y la tripulación?

—No —dijo el iphigini—. Prometieron una transmisión subsiguiente, pero no ha llegado todavía. El carguero sospechoso ya está aproximándose a Iphigin, y hemos despachado el grueso de nuestras fragatas de aduana del sistema-interno y naves de patrulla para interceptar. Se pensó que como representantes de la Nueva República, usted y el Capitán Solo podrían desear observar el procedimiento.

Hubo un súbito cambio en las emociones de Han. Luke lo miró para ver a su amigo mirando fija y pensativamente al espacio exterior.

—Apreciamos la invitación —dijo, mirando de nuevo al holograma—. Pero por el momento…

—¿De dónde viene este Sarkan? —interrumpió Han.

—Sector Tres-Besh. —La imagen del iphigini fue reemplazada por un esquemático de Iphigin y el espacio circundante. Un punto rojo parpadeó a unos grados de una línea que unía a Iphigin con su sol; casi veinte puntos parpadeando verdes estaban convergiendo sobre él desde el planeta y el espacio cercano—. Como pueden ver, hemos intentado despachar una fuerza adecuada para superar cualquier resistencia.

—Sí —dijo lentamente Han—. ¿Y están seguros de que es un Sarkan?

—Su transponedor de ID ha sido verificado —le dijo el iphigini—. La nave en sí misma es un Acción-Keynne XII Corelliano, rara vez visto en esta parte del Núcleo excepto bajo autoridad Sarkan.

Luke silbó silenciosamente. Una vez le habían dado una gira por un Acción-Keynne XII, y se había marchado completamente impresionado por ambos los toques de lujo interno y las múltiples filas de armamento exterior. Diseñado para transportar las más valiosas de las cargas, casi calificaba como una nave capital de guerra.

Probablemente la razón por la que los iphiginis estaban enviando tantas naves a interceptarlo. Si su capitán decidía no cooperar, los iphiginis tendrían una buena pelea.

—Sí, parece Sarkan —convino Han, con voz un poquito demasiado casual—. Prosigan y hagan su intercepción. Quizá nosotros subamos más tarde y echemos una mirada.

—Gracias, Capitán Solo —dijo el iphigini—. Alertaré a los oficiales de que se les unirán. Adiós.

El holograma se desvaneció.

—No cuentes con ello —murmuró Han, recogiendo las datacards de donde las había echado en la mesita y hojeándolas rápidamente—. Chewie, acércate a esa consola… fíjate si puedes hacer un listado completo del patrón de tráfico de allá afuera.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Luke, frunciéndole el ceño a Han e intentando leer su humor. De repente toda la frustración de más temprano se había ido, dejando una especie de excitación furtiva en su lugar—. ¿Sabes quién es el contrabandista?

—No es un contrabandista —dijo Han. Encontró la tarjeta que estaba buscando y la insertó en su datapad—. ¿Lo conseguiste, Chewie? Genial. Conéctalo aquí al holoproyector.

Chewbacca gruñó en asentimiento, y un esquemático más completo de Iphigin apareció encima de la mesa. Han se inclinó sobre él, entonces miró hacia abajo al datapad en su mano.

—Genial. Bueno, ven aquí y échame una mano con esto.

—¿Qué es eso? —preguntó Luke.

—Ésta es la lista de las estaciones en tierra y los datos de la órbita de su Plataforma de Defensa Golan I —le contó Han, agitando el datapad mientras Chewbacca se acercaba de nuevo a su lado—. Veamos…

Por un minuto los dos se agruparon muy juntos, asomándose para mirar alternativamente al holograma y al datapad de Han y conversando en tonos bajos. Luke estudió el esquemático, mirando los cargueros codificados por color y las otras naves moviéndose dentro y fuera y preguntándose de qué se trataba todo esto.

—De acuerdo —dijo Han al fin—. Ahí es por donde vendrán. Así que todo lo que tenemos que hacer es sentarnos en alguna parte en el medio de ese cono y esperar. Genial. Baja al *Halcón* y prepárala. Voy en un momento.

Chewbacca retumbó un asentimiento y se salió por la puerta con un rápido trote wookiee.

—¿Puedo saber qué está pasando? —preguntó Luke.

—Seguro —dijo Han, recogiendo las datacards y guardándolas de nuevo. Tenemos piratas en camino.

—¿Piratas? —parpadeó Luke—. ¿Aquí?

—Seguro. ¿Por qué no?

—No creí que las bandas pirata operaran tan dentro del Núcleo eso es todo —dijo Luke—. ¿Así que el Sarkan es sólo una distracción?

—Sí —dijo Han, poniéndose de pie—. Sólo que él no lo sabe. Es un viejo truco: poner una alarma en alguna nave que venga del lado del sol, entonces atracar un blanco del lado nocturno mientras Aduanas está ocupada a medio planeta de distancia. La única parte complicada es el asegurarse de que las defensas en tierra y órbita no puedan llegar a ti. Además de encontrar cómo falsificar la alarma en primer lugar. Vamos, vamos.

—¿No debemos primero alertar a los iphigini? —preguntó Luke, alcanzando el comunicador.

—¿Para qué? —dijo Han—. Tú, Chewie y yo debemos poder manejarlo.

—¿Qué, toda una banda pirata?

—¿Seguro, por qué no? Las únicas bandas que trabajan en este sector son chicas una, dos o tres naves, como máximo —el labio de Han se crispó—. En realidad, probablemente ni siquiera nos necesites.

—Aprecio tu confianza —dijo Luke fríamente—. Pero por lo pronto preferiría no cargármelos todos, gracias.

Han alzó las manos.

—Eh. No quería ofender.

—No me ofendo. —Luke hizo señas al holograma y a las naves patrulla tejiendo su red alrededor del carguero Sarkan que se acercaba—. Y todavía pienso que debemos llamar a los iphigini.

—No podemos —dijo Han—. Los piratas probablemente ya tienen un campana aquí. Cualquier señal de alarma, y sólo cancelarán la incursión. Terminaríamos pareciendo estúpidos, y la opinión diamalana de la Nueva República se hundiría un poco más profundamente. Si eso pasa, el Alto Consejo querrá mi pellejo.

Luke suspiró.

—Las cosas eran mucho más fáciles cuando las actividades militares de la Alianza no siempre se enredaban en la política.

—Dímelo a mí —gruñó Han—. Mira, tenemos que partir. ¿Vienes o no?

Luke se encogió de hombros.

—Voy —dijo, sacando su comunicador—. ¿Erredós?

• • •

A R2-D2 no le gustó. Ni un poco. Las palabras que aparecieron en la pantalla de la computadora del Ala-X lo dejaron muy claro.

—Oh, vamos, Erredós —lo reprendió Luke—. Pasamos por toda una guerra juntos, contra la maquinaria militar más poderosa que la galaxia jamás haya visto. ¿No vas a decirme que ahora tienes miedo de un par de naves pirata remendadas?

El droide gruñó indignado.

—Eso está mejor —dijo Luke con aprobación—. Sólo vigila afuera. Estaremos bien.

Erredós trinó de nuevo, claramente no convencido, y se calló. Luke miró afuera de la carlinga del Ala-X, intentando sacudirse su propia colección de dudas porfiadas. La extraña incomodidad que seguía apareciendo en las emociones de Han… la inexplicada negativa diamalana a dejarlo entrar a las negociaciones… todo eso sólo se sumaba a la extraña inquietud que había estado cociéndose a fuego lento y creciendo dentro de él durante las últimas semanas.

Había hablado dos veces con Leia sobre eso, esperando que su perspicacia y experiencia pudieran ayudarlo a enfocar mejor esos vagos vislumbres. Pero lo mejor que ella había podido hacer era sugerirle que se trataba de algún tipo de aviso subconsciente de la propia Fuerza. *Algo que se suponía que Luke debía hacer*, conjeturó ella, *o quizás algo que se suponía que él no debía hacer*.

A pedido de ella, había estado meditando más tiempo últimamente, esperando que el sumergirse en la Fuerza ayudara. Hasta ahora, sin embargo, no había tenido ningún resultado.

—¿Luke? —dijo la voz de Han en su casco—. ¿Dónde estás?

Luke sacudió sus pensamientos de vuelta a la tarea a la mano.

—Arriba tuyo y un poquito a babor —dijo—. No veo nada aquí afuera que se parezca a una nave pirata. ¿Y tú?

—Todavía no —dijo Han—. No te preocupes; *cuando lleguen*, te darás cuenta.

—Correcto. —Girando lentamente la cabeza, Luke echó una mirada alrededor a los brillos de motores y las luces de marcha de los varios cargueros.

Y entonces de repente estaban allí.

Sólo que no eran sólo dos o tres naves. Saliendo desde la velocidad de la luz había no menos de ocho naves, todas sin marcas, todas erizadas de baterías turboláser.

Detrás de Luke vino un chillido sobresaltado.

—Tranquilo, Erredós. —Luke tranquilizó al droide—. Dame una lectura de ellas.

Erredós pitó inciertamente, y apareció una lista en el sensor de mira de Luke. Dos cañoneras corellianas de aspecto machucado, un viejo pero impresionantemente grande crucero de batalla Kaloth con un igualmente viejo cañón de iones KDY a-4 chapuceramente soldado a su proa, y cinco cazas estelares de asalto clase-Corsario. Todo el grupo estaba en formación de cerco, cerrándose sobre un par de transportes medianos unos kilómetros más abajo y adelante.

Transportes que llevaban la insignia de la Nueva República.

—¿Han? —llamó Luke.

—Sí, ya los veo —dijo tensamente Han—. Bueno. ¿Qué quieres hacer? —Luke miró a los piratas que se acercaban y tuvo una súbita sensación de presión en el estómago. Había muchas opciones, por supuesto. Podía extenderse con la Fuerza y dañar las superficies de control de las naves, incapacitándolas. Incluso debía poder arrancar paneles completos y deformar los emplazamientos de armas, despedazándolos sólo con la Fuerza. O simplemente podría tocar dentro de las mentes de los tripulantes, convirtiéndolos en observadores desvalidos o incluso forzándolos a rendirse. Para un Maestro Jedi con la Fuerza como su aliada, no había ningún límite. Ningún límite en absoluto.

Y entonces, abruptamente, se puso rígido, su aliento pareció helarse en su garganta. Allí delante de él, claramente visible contra la negrura del espacio, podía ver las débiles imágenes del Emperador Palpatine y Exar Kun, dos de los más grandes puntos focales del lado oscuro que él alguna vez se había encontrado. Estaban allí ante él, mirándolo.

Y riéndose.

—¿Luke?

La voz de Han lo hizo despejarse, y cuando lo hizo, las imágenes se desvanecieron. Pero el gélido horror permaneció. *Algo que se suponía que no debía hacer*…

—¿Luke? Eh, muestra signos de vida, compañero.

—Estoy aquí. —Luke se las arregló para decir. Su boca, descubrió, estaba de repente muy seca—. Yo… sería mejor que tomes el mando, Han.

—¿Estás bien? ¿Puedes volar?

Luke tragó saliva.

—Sí. Estoy bien.

—Seguro —dijo Han, obviamente no muy convencido—. Mira, mejor quédate atrás. Chewie y yo nos encargaremos de esto.

—No —dijo Luke—. No, estoy contigo. Sólo dime qué quieres que haga.

—Bueno, si estás seguro de que estás en condiciones, puedes cubrirme un poco —dijo Han—. Lo primero es remover ese cañón de iones.

Luke respiró hondo, aquietando su mente y estirándose a la Fuerza. Dos naves contra ocho. Era como en los viejos días, cuando la Alianza Rebelde contendía contra el imponente poder del Imperio. Él no había sido ni de lejos tan bueno en la Fuerza entonces. Apenas lo suficientemente bueno, de hecho, para mejorar sus habilidades de combate y vuelo naturales.

Y sin embargo, de algún modo, los recuerdos de esos días se sentían extrañamente limpios. Más limpios de lo que su mente se había sentido en mucho tiempo.

Algo que se suponía que no debía hacer…

Bueno, le dijo a los recuerdos. Que esto sea una prueba.

—Prosigue —le dijo a Han—. Estoy justo detrás de ti.

Era incierto en ese primer minuto si los piratas, concentrándose en su esperada presa, siquiera habían notado al viejo transporte YT-1300 y al Ala-X volando junto a él. Quedó abundantemente claro, sin embargo, que un súbito ataque desde afuera de su anillo de cerco era la última cosa que esperaban. El *Halcón* se disparó entre dos de los Corsarios sin atraer fuego en absoluto hasta haber pasado bastante más allá de ellos. Dispararon una sola e ineficaz salva de turboláseres antes de que Luke se deslizara detrás de ellos, lanzando un torpedo de protones a cada uno en sus secciones de motores. Una brillante llamarada doble, y estaban efectivamente fuera de la lucha.

El Ala-X pasó disparado entre ellos, curvándose fuera de la línea de fuego de las naves averiadas. El crucero de batalla estaba empezando a girar sus torretas hacia ellos. Hubo un súbito chillido de advertencia desde detrás de él.

—Ya los veo, Erredós —dijo Luke, lanzando al Ala-X en un espiral retuerce-estómagos y alejándose del crucero de batalla cuando dos de los tres Corsarios restantes erraron un tiro. Vio un estallido de luz con el rabillo del ojo cuando giraba, y se volvió para ver la proa del crucero de batalla estallando en esquirlas.

—¿Han? ¿Estás bien?

—Claro —respondió la voz de Han—. Me ocupé del cañón de iones, pero primero le dio un tiro a uno de los transportes. No sé si están deshabilitados o no. ¿Y tú?

—Ningún problema todavía —dijo Luke. Su sentido del peligro cosquilleó, y dejó caer al Ala-X en otro giro mientras que un patrón aniquilador de fuego láser cortó el punto que acababa de dejar vacante. Girando arriba y alrededor, se ubicó detrás de uno de los Corsarios atacantes. Había pasado un largo tiempo desde que había hecho este tipo de cosas de manera regular, pero no parecía estar tan oxidado como había temido que estaría—. Estas cosas están mucho mejor blindadas que los cazas TIE, pero son mucho menos maniobrables.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando casi tuvo que comérselas. Repentinamente el Corsario delante de él giró abruptamente a estribor, retorciéndose fuera de la línea de fuego de Luke e intentando deslizarse detrás de él. Apretando los dientes, Luke imitó la maniobra, y por unos segundos se persiguieron el uno al otro en un estrecho círculo, cada uno buscando un tiro claro. Luke ganó por un solo latido del corazón, y el Corsario estalló en llamas y escombros.

De su comunicador vino un ansioso gruñido wookiee.

—Estoy bien, Chewie —dijo Luke, estirándose con la Fuerza en busca de calma. Eso había estado un poquito demasiado cerca—. ¿Ustedes dos todavía están bien?

—Hasta ahora —replicó Han—. Ten cuidado… probablemente ahora se están enfadando.

Luke sonrió desequilibradamente y echó una rápida mirada alrededor. Los últimos dos Corsarios se estaban dirigiendo a todo impulso hacia él, pero todavía tenía unos segundos antes de que tuviera que hacer algo al respecto. A corta distancia podía ver al crucero de batalla, disparando furiosamente sobre el mucho más pequeño *Halcón* que lo rozaba como un insecto sobre su casco, sistemáticamente derribando emplazamientos turboláser en su camino. A un lado, las dos cañoneras estaban intercambiando fuego con los transportes de la Nueva República que estaban claramente mejor armados de lo que habían parecido en un principio. El resto del tráfico de carga de alrededor de ellos estaba comprensiblemente alejándose del área tan rápido como podía.

Frunció el ceño, concentrándose de nuevo en el crucero de batalla. Con su decisión de no usar todo el poder de la Fuerza contra los piratas mucha de la confusión y tensión de su mente pareció haberse disipado.

Y ahora, en ese silencio, podía sentir algo extraño sobre la nave grande allí afuera. Una extrañeza que no había sentido en mucho tiempo…

Erredós chilló una advertencia.

—Sí —dijo Luke, sacudiéndose la sensación. Los dos Corsarios estaban acercándose rápido, el compañero a babor y ligeramente detrás del líder—. Este es el plan —le dijo al droide—. A mi señal, enciende a plena potencia el motor superior de estribor y ambas toberas de frenado de babor. Después de cuatro segundos apaga las toberas y dale media potencia a todos los motores. ¿Entendido?

El droide silbó su asentimiento. Descansando sus pulgares en los gatillos de los torpedos de protones, Luke miró a los Corsarios encaminándose hacia él, estirándose a través de la Fuerza para tocar las mentes de los dos tripulantes. No para controlar o retorcer, sino para meramente mirar la textura de sus pensamientos. Sosteniendo el curso, esperó…

—Ahora —le dijo a Erredós. El trino del droide fue tragado por el súbito rugido del motor; y un segundo más tarde el Ala-X estaba girando ferozmente alrededor de su centro de masa. Entornando los ojos, Luke dejó que la Fuerza guiara la sincronía de su tiro.

Y entonces fue aplastado contra el asiento mientras el Ala-X tomaba una nueva trayectoria, enderezándose renuentemente de su rotación.

Parpadeando contra su súbito vértigo, Luke buscó a su alrededor a los Corsarios.

El gambito había funcionado. Concentrándose en su giro de Gandder, intentando anticiparse a la dirección que tomaría cuando saliera de él, probablemente ni siquiera notaron los torpedos de protones hasta que fue demasiado tarde.

—¿Luke? —la voz de Han vino del comunicador—. Parece que se están retirando.

Esforzándose por aplacar su oído interno insubordinado, Luke enderezó de nuevo al Ala-X. El crucero de batalla estaba acelerando hacia el espacio profundo, con las dos cañoneras siguiéndolo de cerca. Una de las cañoneras, notó, mostraba daños considerables.

—Erredós, dame una valoración de daños —dijo Luke, cambiando el control del comunicador a una de las frecuencias oficiales de la Nueva República—. Transportes, éste es el Ala-X AA-589 de la Nueva República —dijo—. ¿Cuál es su situación?

—Se ve mucho mejor que hace unos minutos —llegó la rápida respuesta—. Gracias por la ayuda, Ala-X. ¿Necesitan usted o su amigo alguna ayuda?

La valoración de daños de Erredós apareció en la pantalla de la computadora.

—No, yo estoy bien —dijo Luke—. ¿Han?

—Ningún problema aquí —dijo Han—. Los escoltaremos hasta abajo si quieren.

—Suena bien para mí —dijo el capitán del transporte—. Gracias de nuevo.

Los transportes se giraron de nuevo hacia Iphigin. Poniendo al Ala-X en su vector, Luke volvió a la frecuencia privada.

—Como en los viejos tiempos —le dijo irónicamente a Han.

—Sí —dijo Han, con voz distraída—. ¿Viste alguna insignia o marca en alguna de esas naves?

—No había nada en los Corsarios —dijo Luke—. No pasé lo suficientemente cerca de los demás para ver. ¿Por qué? ¿Crees que podrían no haber sido piratas?

—Oh, eran piratas, seguro —dijo Han—. El problema es, que a la mayoría de los piratas les gusta pintar garras llameantes o bolas de fuego por todas sus naves. Intentan asustar al blanco para que se rinda sin luchar. Usualmente la única razón por la que se cubrirían es si estaban trabajando para alguien más.

Luke miró fuera de su carlinga a las luces del resto de los cargueros a su alrededor, que lenta y cautelosamente volvían otra vez al patrón de tráfico normal. Cien cargamentos exóticos, de cien mundos diferentes… y de todos modos los piratas habían escogido robar un par de transportes de la Nueva República.

—Mercenarios, entonces —dijo—. Contratados por el Imperio.

—Yo diría que ésa es una buena apuesta —convino severamente Han—. Me pregunto de qué banda eran.

—O de dónde el Imperio está sacando los fondos para contratarlos —dijo lentamente Luke. Estirándose con la Fuerza, recuperó el recuerdo de la rara sensación que había captado en el crucero de batalla—. Recuerdo que Leia me contó lo que cuestan los mercenarios, en el tiempo en que la Alianza los contrataba para asaltar embarques imperiales. No son baratos.

—No los buenos, por lo menos —resopló Han—. No es que este lote fuera algo especial.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Luke, enfocando toda su atención en los recuerdos. Era de hecho algo que él había sentido antes…

Y entonces las piezas encajaron en su lugar.

—Podría equivocarme, Han —dijo—, pero creo que había un grupo de clones a bordo de ese crucero de batalla.

Por un largo momento el comunicador estuvo en silencio.

—¿Estás seguro?

—Se sentían igual que lo que sentí cuando estábamos persiguiendo a los guerreros clon del Gran Almirante Thrawn por la Katana.

Han siseó pensativamente en el comunicador.

—Genial. Me pregunto adonde ha estado escondiendo clones el Imperio durante los últimos diez años. Creí que ya nos los habían arrojado a casi todos.

—Yo también lo creí —dijo Luke—. Quizá tengan un nuevo establecimiento de clonación funcionando.

—Oh, que idea tan alegre —refunfuñó Han—. Mira, preocupémonos de una crisis a la vez. Terminaremos aquí y entonces soltaremos a Inteligencia en esto.

—Tenía la impresión de que Inteligencia no estaba teniendo mucha suerte en atrapar a estas bandas.

—No la tienen —admitió Han—. Ni tampoco mis contactos de los Transportistas Independientes.

—Me suena a que necesitamos a alguien mejor conectado con el bajo mundo —titubeó Luke—. A alguien como Talon Karrde, por ejemplo.

Hubo un breve silencio del otro lado.

—No dijiste eso muy convencido —sugirió Han—. ¿Algún problema?

—No, no realmente —dijo Luke, deseando ahora haberse quedado callado—. Es sólo… no, nada.

—Déjame adivinar. ¿Mara?

Luke hizo una mueca.

—No es nada, Han. ¿De acuerdo? Sólo déjalo pasar.

—Seguro —le aseguró Han—. No hay problema. Tan pronto como terminemos aquí, puedes regresar a Yavin y olvidarte de esto. Chewie y yo podemos pasarle la voz a Karrde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Luke—. Gracias.

—No hay problema. Vamos a charlar con los diamalas un poco más. A ver si algo de esto podría haber cambiado su actitud hacia la protección de la Nueva República.

—Podemos intentarlo —titubeó Luke—. Han, ¿qué es lo que no les gusta de mí a los diamalas? Realmente necesito saberlo.

Hubo una pausa corta.

—Bueno, para ponerlo en un pulverizador, ellos no confían en ti.

—¿Por qué no?

—Porque eres demasiado poderoso —dijo Han—. Por lo menos, según ellos. Dicen que un Jedi que usa tanto poder como tú siempre termina cayendo al lado oscuro.

Una sensación desagradable se afirmó en el fondo del estómago de Luke.

—¿Y tú crees que tienen razón? —preguntó.

—Eh, Luke, *yo no sé nada* acerca de eso —protestó el otro—. Te he visto hacer algunas cosas bastante salvajes, y te admitiré que a veces me preocupa un poco. Pero si dices que lo tienes bajo control, eh, es suficiente para mí. Estás seguro de que no estabas volviéndote todo relampagueante aquí afuera hace un momento.

—No lo estaba —convino Luke, un poco a la defensiva. Porque Han tenía razón; se había vuelto un poquito relampagueante otras veces en el pasado. En realidad, muchas veces.

Pero sólo cuando fue necesario, y sólo para lograr alguna gran y noble meta. Su poder en la Fuerza había salvado su vida numerosas veces, y la vida de Han, y las vidas de innumerables otros. En ninguno de esos casos había tenido ninguna otra opción.

Y sin embargo…

Luke miró fuera de la carlinga a las estrellas distantes. Y ahí estaba Obi-Wan Kenobi, su primer maestro en la Fuerza. Un poderoso Jedi, que no obstante se dejó matar en la primera Estrella de la Muerte en lugar de barrer con Vader y las tropas de asalto con un movimiento de la mano.

Y ahí estaba Yoda, quien seguramente había tenido una comprensión tan profunda de la Fuerza como nadie en la historia reciente. Si el nivel de conocimiento actual del mismo Luke servía de referencia, Yoda podría haber seguramente derrotado al Emperador por sí solo. Y sin embargo había escogido en cambio dejarle esa tarea a Luke y a la Alianza Rebelde.

Y allí estaba Callista. Una mujer a la que había amado… que había huido de él porque su poder la había de algún modo intimidado y asustado.

—Mira, Luke, puede no significar nada —la voz de Han se entrometió en sus pensamientos—. Sabes cómo funcionan a veces las mentes alienígenas.

—Sí —murmuró Luke. Pero era claramente algo que no debía ser desestimado tan rápidamente. Era una pregunta que necesitaba estudiar, y meditar, y discutir con sus amigos y familiares más cercanos.

Se estremeció, con esa horrorosa visión de un Emperador riéndose apareciendo otra vez en su memoria. Y sería mejor que lo hiciera rápido.

Pero como había dicho Han, una crisis a la vez. Levantando la nariz del Ala-X, se deslizó hacia la formación de escolta al lado de los transportes y se pusieron en camino.

CAPÍTULO 3

Por un largo momento Leia Organa Solo se quedó allí, con las inquietas brisas del bosque de Wayland susurrando en su cabello, mirando fijamente al droide de protocolo color dorado que se agitaba nerviosamente delante de ella. Había, reflexionó distante, muy pocas cosas en la galaxia que todavía podían dejarla estupefacta. Han Solo, su marido y padre de sus tres hijos, aparentemente todavía era una de ellas.

—¿Él hizo qué?

Era una pregunta retórica, por supuesto. Posiblemente una forma de confirmarse a sí misma de que su voz todavía funcionaba. C-3PO o no se dio cuenta o sino no quiso correr el riesgo de equivocarse.

—Él y Chewbacca han ido a Iphigin, Su Alteza —repitió el droide, con voz miserable—. Hace varias horas, poco después de que usted saliera en su recorrido. Yo intenté detenerlos, pero no me escucharon. Por favor no me desactive.

Leia tomó aliento cuidadosamente, estirándose a la Fuerza para calmarse… al parecer, parecía más enfadada de lo que realmente estaba… e intentó pensar. Han ya estaría en Iphigin, probablemente enfrascado en un diálogo con las delegaciones diamalana e ishori. Podría hacer que su guardia de honor la llevara hasta allí en una de sus naves, llamando primero y diciéndole a Han que declare un receso hasta que llegara ella. A los niños los podía dejar aquí; el resto de los noghri podría cuidarlos hasta que ella y Han volvieran. Alternativamente, podría ponerse en contacto con el Presidente Gavrisom y hacer que él enviara a alguien más a hacerse cargo. Pero cualquiera de los dos acercamientos haría al esfuerzo de Han un obvio y vergonzoso falso comienzo, difícilmente la clase de cosa que mejoraría la ya baja opinión que los diamalas tenían de la capacidad de la Nueva República. De hecho, dependiendo de qué tan en serio los diamalas escogieran tomarlo, podría fácilmente empeorarlas más que si ella simplemente dejaba solo a Han.

Además, él era un héroe de la Rebelión, y los diamalas y los ishori apreciaban esa clase de cosa. Y después de años de verla manejar esta clase de negociaciones, él seguramente debía haber aprendido uno o dos trucos.

—Oh… otra cosa —dijo vacilantemente Trespeó—. El Capitán Solo también hizo otra llamada antes de que él y Chewbacca partieran. Creo que fue al Amo Luke.

Leia sonrió irónicamente, su primera verdadera sonrisa desde que Trespeó le había dado la noticia. Debía haber supuesto que Han no solamente se apresuraría en esto por sí solo. Había engañado a Luke para que fuera con él.

Trespeó todavía estaba allí viéndose nervioso.

—Todo está bien, Trespeó —lo tranquilizó—. Una vez que Han se mete una idea en la cabeza, no hay nada que lo detenga. Él y Luke deberían ser capaces de encargarse de todo.

El droide pareció encogerse de alivio.

—Gracias, Su Alteza —murmuró.

Leia se dio la vuelta y miró de nuevo al claro. Su hijo menor, Anakin, se había agachado al lado de uno de los delgados aerodeslizadores en los que el grupo acababa de llegar, e incluso a esta distancia ella podía oír la mezcla de seriedad y excitación en la voz del niño de ocho años cuando discutía los mejores puntos del diseño con el piloto noghri. Parados un poco a un lado junto a las motos deslizadoras Mobquet que los habían escoltado, los gemelos Jacen y Jaina estaban mirándolo con el aire de paciencia enfatizada que venía naturalmente de ser todo un año y medio mayores y más sabios que su hermano menor. Agrupados alrededor de los niños y vehículos estaban las figuras petisas y grises de su escolta noghri, con casi toda su atención dirigida hacia afuera. Incluso aquí, al borde de una colonia noghri, estaban continuamente alertas en busca de cualquier peligro. Más allá de ellos, alzándose sobre el bosque, Leia podía ver la cima del Monte Tantiss.

—Bienvenida de regreso, Lady Vader —un grave maullido noghri vino de su lado.

—¡Oh, cielos! —dijo Trespeó, sobresaltándose.

Sólo su larga experiencia… y su fuerte calma en la Fuerza… impidieron que Leia hiciera lo mismo. Incluso cuando no intentaban ser particularmente silenciosos, los noghri eran casi imposibles de oír. Una de las muchas razones por las que el Gran Almirante Thrawn, y Darth Vader antes que él, habían codiciado tanto sus servicios como Comandos de la Muerte para el Imperio.

Habían codiciado tanto ese servicio, que de hecho, habían destruido deliberadamente el planeta natal de los noghri, Honoghr, manteniendo a los noghri al borde perpetuo del desastre. Un desastre que había sido cuidadosamente estructurado para mantenerlos en una servidumbre eterna.

Leia les había ayudado a descubrir la verdad sobre el engaño del Imperio. Pero aunque eso había traído a los noghri firmemente hacia el lado de la Nueva República, había sido de muchas formas una victoria superficial para todos los involucrados. A pesar del esfuerzo que se había hecho en el proyecto de restauración de la Nueva República durante los últimos diez años, las esperanzas seguían desvaneciéndose firmemente de que Honoghr alguna vez volviera verdaderamente a la vida. Y aunque los noghri parecían razonablemente contentos con sus nuevas colonias aquí en Wayland, Leia podía oír la silenciosa tristeza en sus voces siempre que hablaban de casa.

Alderaan, su propio planeta natal, había sido pulverizado ante sus ojos por la primera Estrella de la Muerte, Honoghr, marrón y muerto, había sido destruido más sutilmente pero no menos completamente. Números desconocidos de otros, por todas partes de la galaxia, habían sido asolados por la guerra contra el Imperio.

Algunas de esas heridas tardarían mucho tiempo en sanar. Otras no lo harían nunca.

—Te saludo, Cakhmaim del clan Eikh'mir —le dijo al noghri a su lado—. ¿Confío en que todo está bien?

—Todo está bien y tranquilo —dijo gravemente Cakhmaim, dándole la inclinación de respeto noghri—. Con quizás una pequeña excepción.

—Ya lo sé —dijo Leia—. Han y Chewie se fueron mientras nosotros estábamos en el recorrido.

Cakhmaim frunció el ceño.

—¿No debía marcharse? —demandó, con la voz repentinamente más oscura—. Nos dijo que lo habían llamado.

—No, está bien —dijo rápidamente Leia. Las relaciones entre Han y los noghri nunca habían sido tan relajadas como a ella le habría gustado, y no tenía ningún deseo de agregar este incidente a cualquier lista de rencores—. Debería haber hablado conmigo primero, pero está bien. Él probablemente sólo quería que yo no me preocupara por la política de la Nueva República por algún tiempo.

Cakhmaim la miró.

—Si puedo decirlo, Lady Vader, debo coincidir con Han del clan Solo en ese pensamiento. Los reportes de su guardia de honor dicen claramente que pasa demasiado poco tiempo en su necesaria relajación.

—No puedo discutir con eso —admitió Leia—. Viene de tener ambos una familia y un trabajo de los que ocuparse, y un número limitado de horas al día para dividir entre ellos. Quizás ahora que Ponc Gavrisom ha asumido la Presidencia por algún tiempo, las cosas serán más fáciles.

—Quizás —dijo Cakhmaim, sin sonar más convencido de lo que la misma Leia se sentía—. Sin embargo, mientras el pueblo noghri viva, siempre tendrá un lugar de refugio entre nosotros. Usted y sus hijos y los hijos de sus hijos. Siempre.

—Aprecio eso, Cakhmaim —dijo Leia, y lo hacía. Había muy pocos lugares en la galaxia donde ella podía sentirse tan a salvo, por ambos ella misma y sus hijos, como lo hacía dentro de una colonia noghri—. Pero mencionaste un problema. Cuéntamelo.

—Ahora dudo en involucrarla, Lady Vader —dijo incierto Cakhmaim—. Vino aquí para relajarse, no para mediar en disputas. Además, yo detestaría apartarla de sus primeroshijos y primerahija.

—Los niños están bien donde están —le aseguró Leia, mirando al grupo. Ahora Anakin estaba a mitad de camino bajo el aerodeslizador, con un par de piernas noghri sobresaliendo junto a las suyas. Los gemelos todavía tenían esa forzada mirada paciente mientras hablaban en voz baja entre ellos, pero Leia podía ver la mano de Jaina acariciando tiernamente la silla de montar de una de las motos deslizadoras—. Anakin ha heredado el amor de su padre por los rompecabezas —le dijo a Cakhmaim—. Y los gemelos no están ni cerca de tan aburridos como quieren aparentar. Cuéntame todo sobre esta disputa.

—Como lo desee —dijo Cakhmaim—. Por favor acompáñeme.

Leia asintió.

—Trespeó, podrías quedarte aquí también.

—Ciertamente, Su Alteza —dijo el droide, con una definida nota de alivio en su voz. Trespeó odiaba las disputas.

Ambos atravesaron una corta distancia entre los árboles hasta un segundo claro, esta era la parte principal de la colonia noghri del Monte Tantiss. Arracimadas juntas había quizás treinta casas, construidas con el mismo diseño básico de las casas que Leia había visto en Honoghr, aunque modificadas por las diferencias en los materiales de construcción locales. En el medio estaba el más largo y algo más alto dukha central del clan.

Otras colonias noghri en Wayland habían transportado sus antiguos dukhas de clan desde Honoghr, haciéndolos los honorados puntos focales de sus pueblos en este mundo así como lo habían sido en casa. Pero la colonia del Monte Tantiss tenía una misión específica que realizar; y parte de esa misión era nunca olvidar lo que el Imperio y el Emperador habían tomado del pueblo noghri. Su centro de clan, construido nuevo de madera y piedra local, era un recordatorio permanente y gráfico de esa pérdida.

La puerta del dukha estaba flanqueada por un par de niños noghri parados muy rectos, cumpliendo sus obligaciones de guarda-puertas con la seriedad de generaciones de costumbre y ritual. Uno de ellos abrió la puerta, y Cakhmaim y Leia entraron.

El centro del clan consistía en un solo gran salón, con techo de pesadas vigas de madera, con paredes en las que la historia y la genealogía de la colonia habían empezado a ser talladas. A dos-terceras partes del camino al fondo había un Asiento Alto parecido a un trono, la única silla en la habitación.

Y sentado en el suelo al pie del Asiento Alto, vestido en ropas manchadas de tierra, había un devaroniano.

—Ah —dijo él, y esbozó una delgada sonrisa hacia Cakhmaim mientras se ponía de pie—. Mi amable anfitrión. Espero que hayas traído comida; Empieza a darme hambre. —Cambió su atención a Leia—. Y tú, supongo, eres la tomadora de decisiones errante que me prometieron.

—Ésta es la Alta Consejera Leia Organa Solo de la Nueva República —la identificó Cakhmaim, su voz cortante como cuchillos—. Le hablarás con respeto.

—Por supuesto —dijo secamente el devaroniano, tocándose el de más a la derecha de los dos cuernos de su frente con las puntas de los dedos de la mano derecha—. Nunca le hablaría de otro modo a un oficial de la Nueva República.

—Por supuesto que no —dijo Leia, igualando su tono mientras se extendía hacia él con la Fuerza. Los varones devaronianos eran ávidos viajeros y una imagen común en los espaciopuertos de la galaxia, pero había habido muy pocos si había habido alguno de ellos en la Alianza Rebelde y ella nunca había tenido contacto muy personal con la especie—. ¿Y tu nombre? —preguntó ella, intentando sacar una lectura de sus pensamientos y emociones.

—Soy Lak Jit, Consejera. Un simple buscador del conocimiento y la verdad.

Leia sonrió.

—Por supuesto —dijo, enfocándose un poco más fuerte en sus pensamientos. No hubo ningún cambio que ella pudiera detectar que indicara una mentira, pero dado su desconocimiento de la especie, no significaba mucho. Además probablemente eso de

todos modos no era nada más que una deformación o embellecimiento de la verdad—. Cuéntame sobre esta disputa, Cakhmaim.

—Este alienígena fue descubierto cerca del Monte Tantiss por uno de los equipos de limpieza —dijo Cakhmaim mirando con dureza al devaroniano—. Había estado excavando la tierra en el área restringida y encontrado seis datacards. Cuando el equipo intentó confiscarlas, él exigió la posesión bajo el Acuerdo de Debble.

—En serio —dijo Leia, mirando al devaroniano con un nuevo interés. El Acuerdo de Debble era un trato de compromiso del momento que ella había logrado entre los equipos de limpieza noghri que habían jurado erradicar cada recuerdo de la presencia del Emperador en Wayland, y Garv Debble, un arqueólogo de la Nueva República que había insistido que los artículos saqueados de otros mundos debían ser devueltos a sus apropiados dueños. El acuerdo había sido informal y bastante privado, difícilmente algo que un casual cazador de tesoros conocería—. ¿Dígame, Lak Jit, cómo se enteró del Acuerdo de Debble?

—Honestamente, Consejera, se lo aseguro —dijo el devaroniano—. Estoy asociado con un humano que creo que ha tenido algunos tratos con la Nueva República. Talon Karrde.

—Eso veo —dijo Leia, manteniendo su voz y cara inexpresivas. Decir que Talon Karrde había tenido tratos con la Nueva República era subestimar inmensamente el caso. Jefe contrabandista y corredor de información, con una organización que se expandía a lo ancho de la galaxia conocida, Karrde se había aliado renuentemente a la Nueva República durante la gigantesca contraofensiva imperial liderada por el Gran Almirante Thrawn. Más que eso, había reunido una unión improbable de colegas contrabandistas que habían jugado un papel significativo para detener el avance de Thrawn y finalmente derrotarlo. La unión se había disuelto con los años, pero Leia se había esforzado para mantenerse algo en contacto con el mismo Karrde.

Se percató de una presencia en el fondo de su mente, y se dio vuelta mientras Jacen entraba en la sala.

—Mamá, ¿cuándo vamos a la montaña? —preguntó él, lanzando una mirada nada curiosa al devaroniano—. Dijiste que iríamos a ver la montaña después del otro recorrido.

—Iremos pronto, cariño —dijo Leia—. Sólo tengo un pequeño asunto que resolver primero.

Jacen frunció el ceño.

—Creí que no íbamos a tener *asuntos* aquí.

—Sólo tomará un minuto —le aseguró Leia.

—Pero estoy aburrido —insistió él. Miró de nuevo a Lak Jit, y Leia pudo sentir el esfuerzo mientras el niño se extendía con sus limitadas habilidades en la Fuerza—. ¿Tú eres el *asunto* de mi mamá? —preguntó.

—Sí —dijo Lak Jit con otra estrecha sonrisa—. Y ella tiene razón: sólo tomará un minuto. Consejera Organa Solo, debería estar claro que el Acuerdo de Debble fue creado precisamente para proteger cosas como las datacards históricas. Por consiguiente…

—Sólo tenemos su declaración de que las datacards son históricas —interpuso Cakhmaim. Debemos estudiarlas por nosotros mismos.

—De acuerdo —dijo Leia antes de que el devaroniano pudiera objetar. Desafortunadamente, ese tipo de examen podría tardar horas, y los niños la estaban esperando—. Ésta es la oferta, Lak Jit. Me llevaré las datacards, pagándole quinientos ahora como seña. Después de que las haya examinado, la Nueva República le pagará lo que valgan.

—¿Y quién decidirá el valor? —demandó Lak Jit.

—Yo lo haré —dijo Leia—. O, si lo prefiere, puedo llevar las datacards a Coruscant y pedirle al Consejero Sien Siev o a otro experto en historia que las evalúe.

—¿Y si me niego?

Leia señaló a Cakhmaim con la cabeza.

—¿Preferiría que deje a los noghri fijar el precio?

Lak Jit hizo una mueca, una expresión que se parecía a otra sonrisa devaroniana, sólo que más estrecha.

—Parece que no tengo alternativa. —Dio un paso adelante, sacando una pila de data-cards—. Aquí tiene, entonces. Evalúelas. ¿Dado que no me han traído comida, objetarían usted y sus anfitriones si yo salgo y forrajeó mientras trabajan?

—Dijiste que sólo un minuto, Mamá —dijo Jacen.

—Silencio, Jacen —dijo Leia, tomando cautelosamente la pila de data-cards y haciendo una rápida cuenta de los bordes. Seis, bien, tan sucias y llenas de tierra como la ropa de Lak Jit. Probablemente habían sido voladas del Monte Tantiss con la nube general de escombros cuando Chewbacca y Lando Calrissian hicieron explotar el reactor de energía de la base, y habían yacido enterradas en la tierra de Wayland desde entonces.

Lak Jit se aclaró la garganta.

—¿Puedo…?

—Sí, vaya —lo despidió Leia. No estaba al tanto de que los devaronianos forrajeaban comida, y ciertamente no estaba interesada en los detalles—. Jacen, silencio. Sólo será otro minuto. Te lo prometo.

—Que sea rápido por favor —dijo Lak Jit, y desapareció por la puerta.

—Mamá…

—Si estás aburrido, por qué no le pides a Cakhmaim que te muestre la historia que están tallando aquí en las paredes —sugirió Leia, sacudiendo cautelosamente el polvo que cubría la cubierta de la datacard—. O únete a los niños noghri en su clase de lucha. Creo que Mobvekhar iba a enseñarles tomas de palanca hoy.

Jacen resopló.

—Los Jedi no necesitan esas cosas. Tenemos la Fuerza.

—Todavía no eres un Jedi —le recordó Leia, mirándolo duro. Ella tampoco estaba precisamente contenta por esta interrupción en sus vacaciones, pero todos sus gimoteos sólo estaban retrasándola más—. Si lo fueras, sabrías que sólo porque tienes la Fuerza no

significa que puedas ignorar la condición de tu cuerpo físico. Las clases de lucha noghri son un buen ejercicio.

—También lo es la caminata de montaña —contrapuso Jacen—. ¿Así que cuándo nos vamos?

—Cuando yo termine —le dijo firmemente Leia, terminando su trabajo de limpieza y examinando la etiqueta de la datacard. Listados de la Cuarta Conferencia de Pestoriv, decía. Nada importante allí, de una forma u otra: las Conferencias de Pestoriv habían sido completamente abiertas, y tan completamente documentadas.

A menos que el Emperador hubiera tenido su propia versión privada de lo que había sucedido allí. Algo que comprobar más tarde, aunque la datacard tendría que ser completamente limpiada antes de que ella estuviera dispuesta a arriesgar su datapad. Poniendo la datacard en el fondo de la pila, examinó la etiqueta de la segunda. Igualmente inocua: algo sobre los bailes de cortejo de los ri'dar. La tercera datacard.

Miró fijamente la etiqueta, y un frío súbito la recorrió.

Cuatro palabras, con el polvo ya sacudido. *La Mano de Thrawn*.

—¿Mamá? —preguntó Jacen, con su voz apenas más que un susurro. Aunque joven e inexperto en la Fuerza, él estaba no obstante agudamente armonizado con su madre, casi tan estrechamente como estaba armonizado con su hermana Jaina—. ¿Qué pasó?

Leia se extendió a la Fuerza, calmándose.

—Estoy bien —le dijo a su hijo—. Algo en esta tarjeta me sobresaltó, eso es todo.

Jacen estiró su cuello para mirar.

—«La Mano de Thrawn». ¿Qué significa?

Leia agitó la cabeza.

—No lo sé.

—Oh. —Jacen le frunció el ceño—. ¿Entonces por qué te asustó tanto?

Era una *buena pregunta*, tuvo que admitir Leia. ¿Podía ser sólo la simple aunque inesperada aparición del nombre de Thrawn lo que realmente la había impactado tan fuerte? Incluso sumado a sus recuerdos de su casi victoria, no parecía probable.

—Yo tampoco lo sé, Jacen —dijo—. Quizá yo sólo estaba recordando el pasado.

—O viendo el futuro —dijo suavemente Cakhmaim—. La Mal'ary'ush tiene grandes poderes, segundohijo de Vader.

—Ya lo sé —dijo seriamente Jacen—. Ella es mi mamá.

—Y no te olvides —lo amonestó Leia mofándose severamente mientras se rizaba el cabello—. Ahora quédate callado un minuto y veamos de qué se trata. —Sacando su datapad de su bolsa, de repente sin importarle en absoluto la posible contaminación por el polvo, insertó la datacard.

—¿Qué dice? —preguntó Cakhmaim en voz baja.

Leia agitó la cabeza.

—Nada —contestó—. Por lo menos, nada legible. —Probó con una sección diferente de la tarjeta, y entonces otra—. Parece que toda la datacard se ha deteriorado. Supongo que diez años a la intemperie hacen eso. Quizá los expertos en Coruscant puedan…

Se interrumpió. La cara y los pensamientos de Jacen.

—¡Mamá! —dijo él bruscamente—. ¡Jaina y Anakin!

—Es Lak Jit —exclamó Leia, estirándose a través de la Fuerza y captando el súbito destello de miedo en sus hijos. Captó una imagen de segunda mano del devaroniano cargando por el claro y una súbita nube de ondulante humo blanco.

—¡Cakhmaim!

Pero Cakhmaim ya había pasado la puerta, gritando la alarma en el trinante código de combate noghri. Tirando el datapad y datacards de vuelta a la bolsa en su cadera, Leia agarró la mano de Jacen y siguió a Cakhmaim afuera, pasando el umbral de la puerta justo cuando una respuesta trinó a través de los árboles.

—Están ilesos —dijo Cakhmaim con tono helado de áspero alivio—. El devaroniano ha robado una moto deslizadora.

Todo a su alrededor muchos noghri armados estaban saliendo de las casas en respuesta a la alarma de Cakhmaim.

—¿Por dónde se fue? —preguntó Leia, atravesando la colonia. A ambos lados, los noghri iban poniéndose en posiciones de escolta; adelante, a través de los árboles, ella podía vislumbrar el humo que se dispersaba. Estirándose a través de la Fuerza, les envió una sensación de seguridad a sus hijos.

Cakhmaim trinó de nuevo, le contestaron cuando alcanzaron el borde de la colonia.

—Desconocido —le informó—. No pudieron ver su partida.

La mayoría del humo se había disipado cuando alcanzaron el claro un minuto más tarde. De los nueve noghri que Leia había dejado allí, quedaban seis, apretados en un estrecho círculo defensivo alrededor de los niños.

—Jaina, Anakin —jadeó ella, dejándose caer sobre una rodilla a su lado y dándoles a cada uno un abrazo rápido pero apretado. No tenía ninguna necesidad de preguntarles si estaban bien, sus sentidos Jedi ya le habían confirmado eso—. Khabarakh, ¿qué pasó?

—Él nos sorprendió, Lady Vader —dijo el noghri, con la cara de agonía silenciosa de un guerrero que ha fallado en su deber—. Entró caminando casualmente al claro y dejó caer su herramienta de excavación al suelo entre nosotros. Parte del asa era una granada de humo enmascarada, que explotó con el impacto. Pudimos oírlo cuando activó una de las motos deslizadoras, pero yo no permití que nadie intentara buscarlo en el humo. ¿Debí haber actuado de otra forma?

—No —dijo firmemente Cakhmaim—. La máquina no es de ninguna importancia. Sólo la seguridad de los primeroshijos de Lady Vader es importante. Tu honor no está comprometido, Khabarakh del clan Kihm'bar.

Jaina tiró de la manga de Leia.

—¿Por qué corrió, Madre? ¿Estaba asustado de los noghri?

—En cierto modo sí, cariño —dijo Leia severamente. De repente, con la clara visión retrospectiva, todo el engaño fue obvio. Sacando las datacards del devaroniano de su bolsa de cadera, las abrió en abanico en sus manos.

Todas ellas, como ya había notado, tenían los bordes sucios. En una, sin embargo, sólo los bordes estaban sucios.

—¿Lady Vader?

Leia se volvió. De los matorrales al borde del claro, dos noghri estaban ayudando a un Trespeó de aspecto aturdido.

—Oh, cielos —exclamó el droide—. Debo haber dado un mal paso.

—¡Trespeó! —chilló Anakin, pasando agachado entre su madre y Cakhmaim y corriendo para ayudar—. ¿Estás bien?

Trespeó se examinó brevemente los brazos.

—Parece que no estoy dañado, Amo Anakin, gracias —le aseguró al niño.

—Tenemos que encontrarlo —dijo Leia, volviéndose otra vez hacia Cakhmaim y Khabarakh y sosteniendo la datacard limpia—. Todavía tiene una de las datacards que encontró en la montaña.

—Mandaré más buscadores —dijo Cakhmaim, sacando un comunicador—. Quizás también pueda arreglar una sorpresa inesperada para nuestro ladrón.

—¿Su Alteza? —llamó Trespeó—. No sé si esto tiene alguna utilidad… o si ya lo sabe… pero antes de que tropezara y me cayera…

—Habla rápido —exclamó Cakhmaim.

Trespeó se volvió atrás ligeramente.

—Observé a la moto deslizadora robada irse en esa dirección. —Y señaló.

—Sí claro —dijo Anakin—. ¡Trespeó estaba afuera del humo!

—Se dirige al lado norte del Monte Tantiss —dijo Cakhmaim decididamente—. Indudablemente adonde se localiza su nave. Khabarakh, tu grupo tomará los aerodeslizadores y las motos deslizadoras restantes y lo seguirá. Yo llevaré a Lady Vader y a sus primeroshijos de regreso a la colonia.

—Sólo a los niños, Cakhmaim —lo corrigió Leia, dirigiéndose hacia uno de los aerodeslizadores—. Yo voy con Khabarakh.

Treinta segundos más tarde el grupo estaba en el aire.

—¿Tenemos alguna idea de dónde podría estar su nave? —preguntó Leia mientras los vehículos atravesaban el terreno.

—Los Myneyrshi lo sabrán —dijo Khabarakh—. Vigilan todos los movimientos cerca de la montaña prohibida. Quizás ésa es la sorpresa que Cakhmaim mencionó.

Leia sacó un juego de macrobinoculares del compartimiento de almacenamiento del aerodeslizador, y por unos minutos examinó el bosque por debajo y delante de ellos. Nada.

—Probablemente está justo abajo al nivel del suelo —dijo.

—Eso lo retrasará —dijo Khabarakh—. Aunque si no podemos localizar su nave, probablemente podrá despegar antes de que lo localicemos.

Y a menos que los aerodeslizadores de los noghri tuvieran la suerte de estar justo encima de él en ese momento, el devaroniano estaría fuera de su rango de tiro en cuestión

de segundos. Apretando más la cara contra los macrobinoculares, Leia se estiró tan fuerte como pudo a través de la Fuerza, intentando localizar la presencia de Lak Jit.

No había nada que ella pudiera descubrir en el bosque delante de ellos. Pero cuando intentó enfocar sus pensamientos más fuerte, captó un parpadeo de algo más en la cercanía. Algo inesperado, aunque definitivamente familiar, y acercándose directamente. Bajando los macrobinoculares, entrecerró los ojos e intentó enfocarse en la sensación.

—¡Agárrense! —exclamó Khabarakh, y el aerodeslizador dobló abruptamente a la izquierda.

Leia buscó de donde agarrarse, y casi se le resbalan los macrobinoculares. Por delante y debajo de ellos, un viejo carguero Gymsnor-2 había aparecido sobre los árboles. Entrecerró los ojos de nuevo, se estiró hacia el carguero y finalmente captó la presencia del devaroniano.

—Es él —confirmó—. ¿Podemos detenerlo?

—Lo intentaremos —dijo Khabarakh.

Leia hizo una mueca.

Hazlo, o no lo hagas. No hay ningún intento. Luke le había citado una y otra vez ese aforismo Jedi durante su entrenamiento.

Y se estaba volviendo rápidamente claro que aquí tampoco, no habría ningún intento. Incluso con los aerodeslizadores corriendo a toda velocidad, el Gymsnor estaba firmemente apartándose de sus perseguidores. Delante de él, no había nada: ni naves, ni colinas, ni obstáculos de ninguna clase, nada que lo retrasara. Ya estaba por encima del límite de altitud de las motos deslizadoras; unos minutos más y también dejaría atrás a los aerodeslizadores.

Hubo un súbito maullido ronco de palabras noghri en el altavoz del comunicador. Khabarakh contestó; y abruptamente los deslizadores aéreos bajaron la velocidad. Leia se giró hacia él, abriendo la boca para preguntar por qué estaban abandonando la persecución…

Y con un rugido terrorífico, una nave espacial pasó disparada más allá de ellos a su derecha, dirigiéndose directamente hacia el Gymsnor.

—¡Khabarakh! —exclamó Leia, haciendo una mueca de dolor cuando el aerodeslizador se tambaleó en la estela de la otra nave.

—Está bien, Lady Vader —le aseguró Khabarakh—. Es un aliado.

—¿Un aliado? —repitió Leia, frunciéndole el ceño al recién llegado. Un carguero pesado Acción VI Corelliano, por el aspecto. Casi cuatro veces más grande que la nave de Lak Jit para empezar; y a juzgar por la forma en la que se estaba acercando al devaroniano, había sido sometido a una sustancial mejora en los motores.

Lak Jit había llegado al parecer a una conclusión similar. Girando abruptamente a la derecha, se zambulló abajo hacia los árboles y entonces dio un giro cerrado hacia arriba y alrededor, poniéndose en un nuevo vector y tratando mucho de arañar hacia el espacio.

Era una maniobra que Leia había visto usar una y otra vez en la guerra contra el Imperio, y era una que casi siempre funcionaba contra un perseguidor más grande y

torpe. Pero en este caso, no lo hizo. Casi antes de que Lak Jit siquiera hubiera empezado a girar, el Acción VI ya se estaba moviendo para contrarrestar; y para cuando el Gymsnor se había enderezado, la nave más grande volvía a estar encima de ella, forzándola a abandonar su ascensión o arriesgarse a una colisión en medio del aire. Lenta pero inexorablemente, el devaroniano fue forzado a bajar.

—Bien hecho —dijo Khabarakh.

—Sí —murmuró Leia… y finalmente entendió la rara sensación que había sentido hace unos minutos—. Así que ésta es la sorpresa que Cakhmaim prometió.

—Sí —dijo Khabarakh—. El *Salvaje Karrde*, con sus aliados Talon Karrde y Mara Jade a bordo. —Él la miró, casi furtivamente—. ¿Confío en que no esté disgustada?

Leia esbozó una apretada sonrisa. Talon Karrde: el cortés jefe contrabandista, una vez aliado de la Nueva República, considerado poco fiable por la mayor parte del Alto Consejo. Mara Jade: ex-agente del Emperador, segunda al mando de Karrde, y aparte de la misma Leia, el primer intento de Luke de enseñar los caminos de la Fuerza. También considerada poco fiable.

—No, Khabarakh, no estoy disgustada en absoluto —le aseguró Leia—. Como los noghri, yo también recuerdo el pasado.

• • •

El Gymsnor estaba achaparrado en el claro, torcido ligeramente a un lado sobre un patín de aterrizaje abollado, con la escotilla abierta y rodeada por un grupo de noghri.

—No hubiera creído que se pudiera forzar a bajar una nave así —comentó Leia, pasando un ojo crítico por el carguero—. No sin arruinar la mitad en el proceso.

A su lado, Talon Karrde se encogió de hombros modestamente.

—Cakhmaim dijo «relativamente ilesa» —le contó—. Intentamos cumplirlo.

—Y generalmente tienes éxito —convino Leia. Un par de noghri aparecieron en la escotilla, conversaron brevemente con los demás que estaban de guardia afuera, y volvieron a desaparecer adentro—. Me alegra que estuvieras por casualidad en Wayland. ¿De cualquier modo, qué estás haciendo aquí?

—Visita de negocios —le contó Karrde—. He estado experimentando con contratar noghri para ayudar a proteger a mi gente de contacto en algunas de las partes más peligrosas o desabridas de la galaxia.

Leia frunció el ceño.

—No había oído nada de esto.

—Lo hemos estado manteniendo en secreto —dijo Karrde—. En estos días yo no soy precisamente bienvenido en Coruscant; y dados tus lazos íntimos con los noghri, no queríamos que tu reputación e influencia resultaran dañadas por asociación.

—Aprecio tu preocupación —dijo Leia—. Pero yo puedo cuidar de mi propia reputación, gracias. Y en lo que concierne a la hospitalidad de la Nueva República,

todavía quedamos unos cuantos que no nos hemos olvidado de tu parte en detener al Gran Almirante Thrawn.

—No creo que ninguno de los Altos Consejeros o Senadores se haya realmente olvidado —contrapuso Karrde con un atípico toque de amargura rezumando en su voz y su humor—. La cuestión es que la mayoría de ellos repudiaba la ayuda de mi organización incluso en el momento en que estábamos brindándola.

Leia lo miró, notando la dureza en su cara y el filo igualmente duro de sus emociones. Ella sabía que los lazos oficiales entre los amigos contrabandistas de Karrde y la Nueva República se habían distanciado en los últimos años, pero no había notado que él lo sintiera tanto.

—Lo siento —fue todo lo que pudo pensar en decir—. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

Él rechazó la oferta con un gesto, y cuando lo hizo la amargura se desvaneció en una especie de resignación forzada.

—No lo intentes —dijo—. Los contrabandistas son parte del bajo mundo, igual que los mercenarios, timadores y piratas. Intenta defendernos, y todo lo que lograrás será embarrarte junto a nosotros.

—Como ya te lo he dicho, mi reputación es de mi propia incumbencia.

—Además —continuó Karrde en voz baja—, atraer cualquier atención hacia mí a estas alturas también pondría a los noghri en peligro. ¿O no crees que algunos en el Alto Consejo considerarían que ser contratados por un contrabandista sea una actividad inaceptable?

Leia hizo una mueca. Pero él tenía razón, y con los noghri todavía bajo su auto-impuesta nube de penitencia por sus años al servicio del Imperio, los dinastas de los clanes serían sumamente sensibles a esos cargos.

—Lo siento —repitió ella.

—No lo hagas —le aconsejó Karrde—. Si la Nueva República no me necesita, yo ciertamente tampoco la necesito. Ah… aquí vamos.

Leia miró otra vez al carguero. Un nuevo grupo había salido del escotillón: tres noghri, un Lak Jit de aspecto triste, y Mara Jade, con su cabello rojo-dorado brillando a la luz del sol. En su mano había una datacard polvorienta.

—A propósito, ¿qué pasó con la compañía comercial independiente de Mara? —preguntó Leia—. Oí que había fracasado, pero nunca oí por qué.

—No fracasó; sólo fue cerrada —dijo Karrde—. En realidad, nunca fue pensada como algo permanente… yo quería que ella tuviera un poco de experiencia administrando directamente una pequeña compañía, así que le preparamos una. Todo parte del proceso de prepararla para tomar mi organización algún día.

El grupo cruzó el claro hasta donde Karrde y Leia esperaban. Sin sorprender a Leia en lo más mínimo, el devaroniano tuvo la primera palabra.

—Protesto vehementemente por este tratamiento —dijo entre dientes, con los ojos y cuernos brillando de furia—. No he cometido ningún crimen que le permita, Consejera

Organa Solo, abrir fuego sobre mí y causar daño a mi nave. Esté segura de que mandaré mis quejas formales al Alto Consejo y Senado de la Nueva República, a la Asamblea del Sector Ojoster, al Gremio de Comerciantes Corellianos…

—¿Y a tu patrón, Talon Karrde? —sugirió Karrde con ligereza.

—Ciertamente: y a Talon Karrde —convino Lak Jit—. Demando la inmediata devolución de mi propiedad…

Se interrumpió cuando sus ojos se fijaron en Karrde por primera vez. Leia se estiró con la Fuerza, y captó el súbito y sobresaltado estallido de reconocimiento.

—*¿Tú eres…*?

—Sí —confirmó Karrde con voz repentinamente fría. Alargó la mano, y Mara le puso la datacard en ella—. Cuéntame, ¿A dónde ibas a llevar esto?

—Iba a llevártelo a ti, por supuesto —dijo Lak Jit.

Leia miró a Mara, parada un poco detrás del devaroniano, con la mano descansando casualmente en el sable de luz enganchado a su cinturón. La otra mujer devolvió la mirada de Leia, con una astuta y ligeramente cínica media sonrisa en la cara. Claramente, las dos habían captado el temblor en los pensamientos de Lak Jit. Mara volvió los ojos a Karrde, e inclinó la cabeza parcialmente a la izquierda.

—Ésa es la mentira número uno, Lak Jit —le dijo Karrde al devaroniano, alzando un dedo—. Una más, y le informaré al Gremio de Comerciantes Corellianos de que estás usando su nombre ilegalmente. —La temperatura de su voz cayó todavía más—. La tercera mentira te mete en problemas conmigo. Ahora. ¿Adónde ibas?

El devaroniano pareció encogerse.

—A vender la datacard —murmuró—. A quienes pagarían más. —Miró furtivamente a Leia—. Mucho más de lo que pagaría ella.

—¿Y quiénes son estas generosas personas? —preguntó Karrde.

Lak Jit sacudió los cuernos a la izquierda, entonces a la derecha: el equivalente devaroniano a un encogimiento de hombros.

—Lo sabrás tan pronto como la leas. Ten cuidado cuando lo hagas… yo casi destruí mi datapad intentándolo. Está sumamente sucia.

—Sí, lo noté. —Karrde miró a Mara—. ¿Has revisado toda su nave?

—Los noghri todavía están investigando, pero ésta es definitivamente la tarjeta —dijo Mara.

—Está bien. —Karrde volvió a mirar al devaroniano—. En cuanto terminen, puedes irte. Dependiendo de lo que encontremos en la datacard, puedes seguir o no asociado con mi organización. Tu contacto habitual te lo hará saber.

Lak Jit se inclinó ceremoniosamente.

—Como siempre, un amo de lo más generoso —dijo, sin suficiente sarcasmo en su tono para que fuera ofensivo. Miró a Leia—. Hubo, creo yo, ¿una mención a una seña de quinientos en dinero?

Leia y Karrde intercambiaron miradas incrédulas.

—Creo que cualquier reclamo sobre eso caducó en el momento en que les arrojaste una granada de humo a mis hijos —le dijo al devaroniano—. Todavía te pagaremos cualquier cosa que decidamos que valen estas datacards, pero ahora tendrás que esperar.

—Pueden pagarte —se enmendó Karrde—. Yo puedo considerar ese pago como mi cuota para conservar tu puesto.

Lak Jit esbozó una delgada sonrisa.

—Como dije, un amo de lo más generoso.

—Sólo agradece que no intentaste esto con un hutt —contrapuso Karrde—. Vete.

El devaroniano se inclinó de nuevo y se encaminó de vuelta hacia su nave, los tres noghri lo siguieron.

—Esto es tuyo, creo —dijo Karrde, dándole la datacard a Leia—. Tenemos medios para limpiarla a bordo del *Salvaje Karrde* si quieres servirte de ellos.

—¿Lo que te dará la oportunidad de leerlo sobre mi hombro? —sugirió secamente Leia.

Karrde sonrió.

—Podríamos considerarlo como mi cuota. ¿A menos que no creas que nos lo hemos ganado?

Leia agitó la cabeza en divertida resignación.

—A veces me olvido de cómo es tratar contigo, Karrde. Después de ti.

• • •

La última página legible desfiló por segunda vez por la pantalla, seguida de los bits esparcidos al azar y los espacios en blanco de las secciones arruinadas de la datacard. Cuidadosamente, Leia apoyó la datapad en una esquina del escritorio de Karrde, sintiendo el corazón golpeándole en la garganta. De repente la oficina privada que había parecido tan cómoda y cálida sólo minutos antes, se sentía muy fría.

Un movimiento captó su mirada cuando miró a la distancia: Karrde, ahora sentado en la silla de respaldo alto al otro lado del escritorio, se extendió para tomar la datapad.

—Bueno —dijo sobriamente cuando giró el dispositivo hacia él—. Por lo menos ahora sabemos por qué nuestro amigo bothan Fey'lya estaba tan ansioso de que el Monte Tantiss fuera completamente destruido.

Leia asintió silenciosamente, con esa escena de hacía diez años volviéndole a la mente. El Consejero Borsk Fey'lya, parado fuera del *Salvaje Karrde* en la Ciudad Imperial en Coruscant, casi suplicándole a Karrde que llevara a Leia a Wayland para ayudar a Han y a los demás a destruir el almacén del Emperador en el Monte Tantiss. Advirtiendo oscuramente que había cosas en ese almacén, que si se encontraban, podrían traerle la ruina al pueblo bothan y a la galaxia.

Lak Jit las había encontrado. Y Fey'lya había tenido razón.

—No creo que haya ninguna posibilidad de que el registro sea una falsificación —dijo Karrde, con la mirada pensativa en la datapad—. Algo que el Emperador pudiera haber creado con el objetivo de usarlo algún día para chantajear a los bothans.

—Lo dudo —dijo Leia—. La biblioteca real en Alderaan tenía mucha información sobre el ataque que calcinó a Caamas. Los detalles nunca se hicieron de conocimiento público.

—Es difícil creer que cualquier cosa sobre Caamas pudiera haberse mantenido en secreto —dijo Karrde—. El ultraje que hubo en ese momento fue muy extendido. Peor incluso que cuando tu propio Alderaan fue destruido.

Leia asintió mecánicamente, el ojo de su mente empujado de mala gana a recordar las horrorosas holo imágenes que había visto cuando era niña en los archivos históricos. La destrucción de Caamas había ocurrido antes de su tiempo, pero las imágenes eran tan vívidas como si ella hubiera atestiguado las consecuencias del evento en persona.

El ataque había sido súbito y total, con un ensañamiento que lo había hecho destacarse incluso contra la extensa devastación de las Guerras Clónicas que lo habían precedido. Quizás eso fue lo que los atacantes habían esperado, que la población cansada de la guerra estaría tan emocionalmente agotada para siquiera darse cuenta y que mucho menos le importaría el destino de un solo mundo.

Pero si ésa era de hecho su estrategia, resultó ser un serio error de cálculos. Los caamasi habían sido un buen y noble pueblo, con una inclinación artística y una tranquila sabiduría que les habían ganado un profundo respeto incluso entre sus adversarios. Su firme creencia en la paz a través de la fuerza moral había sido una fuerte influencia en las filosofías políticas de muchos mundos, incluido Alderaan, mientras que su firme apoyo a los principios de la Antigua República los había vuelto un punto de reunión para todos esos partidarios durante los caos políticos de esa era.

Todavía no se sabía quiénes habían sido los atacantes que habían salido de ninguna parte para sistemática y despiadadamente calcinar todo el planeta. Ninguno de los oponentes políticos de los caamasi había aceptado el crédito… de hecho, todos ellos se habían unido a la condena universal, por lo menos verbalmente… y los registros de la batalla caamasi sobrevivientes estaban demasiado dañados para ser usados en la identificación.

Pero con el datacard de Lak Jit, ahora se había resuelto por lo menos una de las piezas del rompecabezas.

—Eran un pueblo amado casi universalmente —suspiró Leia, volviendo su atención al presente—. Todavía lo son, los pocos que quedan. —Reprimió las lágrimas—. No creo que lo sepas, pero había un gran grupo de refugiados caamasi en Alderaan mientras yo crecía, viviendo en secreto en las Islas del Sur bajo la protección de mi padre. Tenían la esperanza de que algún día, cuando se hubieran fortalecido lo suficiente, regresarían a Camaas e intentarían reconstruirlo.

—Interesante —murmuró Karrde, acariciándose ausentemente la barba—. En realidad, sabía sobre ese grupo… yo solía contrabandear los comestibles y medicinas que

necesitaban y que estaban en la lista de importaciones prohibidas de Alderaan. Siempre me pregunté por qué su gente de aduanas nunca pareció notarme.

—Mi padre no quería que nada oficial apareciera en ningún registro de importaciones —dijo Leia—. Siempre sospeché que Palpatine estuvo involucrado en la destrucción de Caamas, directamente o a través de intermediarios, sobre todo cuando se volvió claro en qué dirección Palpatine estaba intentando retorcer a la República. Los caamasi nunca lo habrían apoyado, y hubieran sido mucho más rápidos en reconocer y responder a la amenaza que lo que nosotros en Alderaan lo fuimos.

—Por lo tanto, debían ser eliminados —dijo pesadamente Karrde—. Como lo dices, obvio en retrospectiva. —Señaló hacia el datapad—. Pero yo nunca hubiera supuesto que hubiese bothans involucrados.

—Va a sorprender a todos —dijo Leia, haciendo una mueca de dolor—. Y no podría haber venido en un peor momento. Con las tensiones y disputas que están brotando por toda la Nueva República, no estoy nada segura de que estemos en forma de tratar racionalmente con algo así.

Hubo un cosquilleo de presencia desde afuera de la oficina, y ella se volvió cuando la puerta se abrió deslizándose.

—El aviso está enviado —dijo Mara, entrando a la oficina y sentándose junto a Leia—. A todas nuestras naves y estaciones de tierra, y también le corrí la voz a la gente de Mazzic y Clyngunn. Si Lak Jit se acerca a cualquiera de ellas, lo tendremos. —Señaló con la cabeza al datapad—. ¿Había algo más en la datacard?

—Nada legible —contestó Leia—. Quizá los técnicos en Coruscant puedan interpretar algo más. Aunque yo lo dudo.

—Acabábamos de intercambiar retazos de información acerca de Caamas y sus consecuencias —dijo Karrde—. No tendrías algo que agregar, ¿verdad?

Mara le dio una mirada indiferente.

—¿Quieres decir algo como los nombres y clanes de los bothans que sabotearon los generadores del escudo planetario de Caamas?

—Eso sería un buen comienzo —convino él.

Mara resopló suavemente.

—Apostaría a que sí. Desafortunadamente, no sé nada más de lo que hay en esa datacard. Menos, en realidad, ya que yo no sabía que hubiera bothans involucrados. No te olvides, de que Caamas ya se había ido hace mucho tiempo cuando el Emperador me encontró y me entrenó para ser su Mano.

—¿Él nunca mencionó el ataque? —preguntó Leia—. ¿Presumiendo o jactándose de eso? ¿Nada?

Mara agitó la cabeza.

—No conmigo. La única vez que él mencionó a los caamasi fue una vez cuando estaba convencido que ellos estaban agitando a Bail Organa contra él y estaba pensando en enviarme para que hiciera algo al respecto. Pero entonces cambió de idea.

Leia sintió su corazón apretándose en su interior.

—Debe haber decidido que tenía algo mejor que usar como objeto de la lección. La Estrella de la Muerte.

Por un largo minuto nadie habló. Entonces Karrde se revolvió.

—¿Qué vas a hacer con la datacard? —preguntó.

Con esfuerzo, Leia reprimió los recuerdos de su hogar destruido y de su familia y amigos perdidos.

—No tengo ninguna opción —contestó—. Lak Jit ya la ha leído, y él seguro que pasará la historia, por rencor si no tiene una razón mejor. Todo lo que yo puedo hacer es intentar avisar a Coruscant antes de que eso suceda. Por lo menos darle al Alto Consejo algún tiempo para prepararse para el alboroto.

Karrde miró a Mara.

—¿Cómo va nuestro programa de trabajo?

—Ocupado —dijo ella—. Pero tenemos tiempo para llevarla primero.

—Si es que te gustaría un viaje, claro —dijo Karrde, volviéndose hacia Leia—. Aunque con Solo y el wookiee de viaje a alguna parte en el *Halcón* supongo que realmente no tienes muchas opciones.

Leia hizo una cara.

—¿Fui yo la última en el planeta en enterarse de que Han se había ido?

Karrde sonrió.

—Probablemente. Pero como ya sabes, la información es mi trabajo.

—Recuerdo cuando también solía ser el mío —dijo Leia con un suspiro—. Sí, agradecería un viaje. ¿Tienes lugar para mis hijos y el equipo de Khabarakh?

—Estoy seguro de que entrarán si se aprietan un poquito —le aseguró Karrde, alcanzando el comunicador por sobre su escritorio—. ¿Dankin? Prepáranos para volar. Recogeremos a los hijos y a la guardia de honor de la Consejera Organa Solo en la colonia noghri del Monte Tantiss y después nos vamos.

Recibió un asentimiento y lo apagó.

—Cakhmaim dijo que Lak Jit encontró seis datacards —dijo, mirando con atención a Leia—. ¿Había algo de esta magnitud en alguna de las otras?

—Había una que podría serlo —dijo Leia mecánicamente, con una súbita idea aguijoneándola como un cuchillo. Mara Jade, había sido una vez una poderosa agente secreta del Emperador… conocida sólo como la Mano del Emperador.

Se volvió para mirar a Mara y encontró a esos brillantes ojos verdes devolviéndole la mirada con igual intensidad. *La Mano del Emperador. La Mano de Thrawn*.

Un recuerdo se le apareció: hace diez años, poco después del nacimiento de Jacen y Jaina, las dos mujeres se enfrentaron en una pequeña sala en el Palacio Imperial. Leia, mirando fijamente a esos mismos ojos verdes cuando Mara serenamente anunció su intención de matar al hermano de Leia, Luke.

Incluso entonces, ella había reconocido las habilidades de Mara en la Fuerza. Ahora, con la práctica y algo del entrenamiento del mismo Luke, esos poderes estaban más aún en evidencia. Podía sentir los pensamientos de Mara sondeando los de ella, probando su

mente e intentando discernir que era lo que estaba preocupándola de repente. Y se le ocurrió… o quizás le fue sugerido sin palabras… que Mara con sus únicos antecedentes imperiales ya podría saber quién o qué era lo que se llamaba la Mano de Thrawn.

Pero no podía preguntarle. No ahora. Consideraba amigos a Mara y a Karrde; pero esto era algo que el Alto Consejo de la Nueva República debía oír primero.

—No puedo decir nada sobre eso —les contó—. Todavía no.

—Entiendo —dijo Karrde, con la mirada moviéndose pensativamente entre las dos mujeres. Él sabía que estaba pasando algo por debajo de la superficie, pero era demasiado cortés como para presionar. Además, podría averiguarlo más tarde por Mara, de cualquier forma—. No hace daño preguntar.

Él bajó los ojos al datapad.

—Se me ocurre, sin embargo, que podríamos estar preocupándonos más de lo necesario por todo este asunto de Caamas. Eso fue hace mucho tiempo, y podría ser que ya a nadie le importe de quién fue la culpa.

Leia agitó la cabeza.

—No me lo creo ni por un momento.

—Yo tampoco —dijo Mara.

Karrde hizo una mueca.

—No. Yo tampoco.

CAPÍTULO 4

Les explicó todo, en completos y dolorosos detalles. Y para cuando terminó, estaban, como lo había esperado, ultrajados.

—Debe estar bromeando, Almirante Pellaeon —dijo el Moff Andray con voz helada.

—Estoy de acuerdo —dijo el Moff Bemos, tocándose el gigantesco anillo de codoran que tenía en el dedo—. Somos el Imperio, Almirante. El Imperio nunca se rinde.

—Entonces el Imperio se muere —dijo bruscamente Pellaeon—. Lo siento, Sus Excelencias, pero ésa es la última línea de todo esto. El Imperio está vencido. Con un tratado de paz negociado, por lo menos podremos…

—Ya he oído suficiente —riñó el Moff Hort, recogiendo sus datacards de la mesa con un grandioso gesto de la mano y apartando su silla—. Tengo asuntos importantes esperándome en mi sector.

—Igual que yo —se le unió el Moff Quillan, poniéndose de pie con él—. Si me lo preguntan, un hombre así no tiene nada que hacer liderando nuestras fuerzas militares…

—Siéntense —ordenó una voz baja—. Los dos.

Pellaeon se enfocó en el hombre que había hablado, sentado en lo que para él era el extremo lejano de la mesa. Era bajo y delgado, con cabello plateado y recedido, penetrantes ojos azules con ribetes amarillos, y manos como garras que eran mucho más fuertes de lo que aparentaban. Su cara estaba arrugada por la edad y la amargura, su boca retorcida de crueldad y ambición latente.

Era el Moff Disra. El administrador principal del sector Braxant, gobernante del nuevo planeta capital imperial, de nombre-código Bastión, y su anfitrión aquí en la sala de conferencias de su palacio. Y de todos los ocho Moffs que quedaban, en el que Pellaeon confiaba menos.

Quilan y Hort también se quedaron mirando a Disra, su intento de gran salida de repente vacilando en la incertidumbre. Hort hizo como si fuera a hablar; entonces, silenciosamente, los dos reasumieron sus asientos.

—Gracias. —Disra volvió la mirada a Pellaeon—. Por favor continúe, Almirante.

—Gracias, Su Excelencia. —Pellaeon echó una mirada alrededor de la mesa—. No culpo a ninguno de ustedes por estar disgustado con mi recomendación. No la hago a la ligera. Pero no veo ningún otro camino. Teniendo un tratado, podemos por lo menos mantener el territorio que todavía tenemos. Sin uno, seremos seguramente destruidos.

—¿Cree que de hecho podremos mantener nuestro territorio? —preguntó el Moff Edan—. La Nueva República ha perpetuado la mentira de que gobernamos por el terror y la fuerza. ¿No insistirán en nuestra destrucción, *con o sin tratado*?

—No lo creo —dijo Pellaeon—. Creo que podremos convencer incluso a los más rabiosos de ellos que los mundos actualmente bajo el régimen imperial permanecen con nosotros por su propia elección.

—No todos lo hacen —retumbó el Moff Sander—. Algunos en mi sector se irían en un momento si se les da la opción.

—Ciertamente, perderemos algunos sistemas —dijo Pellaeon—. Pero del lado opuesto, hay indudablemente sistemas actualmente dentro de las fronteras de la Nueva República cuyos habitantes preferirían vivir bajo la ley imperial si se les da esa misma opción. Como están las cosas, no hay nada que podamos hacer por esos sistemas… no tenemos las naves ni el personal necesario para defenderlos, ni podríamos mantener rutas de suministros hasta ellos. Pero bajo un tratado de paz tales sistemas podrían ser invitados a re-unirse.

Quillan resopló por lo bajo.

—Ridículo. ¿Realmente cree que la Nueva República simplemente dejaría volver dócilmente a sus sistemas robados?

—Al contrario, Quillan: no tendrían ninguna opción en el asunto —agregó secamente el Moff Vered—. La única base de su autoridad es que los sistemas de la Nueva República aceptan su autoridad de buena gana. ¿Cómo podrían darse la vuelta entonces y prohibirles a los sistemas que renuncien a esa autoridad?

—Exactamente —dijo Pellaeon, asintiendo con la cabeza—. Especialmente con todos los pequeños conflictos que se han desatado recientemente. Si le prohíben a los sistemas abandonar la Nueva República nos darían un arma de propaganda mayúscula. El incidente de Almania sigue ciertamente lo suficientemente fresco en sus mentes.

—Sin embargo, si las cosas están tan inestables allí, ¿por qué necesitamos hacer algo en absoluto? —sugirió Bemos—. Si esperamos, hay una buena oportunidad de que la Nueva República se desintegre por sí misma.

—Yo diría que es más que probable —dijo Andrey—. Ésa fue toda la base filosófica del Nuevo Orden del Emperador en primer lugar. Sólo él de todos en el Senado Imperial, entendió que tantas especies y culturas diversas nunca podrían vivir juntas sin una mano fuerte que las gobernase.

—Estoy de acuerdo —dijo Pellaeon—. Pero a estas alturas la discusión no es pertinente. La auto-aniquilación de la Nueva República podría demorar décadas; y mucho antes de que se destruyan a sí mismos se habrían asegurado de pulverizar a todos los remanentes del Imperio. —Alzó las cejas—. Todos nosotros, no hace falta decirlo, estaríamos muertos. Muertos en batalla, o si no ejecutados bajo su concepto actual de justicia.

—Después de ser exhibidos como trofeos de guerra ante las muchedumbres de ovacionantes subhumanos —murmuró Sander—. Probablemente desnudos y estaqueados…

—No hay necesidad de ser tan gráfico, Sander —gruñó Hort, lanzándole una mirada intensa al otro Moff.

—El punto necesita ser expuesto —contrapuso Sander—. El Almirante tiene razón: éste es precisamente el momento justo para abrir las negociaciones. Mientras puedan ser persuadidos de que el cese de las hostilidades es lo mejor para sus intereses.

El debate continuó durante otra hora. Al final, mostrando la misma profunda renuencia que el mismo Pellaeon sentía, estuvieron de acuerdo.

• • •

El único guardia apostado delante de las ornamentadas puertas dobles que llevaban a la oficina privada del Moff Disra era alto, joven, y de constitución fuerte… la exacta antítesis, pensó Pellaeon irreverentemente mientras se le aproximaba, del propio Disra.

—Almirante Pellaeon —se identificó—. Deseo ver al Moff Disra.

—Su Excelencia no dejó ningún mensaje…

—Hay holocámaras de vigilancia por todo este corredor —lo interrumpió bruscamente Pellaeon—. Él sabe que estoy aquí. Abra las puertas.

El labio del guardia se crispó.

—Sí, Almirante —dio dos pasos al costado; y cuando lo hizo, las puertas dobles se abrieron ponderosamente.

La habitación estaba tan completamente ornamentada como las puertas que la sellaban, con el tipo de lujo que Pellaeon no había visto en el palacio de un Moff desde el apogeo de poder del Imperio. Disra estaba sentado en un vítreo escritorio blanco en el centro de la habitación, un jovencito ayudante militar con cabello oscuro y corto y que llevaba una insignia de mayor estaba de pie detrás de él. El ayudante tenía un puñado de datacards en la mano; al parecer, o acababa de llegar o había estado preparándose para partir.

—Ah… Almirante Pellaeon —saludó Disra, haciéndole señas de que se acerque—. Pase. Había pensado que estaría ocupado organizando su envío de paz.

—Tenemos tiempo —dijo Pellaeon, mirando alrededor de la habitación mientras caminaba hacia el escritorio, sumando mentalmente los valores de los muchos muebles—. Según nuestros reportes de Inteligencia, el General Bel Iblis no llegará a la base de cazas estelares de Morishim por otras dos semanas.

—Por supuesto —dijo sarcásticamente Disra—. ¿Rendirse a Bel Iblis es por alguna razón más apetecible para usted que humillarse ante cualquier otro de esos canallas?

—Sí, tengo un cierto respeto por el General Bel Iblis —dijo Pellaeon, deteniéndose a un metro del escritorio. Era de coral ivrooy cultivado, notó; por el color, probablemente de origen pre-Guerras Clónicas. Muy caro—. Usted parece bastante disgustado por la perspectiva de paz.

—No le tengo aversión a la paz —contrapuso Disra—. Es la idea de rebajarnos la que me revuelve el estómago.

El ayudante se aclaró la garganta.

—Con su permiso, Su Excelencia —murmuró, apoyando su pila de datacards en el escritorio y volviéndose para irse.

—No, quédese, Mayor —dijo Disra, alzando una mano para detenerlo—. Me gustaría que oyera esto. Conoce usted a mi ayudante, Almirante, ¿no? El Mayor Grodin Tierce.

La esquina de la boca de Tierce podría haberse crispado. Pellaeon no pudo estar seguro.

—No creo que hayamos sido presentados —dijo, con una educada inclinación de cabeza hacia el mayor.

—Ah. Mi error —dijo Disra—. Está bien. ¿Estábamos discutiendo la capitulación, creo yo?

Pellaeon volvió a mirar a Tierce. Pero después de esa posible crispación la cara del mayor se había vuelto impasible, sin dar ninguna pista de sus pensamientos.

—Todavía estoy abierto a las sugerencias, Su Excelencia.

—Ya conoce mis sugerencias, Almirante —dijo entre dientes Disra—. Enviar equipos que ayuden a fomentar la marea creciente de conflictos interplanetarios e intersectoriales dentro de la Nueva República. Usar este escudo invisible de usted para plantar fuerzas a donde más puedan aprovecharse de tales disputas. Para expandir nuestras fuerzas militares dondequiera y comosea que podamos, usando cualquier medio a nuestra disposición.

Pellaeon sintió que su labio se torcía. Habían pasado por lo mismo una y otra vez.

—Somos la Flota Imperial —le contestó tiesamente a Disra—. No contratamos mercenarios y bandas pirata del bajo mundo para luchar nuestras batallas por nosotros.

—Le sugiero que relea su historia, Almirante —respondió el fuego Disra—. El Imperio siempre ha hecho uso de tal escoria. Los Moffs los han contratado, así como los Grandes Moffs… incluso el mismo Lord Darth Vader, cuando convenía a sus propósitos. Y así lo han hecho los oficiales de alto rango de su preciosa y honradísima Flota. No se haga el santurrón conmigo. —Golpeteó los dedos con impaciencia—. Estoy bastante ocupado, Almirante, y usted tiene una humillación para la que prepararse. ¿Necesita algo más?

—Sí, una o dos cosas —dijo Pellaeon, haciendo un esfuerzo supremo por controlar su temperamento—. Quería hablarle sobre esos Aves de Presa SoroSuub de los que ha estado proveyendo a la Flota.

—Sí —dijo Disra, recostándose en su silla—. Excelentes pequeños cazas estelares, ¿no es así? No son lo mismo que la presencia psicológica de los cazas TIE, quizás, pero perfectamente adecuados a su propio modo.

—Tan adecuados que me pregunté por qué no habíamos visto más de ellos durante los años —dijo Pellaeon—. Así que hice algunas averiguaciones. Resulta que SoroSuub nunca llegó realmente a hacer funcionar el proyecto, pero terminó cerrando la línea después de sólo unos modelos de producción. Lo que lleva a una interesante pregunta: ¿de dónde los está sacando?

—No veo por qué la fuente deba importarle a nadie, Almirante —dijo Disra—. Con tal de que muestren la tradicional calidad de SoroSuub…

—Quiero saber con quién hace negocios el Imperio —interrumpió Pellaeon—. Con quién estoy haciendo negocios yo.

Bajo las cejas plateadas, los ojos de Disra parecieron destellar.

—Un grupo de inversores privados compró la línea de producción de los Aves de Presa y la reinició —gruñó—. Yo tengo un acuerdo comercial con ellos.

—¿Sus nombres y sistemas?

—*Es un grupo de inversores privados* —repitió Disra, enunciando las palabras cuidadosamente como si le estuviera hablando a un niñito.

—*No me importa* —dijo Pellaeon, en el mismo tono—. Quiero sus nombres, sus sistemas natales, y sus conexiones corporativas. Y los medios que está usted usando para financiar este trato.

Disra se levantó.

—¿Está insinuando que hay algo impropio en esto?

—No, por supuesto que no. —Pellaeon recorrió significativamente la habitación con la mirada—. Ciertamente un hombre de sus obvios medios tiene acceso a un gran número de recursos financieros. —Volvió a mirar al Moff—. Yo meramente deseo asegurarme que todo el Imperio esté beneficiándose por el trato.

Casi hubiera preferido que Disra se ofendiera por eso. Pero el Moff meramente sonrió.

—Quédese tranquilo, Almirante —dijo suavemente—. Ciertamente todo el Imperio se beneficiará.

Pellaeon lo miró fijamente, sintiendo un ligero ceño formándose en su frente. Había algo en esa expresión que no le gustó en absoluto. Algo ambicioso, y vagamente siniestro.

—Quiero los nombres de su grupo de inversión.

—Haré que le transmitan la lista al *Quimera* —prometió Disra—. Ahora si me lo permite, el Mayor Tierce y yo tenemos trabajo que hacer.

—Por supuesto —dijo Pellaeon, intentando poner un toque de condescendencia en su voz. El Comandante Supremo de las Fuerzas Imperiales no debía dar la impresión que podía ser despedido sumariamente de esa forma. Ni siquiera por un Moff. No a menos que él mismo eligiera irse—. Buenos días, Su Excelencia.

Se volvió y se dirigió de regreso hacia las dobles puertas. Sí, haría que Inteligencia averiguara los nombres del grupo inversor privado de Disra, sí… pondría al Comandante Dreyf y su equipo inmediatamente a hacerlo. Y mientras estaban en eso, también les haría revisar las finanzas personales del Moff. Podría haber algunas conexiones muy interesantes que desenterrar allí.

Pero entretanto, tenía una misión diplomática que preparar. Y, con suerte, una guerra a la que poner fin.

• • •

Las dobles puertas se cerraron detrás de Pellaeon, y por un momento Disra dejó que su rostro reflejara una pequeña porción del desprecio que sentía por el Almirante que se iba. Desprecio por Pellaeon como hombre y como oficial imperial. Desprecio por su incapacidad para ganar contra esta abigarrada colección de Rebeldes amantes de los alienígenas. Desprecio por su descarada actitud de apaciguamiento.

El momento pasó. Había asuntos más urgentes que debía tratar ahora mismo, asuntos que requerían una mente clara. Además, si las cosas iban según el plan, Pellaeon muy pronto se vería reducido a la irrelevancia. Girando su silla a medio camino, miró al Mayor Tierce.

—Una conversación interesante, ¿no lo cree, Mayor? —inquirió ligeramente—. Dígame, ¿cuáles fueron sus impresiones?

Con un esfuerzo obvio, Tierce arrastró la mirada desde las puertas por donde Pellaeon se había ido.

—Lo siento, Su Excelencia, pero realmente no lo sé —dijo. Sus hombros estaban inclinados ligeramente con la humildad de un hombre que conoce sus límites, su expresión seria pero simple—. Yo sólo soy un ayudante de la Flota. No entiendo mucho sobre estas cosas políticas.

Era una actuación sumamente competente, tuvo que admitir Disra, una que al parecer había engañado a docenas de civiles y comandantes militares durante los últimos quince años, incluso al propio Disra. Pero él ahora sabía la verdad… y la representación estaba a punto de acabarse.

—Ya veo —dijo Disra—. Bueno, entonces, omitamos la política y veamos la opinión militar de un oficial militar. Oyó mis sugerencias acerca de cómo el Imperio puede evitar esta capitulación que el Almirante parece querer tanto. ¿Comentarios?

—Bueno, Su Excelencia, el Almirante Pellaeon es el Comandante Supremo —dijo renuentemente Tierce. La expresión estólida seguía allí, pero Disra ahora pudo ver un atisbo de tensión en sus ojos. *¿Sospechaba que Disra lo sabía*? Probablemente no. No que eso tuviera importancia—. Yo presumiría que él sabe lo que es mejor para nuestra situación estratégica —prosiguió Tierce—. De nuevo, me temo que mi propio conocimiento de estrategia a gran escala también es muy limitado.

—Ah. —Disra agitó la cabeza, estirándose hacia abajo y al costado para tocar el interruptor de código-personal integrado al escritorio durante el crecimiento del ivrooy. Hubo un clic, y el cajón oculto integrado al fondo de la superficie de escritura se abrió—. Me decepciona, Mayor —dijo, buscando al tacto entre la media docena de datacards, con la mirada fija en la cara de Tierce—. Yo hubiera asumido que el Emperador habría insistido en sólo los mejores.

No hubo error esta vez: Los ojos de Tierce definitivamente se apretaron. Pero él todavía no estaba listo para dejar la charada.

—¿El Emperador, Su Excelencia? —preguntó, parpadeando con desconcierto.

—Sólo los mejores —repitió Disra, seleccionando una de las datacards y levantándola para que Tierce la inspeccionara—, para servir en su Guardia Real.

Disra había esperado que el otro lanzara un estallido de sorpresa o desconcierto de su repertorio actoral. Pero Tierce sólo se quedó allí, con los ojos clavados en Disra como baterías turboláseres gemelas. Disra sostuvo la mirada, reprimiendo una súbita punzada de duda. Si había calculado mal… si Tierce decidía que mantener su anonimato era lo suficientemente importante como para asesinar a un Moff Imperial…

Tierce exhaló suavemente, el siseo de una serpiente venenosa.

—Supongo que no tiene sentido hacer fuertes ruidos de protesta, ¿o sí? —dijo. Se enderezó de su usual postura perezosa…

Y Disra se encontró echándose atrás en su silla involuntariamente. De repente el tímido y marginalmente competente Mayor Tierce que había servido como su ayudante militar durante ocho meses se había ido.

En su lugar había un guerrero.

Disra había oído una vez que decían que una persona con discernimiento siempre podía reconocer a un Soldado de asalto imperial o Guardia Real, si estaba ante él con la armadura completa o yacía muriendo en un lecho de enfermo. Siempre había desestimado tales cosas como mitos infantiles. No cometería ese error de nuevo.

—¿Cómo me identificó? —preguntó Tierce en el silencio.

Le tomó a Disra otro momento encontrar su voz.

—Hice una búsqueda en la biblioteca principal de archivos imperiales después de que se mudó aquí a Bastión —dijo—. Los duplicados de los archivos privados del Emperador también se guardan ahí. Pude encontrar una forma de accederlos.

Tierce alzó una ceja.

—De verdad. Se suponía que esos archivos eran absolutamente seguros.

—No existe tal cosa como la seguridad absoluta —dijo Disra.

—Aparentemente no —dijo Tierce—. Bueno. ¿Ahora qué?

—No lo que está esperando —le aseguró Disra—. No tengo ninguna intención de denunciarlo como un desertor o cualquier cosa que sea lo que le preocupa, incluso presumiendo que pueda encontrar a alguien con la autoridad apropiada a quien denunciarlo. El Imperio no puede darse el lujo de desperdiciar a su mejor gente. —Levantó una ceja—. Hablando de eso, debo preguntar. ¿Cómo escapó a la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte?

Tierce se encogió parcialmente de hombros.

—Por la simple razón de que yo no estaba ahí. Los de la Guardia Real éramos rotados periódicamente a unidades regulares de soldado de asalto para mantener nuestras habilidades de combate en buen estado. Yo estaba en Magagran en ese momento, en el Borde Exterior, ayudando a desbandar una célula Rebelde.

—¿Y el resto de su unidad fue destruido?

—¿Por *una sola* célula Rebelde? —resopló desdeñosamente Tierce—. *Improbable*. No, completamos nuestra misión y nos ordenaron volver. Había toda clase de rumores

rugiendo en el momento acerca de si el Emperador había muerto en Endor o no, tan pronto como llegamos dentro del rango de Coruscant yo salté de nave y fui a ver si había algo que pudiera hacer para salvar la situación.

Disra sintió que su labio se retorcía.

—Recuerdo esos meses. Puro caos, con los Rebeldes recogiendo los pedazos que podrían más bien haberles sido entregados en bandejas.

—Sí —dijo Tierce, con voz y cara amarga—. Era como si todo el Imperio se estuviera destejiendo desde arriba hacia abajo.

—Quizás lo estaba —convino Disra—. Pellaeon mencionó una vez que el Gran Almirante Thrawn tenía una teoría acerca de eso.

—Sí: que el Emperador había estado usando la Fuerza para apoyar a sus tropas —dijo Tierce—. Recuerdo discusiones similares a bordo del *Quimera*. Quizás él tenía razón.

Disra frunció el ceño.

—¿Estuvo usted en el *Quimera*?

—Por supuesto —dijo Tierce—. ¿Qué mejor lugar para un Guardia Real que al lado de un Gran Almirante? Aproximadamente un mes después de que volvió de su servicio en las Regiones Desconocidas, pude arreglar una transferencia a la dotación tropas de asalto del *Quimera*.

—¿Pero entonces…? —Disra balbuceó.

—¿Por qué murió? —la mandíbula de Tierce se apretó—. Porque *adiviné mal*. Yo estaba esperando un atentado contra el Gran Almirante cuando encontramos números inesperados en los astilleros de Bilbringi. Pero estaba esperándolo en la forma de un equipo comando abordando al *Quimera* en la confusión de la batalla. Luke Skywalker ya había penetrado a la nave de esa forma una vez, para rescatar al contrabandista Talon Karrde, y pensé que lo intentarían de nuevo. Así que aposté a mi unidad de tropas de asalto cerca de las bahías del hangar.

—Ah. —Disra asintió, una pieza perdida de la historia de esa batalla cayó en su lugar—. ¿Así que fue su unidad la que interceptó y mató al noghri traidor Rukh después de que asesinó al Gran Almirante?

—Sí. Por el frío consuelo que fue.

—Um. —Disra lo miró—. ¿Sabía Thrawn acerca de usted?

Tierce de nuevo se encogió de hombros.

—¿Quién podía decir lo que el Gran Almirante sabía o no? Todo lo que puedo decir es que yo nunca me identifiqué a él, y él nunca me confrontó con mi pasado.

—¿Por qué no se identificó? —preguntó Disra—. Yo habría pensado que un Guardia Real podría gozar de ciertas… ah… asignaciones especiales.

—Nunca vuelva a sugerir tal cosa, Disra —dijo Tierce, con voz baja y mortal—. Ni siquiera lo piense. Un Guardia Real nunca busca privilegios especiales. Nunca. Su única meta en la vida es servir al Emperador, y al Nuevo Orden que él creó. Su meta en la vida, y su deseo en la muerte.

—Sí —murmuró Disra, tomado desprevenidamente a pesar suyo. Se estaba volviendo cada vez más claro que la reputación de la Guardia Real… una reputación que él siempre había asumido que era el producto de la fabricación de los propagandistas del Emperador… había sido de hecho realmente ganada honestamente—. Lo siento mucho, Guardia.

—Mayor —lo corrigió Tierce—. Sólo Mayor. La Guardia Real ya no existe.

—De nuevo, perdón, Mayor —dijo Disra, con un toque de molestia rezumando por la extrañeza. Había pensado manejar a su antojo esta conversación; sin embargo, a cada giro, parecía, que estaba perdiendo el control de la misma—. Y debe dirigirse a mí como Su Excelencia.

Tierce frunció el ceño, y por un doloroso momento Disra contuvo la respiración. Entonces, para su alivio, el labio del otro se torció en una sonrisa irónica.

—Por supuesto —dijo secamente—. Su Excelencia. ¿Ha satisfecho apropiadamente su curiosidad, Su Excelencia?

—Lo he hecho —dijo Disra, asintiendo—. El pasado es el pasado, Mayor. Ahora consideremos el futuro. Oyó mis sugerencias al Almirante Pellaeon. ¿Qué le parecen?

Tierce agitó la cabeza.

—El Almirante tiene razón: no funcionará. Los números están demasiado inclinados en nuestra contra.

—¿Ni siquiera con la Nueva República ocupada con docenas de conflictos internos?

—No. —Tierce gesticuló hacia el escritorio de Disra—. Ni siquiera con el interesante reporte archivado por Lak Jit en la tercer datacard de abajo.

—¿Oh? —Disra frunció el ceño, sacando la datacard de la pila que Tierce había traído. Se suponía que todos estos reportes eran privados, encriptados con un código imperial especial reservado para los más altos oficiales de Inteligencia y los mismos Moffs. Obviamente, Disra no era el único que había estado haciendo algo de decodificación de alto-nivel. Metiendo la datacard en su lector, tecleó para desencriptarla.

Era un reporte de Inteligencia, comprado a un devaroniano independiente llamado Lak Jit, acerca del descubrimiento en las ruinas del Monte Tantiss de un registro parcial de la destrucción de Caamas.

—Esto es perfecto —le dijo a Tierce mientras lo evaluaba—. Exactamente lo que necesitábamos.

Tierce agitó la cabeza.

—Ciertamente es útil. Pero no es suficiente.

—Ah, pero lo es —dijo Disra, sintiendo una sonrisa apretada arrastrándole los labios mientras releía las partes cruciales del reporte—. No creo que entienda totalmente la situación política en la que la Nueva República se encuentra por estos días. Con un punto conflictivo como Caamas… sobre todo con bothans involucrados… todo hervirá a borbotones. Particularmente si podemos darle el empujoncito apropiado.

—La situación entre los Rebeldes no es el problema —contrapuso fríamente Tierce—. Es el estado del Imperio lo que usted parece no entender. El sólo despedazar a la

Rebelión no va a reconstruir el Nuevo Orden del Emperador. Necesitamos un punto focal, un líder alrededor de quien las fuerzas imperiales puedan reunirse. El Almirante Pellaeon es lo más cercano que tenemos a tal figura de autoridad, y él evidentemente ha perdido la voluntad de luchar.

—Olvide a Pellaeon —dijo Disra—. Suponga que yo podría proveer a semejante líder. ¿Estaría usted dispuesto a unirse a nosotros?

Tierce lo miró.

—¿Quiénes son los nosotros a los que se refiere?

—Si usted se nos une, seríamos tres —dijo Disra—. Tres quiénes compartirían el secreto que estoy dispuesto a ofrecerle. Un secreto que traerá a toda la Flota hacia nuestro lado.

Tierce sonrió cínicamente.

—Discúlpeme, Su Excelencia, si sugiero que usted no podría inspirar lealtad ciega en un bantha narcotizado.

Disra sintió una llamarada de furia. *¿Cómo se atrevía este soldado común*…?

—No —convino, prácticamente atragantándose con la palabra entre los dientes apretados. Después de todo, Tierce estaba muy lejos de ser un soldado común. Y lo que era más importante, Disra necesitaba desesperadamente a un hombre de sus habilidades y entrenamiento—. Yo sería meramente el poder político detrás del trono. Más el proveedor de hombres y material militar, por supuesto.

—¿De la Flota del Sector Braxant?

—Y de otras fuentes —dijo Disra—. Usted, si elige unírsenos, nos serviría como el arquitecto de nuestra estrategia general.

—Ya veo. —Si a Tierce le molestó la palabra servir, no dejó que se notara—. ¿Y la tercera persona?

—¿Está usted con nosotros?

Tierce lo estudió.

—Primero cuénteme más.

—Haré algo mejor que contarle. —Disra empujó su silla atrás y se puso de pie—. Se lo mostraré.

A juzgar por la falta de reacción de Tierce, el corredor supuestamente secreto entre la oficina privada y la habitación de Disra no fue ninguna sorpresa para el ex-Guardia. La puerta camuflada a mitad de camino a lo largo de él, sin embargo, lo fue.

—Fue instalada por el dueño anterior del palacio —explicó Disra cuando bajaron por un angosto pasadizo a la cabina de un turboascensor igualmente angosto—. Baja cincuenta metros. Desde ahí se puede ir o a la cámara de tortura debajo del nivel del calabozo o a un túnel de salida secreto en las colinas al norte. A veces me he preguntado en qué dirección lo usaría más.

—¿Cuál estamos usando hoy? —preguntó Tierce cuando la cabina del turboascensor empezaba a bajar.

—El que va a la cámara de tortura —dijo Disra—. Es el lugar más privado y seguro del palacio. O en cualquier parte de Bastión, dicho sea de paso. La tercera persona de nuestro grupo está esperando ahí.

La cabina se detuvo y la puerta se abrió deslizándose. Dos angostos túneles, ásperamente tallados se bifurcaban del espacio abierto delante del turboascensor; apartando a un lado una hebra colgante de telaraña, Disra se encaminó por el corredor de más a la derecha. Terminaba en una puerta de metal polvorienta con un juego de volantes en su centro. Agarrando los bordes del volante, Disra lo giró; y con un crujido que resonó pavorosamente en el espacio confinado la puerta se abrió.

El dueño anterior apenas habría reconocido su una vez cámara de tortura. Los instrumentos de dolor y terror habían sido quitados, las paredes y el suelo limpiados y alfombrados, y se habían instalado los muebles de un apartamento moderno totalmente funcionales.

Pero por el momento Disra no tenía interés en la propia cámara. Toda su atención estaba en Tierce mientras el ex-Guardia entraba en la sala.

Entraba en la sala… *y vislumbraba al único ocupante de la habitación*, sentado en el centro en un duplicado de la silla de capitán de un Destructor Estelar.

Tierce se quedó helado, con los ojos bien abiertos por la impresión, con todo el cuerpo endurecido como si una corriente de energía se hubiera descargado a través de él. Sus ojos se lanzaron a Disra, de vuelta a la silla de capitán, recorrieron alrededor de la sala como buscando evidencia de que se tratara de una trampa o una alucinación, o quizás de su propia locura, y de nuevo a la silla. Disra contuvo la respiración.

Y entonces, abruptamente, Tierce se enderezó, firme en postura de ceremonia.

—Gran Almirante Thrawn, señor —dijo con formalidad militar de filo láser—. Soldado de asalto TR-889, reportándose a sus deberes.

Disra desvió su atención al ocupante de la habitación mientras se ponía lentamente de pie. A la piel azul, el cabello negro-azulado, los resplandecientes ojos rojos, el uniforme blanco de Gran Almirante. Los ojos resplandecientes encontraron a los de Disra; entonces se volvieron a Tierce.

—Bienvenido de vuelta a sus deberes, soldado de asalto —dijo gravemente él—. Sin embargo, me temo que debo decirle… —miró de nuevo a Disra—… que no soy quien usted cree.

La primera insinuación de un ceño se arrastró por la cara de Tierce.

—¿Señor?

—Permítame —dijo Disra. Caminando por la sala, asió la manga del uniforme blanco y tiró del hombre un paso más cerca de Tierce—. Mayor Tierce: permítame presentarle a mi asociado Flim. Un altamente talentoso artista del timo y el disfraz.

Por un largo minuto la sala estuvo llena de un quebradizo silencio. Tierce miró fijamente al impostor de uniforme blanco, con incredulidad y desilusión mezclados con enojo y traición en su rostro. Disra miró el paso de las emociones, con el pulso golpeándole desagradablemente en el cuello. Si Tierce dejaba que su orgullo tomara el

control aquí… si elegía ofenderse por el engaño que le habían hecho… entonces ni Disra ni Flim saldrían de esta habitación vivos.

Tierce volvió su mirada hacia Disra, el tumulto de emociones se retiró detrás de una máscara de piedra.

—Explíquese —dijo oscuramente.

—Usted mismo dijo que el Imperio necesitaba a un líder. —Disra le recordó—. ¿Qué mejor líder podríamos tener que el Gran Almirante Thrawn?

Lenta, renuentemente, Tierce miró otra vez al falso Gran Almirante.

—¿Quién eres? —demandó.

—Como Su Excelencia le ha dicho, mi nombre es Flim —dijo el otro. Su voz estaba sutilmente cambiada, sus modales ya no eran el aire poderoso y casi regio de un Gran Almirante. Precisamente la misma transformación, Disra comprendió de repente, que la que el propio Tierce había sufrido hacía unos minutos en la oficina privada, excepto que en reversa.

Quizás Tierce también se dio cuenta.

—Interesante —dijo, dando un paso adelante y examinando de cerca la cara de Flim—. Es inaudito. Te ves exactamente como él.

—Debería —dijo Disra—. Me tomó casi ocho años de búsqueda encontrar a alguien que pudiera efectuar semejante mascarada. He estado planeando esto por un largo tiempo.

—Eso veo —gesticuló Tierce—. ¿Cómo hizo los ojos?

—Injertos de superficie —dijo Disra—. Auto-energizados para proveer el brillo rojo. El resto es sólo coloreado de piel y cabello, más unos notables control de voz y habilidad actoral naturales.

—He hecho muchas personificaciones así —dijo Flim—. Esta es sólo una más. —Sonrió—. Aunque con un potencial de recompensa considerablemente mayor.

—Es notable —dijo Tierce, mirando de nuevo a Disra—. Sólo hay un problema. Thrawn está muerto, y todos lo saben.

Disra alzó las cejas.

—¿Ah, pero lo saben? Su muerte fue reportada, es cierto, pero eso puede no significar nada en absoluto. Quizás él meramente estaba comatoso por la herida del cuchillo de Rukh. Quizás fue llevado a algún lugar secreto donde ha pasado largos años recuperándose. —Movió la cabeza hacia Flim—. O quizás fue realmente un impostor como Flim el que murió en el puente del *Quimera*. Usted dijo que estaba esperando un atentado en su contra en Bilbringi; quizás Thrawn también lo hacía, e hizo sus propios arreglos privados.

Tierce resopló.

—Tirado de los pelos.

—Por supuesto —convino Disra—. Pero eso no importa. Todo lo que necesitamos hacer es presentar a Thrawn, y una actitud positiva hará el resto. Todo el Imperio se apresurará a creer en él, desde el Almirante Pellaeon hacia abajo.

—¿Ese es su plan, entonces? —preguntó Tierce—. ¿Presentar al Gran Almirante a Pellaeon, reinstalarlo a bordo del *Quimera*, y usarlo como punto focal para el Imperio?

—Básicamente —dijo Disra, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

Por un momento Tierce se quedó callado.

—Usted dijo que tenía otros recursos además de la Flota del Sector Braxant —dijo—. ¿Cuáles?

Disra miró a Flim. Pero el timador estaba meramente mirando con interés a Tierce.

—Tengo un arreglo con los Piratas Cavrilhu —le contó al Guardia—. Son un grupo grande y altamente sofisticado operando fuera de…

—Estoy familiarizado con la banda del Capitán Zothip —dijo Tierce—. No es particularmente sofisticada, en mi opinión, pero es ciertamente lo suficientemente grande. ¿Qué clase de arreglo?

—Uno de intereses cruzados —dijo Disra—. Yo uso los reportes de Inteligencia Imperial para localizar embarques útiles de la Nueva República, los que Zothip entonces ataca. Él se queda con todo el botín que pueda; nosotros logramos una mayor desestabilización de nuestro enemigo.

—¿Y una porción de los Aves de Presa SoroSuub que salen de la línea de producción de Zothip? —sugirió Tierce.

Disra apretó los labios. O Tierce sabía mucho más de lo que debería acerca de los secretos del Moff, o era mucho más inteligente de lo que Disra había esperado. De cualquier forma, no estaba seguro de que le gustara.

—En realidad, obtenemos todos los Aves de Presa —dijo—. Zothip ya tiene todos los cazas estelares que necesita.

—¿Y cómo está usted pagando por ellos?

—Con el tipo de ayuda especializada que Zothip no puede conseguir en ninguna otra parte —dijo Disra, ofreciendo al otro una sonrisa furtiva—. Estoy prestándole algunos guerreros-consejeros muy especiales: grupos de clones del Monte Tantiss del propio Thrawn.

Tuvo la satisfacción de ver la mandíbula de Tierce caer un poco.

—¿Todavía quedan algunos de ellos?

—Hay nidos completos de ellos —le dijo agriamente Disra—. Nuestro inteligente pequeño Gran Almirante esparció grupos por toda la Nueva República con identidades secretas. Qué pensaba hacer con ellos no lo sé; no había nada en sus archivos que los involucrara específicamente…

—¿Encontró los archivos de Thrawn? —lo interrumpió Tierce—. ¿Sus archivos personales, quiero decir?

—Por supuesto —dijo Disra, frunciendo ligeramente el ceño. Por un momento había habido repentinamente algo eléctrico en la expresión del Guardia—. ¿Cómo más pensó que yo sabía donde encontrar a todos esos clones escondidos?

La llamarada de interés ya se había desvanecido detrás de la máscara de Tierce.

—Por supuesto —dijo serenamente—. ¿Qué más había allí?

—Estaban los rasgos generales de una gran estrategia —dijo Disra, mirándolo de cerca. Pero cualquier cosa que hubiera encendido esa chispa se había enterrado de nuevo—. Sus planes, para los próximos cinco años, de campañas contra la Nueva República. Increíblemente detallados; desgraciadamente, a estas alturas, también completamente inútiles.

—Yo tendría cuidado antes de desestimar cualquier cosa hecha por Thrawn como completamente inútil —lo reprobó ligeramente Tierce—. ¿Algo más?

Disra se encogió de hombros.

—Las memorias personales y eso. Nada que me pareciera militarmente interesante. Le permitiré revisarlas más tarde si lo desea.

—Gracias —dijo Tierce—. Creo que lo haré.

—Supongo —interpuso Flim—, que está considerando algo más ambicioso que tan sólo usar a mi Thrawn como un punto focal…

Tierce le inclinó la cabeza ligeramente al timador.

—Muy perceptivo, Almirante —dijo—. Sí, pienso que podemos hacer algo mejor que eso. De hecho, mucho mejor. ¿Hay una terminal de computadora aquí abajo?… ah; excelente. Necesitaré las datacards que dejamos en su escritorio, Su Excelencia. ¿Podría buscarlas?

—Cómo no —murmuró Disra—. Volveré enseguida.

Ya ocupado en la terminal de computadora, Tierce ni se molestó en contestar. Por un momento Disra lo miró fijamente a la nuca, preguntándose si era posible que hubiera calculado mal. El Mayor Tierce, ex-Guardia Real, sería un sirviente útil. Pero no sería un amo apreciado.

Pero por ahora, todos se necesitaban entre sí. Tragándose sus palabras, y su orgullo, Disra salió al túnel y se dirigió de vuelta hacia el turboascensor.

CAPÍTULO 5

El Consejero Borsk Fey'lya alzó la vista del datapad, con los ojos violeta dilatados, y el pelaje color crema aplastado contra el cuerpo.

—Así que finalmente ha salido a la luz —susurró.

—Sí, lo ha hecho —dijo Leia—. Y demanda una explicación.

Fey'lya agitó la cabeza.

—No hay nada que explicar —dijo suavemente—. Es verdad.

—Ya veo —dijo Leia, sintiendo un peso asentarse sobre sus hombros. No se había dado cuenta de cuánto había estado esperando que Karrde hubiera tenido razón acerca de que el registro de Caamas era una falsificación—. ¿Estás seguro?

—Sí —dijo Fey'lya, su mirada volvió de Leia a la datapad.

—Entonces sabes quién estuvo involucrado.

—No —dijo Fey'lya—. Ése es el centro del problema, Consejera Organa Solo. Y la razón por la que hemos permanecido callados acerca de esto por tanto tiempo. Sólo sabemos lo que ahora sabes: que un grupo de bothans ayudó a los agentes del Senador Palpatine a ganar el acceso a los generadores de escudo de Caamas. Ni siquiera conocemos el clan involucrado, mucho menos a los individuos específicos.

—¿Intentaron averiguarlo? —preguntó bruscamente Leia.

El pelaje de Fey'lya onduló.

—Por supuesto que lo hicimos. Pero Palpatine había cubierto su rastro demasiado bien. No fue hasta mucho después del evento, en los tempranos días de la Rebelión, que los líderes de los clanes principales siquiera se enteraron de la complicidad bothan en Caamas. Fue nuestra impresión por esa revelación, de hecho, lo que nos empujó a dedicar a nuestra gente a la Alianza Rebelde y a la caída de Palpatine. Pero la pista ya era entonces demasiado vieja para seguirla.

Leia suspiró.

—Lo entiendo.

—Me crees, ¿no? —persistió Fey'lya—. Tienes que creerme.

Por un momento Leia no habló. Mirándolo fijamente a la cara, extendiéndose con la Fuerza, buscó lo mejor que pudo cualquier indicio de engaño. Pero si lo había, ella no pudo encontrarlo.

—Creo que estás diciendo la verdad, por lo menos hasta donde la conoces —le contó al bothan—. Desafortunadamente, yo no soy la única a la que tendrás que convencer.

Fey'lya se estremeció, mechones al azar de su pelaje se erizaron a lo largo de su cuerpo.

—No —convino sobriamente—. Habrá muchos que creerán que estamos solamente protegiendo a delincuentes en el nombre de la solidaridad bothan.

Leia recogió la datapad, suprimiendo una mueca. Él ciertamente tenía razón. El acercamiento bothan a la política interestelar era mucho más punzante y directo de lo que

a muchos en la Nueva República les gustaría. Incluso las especies a las que no les importaba el despiadado combate físico entre ellos generalmente intentaban moderar su acercamiento al tratar con forasteros. El hecho de que los bothans fueran incapaces o no quisieran hacer lo mismo les había ganado más que su justa porción en los círculos diplomáticos.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Más razón para resolver esto tan rápidamente como sea posible.

—¿Pero cómo? —preguntó Fey'lya—. Los bothans hemos buscado mucho y por mucho tiempo la lista de los responsables, en ambas las bibliotecas oficiales de los clanes en Bothawui, así como en todos nuestros mundos de colonia y enclaves. Simplemente no existe.

—Existió aquí —señaló Leia, sacando la datacard del datapad—. Estoy convencida de que lo hizo. Podemos ver si los técnicos pueden reconstruirla; si no pueden, sólo tendremos que localizar otra copia en alguna parte. Al menos ahora sabemos qué buscar.

—Podemos intentarlo —dijo dudosamente Fey'lya—. Pero entretanto, ¿qué planeas hacer?

Leia tocó la datacard.

—No puedo simplemente olvidarme de todo, Consejero Fey'lya tienes que entender que tengo que tratarlo por lo menos con el resto del Alto Consejo. Pero haré lo que pueda por persuadir al Presidente Gavrisom de que no debe hacerse público. Por lo menos no hasta que los técnicos hayan tenido tiempo para ver lo que pueden hacer con las secciones arruinadas.

—Ya veo —dijo Fey'lya, con ambos su pelaje y emociones ondeando—. Si los técnicos se mantendrán callados es por supuesto otra pregunta. Más importante, ¿qué hay sobre el contrabandista Talon Karrde? Dijiste que él también lo sabe.

—Él ha dado su promesa de que no dirá nada —le contó Leia—. Y mandó un mensaje al resto de su gente para buscar al devaroniano que encontró la datacard. Quizá ellos puedan alcanzarlo antes de que se lo cuente a alguien más.

Fey'lya resopló.

—¿Realmente, crees que todavía no se lo ha contado a otros? ¿Después de la forma en que tú y Karrde lo trataron?

—Hicimos lo que juzgamos necesario en el momento —dijo Leia, severamente reprimiendo una súbita llamarada de molestia hacia el bothan—. ¿Preferirías que lo hubiera dejado en Wayland con la datacard?

—Para ser directo: sí —dijo tiesamente Fey'lya—. Claramente, nosotros éramos sus anhelados destinatarios. Nos habría demandado una tremenda suma de dinero, y le habríamos pagado, y allí hubiera terminado todo.

Leia suspiró.

—No hubiera terminado, Consejero. No terminará hasta que toda la verdad sea conocida y los responsables castigados.

—Eso es de hecho todo lo que nos queda ahora —dijo Fey'lya, poniéndose de pie—. Gracias por tu cortesía al darme esta reunión privada, Consejera Organa Solo. Ahora iré a preparar mi defensa.

—Aquí no estás siendo juzgado, Consejero —le recordó Leia.

El pelaje de Fey'lya se aplanó.

—Lo estaré —dijo suavemente—. Como toda la raza bothan. Ya lo verás.

• • •

El café Dona Laza estaba tan lleno como Shada Dukal nunca lo había visto, apiñado casi literalmente de pared a pared con seres de una docena de especies diferentes y de cada clase social desde media-baja hacia abajo.

—Es un lugar popular esta noche —le comentó a su jefe, sentado a la mesa cerca a su lado.

—Es su turno en el torneo de Boga flotante de Minawk —explicó Mazzic, acariciando ociosamente el dorso de la mano de Shada—. No creerías lo locos que los pone el juego por aquí.

—¿Supones que por eso es que él escogió este lugar? —preguntó Shada—. ¿Debido a la muchedumbre?

—No te preocupes, Cromf lo traerá bien —la tranquilizó Mazzic—. Pásale suficiente dinero y se vuelve positivamente fiable. Sobre todo cuando la segunda mitad del pago no llega hasta la entrega.

Shada miró a los seres apretados alrededor de su mesa.

—Yo estoy preocupada sobre si podremos sacarlo de aquí tranquilamente con tanta gente mirando.

—No hay ninguna prisa en eso —dijo Mazzic—. Considerando todos los problemas que pasamos, deberíamos por lo menos oír este profundo secreto oscuro que quiere contarnos. Después de eso, podemos ver como lo capturamos.

Shada lo miró por el rabillo del ojo.

—Karrde no estará contento con esto —advirtió ella—. Él fue muy específico acerca de que Lak Jit no hablara con nadie.

—No somos empleados de Talon Karrde —le recordó Mazzic ásperamente—. Y está la tarifa de descubridor de Cromf, no vamos a salir a mano en esto como está. Si este pequeño secreto tiene algún valor en el mercado, merecemos conseguir una porción de él.

Shada le dio la espalda, con una oleada de negrura fluyendo sobre su ya oscuro humor. Siempre se llegaba a esto en el mundo del contrabando: ganancias, y más ganancias, y hacer cualquier maquinación y traición que hiciera falta para conseguir tantas como fuera posible. Conceptos como la lealtad y el honor…

—Oh, vamos, Shada —la reprendió Mazzic, acariciándole de nuevo la mano—. Estos estallidos de culpa personal tienen que terminar. Así es cómo se juega el juego. Ya sabes eso.

—Seguro —murmuró Shada. Claro, lo sabía. Lo que le dolía más era que por los últimos doce años ella había participado de buena gana en ello. De buena gana, y con mucho talento.

A veces, tarde por la noche, se preguntaba qué le había pasado a la galaxia. O quizás era simplemente a ella.

Casi al borde de la muchedumbre apareció un joven garoos, deslizándose con su bandeja cargada cautelosamente entre un par de ishori que gesticulaban fuerte y ferozmente. Lo logró sin derramar las bebidas, y se desplomó en el asiento enfrente de Mazzic.

—¡Wheh! —medio-silbó, tomando una de las cuatro bebidas de la bandeja, las aletas matizadas de púrpura de sus agallas ondulaban rítmicamente con su respiración—. No creí que lo logr'ría.

—Y también hiciste un buen trabajo, Cromf —le aseguró Mazzic, tomando dos de los otros vasos y poniendo uno delante de Shada—. ¿Ya viste alguna señal de nuestra presa?

—No'l vi —dijo Cromf, sorbiendo cuidadosamente su bebida y mirando nerviosamente a su alrededor. Un racimo auditivo se abrió brevemente cuando alguien cercano soltó una risa ronca, entonces se cerró de nuevo—. No m'gusta esto, Maz'k. Dem'siada gente aquí mirando.

—No te preocupes —lo tranquilizó Mazzic—. Sólo tráelo a la mesa. Nosotros haremos el resto.

Al lado de la oreja izquierda de Shada, una de las agujas decorativas laqueadas entrelazadas en su cabello emitió dos suaves clics.

—Señal de Griv —le dijo a Mazzic—. Posible avistamiento.

—Bueno —dijo Mazzic—. Ve por él, Cromf… por la entrada lateral. Concéntrate en la otra mitad de tu tarifa de descubridor.

El garoos medio-silbó mientras se levantaba de la mesa y desaparecía de nuevo entre la muchedumbre. Shada respiró profundo, poniéndose en modo de combate y le dio al área alrededor de ellos un examen final. Si el devaroniano olía problemas e intentaba huir, probablemente se dirigiría hacia su izquierda…

Y entonces Cromf estaba de vuelta, seguido por un cornudo devaroniano.

—¡Wheh! —medio-silbó, sentándose al lado de Mazzic—. Mucha g'nte aquí. Este es Lak Jit. Este es el contrab' Maz'k.

—Encantado de conocerte, Lak Jit —dijo Mazzic, ofreciéndole el cuarto vaso de la bandeja—. Bebes cerveza marca Vistulo, ¿creo yo?

—Cuando alguien más la paga —dijo Lak Jit, tomando asiento enfrente de Mazzic—. Quiero que sepas primero, Mazzic que aunque lo que estoy a punto de decirte es cierto, sé que no puedo pedir dinero a cambio. Ya no tengo pruebas tangibles, sólo la evidencia de mis propios ojos.

—Entiendo —dijo Mazzic, apoyando la mano en el centro de la mesa. La retiró, revelando una pila bajita de monedas de alta denominación—. De todos modos, un caballero respetable debe estar dispuesto a pagar por el valor recibido.

Lak Jit sonrió con su delgada sonrisa devaroniana y se estiró para tomar las monedas…

Y encontró su muñeca aprisionada sólidamente en el puño de Mazzic.

—Por el valor recibido —le recordó fríamente Mazzic. Extendiendo la otra mano, deslizó la pila de monedas de vuelta al borde de la mesa delante de él—. Ahora —dijo, soltando la muñeca del devaroniano—, oigamos lo que tienes.

Lak Jit se inclinó adelante para apoyarse sobre la mesa.

—Entiende que lo que estoy a punto de decirte es privado y exclusivo —murmuró—. Nadie más fuera del gobierno de la Nueva República lo sabe.

—Por supuesto —dijo secamente Mazzic, su tono dejándole claro a Shada que él no creía eso más que ella. El devaroniano probablemente ya había vendido esta misma información «exclusiva» a otra media-docena de personas—. Oigámoslo.

Lak Jit miró alrededor y se inclinó un poco más cerca.

—Involucra a Caamas —dijo—. Existe evidencia de que hubo en realidad agentes del entonces Senador Palpatine planificando su destrucción.

Por debajo de la mesa, Shada sintió su mano enroscarse en un puño apretado. *Caamas*. Había pasado mucho tiempo desde que ella había pensado acerca de ese mundo. Mucho tiempo desde que ella había intentado bloquear su nombre y los recuerdos de su niñez que evocaba en su mente de su propio mundo de Emberlene. Ahora, de repente, todo estaba regresando.

Ella no hubiera esperado que Mazzic estuviera igualmente conmovido. Y no lo estaba.

—No son noticias muy perturbadoras —dijo con un encogimiento de hombros—. Esa es la teoría más aceptada prácticamente desde que la última tormenta de fuego caamasi se extinguió a sí misma.

—Pero ésta es la prueba —insistió Lak Jit—. Un registro recuperado del almacén personal del Emperador en Wayland.

—Un documento que sucede que no tienes.

—Pero hay más —siseó el devaroniano, apoyándose adelante hasta que sus cuernos casi tocaban la frente de Mazzic—. Ahora sabemos cómo fue que el planeta fue destruido tan fácilmente. Los generadores de escudo fueron saboteados deliberadamente. —Golpeó la mesa con un dedo para enfatizar—. Por un grupo de bothans.

Mazzic le disparó una mirada a Shada.

—En serio —dijo, con voz todavía despreocupada pero con una nota definida de interés por debajo—. ¿Sabes sus nombres?

—Desafortunadamente no —dijo Lak Jit—. Esa parte del documento estaba demasiado dañada para que la lea mi humilde datapad. —Se inclinó atrás de vuelta en su silla—. Pero yo sugiero que no importa. De cualquier modo, los bothans pasarán por un

tiempo sumamente duro. Un hombre de negocios inteligente debe ser capaz de obtener una ganancia por el conocimiento de tal inestabilidad inminente. —Gesticuló hacia la pila de monedas delante de Mazzic—. ¿No estarías de acuerdo?

—Ciertamente estaría —dijo Mazzic, mirando a Shada y moviendo una ceja—. Muy bien. ¿Shada, ayudarías a nuestro amigo?

—No hace falta —dijo Lak Jit. Apoyándose de nuevo sobre la mesa, extendió la mano hacia las monedas…

Y levantándose a mitad de camino de su asiento, Shada le clavó los nudillos de su mano derecha en la base del cuerno izquierdo.

Cayó sin siquiera un gimoteo, de cara contra la mesa, su cuerno izquierdo casi pero no llegó a derribar la bebida de Mazzic. Un barabel y un par de duros los miraron y entonces apartaron la vista; los clientes desmayados eran aparentemente una vista común en el Dona Laza.

—¡Wheh! —jadeó Cromf, mirando con ojos saltones a la forma flácida—. ¿Él no 'stá…?

—Por supuesto que no —dijo Mazzic, extendiendo la mano para golpear suavemente tres veces el señalizador en forma de aguja en el cabello de Shada—. Nadie nos está pagando para matar a nadie.

Abriéndose camino a través de la muchedumbre, Griv apareció en la mesa.

—¿Listo? —preguntó.

—Listo —asintió Mazzic, recogiendo la pila de monedas. Le dio a Cromf cuatro de ellas, y dejó caer el resto en su bolsillo interior—. Sácalo al deslizador.

Griv izó al devaroniano sobre su hombro y se abrió camino de regreso por la muchedumbre.

—Bueno, eso fue una pérdida de tiempo —comentó Mazzic, poniéndose de pie y cortésmente ofreciéndole una mano a Shada—. Quizá podremos regatearle un poco más a la recompensa de Karrde. Para intentar por lo menos salir a mano.

—¿No vamos a hacer nada con esto? —preguntó Shada.

—No seas tonta —la reprendió, tomándola del brazo y guiándola hacia la muchedumbre—. ¿Quién va a preocuparse por un planeta destruido hace casi medio siglo?

El estómago de Shada se hizo un nudo. *Caamas… y Emberlene*.

—Nadie —convino amargamente—. Nadie en absoluto.

• • •

Les tomó un tiempo… al menos dos leídas completas a cada uno, estimó Disra mientras caminaba lentamente detrás de su escritorio de ivrooy, intentando verse impaciente en lugar de aprehensivo. Pero eventualmente el último de los cuatro capitanes imperiales terminó de leer y alzó los ojos de su datapad.

—Con todo el debido respeto, Su Excelencia, encuentro esta propuesta increíble —dijo el Capitán Trazzen del *Obliterador*, con una voz suave que desmentía su reputación de brutalidad—. Seguramente comprende que no se puede simplemente quitar a cuatro Destructores Estelares Imperiales de una flota de sector y esperar que las fuerzas restantes puedan defender su territorio adecuadamente.

—Estoy de acuerdo —agregó el Capitán Nalgol del *Tiránico*, tocándose el anillo del escudo familiar de Kuat que siempre llevaba—. Además… y también con el debido respeto… yo iría tan lejos como para cuestionar su autoridad para incluso ordenar estas dos misiones. Se supone que todas las incursiones al espacio de la Nueva República deben estar bajo el comando directo del Comandante Supremo de la Flota Pellaeon.

—Tal vez —dijo Disra—. Tal vez no. Apartaremos ese detalle por el momento. ¿Hay otras preguntas?

—Yo tengo una —habló el Capitán Dorja del *Implacable*—. Esta misión a Morishim en la que quiere que vaya. ¿Qué es exactamente esta nave mensajera que está pidiéndome que intercepte?

Disra alzó las cejas.

—¿Estoy «pidiéndole», Capitán? ¿«Pidiéndole»?

—Sí, Su Excelencia —dijo tiesamente Dorja—. El Capitán Nalgol tiene razón: usted es comandante supremo de la Flota del Sector Braxant con incumbencia en las operaciones dentro del sector Braxant. Las misiones a Morishim y Bothawui no se encuentran dentro de esta autoridad.

—Eso veo. —Disra miró al cuarto capitán—. Ha estado bastante silencioso, Capitán Argona.

—El *Mano de Hierro* está por supuesto bajo su comando, Su Excelencia, e irá a dondequiera que lo mande —dijo Argona en voz baja—. Al mismo tiempo, tengo que coincidir con la evaluación del Capitán Trazzen. Enviar a otra parte cuatro de los trece Destructores Estelares de la flota del sector no es algo que deba hacerse a la ligera.

—Especialmente con tres de ellos en esta misión a largo plazo en el sistema Bothawui —agregó Trazzen—. La naturaleza de la cual, le recuerdo, impide cualquier oportunidad de que nos llamen de regreso rápidamente.

—Es verdad —dijo Argona—. Tendría que enviar mensajeros físicamente para contactarnos. En caso de emergencia, los días extra que costaría eso podrían llevarnos al desastre.

—Nunca se gana nada que valga la pena sin riesgos —dijo fríamente Disra—. Estoy empezando a pensar que quizás fue una mala elección ofrecerles estas misiones a ustedes. Si prefieren apartarse de una campaña militar que hará historia…

—*No*.

La voz había venido de la dirección del pasadizo secreto de Disra. Los capitanes se volvieron…

Y el Gran Almirante Thrawn entró a la oficina. Hubo un jadeo de alguien, atragantado en un silencio aturdido.

—Discúlpeme, ¿Almirante? —preguntó cuidadosamente Disra.

—Dije que no serían excusados de esta misión, Su Excelencia —dijo Thrawn, con voz calma y fresca mientras caminaba hacia el escritorio y se sentaba en la silla de Disra—. Tuve mis razones para escoger a estos Destructores Estelares, y a sus capitanes, en particular. Esas razones no han cambiado.

Por un momento sus ojos brillantes se enfocaron en los capitanes mientras se ponían firmes evidentemente confundidos ante él, midiendo y evaluando de a uno a la vez. Entonces, recostándose en su asiento, sonrió ligeramente.

—Fíjese, Su Excelencia —dijo él, buscando a Disra y señalando con una mano a los oficiales—. Absolutamente aturdidos por mi aparición inesperada; sin embargo ya están mayormente recuperados. Mentes rápidas y flexibles, combinadas con lealtad absoluta hacia el Imperio. Ésa es la combinación que yo necesito. La combinación que *tendré*.

—Por supuesto, Almirante —dijo Disra.

Thrawn volvió toda su atención hacia los capitanes.

—Tienen preguntas, por supuesto —dijo—. Desafortunadamente, la que se encuentra adelante en todas sus mentes no puede ser contestada en este momento. Mientras hago preparaciones para volver abiertamente al comando, el método que me permitió sobrevivir el intento de asesinato hace diez años debe permanecer confidencial. También debo pedirles que por el momento mi retorno debe ser mantenido en secreto, para ser compartido sólo con sus oficiales de mayor rango, y sólo después de que hayan dejado el espacio imperial. Además de eso… —Sacudió la cabeza ligeramente al costado—. ¿Creo que había algunas preguntas sobre la autoridad de comando?

—Ninguna pregunta, Almirante —dijo Trazzen, con voz casi reverente—. Ya no.

—Está bien. —Thrawn le alzó una ceja negro-azulada a Nalgol—. ¿Veo por su expresión, Capitán Nalgol que no coincide con su colega?

Nalgol se aclaró la garganta consciente de sí mismo, apretándose el anillo como si intentara extraer confianza del escudo tallado.

—Ciertamente no cuestiono su autoridad, Almirante Thrawn —dijo—. Pero apreciaría muchísimo alguna clarificación. Estoy familiarizado con el sistema Bothawui, y no puedo pensar en ninguna razón por la que debería ser de algún valor militar serio para el Imperio. Ciertamente no una lo suficientemente importante como para afectar a tres Destructores Estelares.

—Su evaluación es bastante correcta —convino Thrawn—. No es el sistema en sí mismo lo que me interesa, sino eventos que tendrán lugar en el futuro cercano en el planeta natal bothan. Eventos que tengo intención de manipular a la conveniencia del Imperio.

—Sí señor —dijo Nalgol—. Pero…

—Con el tiempo, todo quedará claro —dijo Thrawn—. Por ahora, debo pedirle que confíe en mi juicio.

—Siempre, Almirante. —Dio un paso adelante y le ofreció la mano por sobre el escritorio—. Y si me permite decirlo, bienvenido de regreso. El Imperio ha echado penosamente de menos su liderazgo.

—Como yo he echado de menos el privilegio del comando —dijo Thrawn, poniéndose en pie y tomando brevemente la mano ofrecida—. El reacondicionamiento de sus tres Destructores Estelares ya está en marcha, y debería estar completo dentro de dos días. —Cambió su atención a Dorja—. En cuanto a su misión, Capitán Dorja, el mensajero imperial que va a interceptar en Morishim tiene programado partir en veinte horas. ¿Tendrá el tiempo suficiente para volver al *Implacable* y alcanzar el sistema por delante de él?

—Fácilmente, Almirante. —El labio de Dorja se crispó en lo que pasaba por una sonrisa en él en estos días—. Y si me lo permite, señor, me gustaría hacerme eco de los sentimientos del Capitán Nalgol. Estoy honrado por servir una vez más bajo su comando directo.

Disra miró a Dorja, sintió de repente una presión en el pecho. ¿Había servido Dorja directamente bajo Thrawn?

—Yo estoy feliz de guiarlo una vez más, Capitán —dijo gravemente Thrawn—. Durante mi tiempo en el *Quimera* a menudo sentí que usted tenía más potencial de liderazgo de lo que las circunstancias le permitieron desarrollar. Quizás ahora tendremos la oportunidad de juzgar esa evaluación.

Dorja lo miró intensamente.

—Haré mi mejor esfuerzo para demostrar que está en lo cierto, señor.

—No puedo pedir nada más que su mejor esfuerzo —dijo Thrawn—. Y no admitiré nada menos —agregó, mirando a cada uno de los capitanes por turno—. Tienen sus órdenes. Pueden retirarse.

—Sí, Almirante. —Trazzen dijo por todos. Se volvieron y salieron, con lo que le pareció a Disra que era un paso perceptiblemente más espirituoso que con el que habían entrado a la oficina media hora antes. Las dobles puertas se cerraron ponderosamente detrás de ellos…

—Un buen grupo de caballeros —declaró Flim, metiéndose un dedo en el cuello de su uniforme blanco de Gran Almirante—. Un poco incautos, quizás, pero buenos caballeros de todos modos.

—Oh, son buenos, muy buenos —gruñó Disra, con la mirada en la puerta secreta por la que el timador había hecho su gran entrada—. También son sumamente peligrosos. ¿Tierce? ¿Dónde está?

—Justo aquí —dijo Tierce, saliendo de la puerta secreta—. ¿Cuál es el problema?

—¿Cuál es el problema? —exclamó Disra—. Ya es suficientemente malo que tres de los cuatro capitanes que escogió para estas misiones no sean particularmente fieles a mí. ¿Pero alguien que ya sirvió directamente con Thrawn? ¿Está usted loco?

—No me insulte —dijo fríamente Tierce, uniéndose a los otros junto al escritorio—. Tenía que traer a alguien como Dorja en esto. Un estudiante junior de tácticas podría decírselo.

—Yo no pienso tácticamente —le respondió el fuego Disra—. Por lo menos, no como usted. Es por eso que alguien de sus antecedentes era necesario, ¿recuerda?

—Tranquilícese, Su Excelencia —interpuso Flim, cuidadosamente sacándose el injerto de superficie resplandeciente de su ojo izquierdo—. Tarde o temprano, era inevitable que enfrentara a alguien que personalmente conocía a Thrawn. ¿Qué mejor momento o lugar que aquí, donde los cuatro podrían haber sido manejados callada y discretamente si fuera necesario?

—Exactamente —dijo Tierce—. Y en cuanto a mi elección de comandantes, aquellos que no son personalmente fieles a usted son precisamente en los que necesitamos usar la magia de Flim.

—¿Y ha considerado lo que podrían hacer una vez que estén fuera del rango de esa magia? —contrapuso Disra—. ¿Si deciden que no están realmente convencidos después de todo, e investigan un poco?

—Oh, van a hacerlo —le aseguró Tierce—. Fue por eso que quería que Nalgol estuviera en este primer grupo. Viene de una larga línea de la nobleza de Kuat, y sabía que estaría usando su anillo inyector de veneno.

Flim se detuvo a mitad de camino de quitarse el otro injerto de superficie.

—¿Su qué?

—Su anillo inyector de veneno —repitió Tierce—. El envenenar a los enemigos es una tradición de siglos de antigüedad allí. *Oh, relájese*… Nalgol no ha llevado ningún veneno en ese anillo por años.

—Me alegro que crea eso —dijo Flim irritado, examinándose de cerca la mano donde Nalgol lo había agarrado—. No fue su mano la que él tomó y…

—Le he dicho que se relaje —dijo de nuevo Tierce, y esta vez había una amenaza en su voz—. No estaba poniendo nada. Estaba sacando algo.

—Una pequeña muestra de piel, para ser exacto —dijo Disra, finalmente dándose cuenta—. Que llevará indudablemente directamente a los archivos para compararla contra el perfil genético en el registro de ID de Thrawn.

—Exactamente —dijo Tierce—. Y una vez que esté convencido… y ciertamente compartirá sus hallazgos con los demás… no habrá literalmente nada que no hagan por nosotros.

—Me pregunté por qué estaba usted tan insistente de que alteráramos esos archivos de ID anoche —dijo Disra—. No hay exactamente mucho margen de error en esta operación.

—Especialmente considerando que nosotros dos éramos los que corríamos todos los riesgos —secundó Flim, todavía acunándose la mano—. Ni siquiera estaba en la habitación con nosotros.

—Tranquilícense, los dos —dijo Tierce, con una sugerencia de desprecio en su tono—. Queda mucho camino por delante. Espero que no empiecen a perder el valor.

—No se preocupe por nuestro valor, Mayor —escupió Disra—. Preocúpese por que esta estrategia suya realmente funcione.

—Lo hará —le aseguró Tierce—. Confíe en mí. Cualesquiera que sean las escaramuzas preliminares, la batalla de apertura de la guerra civil final de la Rebelión se luchará sobre Bothawui. El Documento de Caamas se asegurará de eso. Queremos orquestar los detalles de ese encontronazo lo mejor que podamos; y queremos una presencia imperial en Bothawui para asegurarnos que el daño a ambos bandos sea tan extenso como sea posible.

—Bueno, lo que sea que hagamos, será mejor que lo hagamos rápido —advirtió Disra—. Pellaeon ya está a tres-cuartos de camino de descubrir mi conexión con los Piratas Cavrilhu y sus asociados. Si investiga y encuentra que a mi flota de sector le faltan cuatro Destructores Estelares, va a caerme encima.

—No hay mucho que podamos hacer sobre el itinerario —le recordó Tierce—, los tres en camino al sistema Bothawui no estarán en posición de ataque hasta dentro de varias semanas.

—Entonces quizás podríamos desechar el aspecto del cometa —dijo Disra—. Pueden formarse alrededor de algún otro marcador.

—No hay ningún otro —dijo pacientemente Tierce—. Por lo menos, ninguno que sería seguro para que usen. Usted sólo tendrá que usar su encanto natural para mantener a Pellaeon a raya.

—Haré mi mejor esfuerzo —dijo sarcásticamente Disra—. ¿Y qué clase de encanto sugeriría que use con el Capitán Zothip?

—¿Qué le pasa al Capitán Zothip? —preguntó Flim.

—El Mayor Tierce lo llamó y le dijo que estábamos cortándole el suministro de clones —gruñó Disra—. Zothip está bastante disgustado.

—Ya pasamos por esto una vez —dijo Tierce con un aire de tensa paciencia—. Nosotros necesitamos esos clones ahora. Zothip no tiene de qué quejarse… él ya se ha beneficiado lo suficiente por tenerlos a bordo de sus naves. De cualquier forma, ¿qué le preocupa? ¿Que venga aquí y le demande satisfacción?

—No conoce a Zothip —dijo pesadamente Disra.

—Es escoria del bajo mundo —dijo Tierce, desestimando al pirata con una torcedura del labio—. Cómprelo o cálmelo… no me importa qué.

—Me preocupa menos Zothip que su actitud, Mayor —contrapuso Disra—. Desde ahora, las decisiones mayores como esta van a hacerse en conjunto. No quiero que tire abajo lo que he construido y entonces me dé los pedazos para que vuelva a unirlos.

Por un largo momento Tierce sólo lo miró.

—Aclaremos una cosa ahora mismo, Disra —dijo por fin, con su voz lisa como el hielo—. Yo estoy a cargo de los aspectos militares de esta operación. Todos ellos. Eso es lo que me ofreció, y eso es lo que estoy tomando. Su parte ahora… su única parte

ahora… es proporcionar las naves y los hombres que necesito, y manejar cualquier aspecto político que surja.

Disra lo miró fijamente de nuevo. Pero era una mirada cuyo filo podía sentir embotándose. ¿Qué clase de monstruo había creado aquí?

—¿Eso es todo lo que soy para usted? —le preguntó en voz baja a Tierce—. ¿Su oficial de suministros?

Tierce sonrió, una fría crispación de la esquina de su labio.

—¿Asustado de haber perdido el control de esta conspiración que ha creado? No lo esté. Mi meta aquí… mi única meta… es vengar la muerte del Emperador y barrer a la Rebelión fuera de cada mapa de la galaxia. Después de eso, mi trabajo está hecho. El gobernar al nuevo Imperio que surja quedará completamente en sus manos.

Por un momento Disra lo miró, intentando leer más allá de su expresión de piedra, intentando impedir que sus deseos colorearan su juicio. Si el hombre estaba mintiendo…

No. Tierce era un soldado; uno extraordinariamente bueno, pero no obstante un soldado. No tenía en nada ni de lejos las habilidades o experiencia política que el propio Disra poseía. Aun cuando llegara a acostumbrarse al gusto del poder, todavía necesitaría a Disra después de que la lucha hubiera terminado.

—La mayoría de los triunviratos son inestables, Su Excelencia —dijo Flim—. Lo sé; he visto a muchos de ellos alzarse y derrumbarse entre piratas y organizaciones contrabandistas en el bajo mundo. Pero este es diferente. Ninguno de nosotros puede hacerlo funcionar sin los otros dos.

—Tiene razón —convino Tierce—. Así que calle sus gimoteos y haga su parte. O todos iremos a las colonias penales.

—Convenido —dijo Disra renuentemente—. Mis disculpas, Mayor. No pasará de nuevo.

—Bueno —dijo enérgicamente Tierce—. Volvamos a nuestros asuntos. Voy a necesitar una copia del algoritmo de desencriptación que usó para introducirse en los archivos privados del Emperador y de Thrawn.

Disra frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Para que pueda sacar una lista completa de las células durmientes que Thrawn plantó alrededor de la Rebelión —explicó Tierce—. Vamos a necesitar a todos los soldados y pilotos imperiales entrenados en los que podamos poner nuestras manos.

Eso parecía lo suficientemente razonable.

—Está bien —dijo Disra—. Pero yo puedo obtener la lista por usted.

—Sería útil si yo pudiera entrar en esos archivos siempre que lo necesite —señaló Tierce.

—También sería útil para mí saber algunas cosas que usted no —contrapuso Disra—. Por el bien del balance y todo eso.

Tierce agitó la cabeza.

—Bueno. Prosiga y juegue sus pequeños juegos. Sólo consígame esa lista.

Disra inclinó la cabeza en una reverencia irónica.

—Inmediatamente, Mayor.

No, no habría ningún estallido más, decidió Disra mientras volvía por la oficina al túnel secreto. Pero eso no significaba que no vigilaría de cerca a sus compañeros en este triunvirato. Y si ellos dos todavía lo necesitaban, podría bien llegar el tiempo en que él ya no los necesitara.

Era algo en lo que pensar.

CAPÍTULO 6

Era bajita, era peluda, hablaba fuerte, y estaba determinada a venderle un melón.

—Lo siento —dijo Wedge Antilles, apartándose lo mejor que podía en la presión del atestado mercado de Morishim, sosteniendo las manos con las palmas hacia afuera delante de él—. No estoy interesado en melones wk'ou hoy, gracias.

O la morish no entendía básico, o si no, todavía no estaba lista para conceder la derrota. Lo siguió del otro lado de su mesa de productos, en paralelo a su retirada, estirando el doblemente bulboso melón rojo pálido hacia él y chachareando sin parar en su propio idioma.

—Hoy no —repitió firmemente Wedge, echando una mirada a su alrededor e intentando encontrar a cualquiera de sus compañeros del Escuadrón Pícaro entre la muchedumbre de compradores. Se suponía que Janson y Tycho sabían un poco del idioma morish, pero ninguno de ellos estaba en ninguna parte a la vista.

Pero había un hueco recién abierto en el patrón de tráfico pedestre a su lado.

—Quizá mañana —le dijo a la vendedora de wk'ou, e hizo su escape.

—Para un guerrero de Ala-X tan grande y malo, seguro que estás podrido para decir que no —dijo la voz de Janson desde detrás de él.

—No lo compré, ¿o sí? —contrapuso Wedge, volviéndose para enfrentar a su sonriente compañero de equipo—. ¿Dónde estabas cuando te necesitaba?

—Oh, vi la mayoría del show —dijo Janson, ensanchando su sonrisa—. Me gustó sobre todo la parte donde le diste esa seña con las palmas hacia afuera.

Wedge sintió que sus ojos se estrechaban.

—¿Eso no significa que «no» aquí?

—No del todo —dijo Janson, claramente disfrutándolo—. Significa que no lo quieres a ese precio pero que ella podría querer intentar una oferta mejor.

—Oh, bueno, gracias por contarme eso cuando llegaste —gruñó Wedge—. Ahora sé por qué no me dejaba tranquilo.

—Es una galaxia muy grande —dijo filosóficamente Janson—. Hay tanto que aprender ahí afuera. Vamos… me encontré con un viejo amigo tuyo por aquí.

—Con tal de que no intente venderme nada —refunfuñó Wedge mientras Janson lo guiaba entre los compradores—. ¿Algún mensaje de la base?

—Difícil —dijo Janson por encima de su hombro—. La reunión acaba de comenzar hace media hora. Con un general de la reputación de Bel Iblis, probablemente no se han terminado todavía con los cumplidos preliminares. Aquí vamos. ¡Eh, general!

A unas personas de distancia un hombre de aspecto distinguido que vestía una capa negra se dio la vuelta…

—Bueno, bueno —dijo Wedge, pasando entre transeúntes y ofreciéndole la mano—. General Calrissian.

—Es sólo Calrissian a secas ahora —lo corrigió Lando Calrissian, poniéndose el melón wk'ou que estaba llevando bajo un brazo y tomando la mano de Wedge—. Ya dejé mis días militares muy atrás. Me alegra verte de nuevo, Wedge.

—A mí también —dijo Wedge—. ¿Qué estás haciendo en esta parte de la galaxia?

—Esperando una oportunidad para hablar con el General Bel Iblis —dijo Lando, señalando con la cabeza hacia las torres de lanzamiento piramidales de la Base de Cazas Estelares de la Nueva República que se alzaban detrás de la ciudad—. Tenemos que hacer algo acerca de la actividad pirata que hemos tenido cerca de Varn.

—Están asaltando tus embarques de minerales, ¿no? —preguntó Wedge.

—Eso, y espantando a potenciales clientes —dijo Lando—. No sé si sabías que le agregué un casino y una galería de observación al Bolsillos Profundos.

—Suena como una atracción muy grande —dijo secamente Janson.

—Te sorprenderías de lo interesante que es mirar la minería bajo el agua —le contó Lando—. En realidad, a plena capacidad el casino podría probablemente pagar por sí mismo los gastos generales de toda la operación. Pero no si todos tienen miedo de ir allí.

—Las bandas pirata han estado saliendo de abajo de las piedras por todas partes —convino Wedge—. Incluso en los sistemas del Núcleo. ¿Has intentado hablar con Coruscant?

—Hasta quedarme sin voz —dijo agriamente Lando—. No me sirvió de nada. Los clasificadores de bits burocráticos son tan malos como los que teníamos bajo el Imperio.

Janson resopló.

—Algunos son los mismos.

—Esta última reorganización política debería ayudar —dijo Wedge, intentando alejar la conversación de lo que era un permanente punto doloroso para él y sus camaradas del Escuadrón Pícaro—. Volver la mayoría del poder político de vuelta hacia los niveles de sistema y sector es definitivamente el camino a seguir. El Imperio ya demostró que el acercamiento centralizado no funciona.

Miró arriba al cielo azul despejado sobre sus cabezas.

—Es divertido, ¿no? Cómo terminan las cosas. Recuerdo cuando estar en un sistema tan cercano al borde del espacio imperial significaba que dormías en tu Ala-X. Ahora, en cambio, estamos aquí, paseándonos como si estuviéramos en Svivren o en Ord Mantell.

—Si fuera tú no me confiaría demasiado —advirtió Janson—. El Imperio aún no está exactamente muerto. Todavía podrían darnos un buen golpe si quisieran.

—Y ya ha parecido que estaban listos para arrojar sus cartas antes —agregó Lando—. ¿Recuerdas cómo estaban las cosas justo antes de que el Gran Almirante Thrawn regresara de dondequiera que se había estado escondiendo?

—¿Wedge? —llamó una voz por encima del estruendo—. ¡Eh… Wedge!

Wedge se asomó por encima de la muchedumbre, vislumbró una cabellera castaño claro despeinada, y alzó la mano.

—Por aquí.

—¿Quién es? —preguntó Lando, estirando el cuello para asomarse encima de la muchedumbre.

—Su nombre es Tycho Celchu —le contó Wedge—. Uno de mis hombres del Escuadrón Pícaro. No sé si lo conoces.

Tycho los alcanzó.

—Eh, Wedge, tienes que venir a oír a este tipo —dijo, con voz y cara oscuras—. Vamos… está por aquí.

Los llevó a través del mercado hasta una casilla pequeña con un morish ajado inclinado encima.

—Aquí está —dijo Tycho, uniéndose a los demás delante de la casilla—. ¿W'simip'rotou?

—M'rish'kavjsh f'oril —jadeó el morish—. M'shisht C'aama' por kri'vres'ymj B'oth.

Janson silbó suavemente.

—¿Qué pasa? —preguntó Wedge.

—Dice que acaban de desenterrar nueva información sobre la destrucción de Caamas —dijo severamente Tycho—. Y que resultaron ser los bothans quienes eran responsables.

Wedge miró fijamente a Tycho.

—Debes estar bromeando —dijo.

—¿Me veo como si estuviera bromeando? —dijo entre dientes Tycho, con fuego en sus ojos azules—. Tiene sentido, ¿no? Endor, Borleias, y ahora esto.

—Tómalo con calma —dijo Wedge, poniendo algo de amenaza en su voz—. Borleias no fue realmente culpa de los bothans.

Los hombros de Tycho se movieron inquietos.

—No del todo, de cualquier forma —concedió de mala gana.

Wedge miró a Lando.

—¿Has oído algo acerca de que hay información fresca sobre Caamas?

—Ni un cuchicheo —dijo Lando, mirando sospechosamente al morish—. Pregúntale dónde lo oyó.

—Está bien. —Tycho habló con el morish de nuevo, y obtuvo una respuesta—. Dice que viene del Viejo Solitario —tradujo—. Vive en una cueva en lo alto de las Tatmana. Aparentemente sabe todo acerca de lo que ocurre en la galaxia.

Wedge se volvió y miró arriba a las Montañas Tatmana, alzándose en una cresta de dientes de sierra a la distancia al lado opuesto de la ciudad del de la base de la Nueva República. Desde su ladera, era absurdo pensar que algún viejo nativo ermitaño tuviera siquiera alguna idea de lo que estaba pasando aquí abajo en la ciudad, mucho menos en la galaxia más grande sobre sus montañas.

Pero por otro lado, Wedge había estado con Luke Skywalker lo suficiente como para saber que había muchas cosas inexplicables en la galaxia. Quizá este Viejo Solitario era uno de esos latentes usuarios-de-la-Fuerza que Luke siempre estaba tratando de encontrar.

Y, de cualquier forma, no era como si estuvieran exactamente ocupados ahora mismo.

—Pregúntale dónde podemos encontrar a este Viejo Solitario —instruyó a Tycho.

—¿Vas a subir allí? —le preguntó Lando mientras Tycho empezaba a hablar de nuevo con el morish—. ¿Para qué mundos?

—Curiosidad —le contó Wedge—. Tenemos tiempo… el general no nos necesitará por lo menos por algunas horas más. ¿Vienes?

Lando suspiró.

—Muéstranos el camino.

• • •

Sosteniéndose dócilmente contra el viento firme, los tres Ala-X se posaron fácilmente en el acantilado desde el que se veía la ciudad.

—Fácil para ustedes —murmuró por lo bajo Lando, midiendo mentalmente el pequeño recoveco de espacio que le habían dejado para aterrizar al *Dama Suerte*. Sería apretado, pero su orgullo por sí solo le dictaba que no se echara atrás ahora. Murmurando un poco más, bajó el yate hacia el acantilado.

Era de hecho un apretón estrecho, complicado más por el viento. Pero se las arregló sin demasiados problemas y, lo más importante, sin pasar vergüenza. Poniendo los motores en modo de espera, bajó por la escalera de mano a popa tras la cabina del puente y se dirigió hacia la escotilla del yate.

Wedge, Janson, y Tycho estaban esperándolo al pie de la rampa del *Dama Suerte*.

—Hace frío aquí —comentó, agarrando el borde de su capa para que no se batiera—. Espero que la cueva del Viejo Solitario esté calefaccionada.

—Por lo menos estará resguardada de este viento —convino Janson, señalando hacia una grieta angosta, de dos metros de alto en la cara del precipicio—. Esa debe ser. Vamos.

La cueva era mucho más profunda de lo que Lando habría supuesto por el tamaño relativamente pequeño de la entrada. También era sorprendentemente cálida.

—Parece que hay una luz adelante —dijo Wedge, su voz sonaba raro en el espacio cerrado—. Pasando esa curva.

—Me pregunto si deberíamos anunciarnos —dijo Lando, mirando inquietamente a su alrededor. Volar en naves espaciales pequeñas nunca lo había molestado en lo más mínimo, pero caminar por un pasadizo angosto con el peso de la cima de una montaña sobre su cabeza era algo completamente diferente.

O quizá era que el lugar le recordaba demasiado al interior del Monte Tantiss. De cualquier modo, cuando giraron la esquina, encontró su mano derecha descansando en la empuñadura de su bláster enfundado.

Lo que hizo que la escena que se abrió delante de ellos fuera tanto más anticlimática. Sentado al fondo de una sección más ancha de la cueva había un solo anciano morish, aún más viejo que con el que habían hablado en la casilla, meditativamente punteando las

cuerdas tensas de alguna especie de instrumento musical. A su derecha había una lámpara sobrante-militar achaparrada; a su izquierda, un antiguo brasero de madera. A ambos lados de la cueva, sólo vagamente tocados por la luz de la lámpara, había una colección de objetos que al parecer eran los bienes hogareños del Viejo Solitario. A su espalda, sin cubrir del todo la pared del fondo de la cueva, había una cortina de tela decorada a mano de aspecto pesado.

Si el Viejo Solitario estaba sorprendido de verlos, no lo demostró. Los estudió por un momento en silencio mientras se acercaban a un par de metros de él, entonces bajó la mirada de vuelta a su instrumento y murmuró algo en su propio idioma.

—Está saludándonos —tradujo Tycho—. Más o menos. También demanda saber lo que queremos.

—Dile que hemos oído que sabe algo sobre la destrucción de Caamas —dijo Wedge—. Nos gustaría oír más.

—Querrá dinero —advirtió Janson.

—Está bien —convino Tycho—. Prueba de ofrecerle cincuenta.

El morish se revolvió.

—Trescientos —dijo en básico claro y casi sin acento—. Esta historia vale trescientos.

—Bueno, bueno —dijo secamente Wedge—. Hasta ahí llegó el color local. Creí que probablemente hablaban más básico de lo que nos hacían creer. Te daré cien.

—Trescientos —insistió el Viejo Solitario—. O no hay historia.

—Uno-cincuenta —ofreció Wedge—. Dinero de la Nueva República. Todo lo que tengo encima.

—Trescientos. Nada menos.

—Yo lo cubriré —dijo Lando, echando una mirada alrededor de la cueva. Había algo raro en este lugar. Algo que estaba trayéndole algunos recuerdos muy desagradables.

—Está bien —suspiró Wedge—. Que sean trescientos. Pero mas vale que valga la pena.

—Lo vale —le aseguró el Viejo Solitario—. Cuando la flota de batalla oscura se congregaba afuera de Caamas…

Y de repente encajó en el fondo de la mente de Lando. Dando la vuelta detrás del brasero, agarró el borde de la cortina…

—¡Ka'alee! —chilló el morish, echando a un lado su instrumento musical y arremetiendo hacia la lámpara. Lanzó la mano debajo de ella…

—¡Quieto! —exclamó Wedge. Los tres pilotos del Escuadrón Pícaro se habían agachado en posiciones de combate, con blásteres en sus manos apuntando al morish—. Saca la mano —pidió Wedge—. Vacía.

Despacio, mirándolos ferozmente, el Viejo Solitario sacó la mano. Janson rodeó la lámpara y se agachó a su lado, sacando un bláster pequeño pero de aspecto dañino.

—Está bien —dijo Wedge mientras Janson volvía al lado de Tycho—. Ahora sólo siéntate allí y se bueno. Y mantén las manos adonde podamos verlas. —Enfundando su

bláster, dio la vuelta detrás de sus compañeros de equipo y llegó a Lando—. ¿Qué encontraste?

—La fuente de su omnisciencia —dijo Lando severamente, apartando la cortina—. Echen una mirada.

Wedge silbó suavemente bajo su aliento; e incluso Lando que más o menos había sabido qué esperar, tuvo que admitir que estaba impresionado. Apretado en una ancha grieta que iba del suelo al techo de la pared del fondo de la cueva había un centro imperial de comunicaciones funcionando completamente, completo con módulos de encriptación/desencriptación, tomas para enchufar una variedad de droides y sensores, un módulo monitor espacio/planetario, y un generador de energía autocontenido Generaciones III.

—Bueno, bueno —comentó Wedge—. Lindo hallazgo, Lando. ¿Qué te lo sugirió?

—El olor —le contó Lando, un escalofrío involuntario lo atravesó—. Los electrónicos polvorientos tienen un olor que no se parece a nada más en el universo. La cámara de cilindros Spaarti en el almacén del Monte Tantiss estaba repleta de él.

—Probablemente armaron este lugar justo antes de que les quitáramos a Morishim —sugirió Janson—. Deben haberlo usado para espiar a la base.

—Y para propaganda política e incitar a los nativos —dijo Wedge, apartando la cortina para mirarlo más de cerca—. Aquí hay una entrada directa al servicio de noticias imperial. Y una entrada directa al Horario de Coruscant.

—Podría ser interesante hacer que alguien retrocediera por los registros de historia recientes —dijo Lando—. Para ver si podemos descubrir su mano en los eventos.

—Sí —convino Wedge—. Deben haberlo abandonado con prisa para haber dejado tanto material atrás…

Se interrumpió, frunciéndole el ceño a la pantalla del monitor espacial.

—Tycho, sal a tu Ala-X y llama a la base. Parece que tenemos una Corbeta Corelliana acercándose. Transmitiendo un ID imperial…

Abruptamente se puso duro.

—Espera —exclamó, dejando caer la cortina y pasando más allá del Viejo Solitario—. Vayan a sus cazas a doble velocidad.

Los demás se pusieron detrás de él, y el grupo desapareció alrededor de la curva del túnel.

—¿Qué pasa? —demandó ansiosamente el Viejo Solitario—. Tú, humano, ¿qué pasa?

Una sola mirada a la pantalla fue todo lo que Lando necesitó.

—Es un Destructor Estelar Imperial —dijo—. Cayó justo detrás de la Corbeta. Dirigiéndose hacia aquí.

• • •

—¿Lando? —vino la voz de Wedge desde la consola del *Dama Suerte*—. ¿Me escuchas?

—Fuerte y claro —dijo Lando, haciendo un último ajuste al control del altavoz.

—Quédate cerca —advirtió Wedge—. Este truco de mezclar frecuencias no funcionará contra su bloqueo de interferencia si nos alejamos demasiado.

—Entendido —dijo Lando, mirando las confusas lecturas de su tablero de comunicaciones. Su sistema de comunicaciones era de bastante última tecnología, además con unos pocos adicionales exóticos, pero no estaba realmente preparado para tratar con las frecuencias y códigos militares de la Nueva República. Pero hasta ahora la modificación que habían armado al vuelo parecía estar aguantando.

—¿Qué está pasando?

—Hablé con la base mientras te estabas preparando —dijo Wedge—. El resto del Escuadrón Pícaro viene en camino junto con cada caza estelar que la base puede mandar.

Un par de alas de Ala-X y Ala-A, contra un Destructor Estelar Imperial. Genial.

—¿Qué hay del *Peregrino* y la Fragata de Asalto en la que vino el Almirante Vriss?

—El *Peregrino* está en camino, pero tiene que dar la vuelta desde el lado lejano del planeta —dijo Wedge, con un ligero desprecio insinuándose en el calmo profesionalismo de su voz—. La Fragata de Asalto, desafortunadamente, va a quedarse afuera. Aparentemente, dejaron que los sistemas se apagaran un poco más lejos que el estado de espera.

—Descuidados —gruñó Lando—. ¿Quién está al mando?

—Un comité de bagmims —le contó Wedge—. La tripulación es principalmente de bagmims, humanos, y povanarianos.

—Los bagmims son bastante buenos guerreros cuando se irritan.

—Entonces, deberían haberse quedado más irritados —dijo Wedge—. Ahora mismo, sólo son un desperdicio de aire.

—Demasiado tarde para preocuparse por eso ahora —dijo Lando, cuidadosamente absteniéndose de recordarle a Wedge los comentarios que él mismo había hecho más temprano acerca de lo más relajadas que se habían vuelto las cosas—. ¿Cuál es el plan?

—Nosotros intentamos retrasarlos —dijo Wedge—. El *Peregrino* viene en camino, y el general consiguió dos Cruceros Estelares que vienen desde Haverling. Hasta que lleguen aquí, estamos solos.

Los tres Ala-X y el yate subieron sobre la curva del horizonte de Morishim; y allí estaban: el intimidante tamaño del Destructor Estelar Imperial con la Corbeta precediéndolo hacia el planeta.

Y entonces Lando frunció el ceño.

—¿Wedge?

—Ya lo veo —murmuró Wedge—. Pícaro Siete, dame un análisis rápido.

—No hay error, Líder Pícaro —vino rápidamente la voz de Tycho—. Esos no son disparos accidentales… el Destructor Estelar está definitivamente apuntándole a la

Corbeta. La Corbeta está corriendo a velocidad de flanqueo, con los escudos deflectores de popa a plena potencia. Está persiguiéndola, confirmado.

—También están bloqueando sus transmisiones —agregó Janson—. La proyección del curso muestra que se dirige derecho hacia el borde del escudo de energía de la base. Parece que tenemos un robo y deserción en nuestras manos.

—Podría ser —dijo cautelosamente Wedge—. También podría ser un truco para conseguir que la dejemos pasar bajo el escudo de energía sin examinarla.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Janson.

—Intentemos crear un poco de interferencia —dijo Wedge—. Pícaro Dos, Pícaro Cinco: doblen alrededor del lado de estribor de la Corbeta y vean si pueden distraer algo de la atención del Destructor Estelar. Yo tomaré el otro lado. Cuidado con los rayos tractores… pueden intentar tirar de la Corbeta.

—Copiado, Líder Pícaro.

Los dos Ala-X se abrieron de Wedge y Lando.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Lando.

—Mejor quédate aquí atrás —le dijo Wedge, haciendo su propio estallido de velocidad—. Ese yate no está diseñado para esta clase de maniobras. Sin embargo, podemos necesitar que actúes como intermediario entre nosotros y nuestros refuerzos.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando hubo una especie de llamarada amortiguada en la Corbeta, acompañada por una nube de escombros.

—Le dieron al grupo sensor superior —informó Janson—. Incendio interior… probablemente van a tener que apagar el núcleo del reactor principal.

Lo que significaba que no tendrían motores, ni escudos, ni tampoco esperanzas de escape. Lando maldijo por lo bajo, tecleando su sistema comunicador secundario para que examinase todos los canales. La estática le siseaba en cada una de las frecuencias que los imperiales estaban bloqueando.

—Rayo tractor activado —dijo estrechamente Tycho—. Fijando la conexión… la tienen.

—Se acercan naves a popa —interrumpió Janson—. El resto del Escuadrón Pícaro, más tres alas de Ala-A y dos de Ala-X. Tiempo estimado, unos cuatro minutos.

El de Wedge fue un eco más suave del siseo de interferencia.

—Demasiado poco, demasiado tarde —dijo renuentemente—. Suspendan. Ya no hay nada que podamos hacer para ayudarlos.

Lando miró a la Corbeta, golpeando un puño frustrado suavemente contra el borde de su tablero de control. Enmudecida y desvalida, la Corbeta sería tomada o destruida sin que nadie supiera quiénes eran o qué estaban haciendo aquí.

A menos que…

—¿Wedge? —llamó—. Tengo una idea. Enciendan todas las frecuencias de transmisión, los tres de ustedes que pueden usar plena potencia, con toda la encriptación que puedan ponerles. Quizá podamos diluir su bloqueo de interferencia lo suficiente para por lo menos sacar algo de la Corbeta.

—Vale la pena intentarlo —dijo Wedge—. Hagámoslo, Pícaros.

Lando giró alrededor del tablero de comunicaciones, tecleando en uno de esos adicionales exóticos en los que había gastado todo ese buen dinero. No era probable que esto funcionara. En realidad, era casi seguro que no funcionaría, y el sólo intento podría fácilmente irritar a los imperiales para que le dieran un golpe letal. Pero por lo menos estaba haciendo algo. Miró fijamente las lecturas del comunicador, conteniendo la respiración.

Y entonces, incluso para su asombro de jugador, hubo un parpadeo de algo a través de la estática.

—Sigan haciendo eso —le gritó a Wedge y a los demás, tecleando locamente en el tablero. El parpadeo se fortaleció, se desvaneció, se fortaleció de nuevo.

Se cortó de repente. Lando alzó la vista justo a tiempo para ver un vislumbre final de pseudomovimiento mientras el Destructor Estelar se desvanecía en el hiperespacio.

—Bueno, eso fue todo —dijo Tycho.

—No estaba mirando —dijo Lando—. ¿Se llevaron la Corbeta con ellos?

—La arrastraron a su bahía y se fueron enseguida —le contó Wedge—. ¿Captaste algo?

—No lo sé. —Lando tecleó pidiendo una repetición—. Veamos.

Hubo un estallido de estática; y entonces, casi enterradas debajo del siseo, podían oírse unas débiles palabras.

…BLA EL COR… IZH VERMEL… VIADO ESPECIAL DEL… MIRANT… ENVIADO AQUÍ… CAR AL GEN… EL IBLIS A LA NE… ATA… AZ… TRE… IMPERIO Y LA NUEVA REPÚB… BAJO ATAQUE… MENTOS TRAID… AL IMPERIO… NO ESPE… BREVIVIR. SI LA NUEVA RE… EN SOST… TA… IONES… ALM… PELL… MINE… ABAND… ITIIN… MES PARA ENCONTR… PITO: HABLA… NEL… VERMEL…

La grabación acabó.

—No hay mucho allí —comentó Wedge.

—No —concedió Lando—. ¿Ahora qué?

—Mejor que tú des la vuelta y le lleves esa grabación al General Bel Iblis —dijo Wedge—. Creo que nosotros nos quedaremos aquí afuera un poco más.

—¿En caso de que esto fuera sólo el primer acto? —sugirió Lando.

—Nunca se sabe.

Lando clavó la mirada afuera adonde la Corbeta había perdido su carrera hacia la seguridad, un escalofrío desagradable le subió por la columna. Todo este asunto era muy similar, *de hecho, horriblemente similar,* a la carrera que la nave consular de la Princesa Leia Organa había perdido con el destructor estelar de Darth Vader sobre el planeta Tatooine hace casi dos décadas. Había sido un punto de bisagra en el forcejeo contra la tiranía del Imperio, aunque nadie lo había sabido en el momento.

Y ahora, aquí sobre Morishim, la misma escena acababa de repetirse. ¿Podría haber algo de iguales consecuencias detrás?

—¿Wedge?

—¿Sí?

—¿No hubo, por casualidad… —titubeó Lando, temiendo que esto fuera a sonar tonto—… alguna cápsula de escape lanzada por la Corbeta?

—En realidad, eso fue lo primero en lo que pensé —le contó sobriamente Wedge—. Pero no, no había.

—No pensé que hubiera —dijo Lando, sacudiéndose los recuerdos del pasado. La historia *nunca* se repetía realmente, después de todo. Las posibilidades eran que Janson hubiera acertado: un simple robo y deserción.

Las posibilidades eran también que ninguno de ellos nunca lo sabría con seguridad.

• • •

Oficialmente, el planeta se llamaba Muunilinst… extraoficialmente, era conocido por muchos como Dinerolandia[1]. Y si Bastión era el centro político del Imperio, Muunilinst era su núcleo financiero.

Las razones para su estatus eran muchas y variadas, una larga historia que databa de muy atrás en los días de la Antigua República. El hecho de que todavía retenía su papel en estos tiempos más oscuros era tanto un triunfo de la inercia y el hábito como lo era de las dos Plataformas de Defensa Golan III que trazaban sus perezosas órbitas en la altura sobre sus cabezas.

Parado en la ventana de la sala de conferencias, Pellaeon miró arriba mientras una de las plataformas pasaba delante del sol de Muunilinst, momentáneamente disminuyendo su luz. Cuando la capital imperial fue mudada a Bastión, recordó, el Moff Disra había intentado hacer transferir esos dos Golan III allí también, argumentando que el centro gubernamental del Imperio merecía más protección que los revolvedores de crédito. Había sido uno de los raros cálculos erróneos de Disra, y una de sus más vergonzosas derrotas políticas.

Detrás de Pellaeon, alguien tosió discretamente.

—¿Sí? —preguntó Pellaeon, dándose la vuelta para enfrentar de nuevo a la mesa.

Los seis oficiales de alto rango reunidos alrededor de la mesa estaban devolviéndole la mirada.

—Presumo, Almirante —dijo en voz baja el Alto General Suit Ramic—, que ésta no es simplemente una sugerencia hipotética. Usted y los Moffs ya han acordado esta oferta, ¿no?

Por un momento Pellaeon estudió la cara del otro. El General Ramic, comandante de una de las Golans de allá arriba, era el hombre más antiguo de la fuerza de defensa de Muunilinst, tanto en experiencia como en rango. Si escogía resistirse al propuesto acuerdo de paz, los demás probablemente se alinearían tras él.

[1] **N. del T.**: Moneyland en inglés suena mas o menos parecido a Muunilinst.

Pero no. La pregunta no había sido un desafío, sólo una mera pregunta.

—Sí, los Moffs lo han aprobado —dijo—. Por lo que valga, ellos no estaban nada más contentos con la idea de lo que ninguno del resto de nosotros lo está.

—Creí que fue usted el que hizo la propuesta —interpuso el General Jaron Kyte, con voz y ojos oscurecidos por la sospecha—. ¿Cómo puede decir ahora que se opone?

—No dije que me opongo —lo corrigió Pellaeon—. Dije que no me gustaba. En mi opinión profesional, simplemente no nos queda ninguna otra opción.

—Tenía la impresión de que teníamos nuevos sistemas y efectivos revolucionarios listos para ser puestos en-línea —dijo Ramic.

Con sincronía perfecta una de las luces en el comunicador de Pellaeon empezó a parpadear.

—Algunos de esos sistemas no han demostrado ser tan funcionales como sus diseñadores habían esperado —dijo Pellaeon, caminando hasta su asiento y agachándose para apretar el botón de confirmación—. En cuanto a los efectivos, una parte ha sido contaminada por actividad decididamente traicionera. —Enfrente de Pellaeon la puerta de conferencias se abrió…

Y un hombre delgado que vestía el tradicional mantón y el pendiente de banquero muunilinsti entró.

Su reacción a la sala llena de oficiales podría haber sido interesante, pero Pellaeon no lo estaba mirando. Sus ojos estaban en cambio en los mismos oficiales, mientras sus expresiones de sorpresa o indignación por su acusación velada fueron interrumpidas por esta intrusión inesperada. Se volvieron, la mayoría de ellos evidentemente irritados, para ver quién era el que había presumido de entrometerse en los asuntos de la Flota.

Y a mitad de camino del lado izquierdo de la mesa, el General Kyte se sobresaltó.

No fue una gran reacción, apenas más que una sacudida de la cabeza y una pasajera expresión de impresión en su cara antes de que recuperara el control. Pero contra el fondo de la curiosidad más o menos indiferente de los demás, destacaba como un faro en una bahía de desembarco.

—Ah, Lord Graemon —dijo Pellaeon, enfocándose por fin en el banquero—. Gracias por haber venido. Si me espera allí en la otra sala, lo atenderé en breve.

—Como desee, Almirante Pellaeon —dijo Graemon. Sus ojos, notó Pellaeon, se fijaron en Kyte una vez mientras cruzaba a la cámara interna y desaparecía adentro.

—¿Y qué fue todo eso? —preguntó Ramic.

El hombre era sutil, está bien; claramente, había reconocido que la interrupción del banquero no había sido completamente una coincidencia.

—Estaba hablando de traición —dijo Pellaeon, indicando con una mano la cámara interna—. Lord Graemon es uno de los hilos en esa telaraña.

Una nueva oleada de sorpresa pasó sobre el resto de la mesa, pero el mismo Ramic ni siquiera se mosqueó.

—¿Puede demostrar esto? —demandó.

—Lo suficiente —dijo Pellaeon—. Él es uno de los hombres de dinero que ayuda a desviar fondos imperiales a un consorcio que está construyendo los Aves de Presa que ahora están complementando a los más tradicionales cazas estelares clase-TIE a bordo de nuestras naves.

—Yo no veo ninguna traición en eso —resopló alguien—. Me parece que el Imperio está obteniendo el valor de su dinero con esos Aves de Presa.

—La traición está en el hecho que el trato ha sido realizado por fuera de los canales apropiados —dijo Pellaeon—. Y en el hecho de que ciertos altos oficiales imperiales están succionando un porcentaje significativo de esos fondos para sus ganancias personales.

Deliberadamente, volvió su mirada a Kyte.

—Y en el hecho de que el trato incluye la entrega de equipo y personal imperial a varias bandas pirata.

Kyte le sostuvo la mirada sin inmutarse, pero su cara palideció perceptiblemente. Sí, Pellaeon lo sabía; y ahora Kyte sabía que él lo sabía.

—¿Y cómo espera que su tratado con la Nueva República detenga esto? —preguntó Ramic.

—La cooperación y las líneas de comunicación abiertas nos permitirán rastrear más eficazmente a los participantes —dijo Pellaeon—. Y esos participantes ya no podrán fingir que estaban meramente haciendo los asuntos del Imperio en su propia, digamos, forma creativa.

—¿Entonces sospecha que algunos en la Flota están involucrados? —preguntó uno de los otros.

—No lo sospecho —dijo Pellaeon—. Lo sé.

Por un largo momento nadie habló. Pellaeon dejó pasar y endurecerse el silencio, entonces señaló a los datapads delante de ellos.

—Pero ése no es el problema aquí hoy. El problema es la propuesta del tratado de paz, y si la apoyan. Sugiero un receso de una hora para que tengan tiempo de considerar todas las ramificaciones. Discútanlo entre ustedes si lo desean; Yo estaré aquí si tienen alguna pregunta que quieran hacerme en privado.

Los miró a cada uno por vez.

—Al término de esa hora nos volveremos a reunir, y esperaré sus respuestas. ¿Alguna pregunta final? Muy bien, entonces; pueden retirarse.

Se volvió de nuevo hacia la ventana, dándole la espalda a la mesa, mientras ellos recogían sus datapads y datacards y salían silenciosamente de la habitación. La puerta se cerró, y Pellaeon tomó aliento cuidadosamente.

—¿Sus comentarios? —preguntó, dándose la vuelta otra vez.

Ramic no se había movido de su asiento.

—Discrepo completamente —dijo bruscamente el alto general—. La Nueva República va a auto-destruirse… usted lo sabe y yo lo sé. Las únicas preguntas son qué tan violenta será la explosión y si el detonante será este asunto de Caamas del que

seguimos oyendo o algo más. No hay necesidad de que nos humillemos delante de los alienígenas y amantes de los alienígenas de esta forma.

—Entiendo su posición —dijo Pellaeon—. ¿Es esa su palabra final?

Los delgados labios de Ramic se comprimieron brevemente.

—Yo no apoyo su tratado, Almirante —dijo, poniéndose de pie—. Pero soy un oficial imperial, y obedeceré a mis superiores. Usted y los Moffs se han puesto de acuerdo; si y cuando se dé la orden de cesar las hostilidades, yo la obedeceré.

Algo del peso en los hombros de Pellaeon se alivió un poco.

—Gracias, General —dijo en voz baja.

—Agradezca a mi familia y a su historia de servicio orgulloso —contrapuso Ramic—. Ellos son los que instalaron el sentido del deber y la lealtad en mí —bajó la mirada a la mesa y se puso a reunir sus datacards—. ¿Cree que la Nueva República aceptará su oferta de una reunión?

—Lo averiguaremos lo suficientemente pronto —dijo Pellaeon—. El Coronel Vermel debe estar llegando al sistema Morishim ahora.

—Sí —murmuró Ramic. Se encaminó hacia la puerta; se detuvo y se dio la vuelta—. ¿Está seguro de que hay bandas pirata involucradas en todo esto?

—No hay ninguna duda en absoluto —le aseguró Pellaeon—. Por lo que he podido averiguar, están siendo contratadas para atacar embarques específicos de la Nueva República. Se quedan con el botín; el Imperio consigue un grado de confusión y consternación en la Nueva República y los socios en las sombras, sabiendo qué embarques van a ser atacados, ganan dinero en los negocios e intercambios de influencias.

Ramic se encogió de hombros.

—Aparte de eso último, parece una actividad privada perfectamente razonable.

—Quizás —concedió Pellaeon—. El problema es que las decisiones fundamentales sobre los embarques que serán atacados vienen de los socios en las sombras, no del Alto Comando o Inteligencia Imperial. Y hay también fuertes indicios de que las células durmientes que el Gran Almirante Thrawn creó están siendo vaciadas para proporcionar tripulantes a las bandas.

—Si es que aquellas alegadas células durmientes realmente existen —retumbó Ramic—. Nunca estuve convencido de ello.

—Si los soldados no vienen de las células durmientes, entonces los conspiradores están consiguiéndolos de alguna otra parte —dijo Pellaeon—. La única otra opción es que estén succionándolos de las fuerzas de línea regulares.

La cara de Ramic se endureció.

—Si están haciendo eso, yo personalmente lo ayudaré a desollar vivos a los perpetradores. No tenemos suficientes soldados y tripulantes para empezar. —Sus ojos se estrecharon ligeramente—. ¿Y cuál de nosotros sospecha que esté en esto con Lord Graemon?

—El General Kyte fue el único que reaccionó a su entrada —dijo Pellaeon—. Como tal, él es mi principal sospechoso. Con suerte, puede asustarse y llevar a mi equipo de Inteligencia a algunos de los demás involucrados.

—Kyte no se asustará —dijo Ramic—. Pero puede considerar prudente alertarlos.

—De cualquier modo me servirá —dijo Pellaeon—. Ahora, si me disculpa, necesito pasar unos minutos con Lord Graemon.

—¿Tirando de otro hilo de la telaraña?

Pellaeon sonrió severamente.

—Algo así. Lo veré a usted y a los demás en una hora.

—Muy bien, señor. —Por un momento Ramic le estudió la cara—. Aunque, le aconsejaría que sea cuidadoso. Cada telaraña tiene algo desagradable en el centro… y quienquiera que esté en el medio de esta podría bien decidir que con un tratado de paz en camino el Imperio ya no necesita un Comandante Supremo de la Flota. Especialmente uno que está arrancándole pedazos a su telaraña.

Pellaeon miró a la sala adonde Lord Graemon lo esperaba.

—Sí —dijo en voz baja—. Se me ha ocurrido esa idea.

• • •

La puerta secreta se abrió, y Disra alzó la vista mientras Tierce entraba a la habitación.

—¿Y bien? —demandó—. ¿Tiene noticias de Dorja?

—Finalmente, sí —asintió Tierce—. Informa que la misión tuvo más o menos éxito.

—¿Más o menos?

Tierce se encogió de hombros.

—Dorja dijo que tenía un bloqueo de interferencia funcionando en el momento en que emergió del hiperespacio. Pero que algo de la señal del Coronel Vermel podría haberlo atravesado antes de que llevara su Corbeta a bordo.

Disra siseó entre dientes.

—Descuidado.

—Esa observación ya le ha sido expresada por nuestro Gran Almirante —dijo Tierce—. Había algunos Ala-X y un yate no identificado saliendo de Morishim que estaban por casualidad en el vector de entrada de la Corbeta cuando salió del hiperespacio.

Disra resopló.

—En mi experiencia, los Ala-X no aparecen en ningún lugar por casualidad.

—Coincido —dijo Tierce—. Mi suposición es que de algún modo detectaron a las naves entrantes y salieron a echar un vistazo. Posiblemente usando el viejo centro espía imperial que abandonamos en la superficie, aunque cómo lo habrán localizado, no lo sé.

—¿Tenía Dorja alguna idea de cuánto del mensaje de Vermel podría haber pasado?

—Unas pocas palabras a lo sumo —le aseguró Tierce—. Y eso supone que una o más de las naves cercanas además tuviera el equipo apropiado, lo que es improbable.

Disra pensó un momento.

—Sí —concedió—. Y aun si lo hicieron, unas pocas palabras no van a captar la atención de nadie. Nadie que cuente, por lo menos.

—Especialmente considerando cuántas otras crisis están a punto de caerles sobre sus cabezas —convino Tierce.

—Correcto —dijo Disra—. ¿Qué le pidió a Dorja que haga con la nave y su tripulación?

—Él está actualmente en camino de regreso a aquí, haciendo una rápida interrogación en el camino. La mayor parte de la tripulación, sospecho, no tendrá ninguna idea de cuál era la misión de Vermel; a aquellos podremos devolverlos al servicio con vagas intimaciones de que Vermel planeaba alguna clase de traición. En cuanto al propio Vermel… —Se encogió de hombros—. Pensé que lo encerráramos en algún lugar tranquilo por el momento. Podríamos encontrarle utilidad más adelante.

—Suena razonable —dijo Disra—. ¿Alguna noticia de Trazzen y los demás?

—Hemos recibido su último reporte programado —dijo Tierce—. Estarán fuera de contacto de ahora en adelante hasta que sean convocados.

—Um —gruñó Disra. Todo parecía ir según el plan.

Y sin embargo, todo esto sobre Vermel y su mensaje posiblemente filtrado le molestaba de algún modo. Seguramente nadie podría haber captado nada de él; y aun cuando lo hubieran hecho, seguramente lo habrían desestimado como contrabandistas o un simple intento de robo y deserción que no funcionó.

—Se me ocurre, Mayor —dijo lentamente—, que quizás debemos empujar un poco nuestro itinerario. Por si acaso.

Hubo un largo momento de silencio.

—Supongo que eso sería posible —dijo Tierce—. Pero realmente no creo que sea necesario. Nadie va a prestarle mucha atención al incidente de Morishim.

Disra lo miró fijamente y duramente.

—¿Está usted seguro de eso?

Tierce esbozó una delgada sonrisa.

—Se lo garantizo.

• • •

La grabación se reprodujo hasta el final por tercera vez, y finalmente el General Garm Bel Iblis la apagó.

—Casi tan claro como el barro turbio —le comentó a Lando—. Sin embargo, habría apostado que no podría haber obtenido ni siquiera esto a través de todo ese bloqueo. Muy bien hecho.

—Sólo desearía haber conseguido más —dijo Lando—. Janson pensó que probablemente se trataba de un robo y deserción que salió mal.

—Sí, se parece a eso —dijo Bel Iblis, tocándose pensativamente el bigote—. Pero de algún modo no creo que lo haya sido.

Lando lo miró.

—¿Entonces qué fue?

—Todavía no lo sé —dijo Bel Iblis—. Pero considere los hechos. El Imperio ya casi no tiene suficientes Destructores Estelares Imperiales restantes como para usar uno en una simple misión de persecución. Y lo querían vivo; y querían asegurarse de que no hablara con nadie.

—Y sabía que usted estaba aquí —señaló Lando—. Casi se puede oír las palabras «General Bel Iblis» allí.

—Sí —convino Bel Iblis—. Sin embargo seguir el rastro de mi paradero ya no es tan difícil. Ya no nos mantenemos tan en secreto como hace cinco años.

Se giró sobre su computadora y empezó a apretar botones.

—Me parece que también se puede oír mencionar el nombre «Vermel». Si recuerdo correctamente, había un oficial imperial de ese nombre en el personal del Almirante Pellaeon.

Lando miró por el ventanal abajo a la curva del planeta, y a los distantes brillos de los Ala-X que todavía volaban en círculos en la distancia.

—Me parece que eso le agregaría peso a la teoría de la deserción —sugirió—. No querrían matar a alguien de ese rango inmediatamente, y ciertamente no querrían que nosotros supiéramos que lo había intentado.

—Quizás. —Bel Iblis se acercó a la pantalla—. Sí, ahí está. ¡Coronel Meizh Vermel!

Lando extendió las manos.

—Allí está, entonces.

Bel Iblis se tocó el bigote de nuevo.

—No —dijo lentamente—. Mis instintos todavía dicen que no. ¿Porqué usar una Corbeta Corelliana si ibas a desertar? ¿Porqué no algo más rápido o mejor armado? ¿O que requiriera una tripulación más pequeña, a menos que todos los ciento y pico tripulantes estuvieran desertando juntos?

—No lo sé.

—Yo tampoco lo sé. —Bel Iblis sacó la datacard de la grabación de Lando—. Pero creo que haré unas cuantas copias de esto y veré si puedo averiguarlo.

Lando alzó una ceja.

—¿En todo su copioso tiempo libre?

El general se encogió de hombros.

—De cualquier forma he estado necesitando un hobby.

CAPÍTULO 7

La Gran Cámara de Asamblea del Senado de la Nueva República se había completado sólo tres meses antes, su construcción debida a la necesidad después de que las bombas de Kueller habían debilitado la estructura de la vieja Sala del Senado demasiado para repararla. Y aunque había todavía detalles que faltaban terminar, el efecto global era tan impresionante como sus diseñadores habían prometido. La vieja distribución… con los asientos de los delegados colocados en semicírculos concéntricos, descendiendo hacia una tarima elevada en el centro… había sido reemplazada por una serie de bloques de asientos de tamaño y forma variable, conectados entre sí por cortas escaleras o rampas que se habían colocado aparentemente al azar, pero que mantenían una gracia y estilo consistente. Separando los grupos de asientos había paneles de vidrio claros, o celosías talladas, o meras barandas cortas y un metro o dos de altura vertical, a donde la imaginación de los diseñadores los había llevado. Cada bloque de asientos tenía una vista libre de obstáculos de la tarima central, así como una pantalla que podía ajustarse para mostrar o una vista más de cerca de la tarima o cualquiera de los demás bloques de asientos de la cámara.

De muchas formas el lugar le recordaba a Leia el magnífico teatro Corioline Marlee en Alderaan, un renombrado palacio de las artes que en su mente siempre había sido sinónimo de cortesía, cultura, y civilización. Había sido su secreta esperanza que el diseño similar de la Gran Cámara ayudara a alentar esas mismas cualidades en los Senadores que se congregaban allí.

Pero por hoy, por lo menos, ese claramente no iba a ser el caso.

—Déjeme estar seguro de que lo entiendo, Presidente Gavrisom —dijo una áspera voz opquis por el sistema de sonido de la cámara—. Está diciéndonos que los bothans fueron la clave de la destrucción de Caamas y el casi genocidio cometido contra el pueblo caamasi. ¿Y sin embargo al mismo tiempo nos pide que no busquemos justicia por este odioso acto?

—Eso no es lo que he dicho, Senador —dijo suavemente el Presidente Ponc Gavrisom, sacudiendo la cola una vez y apoyándola contra sus patas traseras—. Permítanme repetirlo. Un pequeño grupo, *un pequeño grupo*, de bothans todavía no identificados estuvo involucrado en esa tragedia. Si y cuando podamos averiguar sus nombres, ciertamente aplicaremos todo el peso de la justicia como sé que todos buscamos. Hasta entonces, sin embargo, simplemente no puede hacerse nada.

—¿Por qué no? —demandó una alienígena con cabello verde-azulado lanudo y cara larga y delgada. Una forshul, la identificó tentativamente Leia, representando los ochenta y siete mundos habitados del sector Yminis en el Borde Exterior—. El Consejero Fey'lya no niega que los bothans estuvieran involucrados. Muy bien, entonces: dejen que sean castigados debidamente por esta monstruosa mácula contra la civilización galáctica.

Leia miró a través de la tarima a Borsk Fey'lya, sentado al otro extremo de la fila curva de Altos Consejeros. La expresión y pelaje del bothan estaban bajo un rígido control, pero sus sentidos Jedi no tuvieron ningún problema en captar el tumulto de ansiedad detrás de su cara. Había tenido, ella sabía, una larga conversación con las cabezas de los Clanes Combinados de vuelta en Bothawui justo antes de esta reunión. Por la dureza de su expresión, ella supuso que la conversación no había ido bien.

—Entiendo sus sentimientos, Senadora —dijo Gavrisom—. Sin embargo, debo señalar que las pautas legales de la Nueva República no son iguales que los códigos tradicionales de justicia forshuliri. —Extendió las alas plegadas sobre su larga espalda y las trajo delante de él. Las puntas de sus plumas prensiles presionaron una de las teclas en el atril, y una sección de la legislación criminal de la Nueva República apareció en la pantalla sobre su cabeza—. Estas pautas no nos permiten castigar a todo el pueblo bothan por los crímenes de unos pocos.

—¿Y por qué no conocemos las identidades de aquellos supuestos pocos? —exclamó el Senador ishori—. Veo al Consejero Fey'lya sentado a su derecha. ¿Qué tiene él que decir acerca de todo esto?

Gavrisom giró la cabeza para mirar sobre su cruz a Fey'lya.

—Consejero Fey'lya, ¿desea responder?

Visiblemente dándose valor, el bothan se puso de pie.

—Entiendo el enojo que esta revelación ha causado en muchos de ustedes —dijo—. Les aseguro que nosotros los líderes de los clanes bothans sentimos el mismo enojo, y el mismo deseo de que los perpetradores de este terrible crimen sean traídos a la justicia. Y les aseguro que si supiéramos exactamente quiénes fueron esos perpetradores, ya nos habríamos ocupado de ellos hace tiempo. El problema es que no lo sabemos.

Hubo un corto grito trinante. Por reflejo, Leia saltó, tardíamente identificando el sonido como el escalofriante equivalente ayrou de un resoplido escéptico.

—¿Espera que creamos…?

—¡Presidente Gavrisom, le pediría que una vez más le recordara al Senador del sector Moddell que no haga ese ruido! —otra Senadora interrumpió enojada—. Los armónicos ya me han hecho perder dos huevos esta temporada, y si no puedo empollar mis pichones anuales a tiempo, perderé mi estatus y cualquier posibilidad de reasignación por mi asamblea de sector.

—Si fuera por mí, eso sería un alivio —interpuso alguien más antes de que Gavrisom pudiera responder—. Algunos de nosotros estamos excepcionalmente cansados de que sus preciosos huevos sean usados como una excusa para todo lo que a usted no le gusta…

Las puntas de las alas de Gavrisom tocaron una tecla, y la voz fue silenciada cuando el sistema de sonido se apagó. Por otro minuto las voces enfadadas continuaron oyéndose, haciendo eco indistintamente desde varios sectores de la cámara, antes de finalmente callarse renuentemente cuando los participantes comprendieron que ninguna de sus estocadas verbales estaba llegando a sus designados destinatarios. Gavrisom esperó otros pocos segundos antes de volver a encender el sistema de sonido.

—El Prólogo del Estatuto de la Nueva República —dijo en voz baja— exhorta a todos los mundos miembros a comportarse entre sí de un modo aceptable y civilizado. ¿Deben los miembros de este Senado ser considerados en un nivel inferior?

—Usted habla de civilización, Presidente Gavrisom —dijo oscuramente un bagmim alto—. ¿Cómo podemos nosotros del Senado de la Nueva República considerarnos civilizados si no mostramos nuestra repugnancia por el horrible crimen cometido contra los caamasi?

Leia aclaró su garganta.

—Puedo recordar al Senado —dijo ella—, que cualquiera sea el papel que algún grupo de bothans pueda haber representado, no hay ningún indicio de que ninguno de ellos haya realmente participado en la destrucción de Caamas. Lo que, en mi opinión, debería ser el punto focal de nuestro ultraje y justicia.

—¿Intenta entonces excusar a los bothans? —demandó un Senador que ella no reconoció.

—Además, los perpetradores reales eran indudablemente agentes del entonces Senador Palpatine —agregó alguien más desde el lado opuesto de la cámara—. Todos tales agentes seguramente ya han sido destruidos durante nuestra onerosamente larga guerra contra el Imperio.

—¿Está usted seguro de eso? —tañó otra voz—. Todavía estamos averiguando toda la profundidad de los engaños del Emperador Palpatine contra los pueblos de la galaxia. ¿Quién puede decir que sus agentes no siguen caminando entre nosotros?

—¿Está acusando a alguno de nosotros?

—Si usted se siente acusado, ¿qué significa eso para mí? —el otro respondió el fuego—. Todavía hay rumores de agentes imperiales esparcidos entre nosotros…

De nuevo Gavrisom pulsó el interruptor, y de nuevo el debate se redujo a voces distantes gritándose inútilmente entre sí. Leia escuchó, al debate en ciernes desvanecerse, por enésima vez agradeciéndole a la Fuerza que ella, por lo menos temporalmente, ya no era más la que estaba a cargo de este manicomio.

Las voces se desvanecieron en un tenso silencio. Gavrisom apretó la tecla de nuevo.

—Estoy seguro de que el Senador del sector Chorlian sólo estaba hablando figuradamente —dijo con su usual equilibrio inmutable—. De todos modos, este debate ya ha pasado el punto de utilidad y por consiguiente será suspendido por el momento. Si el documento recuperado por la Consejera Organa Solo puede reconstruirse al punto en que puedan descubrirse nombres, volveremos a abrir la discusión. Hasta entonces, hay muchos otros asuntos que requieren de nuestra atención.

Miró a la pantalla, entonces miró arriba a su derecha.

—Empezaremos con el reporte del Comité de Economía. ¿Senador Quedlifu?

• • •

El reporte del Comité de Economía fue más largo que lo usual, con dos proyectos de ley elevados a la consideración de todo el Senado. Eso en sí mismo era bastante inusual: con cada Senador limitado a introducir un proyecto al año, y una votación de arriba a abajo requerida para sacar ese proyecto del comité, la mayoría de la legislación propuesta nunca encontraba el apoyo necesario para llegar a todo el Senado. Sólo un pequeño fragmento de esos pocos, además, sobrevivía el escrutinio del Senado para convertirse realmente en ley.

Que era precisamente como se suponía que el sistema debía funcionar. Con ya casi mil Senadores, y con cada uno representando de cincuenta a doscientos mundos completos, no había ninguna forma posible de que Coruscant pudiera realmente cuidar de los intereses de todos los seres que constituían la Nueva República. Esta última modificación del Senado había reducido su papel a poco más que proveer a la defensa común y mediar las disputas entre los sectores miembros. El gobierno más común del día a día se ejercía a niveles de sector, sistema, planeta, región, distrito, y local.

Algunos de los Senadores, recordando los días de gloria de la Antigua República, refunfuñaban de vez en cuando que el Senado se había reducido a lo que ellos veían como poco más que una elaborada sociedad de debates. Para la mayoría, sin embargo, era más vívida la memoria de la dominación de Coruscant durante los días oscuros del Imperio. Un gobierno central relativamente débil era exactamente lo que querían.

Así resultó que el Comité de Economía era el único con algún proyecto de ley que introducir o, dicho sea de paso, algo realmente nuevo que reportar. Gavrisom cicló por el resto de los comités con practicada facilidad y despacho, llevando la reunión casi al cierre menos de dos horas después de que había comenzado.

Y sin embargo, aun cuando Leia se unió al flujo de seres que salían de la cámara, sospechó que ninguno de los Senadores o Altos Consejeros estaría ocupado con sus asuntos de costumbre esta tarde. Caamas sería el pensamiento en las mentes de todos. Caamas, y justicia.

O quizás venganza.

—¿Su Alteza? —llamó una voz tentativa a través del retumbar de las conversaciones.

Leia se paró y alzó una mano.

—Por aquí, Trespeó.

—Ah —dijo el droide, abriéndose un tentativo camino hacia ella entre el tráfico—. ¿Confío en que la asamblea haya salido bien?

—Tan bien como podría esperarse, bajo las circunstancias —le contó Leia—. ¿Algún mensaje de los técnicos acerca de la datacard?

—Me temo que no —dijo Trespeó, sonando pesaroso—. Pero tengo un mensaje del Capitán Solo. Ha vuelto, y está esperándote.

Leia sintió los latidos de su corazón acelerarse.

—¿Dijo algo sobre su misión a Iphigin?

—Me temo que no —se disculpó de nuevo Trespeó—. ¿Debí haberle preguntado?

—No, está bien —le aseguró Leia.

—No parecía estar inclinado a ser demasiado conversador —meditó el droide—. Podría no haber contestado ni aunque le hubiera preguntado.

Leia sonrió.

—Probablemente no —convino, con cien recuerdos cariñosos de su marido pasando a través de su mente. Había planeado dirigirse directamente a su oficina para clasificar algo de la montaña de datos que la esperaba en su escritorio. Ahora, de repente, decidió que podía esperar. Han la estaría esperando en sus habitaciones…

—¿Consejera Organa Solo? —dijo una voz a su lado.

Leia se volvió, con una sensación de zozobra cayéndole encima. Esa voz y perfil mental…

Y tenía razón. Era en verdad Ghic Dx'ono, el Senador ishori.

—¿Sí, Senador Dx'ono?

—Puedo hablar con usted, Alta Consejera —dijo firmemente el otro—. En su oficina. Ahora.

—Claro —dijo Leia, con la sensación de zozobra haciéndose más profunda. Las emociones del alienígena indicaban inquietud, pero eso era todo lo que ella podía leer—. Venga conmigo.

Juntos se abrieron camino entre el flujo de seres, con Trespeó esforzándose por seguirles el paso, y entraron al curvo corredor lateral donde los miembros del Alto Consejo tenían sus oficinas. Leia vislumbró a Fey'lya que desaparecía en su oficina, antes de rodear la curva…

Leia se detuvo en seco, con un suave grito de sorpresa escapando de sus labios antes de que ella pudiera contenerlo. Preocupada con sus pensamientos, y con la presencia algo dominante de Dx'ono a su lado, no había extendido sus sentidos adelante por el corredor. Tres personas estaban de pie afuera de la puerta de su oficina: uno de los ayudantes de Dx'ono, y dos seres delgados completamente cubiertos por capas encapuchadas.

—Desean hablar con usted —dijo ásperamente Dx'ono—. ¿Hablará con ellos?

Leia tragó saliva, sus recuerdos la hicieron retroceder a su niñez en Alderaan y a la ocasión en la que su padre adoptivo Bail Organa la había dejado ir con él en un viaje privado a las Islas del Sur…

—Sí —le dijo en voz baja a Dx'ono—. Me sentiré honrada de hablar con sus amigos caamasi.

• • •

Por la forma en la que las reuniones del Senado usualmente resultaban, Han había esperado quedar atascado en la oficina de Leia por lo menos por otra hora antes de que ella volviera. Fue por consiguiente una moderada sorpresa que cuando apenas se había puesto cómodo en la oficina interna de su esposa, la fluctuación de presión de aire desplazada anunció que la puerta de la oficina exterior acababa de abrirse.

Bajó los pies de la esquina del escritorio de ella y los apoyó en silencio en el suelo, se levantó igual de silenciosamente de su silla y fue de puntillas hasta la puerta que separaba las secciones de la oficina. En los viejos días, habría intentado sorprenderla apareciendo de repente y dándole un gran abrazo y un beso. Excepto que sus crecientes habilidades Jedi hace mucho tiempo que hacían que intentar acercarse furtivamente a ella fuera un ejercicio bastante fútil.

Además de eso, avergonzarla con alguna tonta travesura de escolar la haría enojarse aún más con él que lo que probablemente ya estaba acerca de lo de Iphigin. Especialmente si estaba acompañada.

Lo estaba. Con su oreja apretada contra la puerta, podía oír por lo menos otras dos voces además de la de Leia.

Por un momento se quedó allí, esperando a ver si ella iba a traer a sus visitantes o sino a invitarlo a que saliera a saludarlos. Seguramente ella ya sabía que él estaba aquí adentro. A menos que prefiriera que él se quedara completamente fuera de vista…

Y entonces, al otro lado de la sala en su escritorio, la pantalla del intercomunicador se encendió abruptamente.

—…comprenda que no tenemos deseos de crearle ningún problema a nadie —estaba diciendo alguien—. Nosotros no deseamos venganza, y es demasiado tarde para la justicia.

Frunciendo el ceño, Han cruzó de vuelta al escritorio. Entonces bien. Leia quería que él escuchara la conversación, pero no lo quería allí afuera. O no quería que quienquiera que fuera supiera que estaban siendo escuchados.

Y entonces le dio su primera mirada de cerca a la pantalla, y de repente entendió su renuencia. Allí afuera había dos ishori… y dos caamasi.

—No es un asunto de venganza —insistió uno de los ishori. Probablemente un Senador, decidió Han, si la elaborada trenza del broche en su hombro era alguna indicación—. Y nunca es demasiado tarde para la justicia.

—¿Sin embargo qué propósito serviría esta así llamada justicia? —contrapuso en voz baja uno de los caamasi—. Nuestro mundo está destruido, y somos pocos y esparcidos. ¿Castigar a los bothans nos haría estar milagrosamente bien de nuevo?

—Quizás lo haría —dijo el ishori, empezando a alzar la voz. Pensando duro y rápido, con esa cólera característica ishori que venía junto a eso. Han hizo una mueca, el recuerdo de su chapucero intento de negociación en Iphigin fastidiándolo dolorosamente—. Si los bothans fueran declarados culpables y forzados a hacer reparaciones…

Al otro lado del tablero, sonó el comunicador. El canal de comunicador privado de Leia, notó con molestia Han. Justo cuando la conversación ahí afuera estaba empezando a ponerse interesante; pero era probablemente uno de los niños, y él realmente debería contestarlo. Poniendo el canal del intercomunicador a grabar el resto de la conversación que seguía ahí afuera… lo que era probablemente ilegal, pero a él no le importaba… enmudeció el volumen del altavoz y apretó la tecla del comunicador.

No eran los niños, ni Winter, ni siquiera uno de los noghri.

—Hola, Solo —dijo Talon Karrde—. No esperaba encontrarte en este canal.

—Igualmente —dijo Han, frunciéndole el ceño al contrabandista—. ¿Cómo conseguiste esta frecuencia?

—Tu esposa me la dio, por supuesto —dijo Karrde, arreglándoselas para verse pícaro e inocente al mismo tiempo—. Yo la traje de vuelta a aquí desde Wayland en el *Salvaje Karrde*. Pensé que lo sabías.

—Sí, recibí un mensaje rápido de ella acerca de eso —dijo Han—. Aunque no sabía que le habías sacado su frecuencia privada.

Karrde sonrió, y se serenó.

—Todos nosotros estamos de repente sentados sobre algunos asuntos altamente explosivos, amigo mío —dijo él—. Leia y yo decidimos que podría ser útil que yo pudiera ponerme en contacto con ella, digamos, discretamente. ¿Ya te ha contado sobre la datacard de Caamas que trajimos de Wayland?

Los ojos de Han se volvieron a la pantalla del intercomunicador y a los dos caamasi.

—No, no he tenido la oportunidad de hablar con ella desde que llegué —dijo—. Pero da la casualidad que ella tiene un par de caamasi ahora mismo en la oficina exterior. Junto con un par de ishori.

Karrde siseó suavemente entre dientes.

—Así que los ishori se están involucrando. Lo que significa que los diamalas indudablemente van a venir por el otro lado.

—Oh, indudablemente —convino Han—. ¿El otro lado de qué?

—No creo que siga siendo muy secreto —dijo Karrde—. Por lo menos no en los exaltados niveles por los que circulas por estos días. Estoy seguro de que Leia te lo explicará en detalle más tarde, pero la última línea es que hemos descubierto que fue un grupo de bothans hasta ahora no identificados los que sabotearon los escudos de Caamas en la víspera de su destrucción.

Han sintió un nudo en el estómago.

—Genial —gruñó—. Genial. No hay suficiente gente ahí afuera que ya odie a los bothans. Esto es justo lo que necesitamos.

—Estoy de acuerdo —dijo Karrde—. Espero que el Senado esté a la altura de la tarea de mantener esto bajo alguna semejanza de control. La razón principal por la que llamaba era para contarle a Leia que nuestro amigo Mazzic ha agarrado a Lak Jit, el devaroniano que realmente encontró la datacard. Lo tenemos encerrado, y lo mantendré allí tanto como ella me pida. Desafortunadamente, parece que él ya ha corrido la voz hasta donde sus piececitos y el flujo de créditos lo llevaron. No creo que haya ninguna oportunidad de mantener este asunto en privado dentro de la jerarquía de la Nueva República.

—Sí, está bien, las cosas estaban avanzando demasiado bien de cualquier forma —dijo agriamente Han—. Gracias.

—Cuando sea —dijo suavemente Karrde—. Sabes que siempre estoy a tu servicio.

—Eso es bueno —dijo Han—. Porque tengo otro problema que me gustaría que abordaras.

—Seguro. ¿Efectivo o a cuenta?

—Tuvimos una pequeña corrida con algunos piratas en Iphigin —dijo Han, ignorando la pregunta—. Una horda de buen tamaño: tenían un crucero de batalla Kaloth, un par de cañoneras corellianas, y algunos cazas estelares Corsario.

—Un grupo bien provisto —convino Karrde—. Por otro lado, serías un tonto si atacas un lugar como Iphigin sin suficiente poder de fuego para poder hacer el trabajo.

—De todos modos me sorprendió un poco —dijo Han—. Pero aquí está lo peculiar. Luke dice que el crucero de batalla tenía clones a bordo.

La expresión de Karrde no cambió, pero las arrugas en las esquinas de sus ojos se apretaron notoriamente.

—Lo dice, no —dijo—. ¿Alguna idea de qué tipo de clones?

—No lo dijo —dijo Han—. ¿Alguna vez oíste hablar de una banda pirata que use tripulantes clonados?

—No que pueda recordar —dijo Karrde, acariciándose la barba pensativamente—. Mi suposición sería que son sobrantes de esa gran ofensiva imperial de hace diez años. El Gran Almirante Thrawn tuvo el Monte Tantiss lo suficiente para haber sacado muchos de ellos.

—Entonces, ¿qué están haciendo con una banda pirata? —persistió Han—. ¿No crees que lo que queda del Imperio querría quedarse con ellos?

—Punto —concedió Karrde—. Por otro lado, quizá han decidido que es más efectivo hacerlos contratar por una o más bandas como consejeros o guerreros de élite. Quizás a cambio de una mano al escoger sus blancos, o sino una porción del pillaje.

—Podría ser —dijo Han—. También podría ser que algún grupo pirata ha encontrado su propio suministro de cilindros de clonación.

El labio de Karrde tembló.

—Sí —convino severamente—. Ése podría ser un caso plausible.

—Entonces ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Supongo que será mejor que lo investigue —dijo Karrde—. Veré lo que puedo encontrar. —Alzó ligeramente una ceja—. ¿Efectivo o a cuenta?

Han giró los ojos. Cada vez que pensaba que Karrde podría realmente estar al borde de hacer algo noble y sacrificado, el otro siempre encontraba una forma de recordarle a Han que su relación con la Nueva República era estrictamente profesional.

—Me rindo —dijo—. ¿Qué haría falta para traerte a nuestro lado, de cualquier forma?

—Oh, no lo sé —dijo Karrde considerándolo—. ¿Qué hizo falta para alejarte de la vida descuidada de un comerciante independiente?

Han hizo una cara.

—Leia —dijo.

—Exactamente —dijo secamente Karrde—. Ahora, si ella tuviera una hermana… ¿no creo que la tenga?

—No que yo sepa —dijo Han—. Aunque con la familia Skywalker nunca se sabe.

—No voy a contener mi respiración —dijo Karrde—. Entonces pondremos esto a cuenta. Podemos fijar el precio más tarde.

—Eres todo corazón.

—Lo sé —dijo Karrde—. ¿A quién debo reportarme, a ti o a Luke?

—Mejor a mí —dijo Han—. Luke puede estar fuera de contacto; se ha ido en su propia pequeña cacería de piratas.

—En serio —dijo Karrde, frunciendo el ceño—. ¿Detrás de quién va, si puedo preguntar?

—La banda Cavrilhu. Recibió de Inteligencia de la Nueva República la ubicación de uno de sus agujeros de tornillos… es un cúmulo de asteroides en el sistema Kauron… y decidió meterse furtivamente y echar una mirada.

—Ya veo —dijo Karrde—. ¿Supongo que es demasiado tarde para hacerlo volver?

—Probablemente —dijo Han—. No te preocupes, Luke puede cuidarse solo.

—Ésa no era la parte que me preocupaba —dijo Karrde—. Estaba pensando algo más como que su aparición súbita podría espantarlos al subsuelo adonde no podemos llegar a ellos en absoluto.

—Bueno, si se asustan tan fácilmente, no pueden ser una gran amenaza, ¿no? —sugirió Han.

—Supongo que esa es una forma de verlo. —Karrde hizo una pausa, y una sombra pareció pasarle por la cara—. Hablando de Luke, ¿cómo le va en estos días?

Han estudió al contrabandista, intentando descifrar su repentino cambio de expresión.

—Bien, supongo —dijo cautelosamente—. ¿Por qué?

—Una sensación —dijo Karrde—. Mara ha estado extrañamente inquieta últimamente, y parecía un poco susceptible durante algún tiempo después de que nos encontramos con Leia en Wayland. Pensé que podría tener algo que ver con él.

—Es curioso que lo menciones —dijo Han, rascándose la barbilla pensativamente—. Obtuve esa misma sensación acerca de Luke la última vez que le mencioné a Mara. ¿Coincidencia?

—Quizás —dijo Karrde—. Por otro lado, ellos dos son bastante perceptivos a la Fuerza. Quizá hay algo que pasa allí que los dos están sintiendo.

—Podría ser —dijo lentamente Han—. Sin embargo eso no explicaría lo otro por lo que Luke parecía estar pasando en Iphigin. ¿O sí? ¿Estos clones, quizá?

Karrde se encogió de hombros.

—Intentaré hablar con ella al respecto. Quizá encontremos una forma de juntarlos a los dos.

—Sí, hace tiempo que no hablan —convino Han—. Intentaré ablandar a Luke de este lado cuando vuelva.

—Está bien —dijo Karrde—. Entretanto, mejor que me ocupe de este asunto pirata. Despídete de Leia por mí, si no es molestia, y dile que estaré en contacto.

—Seguro —dijo Han—. Feliz cacería.

Karrde sonrió, y la pantalla se puso en blanco.

Han se recostó en su silla, mirando oscuramente a nada en particular. Caamas. Era, como le había dicho a Karrde, justo lo que la Nueva República necesitaba ahora.

Porque no era sólo Caamas, aunque Caamas por sí mismo era ciertamente lo suficientemente malo. El mayor problema era que traer a Caamas de nuevo a la luz iba a reflotar recuerdos de otras mil atrocidades que habían sido infligidas por uno u otro grupo a lo largo de los años. Viejos rencores, viejos feudos, viejos conflictos… la galaxia estaba plagada de ellos. Era lo que había hecho posible a gente como Karrde… y él y Chewie, dicho sea de paso… ganarse bien la vida contrabandeando. Había tantos bandos de tantos conflictos a los que los contrabandistas les podían vender cosas.

Por el último par de décadas, la necesidad de una resistencia común frente al Imperio había mantenido a la mayoría de esos resentimientos enterrados bajo la superficie. Pero ya no. La amenaza imperial ahora era tan pequeña que era casi risible. Si este asunto de Caamas hacía salir a todos esos viejos problemas hirviendo de nuevo a la superficie…

Empezó a levantarse cuando la puerta a su izquierda se abrió con un siseo.

—Hola —dijo Leia suavemente cuando entró en la habitación.

—Oh. Hola —dijo Han, poniéndose apresuradamente de pie y dando una mirada tardía a la pantalla del intercomunicador. Absorto primero con Karrde y entonces con sus propios pensamientos, ni siquiera había notado que los invitados de Leia se habían ido—. Lo siento… me distraje.

—Está bien —dijo Leia, poniéndose en sus brazos para un abrazo rápido.

O no tan rápido. Se quedó allí, apretándose contra él, abrazándolo fuerte.

—Acabo de hablar con Karrde —dijo Han, con su cabello haciéndole cosquillas en los labios—. Él me contó lo que averiguaron acerca de Caamas.

—Estamos en problemas, Han —dijo Leia, con la voz embozada por su camisa—. No se han dado cuenta todavía, la mayoría de ellos. Pero ésta podría ser la mayor amenaza que la Nueva República ha enfrentado nunca. Podría literalmente despedazarnos.

—Todo va a estar bien —la tranquilizó Han, sintiéndose un poquito engreído a pesar de la gravedad del momento. La mayoría de los Senadores allí no había descubierto el peligro del asunto de Caamas, pero él lo había hecho—. Superamos esa rebelión en Almania, ¿no?

—No es lo mismo —dijo Leia—. Kueller era un hombre con problemas azotando a todo a su alrededor, y la Nueva República estaba intentando detenerlo sin que le pareciera a todos que nos estábamos volviendo una nueva versión del Imperio. Lo que Caamas va a hacer es polarizar a la gente buena y honesta, todos los que auténticamente quieren justicia pero difieren violentamente acerca de en lo que creen que esa justicia debe consistir.

—De todos modos va a estar bien —insistió Han, tomándola por los antebrazos y apartándola lo suficiente para mirarla firmemente a los ojos—. No nos rindamos antes de empezar, ¿de acuerdo?

Se detuvo, con una horrible sospecha súbita fastidiándolo.

—A menos que —agregó lentamente—, ya haya terminado. ¿Sabes algo que yo no?

—No lo sé —dijo Leia, apartando los ojos de su mirada—. Estoy sintiendo algo acerca de los próximos días. Un… no sé… un punto de crisis, supongo, donde algo sumamente importante puede ir por cualquiera de dos caminos.

—¿Acerca de Caamas? —preguntó Han.

—No lo sé —suspiró Leia—. He intentado meditar, pero hasta ahora no he podido conseguir nada más. Todo lo que sé es que empezó cuando yo me encontré con Karrde en Wayland y leímos la datacard de Caamas.

—Hmm —dijo Han, deseando ahora haber intentado persuadir a Luke a no hacer su cacería privada de piratas. Él podría haber ayudado a Leia a enfocar esta sensación suya—. Bueno, no te preocupes, lo conseguirás. Un poco de tiempo de tranquilidad… un poco de afecto marital… y todas las piezas van a encajarse solas en su lugar para ti.

Leia le sonrió, algo de la tensión dejó su cara cuando lo hizo.

—¿Es eso lo que quieres ahora mismo? ¿Un poco de afecto marital?

—Lo primero que quiero es sacarte de aquí —le dijo Han, tomándola del brazo y encaminándola hacia la puerta—. Necesitas algo de paz y quietud, y una vez que los niños vuelvan de sus clases, habrá muy poco de eso. Aprovechémoslo mientras podamos.

—Suena bien para mí —suspiró Leia—. No imagino que estén haciendo nada ahí afuera ahora mismo excepto discutir sobre justicia y venganza. Pueden hacerlo sin mi ayuda.

—Seguro —dijo Han—. Nada importante va a pasar en la galaxia durante la próxima hora.

—¿Estás seguro?

Han le apretó el brazo tranquilizadoramente.

—Te lo garantizo absolutamente.

• • •

Hubo un parpadeo en las luces del puente, y a través de los ventanales el cielo jaspeado del hiperespacio se desvaneció.

Pero no en el patrón usual de líneas de estrellas. Esta vez cuando el cielo jaspeado se desvaneció, se desvaneció en la negrura total.

Y en la ceguera total.

Por un largo momento el Capitán Nalgol miró al vacío por el ventanal del *Tiránico*, luchando contra una nauseabunda sensación de vulnerabilidad. Cierto, saltar su Destructor Estelar Imperial mientras estaba invisible los había traído al sistema Bothawui

completamente ciegos y sordos, lo que era una posición potencialmente desastrosa para una nave de combate. Pero en este caso, por supuesto, el escudo de invisibilidad funcionaba también para el otro lado, ocultándolos de sus enemigos. De todos modos, con todas las otras cosas siendo iguales, no era un intercambio que él habría escogido hacer voluntariamente.

—Reporte de la bahía hangar —llamó el oficial de control de cazas—. Las naves de observación partieron.

—Entendido —dijo Nalgol, mirando toda la negrura de afuera que podía sin mover la cabeza… no se vería bien que la tripulación del puente lo viera mirando de un lado a otro a la nada. Vio el brillo de uno de los motores saliendo de abajo del casco; y entonces el explorador cruzó el límite del escudo invisible y se desvaneció.

Respiró profundo, preguntándose otra vez más qué en el Imperio era lo que él y los demás estaban haciendo aquí. Sentados allí en la oficina del Moff Disra con Trazzen, Argona y Dorja, todo había sonado lo suficientemente razonable. Aquí afuera en lo salvaje del sistema Bothawui, a millones de kilómetros de ninguna parte, ya no parecía ni de lejos tan inteligente.

Por otro lado, ¿cuántas de las maquinaciones del Gran Almirante Thrawn habían parecido al menos vagamente razonables alguna vez hasta que le saltaron en la cara al enemigo?

Nalgol resopló por lo bajo. Nunca había servido directamente bajo Thrawn, ni cualquiera de los otros Grandes Almirantes del Emperador dicho sea de paso, así que nunca había podido formarse una opinión personal de sus habilidades. De todos modos, incluso visto desde los bordes de la maquinaria de guerra de Thrawn, adonde el deber del *Tiránico* lo había llevado la mayoría de ese tiempo, Nalgol tuvo que admitir que al Imperio le había ido bastante bien mientras el Gran Almirante había estado al mando. Antes de que hubiera sido asesinado por ese noghri traidor Rukh.

O fuera aparentemente asesinado. Ése había sido un ingenioso truco de prestidigitación. ¿Cómo lo había hecho, de cualquier modo?

Más al punto, ¿por qué se había quedado en lo bajo todos estos años, dejando a necios megalómanos incompetentes como la Almirante Daala desangrar de recursos al Imperio sin ganar nada que mostrar a cambio?

¿Y por qué, ahora que había vuelto, se había unido con el Moff Disra, de toda la gente?

Nalgol se hizo una mueca a sí mismo. Nunca le había gustado Disra. Nunca había realmente confiado en el hombre, para empezar… siempre le había caído a Nalgol como el tipo que lucharía ferozmente para quedarse con su porción de los restos del Imperio en lugar de verlo crecer para beneficiar a alguien más. Si Thrawn se había unido a él, quizá no era tan inteligente como decía la leyenda.

Por supuesto, Dorja había avalado firmemente al Gran Almirante, por ambos su carácter y su genio militar. Pero entonces, Argona avalaba tan firmemente la competencia del mismo Disra. Así que, ¿qué sabía cualquiera de ellos?

Pero por lo menos era Thrawn el que estaba de vuelta allí. El análisis genético que había hecho lo había confirmado más allá de cualquier rumor de duda. Era Thrawn, y todos decían que era un genio. Sólo tenía que esperar que simplemente tuvieran razón.

Un movimiento a la izquierda captó su atención, y se volvió para ver a una de las naves de observación atravesar el borde del escudo invisible, y cambiar de curso para quedarse adentro.

—¿Y bien? —demandó Nalgol.

—Estamos casi encima de él, señor —informó el oficial de comunicaciones—. Un pequeño cambio de curso y estaremos en posición.

—Transmita el curso al timón —pidió Nalgol, aunque si todavía no habían hecho eso iba a estar enfadado—. Timón, pónganos en movimiento. Comunicaciones, ¿qué hay sobre el *Obliterador* y el *Mano de Hierro*?

—Nuestros exploradores han hecho contacto con los suyos, señor —dijo el oficial de control de cazas—. Están coordinando nuestros cursos para asegurarse de que no tropecemos el uno con el otro.

—Mas vale que lo hagan —advirtió fríamente Nalgol. Ocultarse aquí afuera ciego y sordo ya era suficientemente malo; sería el pináculo de la humillación profesional si los tres Destructores Estelares se las arreglaban para tropezar a ciegas colisionando entre sí. Aún más si los escudos invisibles caían y el espectáculo se exponía al desnudo a la vista de todos en el sistema Bothawui.

Pero por el momento, por supuesto, no podían ver. Ese era todo el punto de este ejercicio. Hasta donde le concernía al aparato de defensa del planeta natal de los bothans, no había nada aquí afuera excepto las descargas de un manojo de naves pequeñas moviéndose aparentemente sin rumbo por ahí.

Naves pequeñas… y un no-tan-pequeño cometa.

—Estamos en marcha, Capitán —anunció el timón—. Tiempo estimado, cinco minutos.

Nalgol asintió.

—Entendido.

Lentamente, pasaron los minutos. Nalgol miró la negrura fuera del ventanal, ocasionalmente vislumbrando un brillo de motores cuando uno u otro de sus exploradores se metía dentro de la mortaja del escudo de invisibilidad para verificar el progreso del *Tiránico* y entonces volvía a salirse. El cronómetro llegó a cero… sintió a la enorme nave bajar la velocidad… y entonces, abruptamente, allí estaba, al lado de estribor: una rodaja de roca y hielo sucio sobresaliendo a través del borde del escudo, moviéndose rápidamente a popa.

—¡Allí! —exclamó—. ¡Lo estamos rebasando!

—Estamos en eso, señor —contestó el timón. Efectivamente, ante la vista de Nalgol, el movimiento a popa del borde del cometa se detuvo y entonces lentamente retrocedió hasta simplemente quedar colgando del lado de estribor justo delante de la superestructura de comando—. Ahora estamos estabilizados, Capitán.

—¿Líneas de amarre?

—Las lanzaderas están en camino con ellas ahora, señor —informó otro oficial—. Serán afianzadas en diez minutos.

—Bien. —Por supuesto, las líneas de amarre no eran ni de lejos lo suficientemente fuertes para sostener unidos físicamente al Destructor Estelar y al cometa. Su propósito era meramente dar la retroalimentación necesaria al timón para asegurarse de que los cuerpos orbitando quedaran en las mismas posiciones relativas mientras el cometa continuaba su sosegada trayectoria hacia el interior de Bothawui—. ¿Alguna noticia de los otros dos Destructores Estelares?

—El *Mano de Hierro* se ha amarrado con éxito —informó el oficial de comunicaciones—. El *Obliterador* está en posición, deberían amarrarlo aproximadamente al mismo tiempo que nosotros.

Nalgol asintió, inhalando profundamente y exhalando suavemente. Así que lo habían logrado. Estaban aquí, presumiblemente inadvertidos por los bothans.

Y ahora no había nada que hacer mas que esperar. Y esperar que el Gran Almirante Thrawn fuera realmente el genio que todos decían que era.

CAPÍTULO 8

—Sí, está bien —dijo el hombre de aspecto grasiento en la pantalla del comunicador, con los ojos estrechados de sospecha—. Intentémoslo de nuevo.

—Ya te lo he dicho dos veces —dijo Luke, poniendo un poco de cansancio malhumorado en su voz y su expresión—. No va a cambiar simplemente porque creas que debería.

—Entonces dímelo de nuevo. ¿Tu nombre es…?

—Mensio —dijo cansadamente Luke, mirando por el ventanal a los centenares de asteroides que pasaban flotando y preguntándose en cuál en particular estaba escondido este centinela—. Trabajo para Wesselman, y tengo un embarque para entregarles. ¿Qué parte de eso no entiendes?

—Empecemos con la parte sobre tú y Wesselman —gruñó el hombre—. Él nunca mencionó a nadie llamado Mensio antes.

—Cuando vuelva haré que les envíe una lista completa del personal —dijo sarcásticamente Luke.

—Cuida tu boca —exclamó el otro. Por un largo momento miró fijamente a la cara de Luke. Luke le devolvió la mirada, intentando verse tan aburrido e indiferente como fuera posible. Considerando todo, la cara de Luke Skywalker tenía que ser una de las más reconocibles de la galaxia. Pero con el cabello y la piel oscurecidos, una barba artificial, los bordes exteriores de sus ojos rasgados al estilo gorezh, y un par de cicatrices surcándole una mejilla, debía poder pasar sin ser reconocido.

—Otra cosa es que Pinchers usualmente hace este viaje —dijo por fin el centinela—. ¿Cómo es que no está aquí?

—Está enfermo de algo y no puede volar —dijo Luke. Lo que era verdad, más o menos. Pinchers debería seguir durmiendo en pacífico olvido allá en Wistril bajo la influencia del trance curativo Jedi en que Luke lo había puesto.

Sus asociados no iban a estar contentos con el contrabandista por dejar que Luke le cayera encima así. Por otro lado, cuando saliera del trance iba a estar más saludable de lo que había estado en años.

—Mira, no tengo toda la semana para quedarme aquí afuera juntando polvo contigo —continuó Luke—. ¿Vas a dejarme entrar, o vuelvo a Wesselman y lo dejo cobrarles una doble tarifa de entrega? A mí me da lo mismo… me pagan de cualquier forma.

El centinela gruñó algo ininteligible.

—Está bien, mantén tu bláster enfundado. ¿Qué tienes?

—Un poco de todo —dijo Luke—. Algunas minas de elevación Norsam DRX55, algunos módulos de supervivencia de emergencia Praxon, algunos trajes armaduras energizados GTU. Más una o dos sorpresitas.

—¿Sí? El capitán odia las sorpresas.

—Le encantarán éstas —prometió Luke—. La sorpresa número uno es un juego de toberas de hiperimpulsor. La sorpresa número dos es un droide de brecha de seguridad SB-20 —Se encogió de hombros—. Por supuesto, que si no los quiere, yo estaré feliz de sacárselos de encima.

—Sí, apuesto a que sí. —Resopló el centinela—. Bueno, está bien, pasa. ¿Conoces la ruta de entrada, o tengo que dibujarte un mapa?

—La conozco —dijo Luke, cruzando mentalmente los dedos. Había supuestamente sólo dos caminos seguros a través del laberinto de asteroides hasta esta base en particular de los Piratas Cavrilhu: uno de los cuales era seguro para el viaje de ida, el otro para el de vuelta. Había sacado visuales de las rutas de la mente de Pinchers mientras lo preparaba para el trance curativo, y se sentiría bastante confiado de remontar el camino en su Ala-X.

Hacer lo mismo en un pesado remolcador de carga thalassiano Y60 era algo completamente distinto. Sobre todo cuando el Y60 ya no tenía ninguna unidad de motores sublumínicos detrás de su grupo central de boquillas de propulsión.

—Seguro —sonrió el centinela con desprecio—. Intenta no golpear nada grande.

La pantalla se puso en blanco. Luke la apagó de su lado, entonces tecleó en el intercomunicador provisional que había aparejado hasta el área ahuecada donde las unidades de propulsión central habían estado alguna vez.

—Estamos en camino —anunció—. ¿Estás bien allí?

Hubo un gorjeo de reconocimiento de Erredós, junto con un trino que sonaba perceptiblemente nervioso.

—No te preocupes, vamos a pasar bien —lo tranquilizó Luke—. Tú sólo asegúrate de que la nave esté lista para volar.

El droide trinó de nuevo, y por un momento Luke recordó el truco del velo encubridor que él e Inteligencia de la Nueva República habían cocinado para su penetración en el mundo de Poderis controlado por los imperiales durante la campaña de Thrawn. Allí también, había tenido a Erredós y a su Ala-X escondido a bordo de una nave más grande para una salida rápida.

Pero éste que estaban volando ahora, era el carguero de un contrabandista, no un vehículo cuidadosamente diseñado para romperse. Iba a ser una cuestión completamente diferente liberar al Ala-X si necesitaban salir de aquí con prisa.

Bueno, cruzaría esa duna cuando la alcanzara. Entretanto, sería preferible si impedía que tuvieran que hacer esa salida rápida en absoluto. Y el primer paso para eso era convencer a los centinelas de los piratas de que él era realmente un legítimo miembro de su red de suministros.

Descansando las manos en los controles del carguero, pasó por sus ejercicios Jedi de tranquilización.

—Que la Fuerza me acompañe —murmuró, y se puso en camino.

No era tan malo como había esperado. Con la típica sutileza de los contrabandistas, Pinchers había modificado los motores y superficies de control del Y60 para hacer al

carguero más rápido y más maniobrable que lo que su apariencia desgarbada habría denotado, e incluso faltándole la sección central de motores sobraba más que suficiente energía para hacer el trabajo. La nave dobló fácilmente las curvas cerradas y zigzags requeridos para dejarlo fuera de alcance del sistema de defensa de los piratas, así como del problema más mundano de no tropezar con ninguno de los asteroides que pasaban a la deriva.

Todo el viaje le recordó a Luke una de las historias de guerra de Leia, la del vertiginoso escape del *Halcón* a través del campo de asteroides después de la evacuación de los Rebeldes de Hoth. Pero por supuesto, él no estaba volando a toda velocidad a través del montón de rocas flotantes como lo habían hecho ellos, con cazas TIE y Destructores Estelares Imperiales respirándole en la nuca.

En su camino de salida, por supuesto, las cosas podrían ser diferentes.

Alcanzó el centro del laberinto para encontrarse aproximándose a un gran pero de otra forma indistinguible asteroide. Según la magra información de Inteligencia de la Nueva República y suplementada con los retazos que había sacado de la mente de Pinchers, la base de los piratas consistía de una serie de túneles y cámaras originalmente taladrados en la roca por alguna emprendedora aunque infructuosa operación de minería pre-Guerras Clónicas. Las bahías de aterrizaje estaban camufladas como valles en la superficie desigual, y cuando Luke se aproximó al asteroide un anillo de luces se encendió adelante entre dos crestas de bordes afilados para indicar su sitio designado de aterrizaje. Deslizó al carguero por la apertura… sintió un breve sacudón cuando atravesó una barrera atmosférica… y con el choque de múltiples patas de aterrizaje estaba abajo.

Un solo hombre estaba esperándolo al final de la rampa de desembarco.

—¿Eres Mensio? —demandó ásperamente, dándole un rápido examen a la cara enmascarada de Luke. Su mano, notó Luke, descansaba con una total falta de sutileza en la culata de su bláster enfundado.

—¿Esperabas a alguien más? —contrapuso Luke, descansando la mano en su propio bláster en respuesta y echando una mirada alrededor de la bahía de aterrizaje. La sala bajo el techo del escudo-atmosférico era más o menos redonda, toscamente tallada en la roca del asteroide, con media docena de puertas de presión espaciadas más o menos uniformemente alrededor del perímetro. Austera al extremo—. Sí, soy Mensio. Que lindo lugar que tienen aquí.

—Nos gusta —dijo el hombre—. Acabamos de hablar con Wesselman.

—En serio —dijo Luke, todavía mirando alrededor. Se suponía que el agente de Inteligencia de la Nueva República en Amorris había apartado a Wesselman incomunicándolo por los próximos días. Si había fallado… o si el proveedor hubiera escapado de algún modo—… espero que lo hayan saludado de mi parte.

—Sí, lo hicimos —dijo oscuramente el pirata—. Dice que nunca oyó hablar de ti.

—En serio —dijo casualmente Luke, estirándose con la Fuerza al otro. Había un nivel de sospecha en la mente del pirata, pero ningún indicio de la certeza que indicaría que

semejante conversación realmente hubiera tenido lugar. Esto tenía que ser una fanfarronada.

O más bien, una prueba.

—Que raro, que hablen con él y todo eso —continuó Luke, terminando su inspección y enfocando su mirada en el pirata—. Wesselman me dijo que iba a estar fuera de contacto durante los próximos días. —Sondeó la mente del otro un poco más profundamente—… Dirigiéndose al sector Morshdine, creo. ¿Algo sobre recoger una carga de gas Tibanna no registrado para ustedes?

El pirata le dio una sonrisa medio burlona, y mientras lo hacía sus sospechas se desvanecieron.

—Sí, claro, ahí es a donde va —concedió—. Sin embargo aún no ha llegado allí. Todavía estamos intentando contactarlo.

Luke se encogió de hombros, deseando saber como se suponía que había sido el itinerario exacto de Wesselman. Si el proveedor se atrasaba demasiado en su programa, probablemente las sospechas de los piratas empezarían a subir de nuevo. Aunque era demasiado tarde para hacer algo al respecto ahora.

—Está bien, cuando lo hagan, salúdenlo de mi parte —dijo—. Entonces. ¿Pasé?

El pirata sonrió burlonamente de nuevo y alzó la mano izquierda. Cuatro de las seis puertas de presión se abrieron y cuatro gamberros de aspecto pendenciero salieron a la bahía de aterrizaje. Enfundando los blásteres en sus manos, se dirigieron hacia el carguero de Luke.

—Sí, pasaste —dijo—. ¿Tienes algún tipo de cerradura estrafalaria o trampas cazabobos en tu bodega sobre las que debamos saber?

—No, todo despejado —dijo Luke—. Sírvanse ustedes mismos. ¿Tienen algo de comer por aquí? Esas raciones de a bordo se ponen peores cada día.

—Seguro —dijo el pirata, señalando a una de las dos puertas que no había tenido un guardia esperando detrás—. El área de bocadillos es por allí. No bebas hasta dejarla seca… te habremos descargado en un par de horas, y no quiero que intentes la ruta de salida medio-borracho. Se haría mucho desorden, y yo sería el que tendría que limpiarlo.

La puerta indicada llevaba a una habitación de aproximadamente diez metros de largo y cuatro de ancho, con un par de mesas equipadas con bancos dispuestos en el centro. A lo largo de la pared derecha había varias estaciones de música y vid; a lo largo del lado opuesto había un mostrador a la altura de la cintura con un brillante droide de servicio SE-5 que esperaba detrás de él.

—Buen día, estimado señor —dijo alegremente el droide cuando Luke entró a la habitación—. ¿Puedo ayudarlo?

—¿Tienes de esos ribenes karkan con especia tomo? —preguntó Luke, mirando a su alrededor. No había ninguna salida a la vista que pudiera llevar desde esta habitación al resto del complejo. En realidad, no era sorprendente, considerando la clase de visitantes a los que proveía esta área de bocadillos.

—Sí, estimado señor, ciertamente tengo —le aseguró el droide, arrastrándose unos pasos y sacando un paquete de debajo del mostrador—. Sólo tomará unos momentos prepararlos.

Luke gruñó.

—Está bien.

De hecho, le tomó al droide poco menos de cuatro minutos, calentar el costillar y colocarlo artísticamente en un plato. Luke se pasó el tiempo vagabundeando por la habitación, ostensiblemente mirando las estaciones de vid, pero realmente buscando cámaras espía ocultas.

Ya había descubierto tres para cuando su comida estuvo lista. Incluso en una habitación completamente aislada, los Piratas Cavrilhu no se arriesgaban ni un poco.

—¿Puedo proporcionarle algo de beber? —preguntó el droide cuando le entregó el plato a Luke.

—No te molestes —dijo Luke—. Tengo mejores bebidas en mi nave.

—Ah —dijo el droide—. ¿Necesitará usted un juego de utensilios?

Luke le dio una mirada despreciativa.

—¿Para ribenes especiados? Debes estar bromeando.

—Oh —murmuró el droide, viéndose un poco confundido—. Bueno… disfrútelo, estimado señor.

Luke se dio la vuelta, reprimiendo el reflejo fuera-de-personaje de agradecerle al droide. Arrancando uno de los ribenes del final de la barra, lo fue mascando mientras se encaminaba de vuelta afuera a la bahía de aterrizaje.

Los piratas no habían estado ociosos en su ausencia. Habían bajado la ancha rampa de carga del Y60 y estaban empezando a sacar las grandes cajas de transporte en carretas repulsoras flotantes.

—Espero que tengan cuidado en las esquinas con esas cosas —le advirtió Luke a uno de ellos, señalando hacia la carreta flotante con su ribene—. No quiero que mis anillos de contención se abollen.

—Mete adentro tus dientes —gruñó el otro, agitando la cabeza para echarse una trenza corta atrás de un hombro—. Nada va a abollarse. Excepto quizá tu pellejo si nos das algo de estática.

—Sí… ¿tú y quién más? —respondió el fuego Luke, pasándolo y subiendo la rampa—. No te importa si lo verifico por mí mismo.

—Con tal de que no te metas en el medio.

Había otros dos piratas en la bodega, uno acababa de poner su caja en su lugar sobre su carreta flotante, el otro ya se encaminaba para la rampa con su carga. Luke cruzó al mamparo lateral, estirándose con la Fuerza mientras aparentaba examinar de cerca si había algún daño en los anillos de contención. A una distancia cercana, en alguna parte bajando por uno de los corredores del asteroide, podía sentir a dos más de los piratas que volvían por su próxima carga. Estimó el tiempo, sí. Debería poder hacerlo.

El último de los dos piratas estaba ahora casi en la rampa. Gruñendo con aparente satisfacción acerca de la seguridad de su equipo, Luke cambió de dirección, cruzando la bodega hacia la puerta de acceso que llevaba a la sección de camarotes del carguero. El pirata maniobró su carreta rampa abajo y giró al costado de la nave.

Y por los próximos quizás diez segundos, Luke se quedó solo.

No había tiempo que perder, pero él y Erredós habían tenido tiempo suficiente para practicar en el vuelo hacia aquí y habían convertido el simulacro en una ciencia. Silbando suavemente, Luke caminó hasta la caja que los dos habían preparado, al mismo tiempo levantando con la Fuerza su plato de ribenes y enviándolo flotando por la bodega. Erredós había oído la señal silbada, abriendo la puerta de acceso cuando la comida se le acercó. Luke se tomó otro momento para meter el plato tan adentro en la sección de camarotes como podía, entonces lo bajó a la cubierta y abrió el panel lateral en la caja a su lado.

Adentro, bien embalado para protegerlo contra golpes accidentales, estaba el estrafalario droide de brecha de seguridad SB-20 de Wesselman. Ahora no iba a servirles mucho a los piratas, no con la mayoría de su interior vaciado, pero la carcasa que quedaba haría un escondite ideal para una infiltración silenciosa a su base. Encogiéndose, Luke se apretó en el espacio angosto y tiró del panel lateral de la caja cerrándolo de nuevo.

Justo a tiempo. Debajo de él, la cubierta vibró ligeramente mientras los piratas que volvían subían la rampa. Luke se estiró con la Fuerza, sintiendo cuando lo hizo su súbita sospecha. Usó sus técnicas de agudización sensorial…

—Control, este es Grinner —un murmullo llegó a los oídos de Luke, tan claro como si el pirata hubiera estado parado a su lado—. ¿Ves a nuestro contrabandista en alguna parte?

—La última vez que lo vi, se dirigía a la bodega —respondió la débil voz del pirata con el que Luke había hablado más temprano—. Dijo que estaba preocupado por sus anillos de contención.

—Sí, allí estaba cuando salimos —convino otra voz.

—Está bien —dijo Grinner—. ¿Entonces dónde está ahora?

—Probablemente adentro —dijo la segunda voz—. Se encaminaba en esa dirección cuando Fulkes y yo íbamos saliendo, engullendo un plato de ribenes.

—Probablemente buscando algo con que tragarse la especia tomo —agregó una nueva voz—. Le dijo al droide de servicio que tenía alguna buena bebida a bordo.

—Quizá —gruñó Grinner, la palabra casi cubierta por el suave siseo del metal contra chapa mientras desenvainaba su bláster—. O quizá está intentando algo astuto, como esconderse en una de estas cajas. ¿Quieres bajar un equipo de rastreo aquí, Control?

—Tranquilo, Grinner —la voz poco familiar le aconsejó—. Déjame hacer una revisión primero.

Por un momento largo la bodega estuvo en silencio. Sin dejar de sostener con la Fuerza el costado de la caja, Luke abrió la solapa de su túnica y agarró su sable de luz. Si no se tragaban esto, tendría que ocuparse de ellos.

—Pueden descomprimirse todos —dijo la voz de Control—. De acuerdo, se ha ido adentro. El plato que tomó de la sala de bocadillos está aproximadamente cinco metros adentro de esa puerta delante de ti. No hay ninguna forma en que pudiera haberlo dejado allí y volver afuera a la bodega en los… déjenme ver… en los nueve segundos que estuvo fuera de vista.

Hubo un débil resoplido y el sonido del bláster de Grinner siendo enfundado de nuevo.

—Sí, está bien —dijo—. Sólo que hay algo sobre este tipo que no me gusta.

Luke sacó la mano del sable de luz, exhalando lentamente en un silencioso suspiro de alivio. Su idea original, cuando primero había pedido prestada esta nave, había sido simplemente llevar tanta comida como pudiera meter en la caja con él. Pero ese plan, de algún modo se había sentido mal, y él y Erredós habían ideado esta variante en cambio. Estaba ahora muy satisfecho de que lo hubieran hecho.

—Entonces descárgalo y sácalo de aquí —dijo Control—. ¿Ves algún signo de ese droide SB-20 que dijo que trajo? Quiero que ese sea el próximo.

—Uh… no. La única caja de droide que veo es de una unidad R2.

—Es esa —dijo Control—. Un SB-20 es una carcaza de R2 con equipo y programación de espionaje metido adentro.

La caja de Luke se tambaleó cuando el pirata puso su carreta flotante debajo.

—Nunca oí hablar de eso.

—No hacen exactamente publicidad en los depósitos de droides —dijo ácidamente Control—. El capitán le ha estado pidiendo uno a Wesselman durante años.

Grinner gruñó.

—¿Y hoy este se presenta aquí por casualidad, eh? Conveniente.

—Déjalo tranquilo, Grinner —dijo el otro pirata en la bodega—. Está bien, tengo al droide. ¿Adónde lo quieres?

—En la tienda de electrónica —dijo Control—. El capitán quiere que Pap y K'Cink lo revisen.

—Correcto.

Un momento más tarde estaban en camino, bajando por la rampa y por el suelo de la bahía de aterrizaje. Luke se agarró de la carcaza del droide, escuchando los sonidos a su alrededor e intentando ignorar el violento temblor que era realmente sólo los pequeños choques y vibraciones de la carreta flotante. Había asumido que sería llevado al lugar de almacenamiento donde dejaban el resto de la carga, lo que presumiblemente le habría dado una cierta cantidad de privacidad para hacer su salida de la caja. Por otro lado, la tienda de electrónica estaba probablemente más cerca de las áreas de comando de la base que eran su meta final. Al final de cuentas, un intercambio justo.

Atravesaron una de las puertas de presión, y por unos minutos los únicos sonidos fueron el zumbido de los repulsores de la carreta flotante y los pasos y respiración rasposa del pirata. Entonces, gradualmente, empezaron a filtrarse más sonidos: otras voces y pasos, en su mayoría distantes pero pasando cerca ocasionalmente. Luke se estiró con la Fuerza, sintiendo una variedad de mentes humanas y alienígenas en la vecindad. Hubo un raro cambio de eco cuando aparentemente salieron del corredor y entraron a una sala más grande; otro cambio, esta vez en reversa, marcó donde dejaron la sala y pasaron de nuevo a un corredor. La carreta flotante dio la vuelta en una esquina, y otra; entrando en otro espacio abierto lleno del rumor embotado de voces enmudecidas…

—¿Lanius? —dijo la voz de Control.

—Sí, te escucho —dijo el pirata que empujaba la carreta flotante de Luke.

—Cambio de planes… Pap tiene algo desarmado en la tienda y no tiene lugar para tu droide. Ve a dejarlo en el depósito del Nivel Cuatro.

—Sí, de acuerdo. —La carreta flotante bajó la velocidad y cambió de dirección—. ¿Es demasiado pedirles que se decidan?

—Muy gracioso —gruñó Control—. Sólo apúrate, ¿está bien?

—Me estoy apurando, me estoy apurando —refunfuñó por lo bajo Lanius.

La carreta siguió; pero aun cuando cambió de corredores de nuevo, Luke empezó a sentir una rara sensación hormigueándole en el fondo de la mente. En alguna parte, de algún modo, de repente algo había salido mal.

Se estiró de nuevo con la Fuerza, intentando rastrear el origen de la sensación. Adelante, una puerta se abrió y la carreta entró de nuevo a una sala grande. Parecía estar llevando un largo tiempo atravesarla…

Y entonces, abruptamente, la carreta se detuvo.

—¿Qué dia…? —protestó el pirata.

—Apártate del camino, Lanius —retumbó por un altavoz la voz de Control—. Tienes un pasajero.

El pirata se tragó una maldición, y hubo un rumor de pies mientras se alejaba de la carreta repulsora.

—Está bien, quienquiera que seas —continuó Control—. Sabemos que estás ahí… tenemos un escaneo claro del corredor de seguridad. Vamos, sal de ahí.

Luke hizo una mueca. Así que eso había sido ese hormigueo: una premonición del lío en el que estaba ahora. Una lástima que no le hubiera prestado más atención, aunque a primera vista no veía qué podría haber hecho para cambiar algo en ese momento.

Y sin embargo, reprocharse errores de juicio no lo ayudaría en nada. Sacando el comunicador, lo encendió.

—¿Erredós? —susurró.

No hubo ninguna respuesta, sólo un silencioso estallido de estática.

—Oh, y también hemos bloqueado tus transmisiones —agregó Control—. Me temo que el único con el que serás capaz de hablar es conmigo.

Así que Luke estaba solo. Empujando su sable de luz un poco más profundo en su escondite, cerró la solapa de la túnica flojamente sobre él.

—Está bien —gritó—. No disparen… voy a salir.

Dejó de sostener con la Fuerza el panel lateral y lo dejó abrirse. Había tres piratas a la vista, parados muy atrás de la caja, sus blásteres apuntándolo. A otros cinco, los podía sentir, esparcidos alrededor de la caja fuera de su campo visual.

Otros cinco, más un defel acechando en alguna parte de las sombras como respaldo. Una vez más, no estaban arriesgándose en nada.

—Bueno, bueno —dijo la voz de Control cuando Luke se deslizó fuera del droide destripado y se puso de pie—. ¿Diste una vuelta equivocada, no, Mensio?

—No, creo que fue Lanius el que dio la vuelta equivocada —dijo Luke, manteniendo las manos lejos de su bláster mientras miraba a su alrededor. Estaban en una sala grande, de techo alto, con cajas apiladas alineadas contra dos de las paredes. Su caja había sido dejada en una esquina de otra forma desocupada lejos del resto de la mercancía; los ocho piratas estaban formados en un grosero semicírculo alrededor de él. No vio al defel, pero probablemente estaba en alguna parte entre él y la única puerta, atravesando la habitación detrás del anillo de blásteres—. Vine a ver a su capitán, no a su inventario.

Uno de los piratas que enfrentaban a Luke gruñó algo ininteligible.

—Creo que deberías saber que a Hensing ahí realmente no le gustan las bromas sarcásticas —dijo Control.

—En serio —dijo Luke, dando otra mirada casual hacia el área de la puerta. El interruptor del panel de luz estaba justo al lado del panel: una simple placa de presión que podría activar con la Fuerza. Perfecto—. Siento oír eso.

—Podrías sentirlo mucho más —advirtió Control—. Él tiene la teoría de que las bromas se vuelven menos sarcásticas cuando te han arrancado de un tiro una o las dos manos.

Luke sonrió severamente, doblando los dedos de su mano derecha artificial.

—Tiene razón en eso —dijo—. Créeme.

—Sólo para que nos entendamos —dijo Control—. Saca tu bláster… estoy seguro de que conoces la rutina.

—Seguro —dijo Luke, sacando su bláster con un cuidado exagerado y bajándolo al suelo delante de él—. ¿Quieres los cartuchos de energía de repuesto, también? —preguntó, señalando las dos cajitas planas al costado del cinturón de su pistola.

—No, puedes intentar esconderte detrás de ellas si quieres —dijo Control—. Sólo aleja el bláster de una patada.

Luke obedeció, usando la Fuerza para asegurarse de que el arma se frenara precisamente a los pies de Hensing.

—¿Contento?

—Más contento de lo que vas a estar tú —dijo Control—. No creo que comprendas en qué lío te has metido aquí, Mensio.

Ya era hora, decidió Luke, de cambiar de táctica.

—Está bien, no más tonterías —dijo, con amenaza en su voz y su postura—. Estoy aquí para hablar con su capitán acerca de un trato.

Si Control estaba impresionado por el nuevo Mensio, su voz no lo demostró.

—Claro que sí —dijo—. ¿Que, no podías llamar por una cita?

—Quería comprobar su seguridad —dijo Luke—. Ver si son la clase de gente con la que mi patrón estaría interesado en negociar.

—¿Y en qué consistiría este negocio?

—Me dieron instrucciones de que lo discutiera con su capitán —dijo Luke orgullosamente—. No con subordinados.

Hensing gruñó de nuevo, alzando el bláster.

—Entonces tu patrón o es estúpido o necio, o ambos —dijo Control—. Tienes cinco segundos para darme algo sólido. Después de eso, voy a soltar a Hensing sobre ti.

—Si insistes —dijo Luke, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando a través de la habitación al interruptor del panel de luz. Ese hormigueo de advertencia había vuelto—… Entendemos que están usando clones para tripular algunas de sus naves. Queremos discutir acerca de contratarles a algunos de ellos.

Control hizo un ruido de negación.

—Lo siento… respuesta equivocada. Atrápenlo. —Los piratas alzaron sus blásteres…

Y extendiéndose a través de la Fuerza, Luke apagó el panel de luz.

Hubo una maldición gruñida, casi ahogada por la descarga de múltiples disparos de bláster atravesando el aire adonde Luke había estado parado. Pero Luke ya no estaba allí. Un salto ayudado por la Fuerza lo había enviado volando por encima de sus cabezas hacia la puerta, el sable de luz listo en su mano. Si habían sido lo suficientemente sobreconfiados para no dejar a un guardia afuera de la puerta… hubo un hormigueo de premonición, y tenía el sable de luz en posición de guardia cuando avistó los ojos rojo pálido del defel mirándolo fijo, desde encima de una de las pilas de cajas. Sintió en lugar de ver el arma rastreándolo, y encendió el sable de luz cuando el tiro del bláster chispeó desde entre los ojos rojos.

La hoja verde refulgió a la existencia, deslumbradoramente brillante en la oscuridad, desviando el disparo de bláster del Defel inofensivamente. Pero aun mientras caía al suelo al lado de la puerta, Luke comprendió que el Defel había ganado esta ronda. Su tiro había errado, pero había forzado a Luke a revelar su ubicación y su verdadera identidad.

Los demás piratas tampoco fueron lentos en darse cuenta. Alguien al otro lado de la habitación maldijo…

—¡Es Skywalker! —gritó otro… y de repente una descarga fresca de fuego de bláster estaba lloviéndole a través del aire.

Luke retrocedió hasta la puerta, dejando que la Fuerza guiara su defensa. La puerta probablemente había sido sellada; saltando de costado hacia ella para desviar temporalmente la puntería de sus oponentes, hizo dos cortes con su sable de luz. Y con una zambullida baja por la abertura, estaba libre.

El corredor afuera estaba desierto. Se puso nuevamente de pie después de rodar por el suelo, con el sable de luz preparado; estirándose con la Fuerza, en busca de la emboscada que seguramente debía estar acechando cerca. Pero no había ninguna otra presencia que pudiera detectar.

—¿Ya se rinden? —llamó.

—No lo creo —vino la voz de Control desde un juego de altavoces a unos metros en el techo—. Fue bastante tonto que revelaras tu identidad tan rápidamente.

—Prefiero pensarlo como una superabundancia de confianza —contrapuso Luke, estirándose un poco más fuerte. Todavía nada; y si realmente los había agarrado fuera de guardia, no sería inteligente darles tiempo para reagruparse. Escogiendo la que esperaba que fuera la dirección por la que había venido, partió en un trote rápido—. ¿Están listos para contarme de dónde están sacando sus clones? —agregó hacia el altavoz—. Realmente preferiría no tener que buscar a su capitán y preguntarle personalmente.

—Busca todo lo que quieras —dijo Control, con la voz viniendo ahora de un altavoz diferente más lejos por el corredor. Claramente, estaban rastreando los movimientos de Luke—. No encontrarás a nadie aquí que lo sepa. Pero gracias por confirmar que eso fue lo que viniste a averiguar aquí.

—De nada —dijo Luke, apretando los dientes cuando el hormigueo de peligro lo azuzó de nuevo. Adelante, el corredor giraba suavemente a la derecha, y en alguna parte más allá de la curva podía finalmente sentir otras presencias que lo esperaban.

Era una clásica maniobra de cuello de botella: forzar al enemigo a una curva o ángulo donde estaría atrapado en un fuego cruzado sin que los dos extremos del fuego cruzado se dispararan entre sí. Ahora podía sentir a los piratas que había dejado atrás en el depósito amontonándose en el corredor; unos latidos del corazón más, y habría fuego de bláster viniendo desde sus espaldas.

Pero era improbable que los planes de contingencia de los piratas hubieran incluido la posibilidad de un Jedi suelto en su base. Justo de este lado de la curva, una pesada puerta blindada revelaba la presencia de un corredor lateral a la izquierda que llevaba fuera de la trampa. El bláster que había dejado atrás en el depósito no le habría hecho mella; pero él tenía una forma más eficaz de abrir puertas de la que los piratas podrían haber anticipado. Frenándose frente a la puerta blindada, encendió su sable de luz y acuchilló el mecanismo de la cerradura. Empezó a abrirse ponderosamente…

Hubo un hormigueo de advertencia, y Luke se giró justo a tiempo para barrer con la hoja del sable de luz tres disparos de bláster que venían hacia él. Los piratas del depósito, viendo que su apretón de botella estaba por fallar, cargaban a toda velocidad hacia él, disparando mientras corrían. Luke bloqueó dos tiros más, el resto erraban por mucho… y se escabulló a través de la puerta blindada que todavía se estaba abriendo a un corredor ancho.

La apariencia del corredor fue una sorpresa. Al contrario de la áspera textura del resto de la base, esta área parecía como si pudiera haber sido trasplantada directamente del interior de una nave estelar capital. Lisas paredes de líneas metálicas formaban una

sección en cruz cuadrada de aproximadamente cuatro metros de ancho, el propio corredor se estiraba veinte metros antes de acabar en una unión en T con otro de los más típicos corredores rocosos.

La única luz era la que se filtraba desde detrás de Luke y la luz similar del extremo lejano. Aun así, había suficiente iluminación para ver que todas las superficies del corredor, paredes, techo, y suelo, estaban cubiertas con un patrón decorativo de círculos de tres centímetros de diámetro espaciados a aproximadamente diez centímetros.

El corredor mismo estaba desierto, y Luke no podía sentir a nadie adelante acechando alrededor de las esquinas. Aparentemente, sí los había agarrado fuera de guardia.

Pero su sentido del peligro todavía estaba hormigueando. ¿Algo acerca del corredor? De todos modos, con dos grupos de enemigos detrás de él, no había ninguna parte adonde ir más que al otro lado. Con los sentidos alerta por una trampa, se dirigió por el corredor.

Había dado cuatro pasos cuando, sin advertencia, la gravedad abruptamente se invirtió, enviándolo cayendo hacia el techo.

No hubo ninguna oportunidad de preparación física o mental. Su cabeza y hombros golpearon contra el metal, enviando una descarga de dolor que se arqueó a través de él, el resto de su cuerpo se desplomó rebotando con un choque torpe y más dolor. Abrió la boca en busca de aire… el impacto le había sacado casi todo el aire de los pulmones… pero antes de que pudiera aspirar menos de medio pulmón estaba cayendo de nuevo, esta vez de costado hacia una de las paredes laterales.

Aterrizó bruscamente sobre su costado derecho, una nueva puñalada de dolor se lanzó a través de su cabeza, hombro y cadera cuando buscó torpemente un asidero. Pero no había nada que agarrar en el liso metal. Estirándose con la fuerza, sintió que el campo gravitatorio empezaba a cambiar de nuevo; y entonces su nuevo suelo se volvió de repente de nuevo el techo, y estaba cayendo hacia la pared lejana.

Pero no hacia el metal liso esta vez. Girando la cabeza, vio que lo que había tomado por círculos decorativos dibujados en la pared eran en realidad las cabezas de unas varillas de metal de puntas planas. Ahora se habían proyectado afuera de la pared, alzándose como un bosque de lanzas embotadas para encontrarse con su descenso.

Apretando los dientes, Luke se extendió a la Fuerza y estiró las manos para encontrarse con las barras que se acercaban. Con tan poco espacio no había ninguna oportunidad para meterse entre ellas; pero si podía agarrar a dos y retardar su caída, podría impedir al menos aterrizar a toda velocidad sobre ellas. Agarró las dos apuntándole a la cara y pecho, usando la Fuerza para bajar su velocidad. Tuvo éxito, y por un breve momento se sostuvo equilibrado sobre ellas en medio del aire…

Y entonces fue lanzado hacia ellas de cualquier forma cuando un juego correspondiente de barras de la pared de atrás le dio duro en la espalda y las piernas, tirándolo hacia adelante. Gruñó cuando el golpe volvía a sacarle el aire de los pulmones, intentando enroscarse girando contra el bosque de barras que se clavaban en él.

Pero aun cuando se esforzaba en pasar su brazo izquierdo a través de las barras que lo retenían, dos juegos de barras más salieron del suelo y del techo, golpeando sus hombros,

cabeza, y piernas y aprisionándolo aún más fuerte en el lugar. Hubo otra agitación de cambios de gravedad que no hicieron mas que apalear cada parte de su cuerpo al azar por turno contra los varios juegos de barras…

Y entonces la gravedad volvió a su vector original, dejándolo suspendido más o menos de pie en medio de la sala.

—Bueno, bueno —dijo en el silencio la voz burlona de Control—. ¿Sorprendido, no?

—Un poco —concedió Luke, luchando para sobreponerse al vértigo que le quedaba de los cambios de gravedad y mirando alrededor lo mejor que podía con la cabeza fijada rígidamente en el lugar. Todo el corredor se había vuelto un gran enrejado tridimensional de barras, llenando todo el espacio entre las puertas blindadas que se habían cerrado en su lugar en ambos extremos, sellándolo adentro.

—Preparamos esto hace cinco años —continuó Control—. Tu academia de Yavin estaba sembrando la galaxia de pequeños arrogantes que se creían Jedi, y nos figuramos que sería sólo una cuestión de tiempo antes de que uno de ellos nos cayera. Así que nos preparamos para tener una sorpresa lista para ellos. Nunca creímos que tendríamos al mismísimo Gran Alto Moffito presentándose. ¿Entonces, qué te parece?

—Es inventivo, les concedo eso —dijo Luke, probando la fuerza de las barras con sus hombros y brazos. Podría haberse ahorrado el esfuerzo—. Espero que no estén esperando retenerme por mucho tiempo.

—Te sorprenderías —dijo Control—. ¿Supongo que no has notado dónde terminó tu sable de luz?

Luke ni siquiera podía recordar cuándo durante todos aquellos cambios de gravedad lo había dejado caer. Ahora, estirándose por el rabillo del ojo, descubrió al arma a quince metros de distancia al otro lado de la sala, acuñada igual que él dentro de los juegos de barras entrecruzadas.

—Puedes ver que hay un grupo más estrecho de barras en ese extremo —señaló Control—. Sosteniendo a la cosa bastante sólidamente en su lugar.

Luke sonrió. Claramente, a pesar de toda su preparación, el pirata no había aprendido lo suficiente sobre los Jedi. Extendiéndose con la Fuerza, activó el interruptor del sable de luz. Con un chasquido-siseo la hoja verde refulgió a la existencia; extendiéndose de nuevo, Luke intentó girar la empuñadura hacia el costado.

No pasó nada.

—Ves la genialidad del diseño —dijo conversadoramente Control—. Está sostenido en el ángulo justo para que la hoja sobresalga en el hueco entre las barras, sin tocar a ninguna de ellas. ¿Inteligente, eh?

Luke no contestó. El sable de luz parecía estar acuñado sólidamente en su lugar… pero si la hoja no estaba tocando las barras, la empuñadura debía ser capaz de deslizarse libremente hacia atrás o adelante. Asiéndola con la Fuerza, la deslizó hacia adelante.

—Oh, claro, se mueve en esa dirección —dijo Control cuando el sable de luz empezó a moverse—. A menos que se cuelgue del interruptor o algo. Pero eso no te servirá de nada. La hoja sigue sin tocar a ninguna de las barras…

Ahora la punta de la hoja había alcanzado la pared. Luke continuó forzándola en esa dirección, empujando la hoja directo hacia adentro de la placa de metal.

—…y naturalmente no fuimos lo suficientemente estúpidos como para poner algún equipo crítico detrás de las paredes para que lo cortes —terminó Control—. ¿Un poco más impresionado ahora, no?

—Quizás un poquito —dijo Luke—. ¿Ahora que?

—¿Qué crees? —replicó Control, su voz repentinamente oscura—. Sabemos lo que ustedes los Jedi son capaces de hacer, no creas que no. Me figuro que con sólo ese paseíto a través de nuestra base probablemente ya has desenterrado suficiente mugre acerca de nuestra operación como para enviarnos a todos los de aquí a Fodurant o a Beauchen durante los próximos veinte años. Si crees que vamos a simplemente quedarnos sentados aquí y dejarte hacernos eso, estás loco.

Luke hizo una mueca por la ironía. Control tenía razón: usando toda su fuerza Jedi, podría casi seguramente haber invadido las mentes de los piratas tan profundamente. Pero con su nueva renuencia a usar su poder tan casualmente, no había hecho nada por el estilo.

—¿Así que, qué quieren hacer, un trato?

—No lo creo —dijo Control—. Queremos que mueras.

—En serio —dijo secamente Luke. Las barras de aquí podrían ser demasiado fuertes para los músculos humanos, pero ése difícilmente era el factor limitativo para un Jedi. Doblar suficientes de las barras fuera del camino para alcanzar su sable de luz sería un trabajo largo y tedioso, pero él tenía la suficiente profundidad en la Fuerza para lograrlo—. ¿De viejo, o tienen algo más inmediato en mente?

—En realidad lo siento un poco —dijo Control—. Parece un desperdicio, deshacernos de ti así, especialmente después de lo que esta trampa para Jedi costó construir. Pero nadie está ofreciendo recompensas por Jedi capturados en estos días. Aun cuando lo hicieran, supongo que esa jaula no te retendría lo suficiente para que lleguemos a cobrar. Así que eso es todo. Adiós, Skywalker. —Hubo un clic, y el altavoz se apagó… y en el silencio, Luke oyó un sonido que no había estado allí antes.

El siseo suave de un escape de gas.

Respiró profundo, estirándose a la Fuerza. Había técnicas Jedi de neutralización de venenos que debían ser capaces de manejar cualquier cosa que le estuvieran bombeando. De todos modos, sería mejor no perder el tiempo en salir de aquí. Cerrando los ojos, alcanzando más profundamente a la Fuerza, empezó a doblar una de las barras apartándola de su cara…

Y entonces, de repente, abrió los ojos cuando tardíamente comprendió la verdad.

Los piratas no estaban bombeando veneno adentro. Estaban bombeando el aire afuera.

Y ni siquiera un Jedi podía sobrevivir mucho tiempo sin aire.

Luke respiró hondo otra vez, apartando su creciente miedo. Un Jedi debía actuar cuando estaba tranquilo, en paz con la Fuerza. Está bien. Erredós y el Ala-X ya podrían

estar en las manos de los piratas. Aun cuando no lo estuvieran, no había ninguna forma en que el caza pudiera maniobrar a través de los corredores estrechos y retorcidos. Estaba solo aquí, sin más recursos que las pocas piezas de equipo que llevaba: un comunicador, una barra luminosa, un datapad… Y dos cartuchos de energía de bláster de repuesto.

Luke se extendió con la Fuerza, alzando las cajitas planas sacándolas de su cinturón y haciéndolas flotar hacia donde pudiera verlas. Hace tiempo durante el apogeo de la Rebelión, el genio mecánico que era el General Airen Cracken había encontrado una forma para hacer explotar a los cartuchos de energía de blásteres. Todo lo que hacía falta eran dos o más cartuchos conectados entre sí con sus clavijas de sobrecarga quitadas, y en treinta segundos volarían con la potencia de una granada mediana.

La explosión debía tener la potencia suficiente para destrozar o retorcer cualquiera de las barras en su vecindad inmediata. Desafortunadamente, le haría un daño similar al mismo Luke.

Pero con un poco de ingenio…

Quitar las clavijas de sobrecarga de los cartuchos de energía fue cosa de unos segundos. Entonces, apretándolos entre sí con la Fuerza, los maniobró cuidadosamente a través del laberinto de barras hacia la puerta blindada más lejana. Si Control todavía lo estaba supervisando… y si el pirata conocía este truco… probablemente concluiría que Luke estaba intentando practicar un agujero en la puerta blindada para dejar entrar un poco de aire. También concluiría que indudablemente el metal era más que suficientemente fuerte para resistir semejante explosión.

Lo que estaba bien con Luke. Cuanto más tiempo operaran los piratas bajo asunciones falsas, más lentamente reaccionarían cuando finalmente se dieran cuenta de lo que realmente tenía en mente.

Su bomba improvisada estaba ahora casi en la puerta blindada, con sólo aproximadamente diez segundos para estallar. Manteniendo la bomba en movimiento, se extendió a la Fuerza y deslizó su sable de luz hacia atrás a lo largo de su única línea de movimiento libre hasta que su presilla de cinturón estuvo apretada contra la pared. La bomba alcanzó el otro extremo de la trayectoria del sable de luz y Luke la apoyó allí contra una de las barras.

La pregunta crítica ahora, sabía, era si la explosión y las resultantes esquirlas podrían dañar al sable de luz. En un impulso súbito, se estiró y encendió el arma, haciendo salir chasqueando a la hoja verde apuntando directamente hacia la bomba. La hoja debería desintegrar a cualquier esquirla que la golpeara, proveyendo al menos de alguna protección a la empuñadura y a los mecanismos internos. Ahora no había nada que hacer excepto esperar y luchar contra el desmayo en la atmósfera que se enrarecía rápidamente…

Y con una tremenda llamarada de fuego y truenos, tres segundos antes de tiempo, los cartuchos de energía explotaron.

Luke apretó los dientes cuando una docena de astillas de metal al rojo-vivo arañaron su brazo y costado izquierdo. Pero los resultados fueron todo lo buenos que podía

esperar. Del otro lado de la sala, visible a través del humo flotante, el prolijo entramado de barras había sido alterado por la explosión. No mucho, pero quizá lo suficiente. Extendiéndose a la Fuerza, deslizó el sable de luz adelante hacia las barras destrozadas por la bomba y giró la empuñadura.

No mucho, pero sí lo suficiente. El sable de luz, parcialmente liberado de su confinamiento, podía ahora alcanzar al costado lo suficiente para cortar el extremo de una de las barras más cercanas. Luke lo giró de nuevo, esta vez enviando dos barras más resonando al suelo. Lo giró de nuevo, y de nuevo, con cada barrida abriéndose un poco más mientras metódicamente excavaba un espacio alrededor del sable de luz…

Y de repente el arma estuvo libre, girando como una hélice mientras cortaba todo en su camino.

Puntos blancos estaban empezando a bailar delante de los ojos de Luke cuando envió el arma a través de la puerta blindada, cortando un agujero triangular que trajo un bienvenido chorro de aire soplando hacia el vacío parcial. Respiró hondo, y cuando su visión se aclaró trajo al sable de luz de vuelta hacia él, la hoja giratoria cortando a través de las barras como una guadaña a través de un campo de granoalto.

Un minuto más tarde estaba de vuelta en los corredores rocosos, encendiendo su comunicador mientras se dirigía hacia la bahía de aterrizaje y su nave.

—¿Erredós? —llamó—. ¿Estás ahí?

La única respuesta fue otro estallido de estática de bloqueo. Acelerando el paso, usando técnicas Jedi para suprimir el dolor en su costado y brazo, se preparó para el próximo movimiento de los piratas.

Pero ese movimiento no vino. Emergió del corredor en una gran pero desierta cámara y cruzó a otro corredor sin ver o sentir a nadie.

Ahora que lo pensaba, no había sentido a nadie desde su escape de la trampa para Jedi. ¿Estaban todos escondidos en alguna parte? ¿O todos habían simplemente hecho su equipaje y partido?

El suelo de roca debajo de sus pies se agitó ligeramente, y en alguna parte a la distancia oyó el débil sonido de una explosión. Había salido del corredor y entrado a otra sala cuando oyó y sintió una segunda explosión, esta perceptiblemente más cerca.

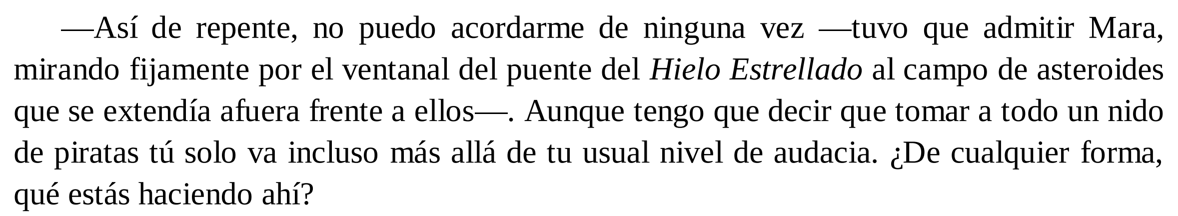
Y abruptamente su comunicador gorjeó. Lo encendió…

—¿Erredós?

—No realmente —contestó secamente una voz familiar—. ¿Estás en problemas de nuevo, Skywalker?

Luke parpadeó de sorpresa, entonces sonrió con el primer placer genuino que había sentido desde que llegó a este lugar.

—Por supuesto que sí —le dijo a Mara Jade—. ¿Alguna vez me encontraste cuando no lo haya estado?



CAPÍTULO 9

—Así de repente, no puedo acordarme de ninguna vez —tuvo que admitir Mara, mirando fijamente por el ventanal del puente del *Hielo Estrellado* al campo de asteroides que se extendía afuera frente a ellos—. Aunque tengo que decir que tomar a todo un nido de piratas tú solo va incluso más allá de tu usual nivel de audacia. ¿De cualquier forma, qué estás haciendo ahí?

—Intentando salir —contestó secamente el otro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Karrde me pidió que viera cómo estabas —dijo ella—. Parecía pensar que podrías necesitar una mano.

—La necesito —concedió él—. ¿Adónde estás?

—Por el momento, afuera mirando hacia adentro —le dijo Mara, frunciendo el ceño. ¿Fue ésa una explosión allí adelante en el asteroide principal de los Cavrilhu?— ¿Estás poniendo bombas o algo?

—No, pero alguien lo está haciendo… puedo oír explosiones a la distancia. ¿Puedes ver lo que está pasando?

Sentada en la próxima consola, la Capitana Shirlee Faughn palmeó el brazo de Mara.

—Echa una mirada al extremo de estribor del asteroide —murmuró, señalando—. Tenemos una flotilla dirigiéndose hacia el espacio profundo. Creo que… dieciocho naves.

—Genial —murmuró Mara—. Tienes problemas, Luke… tus ratas están organizando una deserción en masa. Faughn captó lecturas de dieciocho naves; probablemente más en camino. Diez a uno que esas explosiones que estás oyendo son el sistema de auto-destrucción de la base activándose. ¿Tienes algún transporte?

—Tenía un carguero Y60 cuando vine, con Erredós y un Ala-X ocultos a bordo —dijo Luke—. Pero no he podido llamarlo.

—Bueno, no te asustes todavía —aconsejó Mara, dando una rápida mirada a las pantallas—. Todavía están bloqueando tu frecuencia primaria de comunicador… nosotros tenemos por casualidad el equipo para infiltrarnos en un armónico. ¿A qué distancia estás de tu bahía de aterrizaje?

—No lo sé exactamente…

Faughn chasqueó los dedos, y señaló a una de las pantallas de Mara.

—Espera —lo interrumpió Mara—. Su bloqueo acaba de apagarse. Déjame liberar tu frecuencia primaria de comunicador.

Miró al otro lado del puente a la estación de comunicaciones.

—¿Corvus?

—Ya está libre —informó el otro—. Te pondré de vuelta en primaria.

Abruptamente el altavoz del comunicador estalló en un flujo staccato en lenguaje de máquina astromecánica.

—Más despacio, Erredós —lo interrumpió la voz de Luke en medio de los trinos y chillidos—. No entiendo nada de lo que estás diciendo.

—Dice que él y el Ala-X están bien —le contó Mara, mirando la traducción que pasaba por su pantalla de computadora—. Estaban viniendo por él, así que sacó al Ala-X fuera de su escondite…

Ella hizo una mueca.

—Y se deshizo de ellos destruyendo los generadores de escudo-atmosférico de la bahía de aterrizaje.

Hubo un largo momento de silencio.

—¿Lo que presumo significa que la bahía de aterrizaje ahora está llena de puro vacío? —preguntó Luke—. Hasta el borde —confirmó Mara—. Supongo que sería esperar demasiado que hubiera un casillero de trajes de vacío en alguna parte cerca de la bahía.

—No lo sé, pero no querría tener que contar con eso —dijo Luke.

—Ni yo tampoco —convino Mara—. ¿Faughn, tú solías volar Y60s, no?

—Más a menudo de lo que me gustaría recordar —dijo la otra mujer—. ¿Estás pensando en que él intente un cruce de camisa-fría?

—Es la forma más simple de sacarlo de allí —dijo Mara—. ¿Puede hacerlo?

—Lo dudo —dijo Faughn—. ¿Skywalker, está la rampa de aterrizaje del carguero arriba o abajo?

—Abajo, la última vez que la vi.

La unidad R2 gorjeó, la confirmación del droide apareció por la pantalla.

—Todavía está abajo —dijo Mara.

—En ese caso, no tiene ninguna oportunidad —dijo Faughn, agitando la cabeza—. El mecanismo de la rampa del Y60 es un pedazo de chatarra. Sellarlo y represurizar la nave llevaría quince minutos por lo menos.

—Me temía eso —dijo Mara—. Un poquito demasiado tiempo para que él contenga la respiración.

—¿Qué hay de su Ala-X? —sugirió Faughn—. No puede tomar mucho tiempo presurizar una cabina de piloto de ese tamaño.

—Excepto que la mayoría de las carlingas de cazas en estos días tienen cierres de presión —señaló Mara—. Abrirlas al vacío sin apretar la anulación manual usualmente activa el asiento eyector. Es un mecanismo de seguridad… no creo que el R2 pueda anularlo.

—Tienes razón, no puede —dijo Luke—. Mejor espero que pueda encontrar un traje de vacío.

—Claro —siseó Mara entre dientes, midiendo la distancia al asteroide a ojo. Las oportunidades de que los piratas tuvieran equipo de vacío al alcance de la mano de prófugos potenciales iban de escasas a ninguna—. En caso de que no puedas, vamos a entrar.

Por el rabillo del ojo vio que Faughn se volvía hacia ella con los ojos sobresaltados.

—Jade, no sabemos el camino seguro para entrar —murmuró la otra mujer.

—No, pero el droide astromecánico de Skywalker sí —le recordó Mara—. Droide, ¿qué tal si nos envías algunos números?

El R2 trinó en reconocimiento, y un esquema de curso apareció en la pantalla de la computadora.

—Lo tengo —dijo Mara—. Vamos.

Faughn volvió al timón, todavía obviamente menos que entusiástica acerca de arriesgar así a su nave. Hubo una breve oleada de aceleración, y el *Hielo Estrellado* empezó a moverse hacia adelante.

—El camino no parece tan malo —le dijo Mara, estudiando la pantalla.

—No lo parecía —dijo la capitana, tocando su pantalla de navegación—. Sólo hay un ligero problema: los asteroides ya no están en las mismas posiciones relativas.

Mara volvió su atención a su propia pantalla de navegación. Faughn tenía razón.

—Maldición… se han mezclado —dijo ella, saliendo de su silla y dirigiéndose hacia la puerta—. Tendremos que abrirnos camino a lo bantha. Yo tomaré la Número Uno; diles a Elkin y Torve que vayan a las otras.

Había llegado a su estación turboláser y estaba abrochándose su arnés cuando Faughn llamó.

—Acabamos de tropezar con una boya automática que nos advierte que nos alejemos —reportó la capitana—. Podemos chocar con la primera oleada de problemas en cualquier momento.

—Entendido —dijo Mara, poniendo el turboláser en precalentamiento de emergencia y deseando por aproximadamente vigésima vez en este viaje que el *Fuego de Jade* no estuviera atracado en Duroon con sus sistemas de navegación siendo reacondicionados. Karrde había hecho un buen trabajo al armar sus cargueros, pero el Fuego tenía tanto más puro poder de láser que el *Hielo Estrellado* y encima mucha más maniobrabilidad.

Pero no estaba aquí, y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Frotándose brevemente las palmas en su traje de salto para secarlas, agarró firmemente los controles y se estiró a la Fuerza. Podía no ser una Jedi tan gloriosa y poderosa como el gran Luke Skywalker, pero estaría dispuesta a comparar su finamente afinado sentido del peligro contra el suyo cualquier día.

El problema era que el sentido del peligro no era particularmente direccional. Y había muchas direcciones diferentes allá afuera por donde podían venir los problemas.

—Aquí vamos, Luke —llamó por su auricular—. Es la última oportunidad para que ondees la mano y barras con todas las trampas.

En el mismo instante en que las palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas dicho. Luke estaba demasiado lejos para que ella pudiera tocarle la mente completamente; pero aun así, pudo sentir que estaba herido por su comentario. Abrió la boca para disculparse…

Y de repente su sentido del peligro resplandeció, un asteroide que flotaba cerca atrapó toda su atención. Descubrió un círculo de suavidad antinatural en su borde… un débil brillo metálico…

Su turboláser destelló, destrozando al asteroide sospechoso en rocas y cascotes. De la nube de polvo en expansión vino un único disparo de fuego turboláser contestando: demasiado poco, demasiado tarde, y muy lejos de su blanco.

—Buen tiro, Mara —vino la voz de Elkin en su oreja.

Mara asintió, demasiado preocupada con su tarea y su culpa por ese comentario bajo, como para contestar. Su culpa, y una creciente molestia consigo misma por sentirse culpable en primer lugar. Después de todo, eran Skywalker y sus aprendices de Jedi, no ella, los que estaban jugando rápida y casualmente con su poder. Si que alguien lo señalara lo molestaba, ése era su problema, no el suyo.

Hubo otro cosquilleo de advertencia; pero antes de que pudiera identificar la fuente del peligro, múltiples tiros de fuego rojo lancearon desde el turboláser de Torve y un cordón de pequeños bloques de roca explotaron prematuramente en nubes de esquirlas afiladas como cuchillos.

Mara hizo una mueca de dolor cuando unas cuantas astillas a la deriva rebotaron en el escudo deflector del *Hielo Estrellado* delante de su carlinga; y entonces la nave había pasado esa trampa y estaba en camino a la próxima. Volviendo a poner los dedos en los controles, Mara se estiró de nuevo a la Fuerza.

Entre los tres habían destruido ocho trampas más para cuando el *Hielo Estrellado* alcanzó la base principal.

—Ya estamos aquí —anunció la voz de Faughn en la oreja de Mara—. ¿Skywalker? ¿Dónde estás?

—Estoy en mi bahía de aterrizaje —contestó Luke—. Erredós, dispara unos tiros al borde para marcarla.

El droide pitó, y una sombra entre dos crestas rocosas refulgió con fuego láser.

—Está bien, te vimos —dijo Faughn—. Vamos entrando.

Los disparos de láser se detuvieron; y cuando lo hicieron, otra de las explosiones enmudecidas sacudió la superficie del asteroide, incómodamente cerca de la bahía designada.

—Ahí va otra explosión —dijo Mara.

—Te has perdido casi toda la función desde allá afuera —dijo Luke—. Yo he estado oyendo una cada diez segundos mas o menos. Parecen estar moviéndose en mi dirección.

Otra explosión destelló, esta aún más cerca de la bahía de aterrizaje.

—Demasiado cerca, si me lo preguntas —gruñó Faughn—. ¿Estás segura de que quieres arriesgarte a aterrizar allí, Jade?

—No especialmente —concedió Mara—, pero parece que no tenemos muchas opciones. Vas a debernos mucho por esto, Luke.

—Lo pondré en su cuenta —prometió Luke—. Mejor apúrense… *no, esperen. ¡Aléjense*!

—¿Qué? —preguntó Faughn.

—Ya lo oíste —exclamó Mara con su propio sentido del peligro hormigueando—. ¡Aléjate!

El *Hielo Estrellado* se tambaleó hacia atrás y cuando lo hizo una de las crestas que enmarcaban la bahía de aterrizaje empezó a crujir con explosiones secuenciales como un cohete ornamental multietapa del Día de Endor.

—Jade, esto es una locura —dijo Faughn—. No puedo bajar ahí. Toda el área podría derrumbarse en cualquier momento.

—Tiene razón —dijo Luke… y cuando Mara se estiró a la Fuerza sintió un sutil toque de severidad en sus emociones—. Supongo que sólo nos queda una opción.

¿Ondear la mano y barrer con todas las trampas?

—¿Cuál? —preguntó ella en voz alta.

—Tendremos que encontrarnos a medio camino —dijo él—. ¿Tienes una bahía de atraque que pueda manejar a mi Ala-X?

—Tenemos un par de medio-puertos con ayuda de tractores —le dijo Faughn—. Pondrán un sello de aire alrededor de la cabina del piloto, de cualquier forma.

—Está bien. Erredós, sal allí afuera ahora mismo y atraca con ellos…

—Espera un segundo —lo interrumpió Mara. Había algo en la voz y pensamientos de Skywalker que le decía que estaba a punto de intentar algo muy estúpido—. ¿No estás pensando en venir a camisa-fría todo el camino afuera hasta nosotros, no? No podemos acercarnos lo suficiente para eso.

—Ya lo sé —dijo Luke—. Voy a tener que entrar en un trance de hibernación Jedi en cuanto pase la puerta blindada.

Sí, ella ya lo había dicho… algo muy estúpido.

—¿Y cómo esperas lograrlo? —demandó—. Tendrás que entrar en el trance justo después de que hayas volado la puerta. Eso no te dejará ninguna reserva de aire.

—Si corto la puerta de la forma apropiada debería haber un escape de aire que salga conmigo —señaló Luke—. Eso debe darme suficiente para comenzar la hibernación, al igual que empujarme en su dirección.

—Tienes posibilidades podridas.

—Así son las opciones de último recurso. Y si nos tomamos demasiado tiempo para discutirlo, no tendremos ninguna oportunidad en absoluto.

—Suena como una de las líneas de Solo —gruñó Mara. Pero él tenía razón, y como para enfatizar sus palabras, la otra cresta que lo flanqueaba empezó su propia desintegración—. Tú ganas. Hagámoslo.

—Está bien —dijo Luke—. Erredós, tú empiezas.

El droide dio un gorjeo infeliz, pero el Ala-X se alzó obedientemente de la bahía de aterrizaje y se dirigió hacia el *Hielo Estrellado*.

—¿Faughn? —llamó Mara.

—El tractor de ayuda está listo en el medio-puerto —dijo Faughn—. La puerta exterior de la esclusa de estribor está abierta, con una barrera atmosférica en su lugar, y Krickle está esperando adentro con un medpac. Estamos listos cuando él lo esté.

—¿Oíste eso, Luke?

—Sí —dijo él—. Prepararé la frase «bienvenido a bordo» para despertarme del trance.

—«Bienvenido a bordo», correcto.

—Está bien, aquí vamos. No me falles.

Mara esbozó una estrecha sonrisa.

No me falles. Una vez, esas palabras habían tenido una connotación totalmente diferente para ella. Luke Skywalker en la mira de su bláster, la orden del Emperador moribundo de que matara al advenedizo Jedi haciendo eco a través de su mente…

Pero ya había pasado por esa crisis hace diez años, dentro del Monte Tantiss, y la voz del Emperador era ahora sólo una memoria distante e impotente.

Skywalker tendría su propia crisis por la que pasar uno de estos días. Quizás estaba ahora mismo en medio de ella.

Ella esperaba eso.

Hubo un parpadeo de las emociones de Luke. Mara se concentró, visualizando el destello de su sable de luz cuando la hoja verde acuchilló el grueso metal de la puerta blindada…

Y entonces, abruptamente, se desvaneció.

—¿Faughn? —llamó Mara, cerrando los ojos cuando se estiraba tan fuerte como podía. Pero la presencia de Luke ya no era perceptible, por lo menos no por ella. O había entrado en su trance de hibernación, o si no estaba muerto.

—Aquí viene —dijo Faughn.

Mara abrió los ojos. Sí, allí estaba él, parecía un títere roto mientras se deslizaba rápidamente hacia el *Hielo Estrellado*. Sus miembros se agitaban fláccidamente mientras su cuerpo daba volteretas lentamente, la luz fluctuante de la continuada autodestrucción del asteroide le agregaba un aire surrealista a toda la escena.

Con un traqueteo que la sobresaltó, el *Hielo Estrellado* empezó a bajar hacia la superficie: Faughn maniobraba la nave para corresponder a la trayectoria de Luke.

O más bien, intentando corresponderla. Mara le frunció el ceño a la figura que se aproximaba, intentando extrapolar su trayectoria y velocidad de impacto… Faughn, con acceso a la computadora de la nave, consiguió la respuesta primero.

—Tenemos problemas —dijo tensamente—. Con la velocidad que estoy teniendo que usar para atraparlo, va o a rebotar en el casco o si no golpeará la pared interna de la esclusa lo suficientemente fuerte como para romperse el cuello.

—Tú sólo asegúrate de que llegue adentro —dijo Mara, apretando la apertura-rápida de sus arneses y poniéndose rápidamente de pie—. Yo me aseguraré que lo sobreviva.

Él casi estaba allí cuando Mara alcanzó la esclusa, corriendo hacia ellos mucho más rápido de lo que era saludable.

—La computadora dice que lo tenemos justo en el blanco —llamó la voz de Faughn por el altavoz cuando Mara miró a través de la barrera atmosférica—. Impacto en diez segundos.

Respirando hondo, Mara se apoyó contra el mamparo de la esclusa y se estiró a la Fuerza.

El Emperador le había enseñado los fundamentos del uso de la Fuerza para mover objetos, entrenamiento rudimentario que el mismo Skywalker había desarrollado más durante sus viajes a través del bosque de Wayland y más tarde durante un tiempo breve en esa academia suya en Yavin. Ella había seguido practicando por sí misma después de eso, y había pensado que se había vuelto bastante hábil con la técnica.

Pero mover objetos pequeños como su sable de luz era una cosa. Agarrar a Luke mientras caía hacia ella era algo completamente diferente, más bien como intentar detener al *Hielo Estrellado* con los dientes. Puso todo lo que tenía en el esfuerzo, apenas consciente de que todo su cuerpo se había puesto rígido por la tensión, luchando por al menos reducirle la velocidad antes de que él pasara disparado más allá de ella a través de la barrera atmosférica. Podía sentirlo bajar la velocidad… sabía que no sería suficiente… Y en el último segundo posible se apartó del mamparo poniéndose directamente en su camino.

Él dio de lleno contra ella, el impacto los lanzó a los dos hacia atrás y hacia abajo.

—Bienvenido a bordo —jadeó Mara, un instante antes de que los dos chocaran juntos contra la cubierta.

Un aterrizaje que fue considerablemente menos doloroso de lo que ella había esperado. Parpadeó, intentando sacudirse las tardías estrellas de su visión…

—Gracias —murmuró Luke en su oreja.

Las estrellas se aclararon, y Mara se encontró mirando arriba a una cara extraña… la cara de Luke, comprendió, muy disfrazada. Él estaba montado sobre ella, con manos y pies en la cubierta, aparentemente había salido de su trance justo a tiempo para tomar su parte del impacto en lugar de agregar su peso muerto extra al suyo.

—De nada —se las arregló para decir ella—. Bonito disfraz.

—Gracias —dijo él—. También funcionó, por la mayor parte.

—«Por la mayor parte» no sirve de mucho, ¿verdad? —dijo ella—. ¿Por qué no usaste una ilusión de la Fuerza, como lo hiciste antes?

—He estado intentando reducir mi uso de la Fuerza excepto cuando sea absolutamente necesario —explicó él—. No parecía necesario en este caso.

—Ah —dijo Mara. Eso era interesante. Muy interesante en realidad—. Entonces. ¿Quieres quitarte de encima, o sólo estabas poniéndote cómodo?

—Oh… claro —dijo torpemente él, con algo de esa vieja turbación de granjero pasando por su cara mientras se apartaba de ella—. Lo siento.

—No hay problema —dijo Mara, poniéndose de pie y mirándolo con ojo crítico. Algunos desgarrones por esquirlas de feo aspecto en su ropa, probablemente con lesiones igualmente feas debajo de ellos—. Parece que necesitas pasar por la bahía médica.

—No hay tiempo —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Estoy bien por ahora, y tenemos que salir de aquí. ¿Atracó bien mi Ala-X?

—No lo sé —dijo Mara, palmoteando el panel de control para cerrar la puerta exterior de la esclusa—. ¿Faughn?

—Ha sido asegurado en el puerto-B —dijo la capitana—. ¿Skywalker, conoces una ruta segura para salir de esta trampa mortal?

—Solía conocerla —dijo Luke, apretando el botón de la puerta interna—. Probablemente no es más segura que cualquier otro camino ahora.

—Seguiremos a los piratas —decidió Mara, haciendo señas a Krickle para que se fuera mientras se acercaba con su medpac y guió a Luke por el corredor hacia los medio-puertos del *Hielo Estrellado*—. Ellos probablemente nos dispararán, pero no se puede tenerlo todo.

—El problema es que parece que nos hemos quedado sin piratas a los que seguir —dijo Faughn—. Nada ha partido del asteroide por casi dos minutos.

Mara sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Lo que significa que el gran final de su sistema de auto-destrucción probablemente está por explotar ahora mismo.

—Probablemente —convino Faughn—. ¿Qué hacemos, escogemos una dirección y vamos?

—Más o menos —dijo Mara—. Empieza a alejarte de la base principal, pero no demasiado rápido. Quiero estar en mi turboláser antes de que nos encontremos con nada feo.

—Dame tiempo a mí también para salir allí —agregó Luke—. Puedo ir por delante de ustedes y hacer saltar las trampas.

—Sólo si puedes verlas venir —señaló Mara, mirándolo duro—. Yo tengo un sentido del peligro mejor que el tuyo; quizá yo deba tomar tu nave y despejar el camino.

—Yo puedo hacerlo —dijo él firmemente—. De cualquier forma, es mi responsabilidad… están aquí debido a mí.

Tenía un punto.

—Si así es cómo lo quieres —dijo Mara, señalando al corredor—. Ve por la primera a la izquierda, entonces dobla a la derecha. Hazlo rápido.

No necesitaba haberse preocupado. Para cuando alcanzó su estación de turboláser el Ala-X ya estaba quemando espacio delante de ellos.

—Estoy lista —anunció cuando se abrochó de nuevo el arnés—. Sigue adelante, Luke. Buena suerte.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo él con lo que decidió que era probablemente una leve desaprobación—. Quédate atenta.

El viaje de ida a través de los asteroides había sido un tormento para los nervios. El viaje de vuelta, para sorpresa de Mara, fue casi casualmente fácil. Una y otra vez el Ala-X cambiaba ligeramente de curso y disparaba, accionando una distante trampa de racimo o una bomba de fragmentación o un nido turboláser automático, usualmente antes de que el mismo sentido del peligro de Mara siquiera se hubiera activado. Rápidamente se volvió un patrón: el Ala-X maniobraba, disparaba, y esquivaba, con el *Hielo Estrellado*

siguiéndolo impasiblemente por detrás, con su propia tripulación de turboláser necesitando hacer sólo algún trabajo de limpieza ocasional. O intencionalmente o por accidente, Luke parecía, estar yendo ligeramente por encima del carguero, haciendo la mayoría de su trabajo de barreminas dentro del ángulo de fuego de Mara. La mayoría del trabajo de limpieza por lo tanto recaía en los sectores de Elkin o Torve, dejando a Mara poco que hacer excepto ayudar a vigilar por cualquier sorpresa que los piratas pudieran haber dejado atrás, esperar pacientemente a que pasaran el campo de asteroides, y preguntarse oscuramente si Luke estaba siendo sobreprotector deliberadamente sólo para incomodarla.

Fue en uno de sus barridos visuales del cielo que ella descubrió a la nave. Su pensamiento inicial fue que era un Caza TIE: era de tamaño similar y a primera vista tenía algo de la misma silueta. Pero aun mientras abría la boca para alertar a los demás la nave se giró…

—Tenemos compañía —exclamó—. Asomándose cerca del borde del campo de asteroides en aproximadamente veinte por cincuenta.

—Lo tengo —dijo Faughn—. Parece como… ¿a qué se parece?

—Me atrapaste —dijo Mara—. Pensé que era un imperial, pero ésos no son paneles solares de TIE a sus costados.

—Cualquier cosa que sean, tiene dos más apuntando a popa en la cola —señaló Elkin.

—Eso no necesariamente significa que no sea un imperial —gruñó Faughn—. ¿Skywalker? ¿Estás al tanto de los nuevos diseños de cazas estelares imperiales?

—No realmente —dijo Luke, con una voz que daba muestras de la tensión mientras se esforzaba por dividir su atención entre el intruso y la tarea más inmediata a la mano—. Aunque nunca he visto algo así antes.

Mara miró fijo a la distante nave espacial. Claramente, estaba mirándolos. ¿Se habría dado cuenta de que lo habían descubierto?

—Creo que uno de nosotros debería intentar verlo más de cerca —dijo ella.

—Mejor no, ¿puede ser? —gruñó Faughn. No necesitamos pedir más problemas de los que ya tenemos.

—Además, con nuestra suerte sólo sería otra de esas inútiles cosas qella —agregó Corvus con desdén—. Como la que Lando Calrissian persiguió por todo el espacio.

—Yo digo que le echemos una mirada —dijo Mara, poniendo la firmeza en su voz que la hacía una orden—. Luke, tú eres la nave más rápida. ¿Quieres ver si puedes atraparlo?

—Puedo intentarlo —dijo, con un tono raro en su voz. ¿Sentía él lo mismo que ella acerca de esa nave?— ¿Puedes cubrirme?

—Eso creo —dijo Mara—. Ya tenemos que estar cerca del borde de la esfera de defensa de los piratas.

—Está bien. Erredós, activa todos los registradores y sensores. Vamos a querer un registro completo de esto.

El droide pitó en reconocimiento y con una rapidez que sorprendió incluso a Mara el Ala-X se giró y se disparó hacia el intruso. Esquivó entre asteroides flotantes, pasando a su lado para tener la máxima cobertura. Mara mantuvo su turboláser apuntado hacia la otra nave espacial, preguntándose tensamente si escogerían luchar o correr.

Pero el Ala-X todavía estaba acercándose, y hasta ahora no había ninguna reacción. ¿Podía el intruso de algún modo estar mirando en otra dirección? Ridículo. ¿Entonces a qué estaba esperando?

Luke estaba casi a distancia de combate cerrado ahora. Detrás de él, un asteroide a la deriva flotó lentamente entre el intruso y la línea de visión de Mara…

Su única advertencia fue un súbito traqueteo en las emociones de Luke. Un instante más tarde ella sólo captó un vislumbre del intruso mientras se alejaba a increíble velocidad por el cielo, hasta el borde del campo de asteroides.

—¡Ahí va! —gañó Torve mientras Mara intentaba girar su turboláser para apuntar a la nave distante. Pero era demasiado tarde. Aun cuando luchaba para apuntarlo otro asteroide se metió entre ellos, de nuevo bloqueando su visión. Hubo un parpadeo de pseudomovimiento al borde de los asteroides, y la nave se había ido.

Alguien en el intercomunicador maldijo suavemente.

—Me rindo —dijo Faughn—. ¿Qué llamaradas fue eso?

—Me atrapaste —dijo Mara—. ¿Luke? ¿Sigues allí?

—Justo aquí —contestó Luke—. ¿Vieron todo eso?

—Sólo una parte —le contó Mara—. Esperó hasta que estuvimos bloqueados por un asteroide antes de hacer su movimiento.

—Interesante —dijo Luke—. La nave emitió una firma de energía muy inusual cuando escapó… grabé lo que pude de ella, pero dudo que mis sensores pudieran recoger más que una fracción de lo que realmente había allí.

—Quizás fue por eso que esperó hasta que nosotros no pudiéramos verlo.

—Probablemente —convino Luke—. Debe haber supuesto que una nave de tu tamaño tendría mejores sensores que la mía.

Mara se frotó los labios. Está bien, a menos que quieras seguir su vector de hiperespacio, no hay mucho que podamos hacer ahora mismo al respecto. ¿Qué tal si nos transmites lo que tus sensores captaron?

El droide astromecánico hizo un sonido rudo.

—Está bien, Erredós —lo tranquilizó Luke. Podemos considerar que esta es su tarifa de rescate.

—Parte de su tarifa de rescate —corrigió Mara—. Discutiremos sobre el resto más tarde.

—Entendido —convino Luke—. Ahí va.

—Lo tengo —dijo Faughn.

—Gracias —dijo Mara—. ¿Necesitas algo más, Luke?

—No a tus precios —dijo secamente él—. En serio, gracias por todo.

—Nos alegra haber ayudado —dijo Mara—. No te olvides de hacerte ver esas lesiones.

—No lo haré —le aseguró—. Erredós ya me está mostrando una lista de los establecimientos médicos de la Nueva República más cercanos. Nos vemos más tarde.

—Está bien. Cuídate.

El comunicador hizo clic, y con un parpadeo de pseudomovimiento el Ala-X hizo su salto a la velocidad de la luz. Mara se quedó mirando, con una extraña mezcla de emociones persiguiéndose entre sí a través de su mente. Los resplandecientes reportes que había leído de los gloriosos logros de Luke… y sin embargo, eran muy diferentes a lo que acababa de verlo hacer ahora. *¿Le habría pasado algo*?

¿O finalmente habría entrado en razón?

—¿Jade? —preguntó Faughn—. ¿Ahora qué?

Mara exhaló suavemente, apartando a Skywalker de su mente.

—Le mandamos un reporte a Karrde —dijo, haciendo un rápido cálculo de tiempo—. Para ver si quiere que nos pongamos al día para la reunión en Nosken o si no intentar rastrear la ruta de escape de los piratas.

—Correcto —dijo Faughn—. A propósito, Jade, en caso de que nadie lo haya mencionado antes, tú y Skywalker hacen un muy buen equipo.

Mara fijó la mirada en los asteroides que flotaban.

—Muérdete la lengua, Faughn —dijo suavemente—. Muérdete la lengua.

CAPÍTULO 10

Era un día caluroso en esta parte de Dordolum. Caluroso y soleado, con una atmósfera opresivamente calma y pesada que parecía envolverse alrededor de la silenciosa muchedumbre a la hora del almuerzo como una manta húmeda de piel de grov.

El conferenciante que actualmente le gritaba a la muchedumbre desde su lugar sobre el Estrado de Expresión Pública aumentaba el calor. Pero al contrario del tiempo, su calor era uno ardiente, una mezcla de palabras, pensamientos y presencia escénica cuidadosamente diseñada para inflamar las emociones y avivar las docenas de viejos resentimientos largamente cocidos a fuego lento representados ahí afuera hoy. Prácticamente todos los que escuchaban a la diatriba albergaban por lo menos uno de tales rencores silenciosos, podía ser ishori contra diamalas, barabels contra rodianos, o aqualish contra humanos.

O casi todos contra los bothans. Dejando que sus ojos vagaran por la muchedumbre al elaborado emblema de la Compañía de Transporte Solferin, de propiedad bothan, directamente al otro lado de la plaza a su derecha, Drend Navett se permitió una sonrisa privada.

Era un buen día para un alboroto.

El conferenciante había llegado ahora a su tema principal, y mientras machacaba en detalles gráficos el horror que había sido la destrucción de Caamas y el cobarde y aborrecible papel de los bothans en ella, Navett podía sentir el enojo de la muchedumbre finalmente alzándose hacia la furia inconsciente que había estado esperando. Lentamente, con cuidado de que su movimiento no rompiera el hechizo en aquellos a su alrededor, empezó a desviarse hacia el área más cercana a la compañía de transporte. Klif podía ser un genio en la demagogia; pero era él, Navett el que sabía cómo estimar el humor de una muchedumbre y escoger el momento correcto para la acción.

Ya casi. Navett ahora estaba en posición, a tiro fácil de la compañía de transporte. Metiendo una mano en la bolsa que colgaba discretamente en su costado, sacó su arma favorita y esperó. Otros pocos segundos, y… ahora.

—¡Justicia para Caamas! —gritó—. ¡Justicia ahora! —Alzando el brazo por encima de su hombro, giró y lanzó al edificio bothan…

Y justo en el blanco, la fruta blicci pasada de madura golpeó la puerta, reventándose y salpicando de manera enfermiza y dejando atrás una mancha roja brillante.

Hubo un grito sobresaltado de un par de duros parados cerca. Pero ni ellos ni nadie más en la muchedumbre iba a tener el tiempo suficiente para pensar sobre a qué estaban siendo arrastrados aquí. Una media docena de otros lugares en la muchedumbre se hicieron eco del grito de justicia, y otra media docena de pedazos de fruta salpicaron el edificio.

—¡Justicia para Caamas! —gritó de nuevo Navett, lanzando otra fruta blicci—. ¡Venganza por el genocidio!

—¡Venganza! —alguien repitió la llamada, el grito iba acompañado por más de los molestos misiles—. ¡Venganza por el genocidio! —Navett tiró otra fruta blicci, y otra…

Y entonces en alguna parte una voz alienígena gritó roncamente, haciéndose eco de la llamada de venganza… y como si ése fuera algún tipo de señal, la muchedumbre de repente y gratificantemente se colapsó en una turba. Una lluvia de comestibles empezó a aporrear el edificio, sacados de bolsas y cartones de almuerzo y propulsados por la furia inconsciente y la rabia acumulada que Klif tan hábilmente había agitado en ellos.

Una rabia que Navett no tenía ninguna intención de malgastar en sólo unas manchas de fruta. Buscando más allá de las últimas frutas blicci en su bolsa, sacó una piedra tosca.

La violencia engendra más violencia, citó silenciosamente la vieja máxima, y la dejó volar.

Dio de lleno en la ventana a la que apuntaba, astillando el plástico con un choque que apenas pudo ser oído sobre el rugido de la turba.

—¡Venganza por el genocidio! —gritó Navett, agitándole el puño al edificio y sacando otra piedra.

La muchedumbre aprendía rápido. La lluvia de fruta y huevos continuó, pero empezaron a unírsele algunas de las piedras del reborde que bordeaba los senderos y canteros de flores de la plaza. Navett lanzó otra piedra mientras otras cuatro ventanas más se volvían boquetes abiertos, entonces se tomó un rápido momento para examinar los cielos a su alrededor. Incluso tomadas por sorpresa de esta forma, las autoridades de Dordol no tardarían en responder.

Y allí estaba la respuesta esperada, aproximándose ahora rápidamente desde la dirección del espaciopuerto: tres aerodeslizadores de aduana de colores brillantes con una escolta de quizá media docena de motos deslizadoras. También moviéndose rápido; estarían en la plaza en menos de dos minutos.

Lo que significaba que era hora de irse. Deslizando una mano por el interior de su túnica hasta su comunicador oculto, Navett tocó el botón de llamada dos veces, la señal para el resto de su equipo de agitación para moverse a los bordes de la turba y desvanecerse en el sol de la tarde. Entonces, buscando más allá de las últimas dos piedras en su bolsa, sacó su regalo final para los bothans.

Era una granada, por supuesto. Pero una granada muy especial. Navett la había tomado personalmente de la mano muerta de un luchador de la resistencia myomarana diez años antes, durante la breve reocupación del Imperio a ese mundo bajo el meteórico reinado del Gran Almirante Thrawn. Lo que hacía a esta granada en particular tan útil era que esa célula de resistencia había de alguna forma convencido a un visitante bith a que les diseñara su armamento. Cuando los restos de la granada fueran estudiados, como ciertamente lo serían, la Nueva República sería forzada a concluir que incluso los generalmente pacifistas bith estaban empezando a unirse al bando del sentimiento anti-bothan.

Quizás eso no importara. Quizás nada de esto realmente importaba. Quizás los alienígenas y amantes de los alienígenas habían derribado tanto al Imperio que nada que Navett y su equipo hicieran ahora haría ninguna diferencia.

Pero hasta donde le concernía a su deber, tales posibilidades realmente tampoco importaban. Navett había visto la gloria del Imperio, así como sus días más oscuros… y si esa gloria no podía reavivarse, entonces sólo era apropiado que ayudara a enterrarla bajo las cenizas de la Nueva República.

Tirando del seguro, apretó el detonador y la arrojó. La granada cayó limpiamente a través de una de las ventanas rotas del piso superior y se desvaneció en el interior. Estaba a mitad de camino hacia el borde de la muchedumbre cuando explotó, derrumbando el techo y lanzando una bola de fuego espectacular a enturbiar el cielo.

Ya estaba fuera de la plaza y caminando indiferentemente calle abajo con el resto de los paseantes del mediodía cuando las autoridades llegaron a la escena del fuego.

• • •

La petición desfiló hasta el final pasando la larga lista de firmas. Leia alzó la vista de su datapad, con un dolor en el estómago. No le quedaba ninguna duda de por qué el Presidente Gavrisom estaba tan solemne cuando la llamó a su oficina privada.

—¿Cuándo llegó esto? —preguntó.

—Hace aproximadamente una hora —dijo Gavrisom, con las puntas de sus alas rozando inquietamente las pilas de datacards que esperaban su atención—. Bajo las circunstancias, pensé que se debía notificar anticipadamente a ti y al Consejero Fey'lya.

Leia miró a Fey'lya. El bothan estaba inclinado en su asiento, con el pelaje apretado completamente plano contra su piel.

—¿Por qué a mí? —preguntó ella.

—Porque fuiste la que encontró el Documento de Caamas en primer lugar —dijo Gavrisom, agitando la cola en el equivalente calibop a un encogimiento de hombros—. Porque como el de los caamasi tu mundo fue destruido y por consiguiente puedes entender su condición mejor que la mayoría. Porque como una venerada heroína de la batalla de la libertad, todavía tienes mucha influencia entre los miembros del Senado.

—Yo no puedo igualar la influencia de estas firmas —advirtió Leia, haciendo una seña hacia su datapad—. Además… —titubeó, mirando de nuevo a Fey'lya—… No estoy segura de que estoy en desacuerdo con ellos en que éste es un punto intermedio razonable.

—¿Un punto intermedio? —preguntó Fey'lya, con voz muerta—. Éste no es un punto intermedio, Consejera Organa Solo. Ésta es una sentencia de ruina para el pueblo bothan.

—Estamos los tres solos en esta habitación, Consejero Fey'lya —le recordó suavemente Gavrisom—. No hay necesidad de una hipérbole retórica.

Fey'lya miró al calibop, con los ojos tan muertos como su voz.

—No hablo ni en retórica ni en hipérbole, Presidente Gavrisom —dijo él—. Quizás usted no comprende cuánto tiempo y esfuerzo sería necesario para siquiera la mera localización de un mundo inhabitado que fuera conveniente para los restantes caamasi. —Su pelaje ondeó—. ¿Pero entonces además insistir en que cubramos los costos de reformar ese mundo a las especificaciones originales de Caamas? No podemos ni remotamente solventar semejante emprendimiento.

—Estoy familiarizado con los probables costos de semejante proyecto —contrapuso Gavrisom, con tono todavía paciente—. Se hizo por lo menos cinco veces durante la Antigua República…

—Por pueblos arrogantes en su poder y su riqueza —exclamó Fey'lya, de repente hirviendo a la vida—. El pueblo bothan no tiene tal poder ni tal riqueza.

Gavrisom agitó la melena.

—Vamos, Consejero, seamos honestos aquí. El estado actual del capital general bothan es bastante adecuado para cubrir semejante proyecto. Ciertamente sería un serio sacrificio, pero no uno ruinoso. Yo además sugeriría que representa su mejor oportunidad de resolver este asunto rápida y pacíficamente.

El pelaje de Fey'lya ondeó tiesamente por su cuerpo.

—No lo entiende —dijo en voz baja—. Los recursos de los que usted habla no existen.

Leia frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? He visto los reportes del mercado. Hay páginas enteras de listados de tenencias bothans.

Fey'lya la miró a los ojos.

—Son mentiras —dijo—. No es nada más que una diestramente arreglada ilusión de datapad.

Leia miró a Gavrisom. Las alas inquietas del otro de repente se habían dejado de mover.

—¿Estás diciendo —preguntó cuidadosamente el calibop—, que los líderes de los Clanes Bothans Combinados están involucrados en un fraude?

El pelaje ondulante del bothan se puso aún más tieso.

—Iba a ser sólo un engaño temporal —dijo, con voz oscura de súplica—. Como nuestros mismos problemas financieros son sólo temporales. Un puñado de malas decisiones de negocios ha vaciado de sus recursos a los Clanes Combinados y nos ha dejado profundamente endeudados. Y entonces llegó esta controversia, causando aún más incertidumbre. Hacían falta nuevos inversores y contactos, y eso…

Se quedó sin palabras.

—Ya veo —dijo Gavrisom. Su voz todavía era tranquila, pero había una expresión en esa cara larga que Leia nunca había visto allí antes—. Me pone en una posición muy incómoda, Consejero Fey'lya. ¿Cómo sugiere que proceda exactamente?

Los ojos violeta de Fey'lya se encontraron con los azul pálido del Calibop.

—Podemos recuperarnos, Presidente Gavrisom —dijo—. Sólo tomará un poco de tiempo. La revelación prematura de esta información sería devastadora, no sólo para el pueblo bothan sino también para aquellos que han invertido con nosotros.

—Que han confiado en ustedes —corrigió fríamente Gavrisom.

Los ojos de Fey'lya se desviaron de esa mirada acusadora.

—Sí —murmuró—. Que han confiado en nosotros.

Durante un largo minuto la habitación estuvo en silencio. Entonces, sacudiendo de nuevo su melena, Gavrisom miró a Leia.

—Eres una Caballero Jedi, Consejera Organa Solo —dijo—. Como tal, tienes la sabiduría de los tiempos y la guía de la Fuerza. Pediría tu recomendación.

Leia suspiró.

—Desearía tener una que darles —dijo ella.

—¿Han hecho algún progreso en la búsqueda de los nombres de los bothans involucrados en Caamas?

—Todavía no —dijo Leia—. Nuestra gente de Inteligencia todavía está trabajando en la datacard original, pero el Jefe de Criptografía Ghent me dice que ya tenemos todo lo que vamos a sacar de ella. También estamos investigando en los viejos archivos imperiales en Kamparas, Boddolayz, y Obroa-skai, pero hasta ahora no hemos encontrado nada.

—Probablemente estaba guardado en la sección de Archivos Especiales —dijo Gavrisom con un suspiro relinchante—. Los archivos que les ordenaron destruir a las fuerzas imperiales antes de retirarse.

—Probablemente —dijo Leia—. Todavía tenemos esperanza de que en alguna parte alguna copia haya sobrevivido.

—Aunque una esperanza pequeña.

—Sí —tuvo que conceder Leia—. Fey'lya, ¿cuánto tiempo necesitarán los Clanes Combinados para volver a ponerse en pie?

—La proyección actual es tener nuestras mayores deudas saldadas dentro de tres meses —dijo el bothan—. Pero en ese momento todavía estaremos lejos de la posición financiera en la que actualmente se piensa que estamos.

Gavrisom hizo un ruido profundo en su garganta.

—¿Y cuánto tiempo hasta que puedan asumir este tipo de proyecto? —preguntó Leia, tocando su datapad.

Fey'lya cerró los ojos.

—Quizás diez años. Quizás nunca.

Leia volvió a mirar a Gavrisom.

—Desearía poder ofrecerle un consejo, Presidente Gavrisom —dijo—. Pero en este momento no puedo ver un camino claro.

—Lo entiendo —dijo Gavrisom—. ¿Puedo animarte a meditarlo y buscar más guía a través de la Fuerza?

—Ciertamente haré eso —le aseguró Leia—. Lo que está claro, sin embargo, es que por algún tiempo los bothans no van a poder cumplir con las demandas en esta petición.

—Es cierto —dijo pesadamente Gavrisom—. Tendré que intentar ganar algo de tiempo.

—¿Cómo, ofreciéndolo al debate? —preguntó dudosamente Leia—. Eso podría ser arriesgado.

—Más que meramente arriesgado —convino Gavrisom—. Si alguien decidiera plantearlo como un proyecto oficial, todo el Senado podría terminar ratificándolo. En ese punto no tendría nada de espacio para maniobrar en absoluto.

Leia hizo una mueca. Nada de espacio para Gavrisom, e incluso menos para los bothans. Ellos tendrían entonces que proseguir y crearles un nuevo planeta natal a los caamasi o enfrentarían las consecuencias de desafiar la ley de la Nueva República.

—Pero como ustedes saben, el Presidente no está completamente falto de recursos —continuó el calibop—. Y hay ciertos trucos parlamentarios que pueden aplicarse. Debería poder aplazar esto durante algún tiempo.

Leia miró a Fey'lya.

—Pero no por los próximos diez años.

—No —hubo otro breve silencio—. Bueno —dijo Gavrisom—. Parece haber poco que podamos hacer ahora mismo. Salvo una cosa: Quiero que los registros financieros de los Clanes Combinados sean examinados para confirmar que la situación es de hecho como fue descrita. ¿Consejera Organa Solo, estarías dispuesta a viajar a Bothawui con tal propósito?

—¿Yo? —preguntó Leia sorprendida—. Yo no soy una experta financiera.

—Sin embargo cuando eras más joven seguramente debes haber aprendido los fundamentos de tu padre Bail Organa —señaló Gavrisom.

—Sí, los fundamentos —dijo Leia—. Pero eso es todo.

—Eso será todo lo que necesitarás —le aseguró Gavrisom—. Lo engañoso estará en los documentos falsificados, no en los verdaderos. —Gesticuló hacia Fey'lya con un Ala—. ¿Le permitirán ver los verdaderos, verdad?

—Por supuesto —dijo Fey'lya, ondeando su pelaje infelizmente—. Alertaré a los líderes de los Clanes Combinados que vas a venir.

—No harás tal cosa —dijo firmemente Gavrisom—. No deben tener ningún aviso en absoluto.

Los ojos de Fey'lya destellaron.

—Insultas la integridad de los líderes de los clanes, Presidente Gavrisom.

—Puedes verlo de cualquier forma que escojas —dijo Gavrisom—. Pero no deben tener ninguna advertencia de antemano. Y no se olviden de que la Consejera Organa Solo es una Caballero Jedi. Si sus líderes de clanes no están auténticamente sorprendidos por su llegada y pedido, ella estará inmediatamente consciente de ello.

Leia mantuvo la cara inexpresiva. Para atenerse a los hechos, ella siempre había encontrado al bothan promedio algo difícil de leer, y no estaba nada segura de que podría darse cuenta si los líderes de los clanes habían sido avisados.

Pero por supuesto que Fey'lya no lo sabía.

—Entiendo —murmuró él—. ¿Cuándo deseas que salga?

—Lo más pronto posible —dijo Gavrisom—. ¿Consejera Organa Solo?

—Probablemente podríamos salir dentro de un par de horas —dijo Leia, haciendo una rápida lista mental de los arreglos necesarios—. Han querría venir, por supuesto… Si lo pensaba así, sería una buena oportunidad para que los dos tuvieran algún tiempo tranquilo juntos… Chewie y los noghri podrían cuidar a los niños aquí por nosotros.

—Los noghri —murmuró Fey'lya, con un dejo de amargura en la voz—. Debieron haber matado a ese devaroniano en Wayland. Entonces nada de esto habría pasado.

—El devaroniano no hizo nada que mereciera la muerte —dijo en voz baja Gavrisom—. Y ya ha habido por mucho demasiadas matanzas a lo largo de la galaxia.

—Con más todavía por venir —contrapuso oscuramente Fey'lya—. ¿Habría sido un intercambio tan malo sacrificar una vida para prevenirlo?

—Ésa es una pregunta que eventualmente todos los seres se hacen —dijo Gavrisom—. Para aquellos que desean permanecer civilizados, sólo puede haber una respuesta. —Puso las alas de nuevo en posición de descanso sobre su cruz y espalda—. Gracias a ambos por venir, Consejeros. Volveré a hablar con ustedes más tarde.

• • •

El Moff Disra apoyó su datapad.

—Muy satisfactorio —dijo, mirando a los otros—. Todo parece ir bastante bien.

—Todo parece ir bastante lento —contrapuso agriamente Flim, reclinándose en su asiento con los pies subidos a una esquina del escritorio de ivrooy de Disra. Tenemos, ¿qué, unos cuantos ataques piratas y quizá cien alborotos a nuestro crédito?

—La paciencia es una virtud —le recordó Tierce—. Incluso para los soldados. Especialmente para los soldados.

—Ah, está bien, ahí debe estar el problema —contrapuso Flim—. Yo soy un timador, no un soldado. Pero puedo decirte que en mi mundo, no puedes darte el lujo de darle hilo a las cosas demasiado tiempo. Tienes que enganchar el blanco, tirar de la línea, y entonces subirlo al bote… pim, pam, pum. Si le das demasiado tiempo para pensar, lo perderás.

—No vamos a perderlos —lo tranquilizó Tierce—. Confía en mí. Éste estofado que estamos cocinando es uno delicado. Meramente necesita hervir a fuego lento un poco más.

—Entonces quizá deberías subir un poco el fuego —dijo Flim—. Éste es el mayor papel de mi carrera; y hasta ahora las únicas personas que lo han visto han sido ustedes

dos y cuatro capitanes de Destructores Estelares. ¿Cuándo voy a realmente mostrarme en público?

—Sigue así y no llegarás a mostrarte nunca —dijo Disra, esforzándose mucho por controlar su temperamento. Flim estaba empezando a mostrar todas las excentricidades y chifladuras de un presumido entretenedor de escenario, un tipo de personalidad que Disra siempre había despreciado.

—No te preocupes —lo tranquilizó Tierce—. Tendrás la oportunidad de por lo menos una actuación privada para los Rebeldes. Pero no hasta que sepamos dónde funcionará mejor. Necesitamos saber cuáles gobiernos alienígenas están a favor de las sanciones más severas contra los bothans y cuáles a favor del perdón y la conciliación pacífica.

—Lo que probablemente significa que actuarás para un mon calamariano o un duros —gruñó Disra, mirando fijo bajo sus cejas a Tierce. Esta maquinación en particular era uno de los últimos giros mentales del Guardia, y todavía Disra no estaba nada seguro de que él lo aprobara. Toda la idea aquí era usar a Flim para inspirar secretamente a sus fuerzas imperiales, no asustar a la Nueva República para que se les echara encima.

—En realidad, el momento está mucho más cerca de lo que parece —continuó Tierce, ignorando el comentario de Disra—. Nuestros espías en Coruscant han oído rumores de alguna petición que ha sido enviada al Presidente. Si pueden conseguir una copia y hacerla circular públicamente, eso debería acelerar el proceso. Unos días más, creo, y podremos pasar a la próxima fase.

—Eso espero —dijo Flim—. A propósito, presumo que se te ha ocurrido que hay una forma muy simple en que la Nueva República podría resolver toda esta crisis y cortar el suelo bajo nuestros pies.

—Por supuesto que la hay —dijo Disra con esforzada paciencia—. Todo lo que tienen que hacer es averiguar qué bothans específicos estuvieron involucrados con los agentes de Palpatine en Caamas.

—¿Y has tomado medidas para impedir que esto pase?

—¿Qué crees que soy, un necio? —exclamó Disra—. Por supuesto que sí. El único juego intacto de registros está aquí en Bastión, y ya me he ocupado de ellos.

—En realidad, eso no es completamente exacto —dijo pensativamente Tierce—. Los archivos en la base del Ubictorado en Yaga Menor también podrían contener una copia.

Disra le frunció el ceño.

—¿Por qué no ha dicho nada acerca de esto antes?

—El tema de las incursiones enemigas por información no había surgido antes —dijo Tierce—. Sabía que usted había estado en los archivos de Bastión; supongo que estaba asumiendo que se habría encargado también de las copias de Yaga Menor.

—No lo he hecho, pero puedo hacerlo —dijo Disra—. Partiré hacia Yaga Menor esta misma noche.

—Ésa podría no ser una buena idea —dijo Tierce—. Que vaya personalmente, quiero decir. El general a cargo de la base conoce bastante bien al Almirante Pellaeon y con la

biblioteca de Bastión justo aquí a la mano, usted no tiene realmente una buena excusa para examinar sus archivos.

Disra le frunció el ceño.

—¿Entonces quién va a ir allá? ¿Usted?

—Yo soy la elección lógica —señaló Tierce—. El General Hestiv no me conoce ni de nombre ni de vista, y puedo construir una historia que no me relacione con usted. Con tal de que la gran gira por el Imperio de Pellaeon no lo haga caer allí al mismo tiempo que yo, no debería haber ningún problema.

—Excepto que cómo va a entrar a la sección de Archivos Especiales —dijo Disra.

Tierce se encogió de hombros.

—Usaré una copia de su método de desencriptación, por supuesto.

Disra frunció el ceño un poco más fuerte.

—Sabe que esta es la segunda vez que ha intentado obtener esa desencriptación de mí —señaló—. Uno podría preguntarse por qué está tan ansioso de conseguirla.

—¿Preferiría que los Rebeldes consiguieran primero el Documento de Caamas? —contrapuso Tierce—. ¿Qué en el Imperio lo asusta tanto, de cualquier forma?

—No estoy seguro —dijo oscuramente Disra—. Quizás que todo lo que usted realmente quiere, todo lo que alguna vez ha querido desde el comienzo, es meter la nariz en esos archivos. Quizá estoy pensando que una vez que haya conseguido lo que sea que está buscando, se desvanecerá y nos dejará sosteniendo la bolsa.

Tierce esbozó una estrecha sonrisa.

—Hace un minuto usted estaba preocupado porque yo parecía estar robándole su gran proyecto —señaló—. ¿Ahora está preocupado de que de repente podría abandonarlo? Decídase.

—No ha contestado mi pregunta —escupió Disra—. ¿Qué es lo que está buscando en esos archivos?

—No lo sé —dijo Tierce—. El Emperador tenía muchos secretos algunos de los cuales seguramente nos pueden ser útiles. Pero no puedo saber cuáles hasta que tenga una oportunidad de examinarlos, ¿verdad?

—Si todo es así de simple y abierto, ¿por qué no lo sugirió en primer lugar? —demandó Disra—. Yo podría haberle permitido revisar los registros de Bastión.

—Está bien —dijo Tierce—. Considere hecho el pedido. Sin embargo, si voy a ver los archivos en Yaga Menor, puedo ocuparme de dos problemas a la vez, ¿no lo cree?

Disra hizo una mueca. Excepto que si Tierce hacía su búsqueda en Yaga Menor, él no podría estar mirando sobre el hombro del Guardia mientras lo hacía.

Al otro lado del escritorio, Flim se revolvió.

—Todos estamos en esto juntos, Su Excelencia —le recordó a Disra—. Cualquier secreto que desentierre el Mayor Tierce, no podrá posiblemente usarlo tan eficazmente por sí solo como puede hacerlo junto con nosotros dos.

—Exactamente —dijo Tierce, asintiendo—. De hecho, iré más allá. Uno de los archivos que espero encontrar sólo será útil junto con los dos de ustedes.

Así que estaba detrás de algo específico.

—¿Y ese secreto misterioso es…? —preguntó Disra.

Tierce agitó la cabeza.

—Lo siento. Definitivamente necesitaré la ayuda de los dos de ustedes para utilizarlo; pero es posible que ustedes no me necesiten a mí. No es mi intención ofenderlos, pero a estas alturas preferiría permanecer indispensable.

Disra hizo una mueca, pero se dio cuenta de que esta parte de la conversación había terminado. Había empujado a Tierce hasta donde el Guardia estaba dispuesto a ser empujado, y había aprendido todo lo que era probable que aprendiera, y eso era todo.

Por lo menos por ahora.

—Usted todavía es indispensable como el maestro táctico de nuestro pequeño grupo —le recordó Disra, agitando una mano para quitarle importancia—. Pero si esto lo hace sentirse un poco más seguro…

Se interrumpió por un pitido silencioso en el escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó Flim.

—Mi comunicador privado —dijo Disra, frunciendo el ceño cuando abrió un cajón y miró el código de acceso. ¿Qué Imperios…?

—¿Vas a contestarlo? —preguntó Flim.

—Quédate fuera de vista —dijo lacónicamente Disra, tecleando el código de la conexión—. Los dos de ustedes. —Se enderezó y enfrentó la pantalla del escritorio, poniendo una expresión algo dura y regia. El reporte de estado que había estado en la pantalla se desvaneció y apareció una cara…

—Está bien, Disra —gruñó el Capitán Zothip—. Oigámoslo. ¿Qué llamas está pasando?

—Es Su Excelencia, Capitán —lo corrigió Disra—. Y yo estaba a punto de hacerle esa misma pregunta. Usted conoce las reglas acerca de contactarme de esta forma.

—¡A Vader con sus reglas! Quiero saber…

—Conoce las reglas —repitió Disra, la pura frialdad de su tono de algún modo silenció al otro—. Este canal nunca debe ser usado excepto en casos de emergencia. —Alzó las cejas—. ¿O está usted intentando decirme que ha sucedido algo de lo que los Piratas Cavrilhu no pueden encargarse?

—Oh, ya nos encargamos —dijo viciosamente Zothip—. Me costó dos hombres y una de mis mejores bases, pero nos encargamos. Lo que quiero saber de usted es cómo y por qué Luke Skywalker acaba de venir de visita.

Disra frunció el ceño.

—¿De qué está hablando?

—No me desvíe, Disra —advirtió Zothip—. Skywalker estuvo en Kauron, preguntando por sus preciosos clones. Se escapó de nuestra trampa para Jedi, y terminamos teniendo que destruir y escapar.

—Lamento su pérdida con usted —dijo sarcásticamente Disra—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—¿Qué no tiene que ver con usted? —respondió el fuego Zothip—. Primero se lleva a todos sus clones… sin ninguna explicación… y ahora de repente Skywalker cae de visita. —Los ojos del pirata se endurecieron—. ¿Sabe lo que creo? Creo que usted decidió que ya no nos necesitaba y le señaló a Skywalker nuestra dirección para intentar cerrarnos. ¿Qué dice a eso?

—Yo digo que estoy viendo a un jefe pirata que ha perdido su valor —dijo bruscamente Disra—. ¿Qué Imperios ganaría yo eliminando a los Piratas Cavrilhu? ¿Incluso asumiendo que pudiera orquestar semejante hecho?

—Me lo dice a mí —se molestó Zothip—. Oigo que la gente del Almirante Pellaeon ha estado olfateando alrededor de las botas de nuestros socios financieros en Muunilinst y Borgo Prime. Quizás está intentando quemar sus puentes-aéreos detrás de usted antes de que él descubra nuestra conexión.

Disra resopló.

—Déjeme contarle algo. No sólo no estoy preocupado por el Almirante Pellaeon, ni usted ni nadie más en la galaxia tampoco tiene razones para preocuparse por él. No por mucho tiempo, al menos.

—En serio —dijo Zothip, rascándose bajo su lanuda barba negra—. Pensé que los buenos imperiales ya no se asesinaban entre sí.

—Él no va a ser matado —le aseguró Disra con una sonrisa engreída—. Simplemente dejará de ser una amenaza, eso es todo.

Al costado del escritorio, Tierce murmuró algo por lo bajo y agarró el datapad de Disra.

—Sí, seguro, lo que sea —dijo Zothip—. ¿Entonces qué estaba haciendo Skywalker aquí?

Disra se encogió de hombros, mirando a Tierce por el rabillo del ojo. El otro parecía estar escribiendo un mensaje a velocidad furiosa.

—Quizás los identificó durante ese chapucero trabajo en Iphigin —le sugirió a Zothip—. Usted mismo dijo que las naves que los ahuyentaron fueron un YT-1300 y un Ala-X. ¿Solo y Skywalker?

—Podría ser, supongo —concedió el pirata con gracia enfermiza—. De todos modos sabía que yo había estado usando sus clones.

Disra ondeó una mano desestimándolo.

—Estaba disparando al montón, Zothip. Intentando hacer alguna conexión… cualquier conexión… entre ustedes y el Imperio. No sabe nada.

—Quizá nada sobre usted —gruñó Zothip—. ¿Pero qué sobre mí? Es un Maestro Jedi, ¿recuerda? Podría haber captado toda clase de mugre de mis hombres.

—Entonces mejor que se entierren en alguna parte por algún tiempo, ¿verdad? —sugirió Disra, sintiendo que su paciencia empezaba a partirse en los bordes. No tenía tiempo para esto—. En alguna parte donde los Jedi grandes y malos no puedan encontrarlos.

La cara de Zothip se oscureció.

—No intente despedirme como a un niño, Disra —dijo, con la voz ondeando con suave amenaza—. Nuestra sociedad ha sido sumamente productiva, para los dos. Pero no me quiere como su enemigo. Créame en eso.

—Eso funciona en ambas direcciones —contrapuso Disra. Tierce había terminado cualquier cosa que estuviera escribiendo y había dado la vuelta detrás del escritorio, sosteniendo el datapad justo encima de la pantalla donde Disra pudiera leerlo—. Créame en eso —continuó el Moff, inclinándose casualmente hacia adelante mientras intentaba hablar y leer al mismo tiempo—. No hay ninguna razón para terminar nuestra relación por algo tan trivial.

—¿Trivial? —repitió Zothip—. ¿Llamas trivial a la pérdida de una base mayor…?

—Además, tengo otro trabajo que ofrecerle —dijo Disra, reclinándose de nuevo en su asiento y lanzándole a Tierce una débil sonrisa. Otro tanto para su maestro táctico—. Si está usted interesado, claro.

Zothip estudió la cara de Disra sospechosamente.

—Estoy escuchando.

—En aproximadamente tres semanas el Almirante Pellaeon y el *Quimera* estarán dejando el espacio imperial para una reunión secreta en Pesitiin —dijo Disra—. Quiero que ustedes lo ataquen allí.

Zothip se rió, un solo sonido como un ladrido de ranphyx.

—Claro, Disra. Atacar un Destructor Estelar Imperial con unos Pacificadores Telgorn y quizá uno o dos cruceros de batalla Kaloth. Claro, no hay problema.

—No quiero decir atacar con intención de hacer ningún daño serio —dijo pacientemente Disra—. Todo lo que hace falta es que esté bajo fuego. ¿Usted puede hacer eso, no?

—Puedo hacerlo, claro —dijo Zothip—. ¿La pregunta es, por qué debería?

—Porque le pagaré el doble de su tarifa usual por atormentar naves de la Nueva República. —Disra bajó la voz a un suave ronroneo—. Y porque si lo hace, los Piratas Cavrilhu serán los primeros en la línea para cosechar las ganancias cuando todo esto haya terminado.

—¿Está usted esperando que haya suficientes ganancias para parcelar, no?

—Más de las que pueda imaginarse —le aseguró Disra. Zothip resopló.

—Se sorprendería de cuánto puedo imaginarme —dijo. Pero ahora había algo pensativo en su mirada—. Está bien, seguiré con esto por un poco más. ¿Pesitiin, dice usted?

—Correcto —dijo Disra—. Otra cosa: Quiero que cualquier nave que envíe contra el *Quimera* esté marcada con la insignia corelliana.

—¿Ah sí? —dijo Zothip, rascándose bajo la barba de nuevo—. ¿Por alguna razón en particular?

—Por la misma razón por la que no me importa si realmente le inflige o no algún daño —dijo Disra—. ¿Por qué no ve si puede deducirlo por usted mismo?

—Lo haré —prometió Zothip—. Entretanto, fíjese si puede encontrar cómo depositar la tarifa en nuestra cuenta, ¿está bien?

Disra esbozó una delgada sonrisa.

—Un placer hacer negocios con usted, Capitán Zothip.

—Como siempre, Moff Disra —contrapuso el otro—. Estaré en contacto.

La pantalla se puso en blanco.

—A través de los canales apropiados la próxima vez, por favor —murmuró Disra hacia la pantalla vacía, dejándose caer ligeramente en su asiento. Las conversaciones con Zothip siempre lo dejaban agotado—. De todos modos, eso debería alejarlo de nuestras espaldas por algún tiempo.

—Así como realizar un servicio útil para nosotros —dijo Tierce, volviendo al datapad y borrándolo—. Aquí hay otra virtud militar para ti, Flim: nunca te deshagas de los aliados hasta que estés absolutamente seguro de que ya no los necesitarás.

—Tenemos reglas similares en el bajo mundo —dijo secamente Flim—. No tan elocuentemente expresadas, por supuesto. ¿Qué fue exactamente todo eso?

—¿Qué, el ataque de Zothip a Pellaeon? —preguntó Disra.

—El ataque en sí mismo lo entiendo —dijo Flim—. Están intentando hacer que Pellaeon piense que la Nueva República ha rechazado su oferta de paz y en cambio está emboscándolo.

Disra le alzó una ceja al timador.

—Muy bien… estás aprendiendo. Aunque por supuesto la visión siempre es más clara en retrospectiva.

—Eres muy amable —dijo Flim, inclinando suavemente la cabeza en un saludo ligeramente burlón—. Lo que no entiendo es por qué la insignia corelliana en lugar de la de la Nueva República.

—Porque eso sería demasiado obvio —le dijo Tierce—. Implicaría que todos en Coruscant hubieran rechazado rotundamente la idea de una reunión. Pellaeon sabe que no harían eso, y adivinaría que está arreglado.

—De esta forma le parecerá que es sólo Bel Iblis, que es un corelliano, quien está rechazándolo —agregó Disra—. El aparentar ser naves de la defensa corelliana también debería ayudar a explicar por qué no hay ningún Crucero Estelar u otra nave capital mayor enviada al ataque.

—Correcto —dijo Tierce—. También ten presente que nosotros no queremos que Pellaeon pierda completamente el interés en esta idea de la rendición, por lo menos todavía no. Si Bel Iblis rechaza sus avances sin sanción oficial, entonces el próximo movimiento de Pellaeon sería buscar a alguien más a quien hacer sus oberturas. Eso le tomará tiempo, lo que juega a nuestro favor. Más importante, también le exigirá que deje Pesitiin prematuramente. Aun cuando suficiente del mensaje del Mayor Vermel se hubiera filtrado antes de que fuera capturado en Morishim, lo más probable es que Pellaeon y Bel Iblis se desencontrarán.

—Debería funcionar bastante bien —dijo casualmente Disra, cuidadosamente ocultando su propia sorpresa. Esa última parte ni siquiera se le había ocurrido hasta que Tierce la planteó, pero no tenía ninguna intención de dejar a cualquiera de los otros saber eso. Tierce era demasiado completamente seguro de sí mismo como estaba, y Flim no era lo suficientemente respetuoso hacia cualquiera de sus superiores para gusto de Disra—. Entretanto, en las palabras del Mayor Tierce, nuestro estofado necesita revolverse un poco más. ¿Ya estamos listos para el alboroto de Bothawui?

—Si no, estamos muy cerca —dijo Tierce—. Usaremos al equipo de Navett, creo… han sido los agitadores más exitosos.

—Y definitivamente queremos que este sea uno memorable —convino Disra—. Les ordenaré que se pongan en posición.

—También debemos empezar a activar el resto de los grupos durmientes —dijo Tierce—. No hay forma de planear nuestro itinerario precisamente, y no queremos que sigan dormidos cuando los necesitemos.

—Sí —resopló suavemente Disra—. Especialmente considerando que si el verdadero Thrawn estuviera a cargo, probablemente tendría a toda la operación cronometrada al minuto.

—Tendremos que hacer lo mejor que podamos —dijo Tierce—. Y confiar en que nuestros enemigos rellenen los huecos por nosotros. Entretanto, iré a Yaga Menor y veré lo que puedo desenterrar.

—Esperemos que encuentres algo útil —dijo Flim, poniéndose de pie—. Una cosa que aún me molesta. ¿Qué estaba haciendo Skywalker husmeando en una base Pirata Cavrilhu?

—Como le dije a Zothip, intentando conectarnos a ellos —dijo Disra—. No te preocupes, no podrá hacerlo.

—Pero…

—Además, es irrelevante —lo interrumpió Tierce—. Ahora muy pronto unos clones y una pequeña banda pirata mugrienta serán las menores de las preocupaciones de la Rebelión.

CAPÍTULO 11

La puerta se abrió, y Karrde entró al puente del *Salvaje Karrde*.

—Buenas tardes, caballeros —dijo—. ¿Cómo estamos yendo?

—Bien, Jefe —dijo Dankin, girándose a medias para mirarlo desde el asiento del timón—. Casi estamos en el sistema Nosken… sólo unos minutos más.

—Qué bien. —Karrde dio un paso hacia él, lanzando una rápida mirada a las otras estaciones…

E hizo una pausa, frunciendo el ceño.

—¿Qué estás haciendo aquí, H'sishi? —le preguntó a la joven togoriana en la estación de sensores.

Ella se volvió para enfrentarlo.

[Dankin me pidió que tomara la estación], dijo, su maullante habla togoriana era tan ronroneantemente felina como su apariencia. [Dijo que era hora que tomara algo de práctica en el puente.]

Karrde miró a Dankin. El otro estaba mirando estudiosamente su tablero contra su cara de perfil, pero aun así Karrde pudo ver la diversión secreta burbujeando ahí.

—Sí, supongo que sí —dijo, echando una segunda mirada alrededor del puente a las otras estaciones. Odonnl, en el asiento del copiloto, estaba llevando la misma expresión que Dankin. Igual que Pormfil en el monitor de motores, aunque en su cara kerestiana era un poco más difícil de identificar. Incluso Chin, que tendía a ser más bien como un abuelo hacia los nuevos reclutas en estos días, estaba teniendo que esforzarse para no sonreír—. ¿Has hecho un chequeo de estado contra el estándar recientemente? —preguntó, mirando de nuevo a H'sishi.

Los ojos amarillos de la togoriana parecieron nublarse un poco.

[No, Jefe], dijo. [Haré uno ahora si me lo pides.]

—Por favor —asintió Karrde—. La datacard del estándar está en la sala de computadoras.

[Obedezco], dijo H'sishi, desenrollando su cuerpo elástico del asiento. Anduvo sobre sus pies acolchados por el puente, con sus garras repiqueteando contra el suelo metálico mientras caminaba, y salió.

—Está bien, caballeros —dijo suavemente Karrde cuando la puerta se cerró detrás de ella—. ¿Voy a tener que adivinar?

—Oh, no es para tanto, Jefe —dijo Dankin, radiando una inocencia para nada convincente—. Es sólo que ella nunca ha ido a lo de Terrik antes. Pensé que tendría la mejor vista si estaba aquí arriba cuando salgamos del hiperespacio.

—Ah —dijo Karrde—. ¿Y tenían curiosidad de ver que tan alto saltaría?

—Bueno… sí, quizás un poco —admitió Dankin.

—Nos gusta pensarlo como su completa iniciación a la tripulación —agregó servicialmente Odonnl.

—Ya veo. —Karrde echó una mirada alrededor a los demás, ahora todos sonreían abiertamente—. ¿Supongo que no se les ha ocurrido que sobresaltar así a una togoriana podría ser un poquito peligroso?

—Oh, vamos, Capitán, es diversión inofensiva —dijo Odonnl—. Mara nos deja hacerlo cuando está en el puente.

—De cualquier forma, Cap'tán, esta es una larga tradición —dijo Chin—. La gente de Billey seguramente te preparó a algo parecido cuando te uniste a ellos, ¿hee?

—La gente de Billey no era tan creativa —dijo secamente Karrde—. En cuanto a Mara, su excusa es que ella quiere usar la Fuerza para examinar cómo se comportan bajo tensión los nuevos miembros de la tripulación.

—Me suena como una buena razón —ofreció Dankin—. Mejor que los examinemos aquí afuera que descubrir de lo que están hechos cuando estemos en medio de una crisis genuina.

—Estás racionalizándolo, por supuesto —señaló Karrde.

—Probablemente —convino descaradamente Dankin—. Vamos, Jefe, déjanos hacerlo. Ha estado mortalmente tranquilo por aquí últimamente.

—Una togoriana enfurecida seguramente rompería la monotonía —dijo Karrde, agitando la cabeza. De todos modos, apartando a un lado la payasada, tenían un punto. Si H'sishi iba a volverse un miembro permanente de la tripulación del *Salvaje Karrde*, realmente necesitaban averiguar cómo reaccionaba cuando se sobresaltaba—. Que sea sobre sus propias cabezas. Yo miraré desde allí.

Fue hasta el mamparo al lado de Chin, desde donde tenía una buena vista de la estación de sensores; y cuando lo hizo, la puerta se abrió y H'sishi entró.

[Traje la datacard, Jefe Karrde], dijo, levantándola para que él la inspeccionara.

—Bien —confirmó Karrde, verificando rápidamente la etiqueta. H'sishi tenía un buen básico hablado, pero sus habilidades de lectura del aurekbesh todavía eran un poco inseguras—. Adelante, prepáralo.

[Obedezco.] Se sentó de nuevo en su consola, manipulando delicadamente los controles con sus manos con garras.

—Aquí vamos —dijo Dankin—. Preparen motores sublumínicos.

Agarrando las palancas, las tiró atrás. El cielo jaspeado se volvió en líneas estelares y se colapsó en estrellas…

Y allí, flotando en la oscuridad directamente delante de ellos, había un Destructor Estelar Imperial.

H'sishi medio salió de su asiento, siseando algo que sonaba vicioso en su idioma y que Karrde no entendió. Su boca estaba estirada bien abierta, sus colmillos brillaban blancos a la pálida iluminación del puente. Su pelaje se erizó de su cuerpo, haciéndola verse de una vez y media su tamaño normal, y en sus ojos amarillos había un fuego furioso.

—Destructor Estelar directamente al frente —avisó Dankin, como si alguien en el puente pudiera de algún modo no haberlo visto—. Rango, dos kilómetros.

—Baterías turboláser girando hacia nosotros —agregó Odonnl—. ¿Pormfil?

—Motores a toda potencia —dijo el kerestiano, sus ocho orificios nasales en sus mejillas jadeaban rítmicamente.

—Recibiendo transmisión, Cap'tán —anunció Chin.

—Contéstala —dijo Karrde, mirando atentamente a H'sishi. No se había movido, pero todavía estaba medio parada mirando fijo a la mole oscura y luces relucientes—. ¿Están activando algún rayo tractor?

Por casi medio segundo el puente pareció contener su respiración colectiva. Entonces, con un siseo bajo, H'sishi se hundió de nuevo en su asiento y empezó a teclear en su tablero de control.

[Todavía no se ha activado ningún rayo tractor], maulló. [Las baterías turboláser…]

Su pelaje erecto pareció bajar un poco cuando tocó más teclas. [No tienen energía], dijo, sonando confundida. [No. Sólo tienen energía…]

Se volvió para enfrentar a Karrde, estrechando los ojos amarillos.

[Hay tres baterías turboláser funcionales], dijo. [Ninguna más.]

—Qué bien —dijo serenamente Karrde—. Eso significa que estamos en el lugar correcto. Siempre es bueno saberlo. ¿Chin?

—El dueño espera, Cap'tán —dijo Chin, ahora sonriendo abiertamente mientras apretaba la tecla del comunicador—. Le gustaría hablar contigo.

—Gracias —dijo Karrde—. Hola, Booster. ¿Cómo están las cosas?

—Mejor que nunca, viejo pirata —retumbó la alegre voz de Booster Terrik por el altavoz del puente—. Bienvenido al *Ventura Errante*. ¿Vienes de compras hoy, o sólo estás iniciando a una nueva miembro de la tripulación?

H'sishi siseó por lo bajo, frotando suavemente los dedos contra el tablero de control. Pero no dijo nada.

—Venimos de compras —dijo Karrde—. A comprar información, principalmente.

—En serio —dijo Booster en un tono que hizo que Karrde se lo imaginara frotándose las manos—. Bueno, bueno. Éste es definitivamente mi día de estrellas brillantes. ¿Quieres traer al *Salvaje Karrde* a bordo, o debo enviarte una lanzadera?

—Subiremos a bordo si tienes el espacio —dijo Karrde—. No voy a comprar ninguna mercancía por mí mismo, pero me imagino que mi gente querrá buscar.

—Está bien, pasen, entonces —dijo alegremente Booster—. El *Callejón de los Negociantes* está abierto y listo para los negocios, como lo está el resto de nuestras pequeñas boutiques. Prosigan y tomen… déjenme ver… la Bahía de Atraque Quince. Haré que alguien te escolte al puente después de que hayas soltado a tu gente. No te olvides de recordarles que en el Callejón de los Negociantes sólo se acepta dinero en efectivo.

—Por supuesto —dijo Karrde—. Te veré pronto.

Le hizo señas a Chin, y el otro apagó el comunicador.

—Llévanos adentro, Dankin —dijo—. ¿Sabes entrar a bahías de atraque?

—Ningún problema —dijo Dankin, poniéndose a trabajar en su tablero.

En la estación de sensores, H'sishi se puso de pie y se volvió para enfrentar a Karrde.

[¿Entonces esto fue una broma, Jefe?] preguntó. Su tono y expresión estaban rígidos, sin traicionar nada de lo que estaba pensando. [No aprecio que me hagan ver como una tonta.]

—No te viste como una tonta —le aseguró Karrde—. Te viste meramente sobresaltada, después de lo cual volviste a tus deberes asignados.

La togoriana echó una breve mirada alrededor a los demás.

[Los humanos disfrutan haciendo que los demás se vean como tontos], dijo, con algo de desafío en la voz.

—Los humanos disfrutan de las bromas —reconoció Karrde—. Pero el humor no era el propósito primario del ejercicio.

El pelaje de H'sishi se había estado irguiendo de nuevo. Ahora, lentamente, volvió a bajar.

[Deseaban ver si corría asustada.]

—O te congelabas, o te daba pánico —convino Karrde—. Si hubieras hecho cualquiera de esas cosas…

[¿Me habrían ejecutado?]

Karrde agitó la cabeza.

—Yo no ejecuto a mi gente, H'sishi —le dijo—. No a menos que se haya cometido un crimen serio contra mí o la organización. No, simplemente habrías sido movida a una posición diferente, algún puesto donde sería menos probable que enfrentaras este tipo de tensión. Una recolectora de información, quizás, o si no un enlace de negocios clandestinos.

Las orejas de H'sishi se agitaron bruscamente.

[Yo no deseo semejante puesto.]

—Me alegra oír eso —dijo Karrde—, porque francamente creo que serías desperdiciada allí. Serías mucho más útil a bordo del *Salvaje Karrde* o una de mis otras naves.

La togoriana pareció pensarlo.

[Preferiría quedarme aquí, si eso fuera posible.]

—Creo que hay una buena oportunidad de eso —dijo Karrde—. Hablaremos más sobre esto más tarde. —Hizo una seña a su tablero de control—. Puedes devolver la datacard a la sala de computadoras… no necesitaremos ejecutar ese chequeo de estándar hasta que salgamos.

H'sishi mostró los colmillos de nuevo.

[Obedezco, Jefe], dijo. Sacando la datacard de su ranura tirando delicadamente con las puntas de sus garras, salió del puente.

—Está bien, caballeros —dijo Karrde, caminando hasta detrás de la silla vacía de H'sishi—. Tuvieron su broma, y todos vivimos para contarlo. ¿Pasó?

—Definitivamente —dijo Dankin—. Con estandartes ondeando, diría yo.

—De acuerdo —asintió Odonnl—. Le tomó un segundo recobrar el control, pero entonces, ella volvió enseguida al trabajo.

—Y no se olvidó de cómo usar su consola, como algunos —agregó Pormfil, silbando enfáticamente a través de sus orificios nasales—. No creo que ni siquiera Elkin lo hiciera tan bien cuando fue puesto a prueba así.

—Quizás —dijo Karrde—. Aunque apostaría que H'sishi dejó algo atrás que Elkin no.

Pormfil olfateó el aire.

—¿Aroma a sudor nervioso? —sugirió.

—No. —Karrde señaló al grupo de pequeñas depresiones en el borde del tablero de control de H'sishi—. Marcas de garras.

• • •

Una figura familiar estaba esperando por Karrde y Odonnl cuando bajaron la rampa del *Salvaje Karrde*.

—Ah… Capitán Karrde —dijo Nawara Ven, inclinando la cabeza en una reverencia formal twi'lek—. Es bueno verte de nuevo.

—Y a ti, Ven. —Karrde devolvió la reverencia—. ¿Confío en que la vida esté tratándote bien?

—Todo es diversión a bordo del *Ventura Errante* —dijo Ven, con una sonrisa delgada—. Acompáñame. Booster te está esperando en el puente.

El twi'lek lo guió hacia un banco de turboascensores, cojeando sólo ligeramente sobre su pierna artificial.

—Veo que han perdido algunos de sus turboláseres —comentó Karrde—. Mi gente estaba leyendo sólo tres baterías activas cuando llegamos.

—Las fortunas del negocio, me temo —dijo Ven, tecleando la llamada del turboascensor—. Tuvimos que desarmar a dos por partes para los otros tres, pero entonces tuvimos que vender a esos tres para comprar componentes para el hiperimpulsor.

—Según mi cuenta, eso todavía les deja cinco de sus diez baterías originales —señaló Karrde.

—Sí —dijo Ven, reacomodando su cola-cefálica sobre su hombro mientras la puerta del turboascensor se abría ponderosamente—. Las otras dos están actualmente en reparaciones.

Caminaron al turboascensor. La puerta se cerró de nuevo, y la cabina empezó a moverse.

—Sólo dos de los turboascensores en esta sección todavía están funcionando —dijo Ven—. Te asombraría cuántas cosas pueden funcionar mal en un Destructor Estelar.

—Me lo puedo imaginar —dijo Karrde—. En la época del apogeo de la Rebelión oí a un hombre de Operaciones Especiales describir a un Destructor Estelar como 174.000 fallas de diseño esperando a ser explotadas.

Ven sacudió la cabeza.

—Una estimación del mínimo. Booster finalmente cedió y contrató un grupo de doscientos técnicos… verpine, para ser exacto… para actualizar algunos de nuestros sistemas. Eso fue hace siete meses, y todavía están en eso.

—Supongo que eso es lo que se obtiene cuando intentas manejar una nave de este tamaño con menos de lo que se supone que es el mínimo de la tripulación mínima —sugirió Karrde, mirando alrededor de la cabina—. La entropía siempre te llevará la delantera. ¿Presumo que Booster no está pensando en vender?

Ven le dio una mueca furtiva.

—¿Por qué? ¿Estás pensando en comprar?

—Probablemente podría ser persuadido —dijo Karrde—. Ciertamente si se reduce a que la nave caiga en manos de alguien más. No querría enfrentar a un hutt en una de estas cosas.

—Oh, no lo sé —dijo secamente el twi'lek—. Dada la actuación pasada de los hutts, podría ser algo divertido para ver.

—No si fuera alguien como Jabba.

—Cierto —concedió Ven—. De todos modos, le pasaré tu oferta a Booster.

La cabina del turboascensor se detuvo con un ligero clunk, y la puerta se abrió para revelar el puente de popa.

—A propósito, Booster me pidió que lo disculpara por no darte la bienvenida personalmente —dijo Ven cuando les hacía señas hacia el arco que llevaba al puente principal—. Entenderás en un momento por qué no pudo.

—No hay problema —dijo Karrde, mirando casualmente alrededor a las consolas del puente de popa. Aquí y allí una luz indicadora todavía parpadeaba, pero la mayoría de las consolas parecían o estar en estado de espera o haber sido completamente apagadas. Caminó hasta el arco de entrada, dándose la vuelta para dar una rápida mirada a la plataforma holográfica del puente de popa… que también parecía estar apagada…

—¡Talon Karrde! —retumbó la voz de Booster—. Bienvenido a bordo.

Karrde completó su giro. Booster estaba bajando de la pasarela de comando hacia ellos, con los brazos bien abiertos en expansivo gesto de bienvenida.

Y caminando justo detrás de él…

—Y miren quién más ha venido a visitar al viejo —continuó Booster, girándose a medias para señalarles igual de expansivamente a ellos.

—Sí, claro —dijo Karrde, haciendo señas adelante a Odonnl—. Odonnl, creo que no te han presentado a la familia de Booster. Ésta es su encantadora hija Mirax, y su yerno el Comandante Corran Horn. Ex… perdón; actual miembro del famoso Escuadrón Pícaro del General Wedge Antilles.

—Ah —dijo cautelosamente Odonnl—. Encantado de conocerlos. Ese es el grupo con el que Ven aquí solía estar, ¿no?

—Sí, Nawara y yo volábamos juntos —dijo Corran, su tono igualmente cuidadoso, Booster, supongo que no me importa que Karrde sepa que estamos aquí, pero…

—Relájate, Corran —lo tranquilizó Booster, caminando hacia adelante para tomar brevemente la mano de Karrde.

—Los empleados de confianza de Karrde son tan confiables como él mismo.

Corran miró a Karrde con una mirada decididamente ambivalente.

—Eso me hace sentir tanto mejor.

—No te preocupes —le aseguró Karrde, ofreciéndole la mano—. No le diremos a Coruscant que uno de sus más venerados héroes está asociándose con la chusma.

Corran tomó la mano ofrecida, su cara se relajó en una sonrisa ligera.

—Aprecio eso. ¿Cómo está Mara en estos días?

—Bastante bien, gracias —dijo Karrde—. De hecho, debe estar por llegar en cualquier momento… está temporalmente volando en el *Hielo Estrellado* que se supone que se encontrará con nosotros aquí. —Volvió su mirada hacia la mujer—. Hola, Mirax; ha pasado mucho tiempo. ¿Dónde está el pequeño?

—Valin está allí abajo —dijo Mirax, dándole a Karrde una sonrisa más genuina que la de su marido cuando señaló hacia la trinchera de tripulación de estribor—. Y ya tiene seis años… ya no es tan pequeño.

—Claro que no —dijo Karrde, dando un par de pasos al costado y mirando abajo hacia la trinchera de tripulación. El muchacho estaba subido a un par de cojines extra en una de las sillas, mirando fijamente a una de las pantallas, sin prestarles atención a los visitantes o a los hombres de Booster esparcidos manejando algunas de las otras consolas—. ¿Están enseñándole a volar la nave?

—No lo creo —dijo Mirax, viniendo a su lado y sonriéndole tiernamente a su hijo—. Papá preparó una de las consolas de rayo tractor para que él pudiera jugar juegos. ¿Quieres saludarlo?

—No lo molestes —dijo Karrde—. Quizás tengamos tiempo más tarde. ¿Sigue con su música?

—Como un mynock con fuego en la cola —dijo irónicamente Booster—. Acabo de comprarle un nuevo chordokeylo… ya había gastado el primero. Pero en serio, Karrde, apreciaría que mantuvieras la presencia de Corran aquí para ti mismo. Se supone que esta es una reunión discreta… sólo un manojo de oficiales de la Nueva República sabe algo acerca de ella.

—Lo entiendo —dijo Karrde, mirando a Corran de nuevo—. ¿Una misión secreta, eh? Con capa y cuchillo, acechando en cantinas oscuras, conversaciones susurradas con contactos tenebrosos… ¿esa clase de cosa?

—Estoy seguro de que comprendes que no podemos discutirlo contigo —dijo Corran, su cara no tan de piedra.

—Sí, por supuesto —dijo Karrde—. No digas más. —Señaló con la cabeza hacia la trinchera de tripulación—. Aunque no puedo decir que apruebo que tus superiores te permitan llevar a tu familia a una misión tan peligrosa.

—No es para tanto —dijo Booster con un toque de apacible exasperación—. Todo lo que Corran necesita es un poco de información…

—¡Booster! —exclamó Corran, mirando fuerte a su suegro—. Sella tu puerto de palabras, ¿quieres?

—Quizás yo pueda ayudar —ofreció Karrde—. Tengo mis propias fuentes de información. Algunas de las cuales, me atrevo a decir, son incluso mejores que las de Booster.

—Gracias por la oferta —dijo Corran—. Nos las arreglaremos.

—Tiene mucha razón, Corran —dijo Booster, frotándose pensativamente la mejilla—. Quizá debas exponerle la situación.

—No. —Corran agitó la cabeza—. No quiero ofender, Karrde, pero esto es material de alto nivel. No estás autorizado a saber nada sobre él.

—Sí, pero… —comenzó Booster.

—No, está bien —dijo Karrde, alzando una mano—. Si sus superiores no quieren que nadie de afuera ni siquiera sepa que él y su familia están aquí, ciertamente no querrían que discuta su misión.

—Exactamente —dijo Corran—. Gracias por comprenderlo.

—Si me lo permiten, tomaré prestado a Booster por algunos minutos para discutir mi misión —continuó Karrde, metiendo la mano dentro del bolsillo de su chaqueta y sacando una datacard—. Pero antes de que me olvide, Mirax, traje esto para tu hijo.

Mirax frunció el ceño cuando él le dio la datacard.

—¿Qué es?

—Una tarjeta tonal ettiana para su chordokeylo —le dijo suavemente Karrde—. Entiendo que la etiqueta apropiada es que un invitado traiga un pequeño regalo para los niños de sus anfitriones.

Corran se apoyó en el hombro de ella para mirar la datacard, con una ligera expresión de haber sido engañado en la cara.

—¿Pero cómo supiste…? —Miró de nuevo a Karrde, volvió la mirada que se endurecía rápidamente a su suegro—. ¿Booster?

—Soy inocente —dijo apresuradamente Booster, alzando ambas manos—. No le conté a nadie que ustedes venían. Ni siquiera a mi propia gente.

—Como ya les dije —dijo Karrde en voz baja—. Mis fuentes de información son bastante buenas.

Durante un minuto el puente quedó en silencio, Corran miró a Booster, entonces a Mirax, no recibió ayuda de ninguno de ellos, y finalmente miró de nuevo a Karrde.

—¿Cuánto va a costarme? —suspiró.

Karrde se encogió de hombros.

—Lo que valga, por supuesto. Podemos negociar el precio más tarde.

Corran miró a Booster.

—Ya he oído eso antes.

—Si lo prefieres, podríamos dejarle esa parte a la Consejera Organa Solo —ofreció Karrde—. Ella y yo siempre hemos podido llegar a un arreglo mutuamente aceptable en el pasado.

—Odiaría pensar lo que algunos de esos arreglos podrían habernos costado —gruñó Corran—. Está bien, de acuerdo. Presumo que eres consciente de que últimamente hemos tenido muchas manifestaciones y alborotos contra negocios y consulados bothans.

—Sobre las revelaciones contenidas en el Documento de Caamas —murmuró Karrde.

—Correcto. Bueno, dentro de y entre todas estas protestas estamos empezando a oír que se usa el nombre «Venganza». No como una palabra, sino como un grupo u organización.

Karrde miró a Odonnl.

—¿Has oído hablar algo de esto?

—No personalmente —dijo Odonnl—. Pero nuestras fuentes envían mucho material que yo no tengo tiempo para revisar.

—Haremos una búsqueda de datos cuando volvamos al *Salvaje Karrde* —dijo Karrde—. ¿Cuáles son las conclusiones de Coruscant?

—Todavía ninguna conclusión, sólo preguntas —dijo Corran—. La principal es quién y qué es esta «Venganza»… y si se formaron en casa o con ayuda de afuera.

—Déjame adivinar. *¿El Imperio*?

Los ojos de Corran se estrecharon ligeramente.

—Lo dices como si no lo creyeras.

—No exactamente —corrigió Karrde—. Lo digo como alguien que bastante cínicamente nota que siempre que algo sale mal en la Nueva República, los dedos acusadores oficiales inmediatamente señalan al Imperio.

—Eso es un poco injusto —dijo Booster—. Especialmente considerando la larga historia del Imperio en este tipo de intromisiones.

—No estoy diciendo que no estén involucrados —dijo Karrde—. Simplemente estoy advirtiéndoles de cuidarse de asumir automáticamente que son ellos.

—Pero…

—No, él tiene razón —dijo renuentemente Corran—. Hay muchos seres que recuerdan al Imperio haciéndonos exactamente la misma cosa: culpando a la Rebelión de todo, y entonces usando eso como una excusa para apretarlos más fuerte. De hecho, es por eso que se suponía que mi visita aquí se mantuviera secreta… El General Bel Iblis no quería que se filtre que estábamos siquiera pensando en esta dirección.

Karrde asintió. Debía haber supuesto que Bel Iblis sería el que había puesto esta mosca-susurrante ratitana en el oído de Corran. Al contrario de algunos de los líderes de la Nueva República, Bel Iblis sabía mantener el ojo en su meta. Y, cuando era necesario, a ignorar las limitaciones de la gente con la que podía tener que tratar para alcanzar esa meta.

—Entendido —dijo—. Veremos nuestros archivos; si no hay nada allí, empezaremos algunas preguntas discretas y veremos lo que podemos encontrar.

—Suena bien —dijo Booster—. Y mientras estamos intercambiando listas de deseos aquí, ¿también tenías algo de información que querías, correcto?

—En realidad, dos simples preguntas —dijo Karrde—. En primer lugar: nuestro amigo Luke Skywalker está intentando localizar a los Piratas Cavrilhu. ¿Alguna idea de bajo qué roca podrían haberse enterrado?

—Sé que tienen una base en Amorris —dijo Booster, sacando un datapad y tecleando en él—. Y… déjame ver… me parece que su fortaleza principal está… sí, aquí está. Un asteroide ahuecado en el sistema Kauron. —Karrde agitó la cabeza—. Han abandonado su sitio de Amorris —le contó a Booster—. Y según Mara, Skywalker acaba de terminar de espantarlos de su asteroide.

—¿Para qué hizo eso? —Booster alzó una mano—. No importa; No quiero saberlo. Está bien, si esas ya no están, entonces no puedo ayudarte. ¿Segunda pregunta?

—Antes de que fuera a Kauron, Skywalker ayudó a detener una correría pirata en Iphigin —dijo Karrde, mirando casualmente alrededor del puente. No había nadie más al alcance del oído—. Ninguna idea de qué grupo estuvo involucrado. Durante la batalla, sintió lo que él pensó era un grupo de clones a bordo de una de las naves pirata.

Nadie se movió, pero la atmósfera se puso repentinamente rígida.

—Pensé que el Imperio ya había agotado su suministro de clones del Monte Tantiss —dijo Mirax, con un dejo de miedo en la voz.

—Eso es lo que dice Coruscant —confirmó Booster, que no sonaba nada más feliz que su hija—. Por lo menos a nosotros los de afuera. ¿Corran?

—Hasta donde yo sé, es la verdad —dijo Corran—. Hace años que no tenemos bajas por clones en acciones militares.

—¿Cuánto ha pasado desde que las buscaste? —preguntó Odonnl.

—Tienes razón —concedió Corran—. No lo sé.

—Es difícil creer que podría haber quedado alguno de ellos —dijo Booster—. Eran algunas de las mejores y más brillantes tropas que tenía Thrawn. Yo creería que Daala o alguien más los habría gastado hace tiempo.

—A menos que Thrawn los ocultara donde Daala no pudiera encontrarlos —dijo Karrde.

—¿Para qué? —se mofó Booster—. ¿Guardarlos? ¿Para qué?

—¿Y por qué estarían apareciendo ahora de repente? —agregó Corran.

—No sabemos que estén apareciendo de repente —le recordó ásperamente Odonnl—. Quizá han estado allá afuera desde el principio y es sólo que ustedes los ases militares no lo habían notado.

Corran dio medio paso hacia él.

—Mira, Odonnl, cuando estamos ocupados intentando mantener la paz en toda la galaxia…

—Tranquilos, caballeros —dijo Karrde, poniéndose entre ellos y alzando una mano—. Intentemos recordar que aquí estamos todos del mismo lado, ¿de acuerdo?

Los labios de Odonnl se arrugaron.

—Sí. Claro.

—Por qué no te diriges de vuelta al *Salvaje Karrde,* Odonnl —sugirió Karrde—. Empieza con esa búsqueda de datos.

—Claro —murmuró de nuevo Odonnl—. Buena idea.

—Te escoltaré abajo —ofreció Ven, caminando hacia adelante. Karrde lo miró en apacible sorpresa… el twi'lek había estado tan callado que casi se había olvidado que estaba allí—. Es fácil perderse en una nave de este tamaño.

La expresión en la cara de Odonnl indicaba su opinión de que eso era claramente una excusa, pero meramente inclinó la cabeza y se dirigió a popa, con Ven a su lado.

—Mis disculpas, Comandante Horn —dijo Karrde en voz baja cuando los dos cruzaron bajo el arco y desaparecieron en el puente de popa—. Odonnl no tiene los mismos recuerdos cariñosos acerca del ejército de la Nueva República que yo.

—Está bien —dijo oscuramente Corran—. Yo también tengo ciertos recuerdos poco cariñosos de los contrabandistas.

—Corran —advirtió Mirax, tomándolo del brazo.

El piloto de Ala-X le palmeó la mano.

—Excluyendo a la compañía presente, por supuesto —enmendó—. Volvamos a nuestros asuntos.

—Gracias —dijo Karrde. De lo que ahora estamos seguros… y todo de lo que estamos seguros… es que Skywalker sintió clones a bordo de esas naves. Nuestro primer trabajo es contestar una simple pregunta: si son sobrantes imperiales, o si alguien más ha encontrado otro escondite de cilindros de clonación.

—¿Alguien como los Piratas Cavrilhu? —preguntó Mirax.

—Ese pensamiento ha cruzado mi mente —convino sobriamente Karrde—. Puede ser que mis dos preguntas para tu padre estén de hecho interconectadas. —Le sonrió a Booster—. En cuyo caso, por supuesto, esperaría un descuento en el precio.

Booster giró exageradamente los ojos.

—Oh, por…

—Hey, Capitán —llamó una voz desde una de las trincheras de tripulación.

—¿Qué pasa, Shish? —contestó Booster.

—Se acerca una nave… la identificamos como el *Hielo Estrellado* —informó Shish—. La piloto quiere instrucciones para aterrizar. ¿Quieres que la autorice?

—Pásame la transmisión —le instruyó Booster, sacando su comunicador—. Probablemente preguntará por ti de cualquier forma —agregó dándole a Karrde el delgado cilindro—. Podríamos mejor ahorrarnos un poco de tiempo.

—Gracias. —Karrde encendió el comunicador—. Mara, éste es Karrde. ¿Cómo están las cosas?

—Sin muchos problemas, gracias —dijo Mara. Si estaba sorprendida de oír su voz, lo estaba escondiendo bien. Aunque ahora que lo pensaba, no había muchas cosas que parecieran sorprenderla nunca—. Me temo que no tuvimos tiempo para pasar por Dronseen por esa carga.

—Está bien —dijo Karrde—. Faughn puede hacer la recogida después de que te deje aquí. ¿Cómo fue la cacería de piratas?

—Un completo fracaso —dijo ella—. Rastreamos su vector a Di'wor pero después lo perdimos completamente. El tráfico por allí era feroz… Starspeeder 3000s por todos lados.

—Es estación de polinización para los bosques de cantafruta —murmuró Booster—. La paz engendra a los turistas.

Karrde asintió.

—No te preocupes por eso —le dijo a Mara—. No esperaba realmente que dejaran un rastro que pudieras seguir. Haz que Faughn traiga al *Hielo Estrellado* a bordo y nos…

—¡Jade! —interrumpió la voz de Faughn—. Por allá… aproximándose a estribor.

—Ya lo veo —dijo Mara, su tono repentinamente quebrado—. Terrik, tienes compañía… vienen en uno-uno-siete por quince, tu vector.

Booster ya estaba corriendo a lo largo de la pasarela de comando hacia el ventanal delantero, Corran justo detrás de él.

—Uno-uno-siete por quince, Bodwae —exclamó—. ¿Qué ves?

—Nadja —dijo una descarriada voz laerdociana desde una de las trincheras de tripulación—. Estos majlditos senjsores…

—Es difícil de ver —agregó Mara, su voz venía ahora del sistema de altavoces principal del puente del *Ventura Errante*—. Pequeño y oscuro… parece un poco como un Caza TIE severamente modificado.

—Tampoco aparece muy bien en los sensores —agregó Faughn.

—Todajvía najda —insistió Bodwae.

—No importa —dijo ásperamente Booster. Él y Corran estaban juntos ahora parados frente a los ventanales delanteros, la cabeza de Booster iba atrás y adelante mientras inspeccionaba el cielo—. Enciende los escudos deflectores, y pon los turboláseres en espera.

—Los ejscudos están cojrtocircuitándose de nuejvo —dijo Bodwae—. Los turbolájseres…

—Ahora estoy captando una transmisión —ladró Shish—. Señal fuerte. Es… bueno, rayos, no sé lo que es.

—¿Mara? —preguntó Karrde.

—Estamos captando el borde de ella —confirmó Mara—. Aunque es bastante débil aquí afuera. Hasta ahora la computadora no puede sacarle nada.

—Allí está —exclamó Corran, señalando con el dedo—. Viene directo hacia nosotros.

—¡Encuentra la forma de encender esos deflectores del puente! —exclamó Booster—. ¡Ahora!

—¿Mara? —llamó Karrde.

—Todavía estamos fuera del rango de fuego —dijo firmemente ella—. Mejor cubrirnos.

Karrde miró a su alrededor, tardíamente preguntándose dónde estaba Mirax. La encontró inmediatamente, dirigiéndose a la carrera hacia la relativa seguridad del puente de popa, con su hijo Valin con aspecto desorientado apretado en sus brazos. Por un momento consideró unírsele, se dio cuenta que ya era demasiado tarde, y en cambio volvió a girarse hacia los ventanales delanteros. Ahora podía ver al intruso desconocido, avanzando ardiente por el espacio directamente hacia ellos. Como ninguna nave que hubiera visto antes…

—El deflector del Puejnte no se enciende —gruñó Bodwae—. La najve va a golpeajrnos.

—¡Al suelo! —exclamó Booster, agarrando el brazo de Corran y bajándolos a los dos cuerpo a tierra en la pasarela de comando. Karrde dio una zancada hacia la trinchera de tripulación más cercana, se dio cuenta de que no tendría tiempo para saltar adentro de ella, y se detuvo. El intruso todavía estaba acercándose…

Y entonces, al último segundo, hizo una extraña maniobra en tirabuzón hacia un costado y pasó disparado alrededor y por encima del ventanal.

Le tomó a Karrde un segundo encontrar su voz.

—¿Mara?

—¿Están todos bien? —preguntó ansiosamente ella.

—Sí, estamos bien —le aseguró, rompiendo su parálisis y encaminándose pasarela de comando abajo hacia donde Booster y Corran todavía estaban estirados en la cubierta—. ¿Adónde se fue?

—Pasó por encima de la superestructura de comando, dio la vuelta por detrás de las boquillas de los motores adonde no podíamos verla, entonces saltó a la velocidad de la luz —le contó ella—. El mismo truco que la que Luke asustó.

Karrde frunció el ceño a los ventanales.

—¿Era esta del mismo tipo que esa?

—Se le parecía —le dijo Mara—. Ahora Torve está analizando los datos del sensor.

Booster y Corran se habían puesto de pie cuando Karrde los alcanzó.

—¿Viste eso? —demandó Booster, agitando la cabeza mientras se sacudía el polvo—. De todas las estúpidas acrobacias cerebro de cherfer…

—Capitán, habla Torve —lo interrumpió la voz del joven—. Está confirmado: el mismo tipo de nave que antes.

—¿Adónde vieron esta otra nave? —preguntó Booster.

—En los asteroides cerca del la base Kauron de los Cavrilhu —le dijo Karrde—. Mara, ¿qué hay sobre esa transmisión?

—Estamos analizándola ahora —dijo ella—. Consiste en lo que parece ser un mensaje corto, seguido por una pausa, seguido por una repetición del mensaje. Hasta ahora no hemos encontrado ninguna coincidencia con ningún idioma, código, o encriptación conocida.

—Probablemente algo inútil como esa nave qella que Calrissian persiguió por media galaxia —dijo Booster con un resoplido despectivo.

—Eso es lo que creímos al principio —dijo Mara—. Ya no creo eso.

—¿Por qué? —preguntó Booster—. ¿Sólo porque estaba transmitiendo algo?

—Porque estaba transmitiendo específicamente hacia esta nave —dijo Karrde—. Y el hecho que hiciera una pausa y entonces repitiera el mensaje implica que estaba esperando una respuesta.

Booster se rascó la mejilla.

—Como que suena de esa forma, ¿no? Mara, ¿también estás usando códigos imperiales, no?

—Fue la primera cosa que probamos —le dijo ella—. Ninguno estuvo ni cerca.

—Sin embargo vinieron a mirar de cerca a un Destructor Estelar Imperial —meditó Karrde—. Y antes que eso estaban espiando alrededor de una base pirata sospechosa de tener lazos imperiales.

—Suena como que o ya están involucrados con el Imperio o si no quieren estarlo — dijo Mara.

—O quizá es completamente diferente —agregó Faughn, con voz repentinamente firme—. Acabo de hacer un análisis de fonemas en esa transmisión; y creo que he encontrado el nombre de Thrawn allí.

Karrde frunció el ceño.

—Oigámosla.

Hubo una breve pausa; y entonces por el comunicador vino un balbuceo de idioma alienígena.

Y justo en el medio de la incoherencia…

—Ya lo oí —dijo Booster—. Estaba como separado, como si estuviera tartamudeado o algo.

—Eso es porque allí estabas oyendo su nombre completo —dijo Mara, con la voz repentinamente áspera—. Mitth'raw'nuruodo. Thrawn era lo que él llamaba su nombre central.

Por el rabillo del ojo, Karrde vio algo pasar por la expresión de Corran.

—¿Así que tenías una relación de nombre-completo con el tipo? —preguntó Booster intentando en vano que pareciera casual.

—No tanto —dijo Mara—. Pero yo sabía su nombre completo. Y no había mucha gente en el Imperio que lo supiera.

Karrde se mordió el labio inferior.

—¿Sabes algo sobre su historia? ¿El principio de su historia con el Imperio, quiero decir?

—No realmente —dijo ella—. Algún comandante imperial se lo encontró en un mundo abandonado apenas entrando a las Regiones Desconocidas mientras perseguía contrabandistas. Quedó impresionado por su habilidad táctica, y se lo llevó a Coruscant. A propósito, el rumor decía que su propia gente lo había desterrado allí.

—¿Por qué? —preguntó Booster.

—No lo sé —dijo Mara—. Pero podría ser que esa nave era alguien que finalmente se dio cuenta de a dónde fue y ha venido a buscarlo.

Booster resopló.

—Van a estar realmente defraudados cuando averigüen que llegan diez años demasiado tarde.

—Quizá no —murmuró Corran—. Podría ser que no es a Thrawn al que están buscando.

Karrde estudió la cara del otro. Sí, había algo allí.

—Supongo que ésa no es una presunción ociosa —dijo suavemente—. ¿Te importaría compartirla con el resto?

El labio de Corran se crispó.

—Se suponía que no debía decir nada sobre esto a nadie pero Booster —dijo renuentemente—. Pero bajo las circunstancias… Ese devaroniano del que recibiste el Documento de Caamas, ¿Karrde? Encontró algunas otras datacards en el mismo lote. Una de ellas estaba etiquetada «La Mano de Thrawn».

Karrde asintió lentamente. Así que ese era el secreto que Leia no quiso contarle en Wayland. Y la razón por la que había mirado a Mara de forma tan extraña.

—La datacard estaba tan revuelta que no pudieron sacar nada de ella —continuó Corran—. La Consejera Organa Solo pensó que podría ser la versión de Thrawn de la Mano del Emperador. El General Bel Iblis quería que yo le preguntara a Booster si se había encontrado con el término antes.

—Nunca —dijo Booster, agitando la cabeza—. ¿Karrde? ¿Mara?

—No —dijo Karrde.

—Yo tampoco —dijo Mara—. Y personalmente, encuentro difícil imaginarme a Thrawn teniendo ese tipo de agente encubierto. Él no hacía el mismo tipo de manipulaciones políticas que el Emperador. Además, tenía a los noghri si necesitaba algún trabajo especial.

—Sin embargo había una datacard con ese título en los archivos privados del Emperador —señaló Karrde—. Eso debe significar algo.

—¿Y cómo sabes que era de sus archivos privados? —preguntó Booster.

—Porque si fuera algo que Bel Iblis podría haber buscado en los archivos de Kamparas, no habría enviado a Corran a preguntarte acerca de ello —señaló Karrde.

—Muy cierto —retumbó Booster—. ¿Así que supones que estas naves están buscando a Thrawn o a esta Mano de Thrawn?

—O si no la persona en la nave es la Mano de Thrawn —dijo Mara—. Sea lo que sea, está empezando a verse más importante que nunca que intentemos rastrear estas naves.

—De acuerdo —dijo Karrde—. ¿Cómo sugieres que empecemos?

—Tenemos el vector de su salto de hace unos minutos —dijo Mara—. También tenemos el vector de la nave de Kauron. Faughn está trazando un punto de intersección.

—Lo tengo —dijo Faughn—. Es un sistema inexplorado en el sector Gradilis, justo en el límite entre el Espacio Salvaje y las Regiones Desconocidas. Está listado como el sistema Nirauan, así que alguien debe haber visitado el lugar, pero no hay ningún otro dato.

—Suena demasiado fácil —retumbó Booster—. No serían realmente tan estúpidos como para saltar así directamente a su base, ¿o sí? Especialmente no con nosotros mirándolos.

—Depende de cómo hagan sus saltos —señaló Karrde—. Podrían no tener el poder de computación a bordo para manejar los complicados cálculos del hiperespacio. O podría ser que su regreso a casa esté preprogramado para asegurarse de que ninguna de sus naves se pierda.

—Puede que tampoco se den cuenta de que todavía podemos detectar su vector por unos microsegundos después de que saltan —agregó Mara—. Ambas veces ahora se han asegurado que estaban fuera de nuestra línea visual antes de usar su hiperimpulsor. Podrían pensar que eso es todo lo que tienen que hacer.

—De todos modos, es un lugar por donde empezar —dijo Karrde, rezumando una rara renuencia.

Una renuencia que Mara evidentemente pudo oír en su voz.

—¿Preferirías que no vayamos? —preguntó—. Podríamos simplemente denunciar todo esto a la Nueva República y dejarlos que se ocupen ellos.

—¿Corran? —preguntó Booster.

El piloto de Ala-X todavía estaba mirando fijamente a las estrellas por el ventanal.

—Puedo llevárselo a Bel Iblis, no hay problema —dijo, sonando vagamente distraído—. Pero dudo que él pueda hacer algo al respecto, por lo menos no por ahora. Todo este asunto de Caamas tiene a todos con el agua al cuello.

Karrde asintió, su renuencia instintiva se volvió todavía más oscura. Booster tenía razón: esto era demasiado fácil. Una trampa, quizás, o por lo menos una salvaje búsqueda del tesoro y una pérdida de tiempo.

Pero si no lo era…

—No, será mejor que lo investigues tú —suspiró—. Haz que Faughn le transmita su programa a Chin antes de saltar; repartiremos sus asignaciones entre las otras naves.

—Correcto —dijo Mara—. ¿Quieres que nos encontremos en alguna parte en particular cuando volvamos?

—Sólo ponte en contacto con la red… ellos me encontrarán —le dijo Karrde—. Y ten cuidado.

—No te preocupes —le aseguró severamente Mara—. Si están intentando algún juego, van a lamentar que lo intentaron con nosotros. Hasta luego.

Karrde apagó el comunicador.

—Buena suerte —dijo suavemente.

—No te preocupes, estarán bien —dijo Booster, sacando el comunicador de la mano de Karrde y volviendo a ponerlo en su propio cinturón—. Ambas Mara y Faughn son bastante duras, y el *Hielo Estrellado* es una buena nave. Mejor que esta, por lo menos —agregó, mostrando un ceño mientras pasaba a Karrde y volvía a bajar de la pasarela de comando—. Está bien, Bodwae, ¿qué parpadeante estiércol de mradhe está pasando con esos escudos?

Se acuclilló para oír las excusas del laerdociano; y cuando lo hizo, Karrde se acercó a Corran.

—Estabas justo aquí cuando esa nave alienígena pasó —dijo en voz baja—. ¿Por casualidad sentiste algo inusual acerca de ella?

Corran le dio una mirada indirecta.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que sea que Skywalker capta cuando está cerca de un grupo de clones —le dijo Karrde—. Lo que sea que sea esta perturbación que crean en la Fuerza.

Por un largo momento el único sonido en el puente fue la discusión que seguía detrás de ellos, ahora se había vuelto de tres vías, cuando Shish se unió al lado de Bodwae.

—No sé qué siente Luke cuando hay clones cerca —dijo por fin Corran, con voz apenas audible—. Todo lo que yo sentí, fue la presencia de algo alienígena.

Karrde asintió.

—Ya veo.

Corran se volvió para enfrentarlo.

—Mi «*talento*» no es precisamente de conocimiento público, Karrde —dijo, con tono en alguna parte entre el desafío y la amenaza.

—Sí, lo sé. —Karrde contestó de igual modo—. Es sabio de tu parte mantenerlo de esa forma.

—Eso creo —contrapuso Corran—. El problema es, que tú estás en el negocio de vender información.

—Ah, pero también estoy en el negocio de la supervivencia —dijo Karrde—. Y en esta galaxia tan grande y peligrosa uno de vez en cuando necesita una mano de ayuda. —Alzó una ceja—. Siempre creo que es bueno que haya cartas en esa mano sobre las que la oposición no sabe.

La frente de Corran se arrugó ligeramente.

—¿Entonces así es como funciona, eh? ¿Tú te quedas callado, y yo te debo una?

Karrde miró atrás a lo largo de la pasarela de comando. De a la vuelta de la esquina del puente de popa Mirax y Valin habían reaparecido, Mirax se veía cauta, el muchacho tironeaba con impaciencia de la mano de su madre con el obvio deseo de correr con papá.

—Sí, me debes una —le dijo a Corran—. Pero te aseguro que cuando te la pida, será algo seguro. Le debo tanto a Mirax. —Consideró—. O eso, o algo vital que necesite absolutamente ser hecho.

Corran resopló suavemente.

—Eso cubre mucho terreno.

Karrde se encogió de hombros.

—Como ya dije. Es una galaxia muy grande y peligrosa.

CAPÍTULO 12

La pared oeste del Complejo de Entretenimiento Resinem estaba sucia e incrustada de sal, descolorida por el tiempo y agujereada por las esquirlas de la explosión que hace quince años había aplanado la casa de juego rival calle abajo. Se decía que la pared oeste de Resinem era bastante atractiva desde el lado lejano de la depresión de cincuenta metros que marcaba el centro de la explosión, los pedazos esparcidos de daño se entrelazaban en patrones visuales intrigantes, particularmente a la luz cambiante de un anochecer de Borcorash.

Pero el anochecer ya había pasado hace mucho tiempo, y Shada de cualquier forma no estaba en el lado lejano del agujero. Ella estaba a tres-cuartos de camino subiendo la pared oeste, clavando cuidadosamente sus ganchos de escalar en las varias grietas y cavidades; y desde esta perspectiva, todo lo que podía ver era que la pared estaba sucia y no muy divertida. Únete a un grupo contrabandista, pensó oscuramente por aproximadamente quinta vez desde que empezó la escalada. Visita un lado de la galaxia que los turistas nunca ven.

No era divertido, pero era necesario. Muy pronto ahora Mazzic y Griv serían escoltados al piso superior de Resinem para una reunión ultra-privada con un kubaz de habla lisonjera que representaba a un sombrío cártel del crimen hutt. Griv estaba llevando una caja pequeña llena de ryll, el kubaz estaría llevando una caja de tamaño similar llena de gemas de fuego de Sormahil, y en teoría el encuentro terminaría con un intercambio simple y mutuamente provechoso.

En teoría.

En alguna parte a la distancia a su derecha un aerodeslizador dio una vuelta preparándose para aterrizar; y cuando sus luces de aterrizaje salpicaron brevemente de pálida iluminación la pared delante de ella, Shada sintió una nueva oleada de depresión barrer a través de su ser. No había estado en casa en Emberlene por más de doce años, no desde que Mazzic la había contratado como su guardaespaldas, pero la mugre y deterioro de esta pared le habían traído de vuelta todos esos recuerdos como si hubiera sido ayer. Recuerdos de crecer en medio de las ruinas de lo que alguna vez habían sido grandes ciudades. Recuerdos de la muerte que había golpeado tan a menudo a su alrededor, muerte por enfermedad, por desnutrición, por violencia, por desesperanza. Recuerdos del hambre penetrante, de prolongar la existencia gracias a las alimañas que ella podía atrapar y matar, y por su porción de los magros comestibles que venían de lo que quedaba de la tierra cultivable del campo.

Y de los suministros extraplanetarios que finalmente empezaron a llegar. Suministros que no eran donados por ciudadanos extraplanetarios o una República generosa, sino ganados por la sangre, el sudor y las vidas de las guardias de las sombras Mistryl.

Ellas eran la élite de lo que quedaba de la sociedad de Emberlene, comisionadas personalmente en su cruzada por las Once Ancianas del Pueblo; y desde su más temprana

niñez Shada había querido con todo su corazón ser una de ellas. Las Mistryl recorrían las rutas estelares, una hermandad de mujeres guerreras exquisitamente entrenadas, que vendían sus servicios y habilidades de combate a los oprimidos e impotentes de la galaxia y recibían a cambio el vital dinero para mantener vivos a los remanentes de su mundo devastado.

Un mundo cuyo pueblo nunca nadie ni siquiera notó, y por el que mucho menos se preocupó. A diferencia de, digamos, Caamas.

Con un esfuerzo, reprimió la oleada de resentimiento por la atención que Caamas había estado recibiendo el pasado par de semanas. La destrucción de Emberlene estaba ya demasiado lejana en el pasado como para que nadie se pusiera emocional, ni siquiera ella. Nadie en la galaxia se había preocupado cuando fue atacado; ciertamente no se podía esperar que se preocuparan ahora. Sí, era injusto, pero nunca nadie dijo que el universo fuera justo.

De cerca arriba y a su izquierda vino un suave eructo interrogativo. Shada hizo una pausa, mirando arriba en la oscuridad, y encontró el reflejo de un débil par de ojos muy juntos mirándola hacia abajo desde la sombra profunda.

—Está bien —murmuró hacia los ojos, cuidadosamente tirándose arriba para ver más de cerca. En esta parte de Borcorash era probablemente una inofensiva ave fanfarrona, pero no estaba de más tener cuidado.

La cautela resultó ser innecesaria. Era de hecho un ave fanfarrona, descansando en un nido construido en un nicho particularmente profundo en la pared. Por debajo de su ala vio un par de huevos moteados.

—No te preocupes, no tengo hambre —tranquilizó a la criatura. Hubo una vez, recordó oscuramente, en que había sido bastante buena en atrapar aves de ese tamaño. Sabían mucho mejor que los insectos carroñeros de la ciudad.

Sacudiéndose los pensamientos, balanceó su peso para liberar una mano y sacó un ancla de seguridad de su arnés de escalar. Sus instructoras Mistryl probablemente habrían criticado su uso de una línea de seguridad, señalando que tomaba tiempo sujetar las anclas y que una verdadera Mistryl nunca se resbalaría en primer lugar. Pero habían pasado muchos años desde su entrenamiento de escalar, y toda la velocidad en la galaxia no le serviría de nada si caía antes de llegar a la azotea.

Por otro lado, si había algo de cierto en las sospechas de Mazzic sobre esta reunión, llegar allá demasiado tarde sería tan fútil como no llegar allá en absoluto. Quedaban unos dos metros de pared, estimó cuando miró hacia arriba, y quedaban quizá el doble de minutos antes de que Mazzic y Griv llegaran arriba. Asegurando la delgada y casi invisible línea de seguridad en el ancla, no esperando a que terminara el débil siseo de la soldadura molecular entre ancla y pared, pasó el nido del ave fanfarrona y continuó su ascenso.

Había llegado a la cima, y estaba empezando a alzar una mano hacia el borde, cuando oyó un sonido débil.

Se congeló, escuchando, pero el sonido no fue repetido. Bajando la mano, sacó otra ancla de seguridad de su arnés y la puso contra la pared tan a su izquierda como pudo alcanzar. Esperando que el siseo fuera demasiado bajo para ser oído por quienquiera que estuviera allá arriba, aseguró su línea de seguridad en el ancla y también trabó el carrete en su arnés. Ahora, si le disparaban cuando asomara la cabeza por encima del borde, dejarse caer la haría girar alrededor de ese punto en un estrecho arco para salir un metro y medio al costado. No era mucho, pero en un tiroteo la habilidad de desviar el objetivo de un oponente incluso tan poco podría hacer toda la diferencia. Sacando su bláster de su pistolera, descorrió el seguro…

—Hola, Shada —dijo una voz suave desde directamente encima de ella.

Miró hacia arriba. Una figura encapuchada estaba de pie en el borde mirándola hacia abajo. Pero incluso en la penumbra Shada pudo ver lo suficiente de la cara de la otra…

—¿Karoly? —murmuró.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿no? —dijo Karoly D'ulin—. Sólo pon tu bláster aquí en el techo, ¿por favor? Entonces sube.

Shada se estiró y puso el arma al lado de los pies de Karoly. Entonces, recordando destrabar el carrete de la línea en su arnés, subió el resto del camino.

Enderezándose, echó una mirada rápida a su alrededor. Aquí en el borde el techo era plano, pero unos metros hacia adentro subía en un ángulo empinado otro metro o algo así antes de aplanarse de nuevo. Más allá de la elevación Shada pudo ver la cima de la cerca que coronaba la larga claraboya de la habitación superior.

La habitación donde Mazzic estaba a punto de empezar sus negocios.

—Eres probablemente la última persona que habría esperado ver aquí —comentó, mirando de vuelta a Karoly.

—Me lo imagino —convino Karoly. Había recogido el bláster mientras Shada estaba terminando su ascenso, y ahora lo había guardado en alguna parte dentro de su capa—. También puedes quitarte esos ganchos de escalar… volveremos a bajar por una de las escaleras interiores. Sólo déjalos en el techo, por favor.

—Por supuesto —dijo Shada, desabrochándose los ganchos de los antebrazos y apoyándolos en el techo a su lado. No eran tan útiles como armas, pero Karoly obviamente no estaba interesada en arriesgarse. Arrodillándose, desenganchó los ganchos de los pies también, entonces se enderezó de nuevo—. ¿Contenta?

Karoly frunció los labios.

—Actúas como si fuéramos enemigas, Shada. No lo somos.

—Me alegra oír eso —dijo Shada, estudiando la cara de la mujer más joven. Ciertamente había pasado mucho tiempo desde que habían trabajado juntas… de hecho, casi veinte años, desde Tatooine y ese casi fiasco con el proyecto *Hammertong* de los imperiales. El recuerdo que le había quedado a Shada de ese incidente era de una Karoly joven e inexperta y un poco propensa a ponerse nerviosa.

Pero el recuerdo ya no era la mujer que ahora estaba de pie ante ella. En algún momento de esos veinte años, Karoly había desarrollado gracia y compostura, y un aire de considerable competencia.

—¿Cómo supiste que subiría de este lado?

—No lo sabíamos —dijo Karoly, encogiéndose de hombros—. El resto de los accesos a la azotea también están vigilados. Pero yo creí verte deslizándote alrededor del costado del edificio en ese vestido azul de muchas capas tuyo, y supuse que podrías intentar este camino. —Señaló al cabello elaboradamente enrollado y trenzado de Shada, entonces a su ajustado traje de salto de combate y arnés de escalar—. Debo decir, que el vestido sentaba mejor con ese peinado que el equipo de lucha. ¿Qué son esas cosas que lo mantienen en su lugar?

—Son agujas zenji laqueadas —le dijo Shada—. A Mazzic le gusta que me vea decorativa.

—Camuflaje útil para una guardaespaldas —dijo Karoly—. Hablando de camuflaje, supongo que una de las agujas debe ser un señalizador o comunicador enmascarados. Sólo déjala caer al techo, ¿de acuerdo?

Shada hizo una mueca.

—No te pierdes ni un truco, ¿no? —dijo, sacándose el señalizador de su lugar detrás de su oreja derecha y agregándolo al montón de ganchos de escalar—. Estoy tan contenta de que no seamos enemigas. ¿Quiénes son estos nosotros que mencionaste?

—Tengo un cliente conmigo. —Karoly señaló con la cabeza hacia la sección más alta del techo—. Está allí.

¿Agachado junto a la claraboya con el rifle bláster de francotirador?

—¿Haciendo qué?

—Nada que te preocupe —dijo Karoly—. A partir de ahora mismo, has sido retirada del trabajo.

Shada le frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? He estado con Mazzic por más de doce años. No puedes terminar ese tipo de relación al chasquear los dedos.

—Podemos, y lo hacemos —dijo Karoly—. Ahora está claro que el grupo de Mazzic no va a volverse la organización que abarca la galaxia que las Mistryl esperaban cuando te pusieron con él en primer lugar. Y con la Alianza de Contrabandistas de Talon Karrde completamente muerta, las Once han decidido que simplemente te estás desperdiciando aquí. Es tiempo de que sigas adelante.

—Está bien —dijo Shada, dando dos pasos atrás alejándose de Karoly a lo largo del borde del techo y levantando el cuello como si intentara ver si podía ver al cliente de Karoly—. Le diré a Mazzic que renuncio como su guardaespaldas esta noche. Podemos partir por la mañana.

Karoly agitó la cabeza.

—Lo siento. Partimos ahora.

Shada la miró de nuevo, dándole una mirada dura a Karoly y subrepticiamente midiendo la distancia entre ellas. Tres metros; casi perfecto.

—¿Por qué? —demandó—. ¿Porque tu nuevo cliente quiere asesinarlo?

Incluso a la escasa luz pudo ver a Karoly haciendo una pequeña mueca de dolor. Pero cuando la otra mujer habló su voz era lo bastante firme.

—Te sugiero que intentes recordar quiénes somos, Shada —dijo—. Nosotras somos Mistryl. Recibimos órdenes y las cumplimos.

—También soy la guardaespaldas de Mazzic —dijo Shada en voz baja—. Y había una vez un tiempo en que las Mistryl recibían honor y cumplían con el deber. No sólo con las órdenes.

Karoly resopló por lo bajo.

—Honor. Has estado fuera de contacto, ¿no?

—Aparentemente sí —contrapuso Shada—. Siempre he intentado creer que ser una Mistryl me ponía unos pasos adelante del montón de basura de los mercenarios y asesinos a sueldo. Perdona mi ingenuidad.

La cara de Karoly se oscureció.

—Hacemos lo que sea necesario para mantener viva a nuestra gente —dijo entre dientes—. Si algunos hutts viscosos quieren apuñalar por la espalda a algún otro contrabandista viscoso, eso no es asunto nuestro.

—Corrección: no es asunto tuyo —dijo Shada—. Es el mío. Yo tengo un trabajo que hacer, Karoly; y puedes salir de mi camino o puedes salir herida. —Llevó la mano a su arnés y trabó su línea de seguridad…

La mano de Karoly pareció sacudirse bruscamente, y de repente había un bláster pequeño en ella.

—Quieta —ordenó—. Separa las manos del cuerpo. Vacías.

Shada sostuvo los brazos flojamente a sus costados, con los dedos extendidos para demostrar que no estaba sosteniendo nada.

—Tendrás que matarme para detenerme —advirtió.

—Espero que no. Ahora date la vuelta.

Ese era el momento. Con los brazos todavía sostenidos a los costados de su cuerpo, Shada rotó noventa grados para enfrentar a la claraboya…

Y dando un paso hacia atrás, saltó por el borde del techo.

Medio esperaba que Karoly le diera un rápido disparo de bláster antes de que ella desapareciera por el borde. No sucedió; Karoly estaba o congelada por la sorpresa o si no demasiado auto-controlada como para disparar inútilmente. Pero Shada no tenía tiempo para especular cuál. La línea de seguridad se tensó con un chasquido, y de repente ella estaba haciendo carambola en la pared cuando colgó hacia abajo y a la derecha, pivotando sobre la última ancla que había puesto cerca de la azotea. Otros dos segundos, estimó, y pasaría el punto medio de su oscilación y giraría de nuevo arriba hacia la azotea donde Karoly y su bláster la esperaban.

Tenía sólo esos dos segundos para encontrar una forma de derribar a quien una vez había sido su amiga.

El ave fanfarrona sobresaltada ni siquiera tuvo tiempo de graznar cuando Shada la cogió de su nido. Se las arregló para agarrar uno de los huevos con la otra mano, y entonces estaba balanceándose de vuelta hacia el tejado.

Y su periodo de gracia de dos segundos había terminado. Incluso mientras ponía al pájaro sobre su hombro en posición de tiro Karoly apareció sobre ella al borde del tejado, corriendo hacia el punto del que Shada había saltado, con los ojos y bláster buscando abajo por el costado del edificio. Cuando vio a Shada… se tambaleó por una fracción de segundo mientras intentaba detener su movimiento hacia adelante y apuntarla…

Y con un gruñido por el esfuerzo, Shada le lanzó el ave fanfarrona a la cara.

No hubo tiempo para que Karoly piense, nada de tiempo para que ella ni siquiera hiciera una pausa y evaluara. Hubo una confusa agitación súbita de alas delante de ella cuando el ave fanfarrona intentó recuperar el equilibrio; y en la ausencia de pensamiento, los poderosamente inculcados reflejos de combate Mistryl tomaron el control. Se tiró atrás, el movimiento afectó incluso más su incierto balance, giró el cañón de su bláster hacia el misil que se acercaba, y disparó.

El disparo del bláster acertó al ave fanfarrona justo en el centro, y de repente las alas batiendo se volvieron un tumulto de llamas, chispas y humo acre. Karoly se agachó apartándose de la bola de fuego, y girando la cabeza al costado…

Justo a tiempo para recibir el huevo de ave fanfarrona arrojado por Shada directo en el puente de la nariz.

Suspiró cuando el huevo se le reventó en los ojos, lanzando su mano libre para intentar limpiarse la masa semilíquida que la cegaba mientras Shada destrababa su línea de seguridad de nuevo y saltaba a hacia la azotea. Rodeando un par de metros a su derecha para salir de la línea de fuego del bláster que todavía se ondeaba en su dirección general, se giró hacia adentro.

Alcanzó a Karoly justo cuando la mujer más joven consiguió aclararse los ojos, pateándole el bláster fuera de la mano mientras ella intentaba adelantar el arma hacia ella. El bláster golpeó el borde del techo detrás de Karoly y rebotó hacia la oscuridad de abajo.

—Shassa. —Karoly siseó la vieja maldición, saltando a su derecha fuera del alcance de Shada y sacando de alguna parte un cuchillo brillante—. Shada…

—Yo estoy cumpliendo con mi deber —dijo Shada, apartándose un paso a la derecha de la punta del cuchillo—. Tú todavía tienes la opción de salir de mi camino.

Karoly siseó algo más y arremetió hacia adelante. Shada dio otro paso hacia la derecha, fintó hacia Karoly, dio otro paso rápido al costado y entonces cambió de dirección de vuelta hacia la claraboya.

Pero Karoly se había anticipado al movimiento. Parpadeando para sacarse más huevo de los ojos, dio una zancada en la misma dirección, agitando su cuchillo amenazadoramente. Shada respondió moviéndose peligrosamente cerca del borde del techo y dando dos rápidas zancadas a lo largo de él en un esfuerzo por dar la vuelta hacia

el lado izquierdo de Karoly y alejarse de la mano del cuchillo. Karoly se dio la vuelta en respuesta, con el cuchillo listo.

—No me hagas hacer esto, Shada —gruñó.

Gruñó. Y sin embargo, Shada pensó que también pudo oír por debajo una nota de súplica.

—Está bien, Karoly —dijo suavemente—. No lo haré. —Volviendo a asegurar la línea en su arnés de escalar, brincó hacia atrás una última vez a lo largo del borde del techo…

Y la línea de seguridad que sus maniobras de pelea cuidadosamente coreografiadas habían enredado prolijamente detrás de Karoly se alzó tensa para agarrar a la mujer más joven por el borde superior de sus botines. Agitando su cuchillo inútilmente cuando los pies le fueron quitados de un tirón de abajo de ella, cayó con un ruido que sonó doloroso sobre su espalda.

Shada estuvo sobre ella en un instante, con un pie cayendo sobre la muñeca del cuchillo de Karoly, entonces palmoteó la otra mano y clavó las puntas endurecidas de los dedos en el punto blando debajo de su caja torácica. Con un gruñido de agonía Karoly se dobló alrededor del impacto y se volcó sobre su costado. Shada golpeó de nuevo, esta vez clavando los dedos detrás de la oreja de Karoly, y la mujer más joven se relajó y se quedó inmóvil.

Con la respiración agitada, Shada se estiró y cogió el cuchillo de la mano flácida de Karoly, cortando su línea de seguridad antes de que terminara enredándose ella misma. La pelea no había tomado mucho y había sido razonablemente silenciosa, pero las probabilidades eran de que el cliente de Karoly hubiera oído la conmoción y estuviera viniendo a investigar. Si podía arreglárselas para encontrárselo a medio camino…

Un movimiento por el rabillo del ojo fue su única advertencia. Pero fue suficiente. Incluso mientras se tiraba al costado en una zambullida cuerpo a tierra un rayo de bláster chirrió a través del aire adonde ella había estado parada. Rodó de vuelta sobre sus rodillas, barriendo con la mirada la sección elevada de la azotea y localizando a su atacante: una figura agachada en un poncho y capucha negra, con el sobresaliente hocico de su rifle bláster buscándola. Con un rápido movimiento de la mano, Shada arrojó el cuchillo de Karoly hacia él.

El francotirador rodó al costado al instante, escondiendo la cabeza tras la relativa protección de sus brazos y rifle, el arma ahora escupía su fuego mortal en modo de repetición mientras la buscaba. Pero en este caso el reflejo del viejo cazador de recompensas lo había traicionado. El cuchillo giró precisamente hacia su blanco intencional no el francotirador que esquivaba, sino la ráfaga de fuego de bláster de su arma. La interceptó justo por delante del cañón del arma, los rayos golpearon la hoja y la destruyeron en un azul de astillas fundidas y luz reflejada.

Y por el próximo par de latidos del corazón el francotirador estaría efectivamente ciego.

Dos latidos del corazón eran todo lo que Shada necesitaba. Subió todo el camino al techo, saltando por encima del fuego de bláster escupido ahora buscándola ciegamente, sus dedos se lanzaron a su cabello plegado por una de las agujas zenji laqueadas. Se abrió en una cascada de rizos sueltos; y cuando sus pies golpearon el techo de nuevo, la arrojó.

Y con un estrépito ahogado el bláster se quedó en silencio.

Estaba junto al francotirador en un instante, arrancando el arma de las manos del hombre muerto y corriendo por el techo. Si el francotirador era meramente el respaldo y no el ataque principal, ella todavía podría haber fallado. Deteniéndose junto a la claraboya, se agachó al borde y se asomó hacia la habitación de techo alto de abajo.

No había fallado. Tres metros por debajo de ella había una mesa decorada ornamentada, con Mazzic y Griv de un lado y el kubaz y un humano de aspecto áspero del otro. Los dos lados ya habían intercambiado cajas y estaban en el proceso de verificar sus nuevas posesiones. El kubaz cerró su caja después de lo que pareció ser un examen superficial, parado tiesamente detrás de la mesa con un obvio aire de expectativa. Le tomó a Mazzic otro minuto estar igualmente satisfecho con su lado del trato, entonces también cerró su caja. Le inclinó la cabeza amablemente al kubaz y se apartó un paso de la mesa, su boca se movía con lo que probablemente eran sus usuales comentarios de despedida. El kubaz se quedó donde estaba y cuando Mazzic y Griv retrocedieron otro paso, su aire de expectativa dio paso a uno de perplejidad. Su largo hocico se sacudió de indecisión, claramente queriendo mirar arriba pero igual de claramente no queriendo telegrafiar el final sorpresa que todavía estaba esperando.

De todos modos, si todo lo que quería era una sorpresa, Shada podría complacerlo. Alineando el rifle bláster hacia la base del hocico largo del alienígena, tocó el cañón ligeramente contra la claraboya.

Los cuatro miraron arriba. La expresión del kubaz era imposible de leer, pero su compañero más que lo compensaba. Su boca se abrió en incredulidad aturdida, su mano bajó al bláster colgando de su cinturón a su lado. Shada cambió su objetivo a su frente; lentamente, levantó la mano… vacía… a su pecho. Por el rabillo del ojo ella vio a Mazzic arrojándole un saludo abreviado, y entonces él y Griv salieron de su campo visual.

Shada mantuvo el arma apuntada en el kubaz y su amigo durante una cuenta hasta treinta. Entonces, dándoles el mismo saludo que Mazzic les había dado hace un momento, retrocedió de la claraboya.

—¿Ha terminado? —preguntó la voz de Karoly desde atrás de ella.

Shada se volvió para mirar. La mujer más joven estaba de pie al lado del asesino muerto al borde del techo superior, su expresión imposible de leer.

—Sí —le dijo Shada—. Tu cliente decidió no continuar con el trato después de todo.

Karoly miró abajo al cuerpo a sus pies.

—Las Once no van a estar contentas acerca de esto.

—Estoy acostumbrada a que la gente no esté contenta conmigo —suspiró Shada, bajando el rifle bláster a la azotea—. Lo superaré.

—Esto no es cosa de bromas, Shada —gruñó Karoly—. Te han dado una orden directa. Si ahora te quedas con Mazzic, ellas pondrán a un escuadrón detrás de ti antes de que termine la semana.

—No voy a quedarme con Mazzic —dijo Shada—. Como te dije, renunciaré como su guardaespaldas esta noche.

—¿Y crees que eso lo arreglará todo con las Once? —se mofó Karoly.

—Supongo que eso depende de si alguna de ellas todavía recuerda quiénes somos —dijo Shada, con un profundo sentido de tristeza fluyendo en ella. Una tristeza que se sentía como si se hubiera estado juntando alrededor de su corazón durante un largo, largo tiempo—. Las Mistryl a las que yo me uní hace veintidós años eran un clan honorable de guerreras luchando para conservar lo que quedaba de nuestra gente. Guerreras honorables que no comerciaban a sabiendas con asesinatos. Espero que por lo menos algunas de las Once recuerden eso.

—Quizá las Once han cambiado. —Karoly apartó la mirada a las azoteas oscuras de la ciudad—. Quizá las Mistryl han cambiado.

—Quizá lo hayan hecho —dijo Shada—. Pero yo no. —Estudió a su amiga—. Pero claro, tampoco tú.

Karoly volvió a mirarla.

—En serio. Me gustaría saber lo que dije para darte esa impresión.

—No fue lo que dijiste —le dijo Shada—. Fue lo que hiciste. Después de que te quité tu bláster de una patada, cuando sacaste ese cuchillo para atacarme.

—¿El que te atacara con un cuchillo te convenció de que estaba de tu lado?

—Sí —dijo Shada—. Todavía tenías mi bláster. —Karoly puso su mano en su costado—. Sí, supongo que sí. Me imagino que lo quieres de vuelta.

Shada se encogió de hombros.

—Podría ser más difícil explicar lo que pasó aquí si todavía lo tienes cuando vuelvas a Emberlene.

—Es cierto —concedió Karoly. Movió rápidamente la muñeca, y el bláster voló en un arco largo para caer limpiamente en la mano que esperaba de Shada—. Hablando de Emberlene, si fuera tú, me mantendría lejos de allí. Dicho sea de paso, yo me mantendría lejos de cualquier otra Mistryl, y punto. Durante los próximos diez años, si puedes conseguirlo.

—No necesitaré esconderme tanto tiempo —dijo Shada, deslizando el bláster de vuelta a su pistolera—. Parece que la galaxia está por hervir de nuevo acerca de este asunto de Caamas. Las Once pronto tendrán cosas más importantes en las que pensar que en mí.

Karoly murmuró algo.

—Caamas. Caamas, y Alderaan, e incluso ese planeta de agua enlodada de los noghri, Honoghr. A veces casi me hace reír cuando pienso acerca de qué mundos son llorados.

—Estar amargadas por eso no sirve de nada —dijo Shada.

—¿Y qué lo hace? —replicó Karoly—. Por lo menos estar amargada demuestra que todavía no estás muerta.

—Quizás —dijo Shada—. Si estás dispuesta a conformarte con eso.

—¿Supongo que has encontrado algo mejor?

—No lo sé —dijo Shada—. Aunque tiene que haber algo. —Señaló a una pequeña estructura rectangular como un cobertizo en el lado lejano de la claraboya—. ¿Es esa de allí la salida?

—Una de ellas —dijo Karoly—. Si no te importa arriesgarte a encontrarte con el kubaz y sus compañeros en el camino abajo.

Shada esbozó una estrecha sonrisa.

—Me dejarán el paso.

Casi de mala gana, Karoly le devolvió la sonrisa.

—Estoy segura de que lo harán. —La sonrisa se desvaneció—. Pero entiende esto, Shada. Cualquier cosa que hice aquí, lo hice para… bueno, las razones son complicadas. Pero si las Once me envían detrás de ti…

—Lo entiendo —asintió Shada—. Intentaré no ponerte en esta posición de nuevo.

—No te preocupes por mí —dijo Karoly—. Tú sólo preocúpate por ti. —Alzó ligeramente la cabeza—. ¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer ahora?

Shada miró arriba a las estrellas.

—De hecho —dijo en voz baja—, sí la tengo.

• • •

—Quédese quieto, por favor, señor —dijo el droide Emedé con su voz profunda, sus dedos mecánicos manejaban la sonda con precisión microscópica mientras la alineaba—. Espero que esta sea la última pasada.

—Bueno —dijo Luke, respirando profundo y cultivando su paciencia. Ya había estado sentado aquí por casi media hora, pero ya casi había terminado.

El droide introdujo la sonda en el oído derecho de Luke, con una sensación que oscilaba entre una comezón y unas cosquillas. Luke tomó fuerza; y entonces, con un fuerte sonido de succión había terminado.

—Gracias, señor —dijo el Emedé, dejando la sonda en el recipiente de reclamación a su lado y echando unas pocas últimas gotas de bacta—. Me disculpo de nuevo por el tiempo y las molestias que esto le ha ocasionado.

—Está bien —le aseguró Luke, bajándose de la mesa y frotándose el último vestigio de la comezón/cosquillas con una yema del dedo—. Sé que es fácil decir que nunca habrá otra escasez de bacta como la que hubo durante la guerra. No siempre es tan fácil creerlo.

—Yo estuve en este establecimiento durante esa época —dijo gravemente el Emedé—. No podíamos darnos el lujo de comprar el bacta del mercado negro, aun

cuando hubiera estado disponible para nosotros. Vi morir a muchos que podrían haberse salvado.

Luke asintió. Y como resultado, por los últimos doce años los médicos a cargo aquí habían establecido una rígida política de conservar hasta la última gota de bacta, incluso hasta el punto de chuparla de las orejas de los pacientes cuando era necesario.

—Aunque no puedo decir que esta última parte fuera muy placentera —dijo—. Por otro lado, odiaría haber llegado y averiguar que no tenían suficiente bacta para tratarme.

—Quizás es sólo el camino del viejo hábito —dijo el droide—. De todos modos, me dicen que es sabio recordar el pasado.

—Ciertamente que lo es —convino sobriamente Luke, señalando con la cabeza al recipiente de reclamación de bacta—. Y es aún más sabio aprender de él.

Erredós estaba esperándolo en la sala que le habían asignado, enchufado al escritorio y trinando suavemente para sí mismo mientras conversaba con la computadora principal del establecimiento médico. Su domo giró cuando Luke entró, su trino cambió a un silbido entusiasmado.

—Hola, Erredós —dijo Luke—. ¿Te mantienes ocupado?

El pequeño droide hizo un gorjeo que sonó afirmativo, y cambió a algo interrogativo.

—Oh, estoy bien —le aseguró Luke, palmeándole el costado—. Algunas de las esquirlas estaban bastante profundo, pero las sacaron a todas. Una pequeña zambullida en un tanque de bacta, y estoy como nuevo. El médico dijo que no debía volar por otra hora o algo así, pero de todos modos probablemente nos tomará ese tiempo conseguir sacar la nave y prepararla.

Erredós silbó de nuevo, rodando su domo alrededor en un círculo completo.

—Sí, veo que también hicieron un buen trabajo contigo —convino Luke—. ¿Les pediste que echaran una mirada al Ala-X?

Otro gorjeo afirmativo.

—Que bien —dijo Luke—. Entonces supongo que la única pregunta que queda es adonde debemos ir a continuación.

El domo de Erredós giró atrás para enfrentarlo de nuevo, con una nota perceptiblemente sospechosa en su siguiente trino.

—No estamos aquí afuera de vacaciones, Erredós —le recordó Luke, poniendo una silla junto al droide adonde podía mantener un ojo en la pantalla de la computadora del escritorio para las traducciones más complicadas—. Estamos aquí para rastrear a esos clones y averiguar de donde vienen. No vamos a lograr eso yendo a casa a Yavin o a Coruscant.

Miró por la ventana a las colinas que se alzaban empinadamente detrás de su habitación, su alfombra de céspedes dorados brillaba al sol de la tarde. Sí, la declaración de la misión en sí misma era perfectamente simple. Desafortunadamente, el procedimiento necesario para completarla era cualquier cosa menos eso. Había intentado el acercamiento subrepticio a esa base Cavrilhu; todo lo que había conseguido por su

esfuerzo había sido otro baño más en un tanque de bacta. Y, por supuesto, la oportunidad de ver a Mara de nuevo.

Hizo una mueca. Mara. Había estado esperando encontrársela de nuevo desde esa correría pirata que él y Han habían frustrado fuera de Iphigin… de hecho, no descartaba que Han hubiera tenido algo que ver con que Mara se presentara de esa forma en el campo de asteroides de Kauron. Había esperado encontrarse con ella, y en secreto había temido la posibilidad.

Y sin embargo, mirándolo en retrospectiva, el encuentro no había sido tan tenso como había temido que lo fuera. Ella había sido cooperativa y cortés, o por lo menos tan cortés como Mara lo era alguna vez. Más significativamente, la silenciosa aunque fuerte animosidad que había sentido radiando hacia él en su último par de breves encuentros no había estado presente.

O quizá había estado allí y él simplemente no la había notado. Quizá su deliberadamente disminuido uso de la Fuerza de estos días simplemente le había impedido sentir tan profundamente en su mente sin un sondeo deliberado.

Le frunció el ceño a las colinas. Definitivamente había algún tipo de causa y efecto trabajando aquí… de eso estaba seguro. La pregunta era ¿cuál era la causa y cuál el efecto?

Erredós trinó interrogativamente.

—Estoy intentando deducirlo —le dijo Luke, mirando la traducción—. Sólo relájate, ¿de acuerdo?

El droide trinó de nuevo y se puso en un silencio expectante. Luke suspiró y se sentó de nuevo, mirando fijamente a las colinas. Mara era un enigma, pero era un enigma que tendría que esperar. Por el momento, su futuro inmediato estaba enfocado en esta pregunta sobre los clones.

Su futuro…

Miró de nuevo a Erredós, le volvió a la mente el recuerdo de su tiempo con Yoda. El entrenamiento Jedi de Luke, y la primera vez que había tenido una visión del futuro.

Una visión que casi había resultado en desastre. Había corrido locamente a Ciudad Nube para intentar salvar a Han y Leia, y en cambio casi había conseguido hacer que los maten a todos.

Pero había aprendido tanto sobre la Fuerza desde entonces. Y había podido sacar otras visiones del futuro sin hacer nada imprudente. Últimamente sus esfuerzos en esa dirección habían sido extrañamente ingratos; pero ya que se suponía que se quedara tranquilo durante una hora o algo así de cualquier forma, no estaría de más hacer un intento.

—Erredós, voy a meditar un rato —le dijo al droide, bajándose de la silla y sentándose de piernas cruzadas en el suelo—. A ver si puedo conseguir alguna orientación. No dejes que nadie me moleste, ¿de acuerdo?

El droide zumbó una afirmación. Respirando profundo, Luke cerró los ojos y se estiró a la Fuerza. Sus pensamientos, sus emociones, todo su ser… se deslizaron en el patrón apropiado.

Y de repente el universo entero explotó delante de él en un caleidoscopio brillante de color y movimiento.

Quedó boquiabierto, la vasta imagen vacilando momentáneamente como el brillo del calor en el desierto mientras él casi perdía el control. No era como ninguna visión que hubiera tenido nunca antes. No era como nada que hubiera visto nunca antes. Cien escenas diferentes, mil posibilidades diferentes… colores brillantes, sonidos penetrantes, alegría y contento, miedo y muerte… todo se arremolinaba junto con la furia y caos de una tormenta de arena de Tatooine. Las líneas de posibilidades se entretejían o si no chocaban entre sí, a veces uniéndose, a veces rebotando separadas de nuevo, siempre cambiadas para siempre por el encuentro. Las caras familiares estaban allí entre las poco familiares, pasando delante de él o si no fluctuando detrás de otros eventos desdoblándose al límite de su visión. Vislumbró a Wedge y al Escuadrón Pícaro cuando pasaron en la furia de la batalla; vio a sus estudiantes de Jedi que inexplicablemente se dispersaban en abanico por la Nueva República, dejando la academia de Yavin desierta, se vio de pie en un balcón contra la pared de un cañón oscuro, mirando fijamente abajo a un mar de miles de estrellas diminutas; vio a Han y Leia enfrentando una enorme muchedumbre…

¿Han? ¿Leia? Con esfuerzo, se agarró a esa última línea, intentando quedarse con ella lo suficiente para ver más. Por un momento tuvo éxito, la imagen se enfocó: Leia estaba de pie en un ancho vestíbulo, con su sable de luz ardiendo en sus manos, mientras una masa de cuerpos se abría paso a través de una puerta alta; Han, de pie en un balcón externo empuñando un bláster, mirando abajo hacia la muchedumbre. La muchedumbre adentro fluyó inconscientemente adelante… un francotirador oculto en la azotea alineó su rifle bláster…

Y entonces se habían ido, desvaneciéndose en la masa revuelta de imágenes y sonidos. Por un momento Luke intentó unirse al flujo, con el sabor del miedo mezclándose con las otras sensaciones de la visión mientras intentaba alcanzar y ver lo que iba a pasarles. Pero se habían ido, y con una sensación que venía desde afuera de él mismo supo que había visto todo lo que iba ver de esa visión. Deslizándose fuera del flujo, se encaminó de vuelta al único punto fijo en la tormenta, la solidez de su propio ser. Había averiguado todo lo que podía aquí, y ahora era momento de marcharse. Empezó a retirarse, la vasta serie de imágenes empezó a su vez a retroceder y oscurecerse.

Y entonces, abruptamente, una visión final apareció delante de él: Mara, rodeada por rocas escarpadas y flotando en el agua, con los ojos cerrados, y los brazos y piernas flácidos. Como en la muerte.

¡Espera!, se oyó gritar. Pero era demasiado tarde. La imagen de Mara se desvaneció con el resto de la visión…

Y con una súbita bocanada de aire se encontró de vuelta en su habitación, mirando a las colinas por la ventana.

Colinas que ya no brillaban dorado, sino en cambio estaban perfiladas por el brillo más sutil de la luz de las estrellas.

—Vaya —murmuró, frotándose los ojos. Hubiera jurado que esa visión había durado sólo unos minutos.

A su lado, Erredós gorjeó con obvio alivio.

—Sí, también tomó mucho más tiempo de lo que yo esperaba —convino Luke—. Lo siento.

El droide trinó interrogativamente. Poniéndose de pie, haciendo una mueca de dolor por la súbita sensación punzante en músculos dejados demasiado tiempo en una posición, Luke miró la pregunta que desfiló por la pantalla de la computadora.

—No lo sé —tuvo que conceder—. Vi muchas cosas. Pero no vi nada que pareciera tener algo que ver con nuestra búsqueda.

Lo que podría significar, comprendió de repente, que esa cacería de clones ya no era lo que se suponía que debía hacer.

¿Pero entonces qué se suponía que debía hacer? ¿Ir a dondequiera que Han y Leia estaban y advertirles? ¿Ir en busca de Mara y advertirle?

Respiró profundo, estirando los músculos cansados.

El futuro siempre está en movimiento, le había dicho Yoda después de esa primera visión en Dagobah. En el momento Luke se había desconcertado por ese comentario, su visión de Han y Leia en Ciudad Nube había parecido tan simple y directa. Pero si Yoda en cambio hubiera visto algo más semejante a esta última visión, con todos sus enredos y complicaciones, entonces todo tenía sentido.

¿O él había visto algo así? ¿Podría ser que lo que Luke había experimentado aquí era algo completamente diferente? ¿Un evento especial reservado para ocasiones especiales?

Era una posibilidad intrigante. Pero por el momento, era un problema que podía hacer a un lado. Lo que importaba era que había recibido la guía que había buscado, y necesitaba actuar siguiéndola.

Todo lo que tenía que hacer era figurarse exactamente qué era esa guía.

Caminando hasta la ventana, miró arriba a las estrellas.

Lo sabrás, también le había dicho Yoda, *cuando estés tranquilo, en paz*. Respirando profundamente, Luke se puso a calmar su mente.

El trino suave de Erredós estaba empezando a asumir un tono interesado para cuando él se dio la vuelta atrás.

—Está bien —le dijo al droide—. Vi un mundo con un cañón ancho y profundo que tenía edificios construidos en los costados y muchas luces en el fondo. Busca en la computadora principal y fíjate adonde podría ser.

Erredós trinó un reconocimiento y se enchufó en el toma de la computadora. Luke caminó al costado y miró cuando un nombre de planeta y descripción surgió en la pantalla.

—No, no era Belsavis —dijo—. La superficie no estaba cubierta con glaciares, y no había ningún domo. También era mucho más templado. —Frunció el ceño, trayendo de vuelta la imagen a su memoria—. Había puentes que se arqueaban por todo el camino cruzando el cañón que vi. Eran… vi un grupo de nueve de ellos, un patrón de diamante: uno empezando en un nivel, dos más lado a lado cruzando el siguiente nivel abajo, tres más en el siguiente, entonces dos y entonces uno.

Erredós silbó y buscó un poco más. Una media-docena más de sistemas desfilaron por la pantalla…

—Espera un minuto —dijo Luke—. Retrocede uno… sistema Cejansij. Fíjate si hay alguna imagen en el archivo.

La pantalla se puso negra, entonces se alteró a una sucesión de imágenes orbitales, aéreas, y terrestres. Luke las miró pasar, y para cuando la serie acabó, sabía que era el lugar.

—Ésa es —dijo—. La Cañonada en Cejansij. Ahí es adonde vamos.

El droide gorjeó incierto, su pregunta desfiló por el fondo de la pantalla.

—No sé por qué —le dijo Luke—. Sólo sé que necesito ir allí.

Hubo otro gorjeo, este sonando ligeramente incrédulo.

—Para ser honesto, yo tampoco lo entiendo —concedió Luke—. Vi muchas cosas en esa visión, cosas que están sucediendo o que quizá están a punto de suceder. Vi a mis estudiantes abandonando la academia… por qué, no lo sé. Vi a Leia y a Han en algún tipo de problemas…

El droide trinó ansiosamente, y apareció otra pregunta.

—No, no sé si Trespeó estaba con ellos —le dijo Luke—. La cuestión es que hay muchos lugares allá fuera adonde podríamos ir, adonde yo podría afectar las cosas. Demasiados lugares.

Señaló a la vista del vasto cañón.

—Pero la Cañonada es el único lugar donde me vi realmente. La única parte de la visión adonde sentí paz.

Miró de nuevo a las estrellas.

—Así que ahí es adonde iremos.

Por un momento hubo silencio. Entonces Erredós trinó de nuevo.

—Tienes razón —convino Luke con una sonrisa—. Si vamos a ir, dejemos de dar vueltas y vayamos.

Además de lo cual, se dijo mientras se dirigían hacia la bahía de atraque, Leia es una Jedi en pleno derecho. Puede cuidarse sola. Y Han también tenía una larga historia de vencer a las posibilidades adversas. Y el Escuadrón Pícaro podría arreglárselas sin él, y dondequiera que hubieran ido sus estudiantes de Jedi seguramente tenían una buena razón para hacerlo. Cualquier cosa que fuera este viaje a Cejansij, todos ellos podrían arreglárselas durante algún tiempo sin él.

Cuarenta minutos más tarde, una vez más en el espacio, tiró de la palanca del hiperimpulsor e hizo que el Ala-X saltara a la velocidad de la luz. Esforzándose en no pensar acerca de la visión que había tenido acerca de Mara.

CAPÍTULO 13

Ceok Orou'cya, el Primer Secretario de los Clanes Bothans Combinados, era urbano, cortés, y completamente amable. Pero debajo del pulimento, hasta donde Leia podía notar, también parecía genuinamente sorprendido por su visita.

Y por debajo de la sorpresa, sospechaba ella, había mucha preocupación.

—Debe entender mi posición aquí, Consejera Organa Solo —dijo por tercera vez mientras hacía pasar a Leia, Han, y Trespeó más allá de la estación de recepción exterior y hacia la suntuosa antecámara/atrio de tres pisos que llenaba el tercio delantero del Edificio Central de los Clanes Combinados—. Su visita, así sin anunciar, es extremadamente irregular. Su petición… —su pelaje se crispó a pesar de sus obvios esfuerzos por controlarlo—… lo es incluso más.

—Tiene la carta de Gavrisom —interpuso ásperamente Han—. Tiene la carta de Fey'lya. ¿Qué más quiere?

El secretario le lanzó una mirada indirecta a Han, y a pesar de la gravedad de la situación, Leia tuvo que esforzarse para reprimir una sonrisa. Han estaba de lo más intimidante: de pie firme y alto, frunciendo el ceño sin pestañear, con la mano descansando en el bláster enfundado en su costado. Los nudillos de su mano se blanquearon ligeramente por la presión cuando él agarró el arma, una sutileza que ella le había sugerido en el viaje hacia aquí desde Coruscant y una que claramente no fue perdida por la audiencia a la que iba dirigida.

Habría estado aún más intimidado con Barkhimkh y Sakhisakh parados allí junto a él. Pero a los bothans no les gustaban mucho los noghri, y Leia había decidido que la situación ya era lo suficientemente irritante sin esa tensión adicional. Los dos noghri estaban acechando en alguna parte afuera, a una llamada rápida de comunicador de distancia si eran necesitados.

Pero ella no esperaba que lo fueran. Entre el peso oficial que estaba trayendo y la amenaza de consecuencias más físicas por parte de Han, ya tenían a Orou'cya fuertemente apretado. Con suerte, eso debía darles una buena oportunidad de llegar a los archivos financieros antes de que alguien pudiera esconderlos o alterarlos.

—Personalmente yo no necesito nada más, Capitán Solo —dijo el secretario—. El problema es que sólo uno de los líderes de los Clanes Combinados puede conceder autorización para ver los archivos que está pidiendo, y ninguno está en este momento en esta parte de Bothawui.

Han dio otro paso hacia él.

—Tiene la carta del Presidente Gavrisom…

—Por favor. —Leia alzó una mano—. Secretario Orou'cya, entiendo su situación. Creo que puede haber otra salida al problema. ¿Entiendo yo correctamente que en su capacidad como representante ante la Nueva República el Consejero Fey'lya también tendría acceso a los archivos financieros que buscamos?

Los ojos del bothan se lanzaron entre los dos de ellos, claramente sospechando una trampa.

—Creo que lo tiene —contestó cautelosamente—. Tendría que verificar las regulaciones.

Leia miró a Han, alzando ligeramente las cejas.

—Aquí —dijo Han, alcanzándole una datacard al secretario—. Le he marcado el lugar.

Orou'cya alargó la mano para tomar la tarjeta, titubeó, entonces la dejó caer de nuevo al costado.

—Le tomo la palabra —dijo—. Pero no veo qué relevancia tenga ese punto el Consejero Fey'lya no está aquí, y una mera carta no puede extender tales privilegios a otra persona.

—Cierto —dijo Leia con una inclinación de cabeza—. Sin embargo, tales privilegios se extienden a las posesiones personales del Consejero Fey'lya, ¿verdad?

Orou'cya frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a posesiones tales como sus computadoras personales —dijo Leia—. O sus droides.

El bothan miró a Trespeó, y esta vez su pelaje definitivamente se aplanó.

—¿Sus…? Pero…

Han le tocó el hombro con la datacard.

—Esa parte también está marcada.

—Y aquí está el registro de propiedad de Fey'lya —agregó Leia, sacando otra datacard.

Mecánicamente, Orou'cya tomó las dos datacards, con la mirada fija en el droide dorado parado silencioso y apartado con tranquila arrogancia.

Por lo menos, eso era lo que Leia esperaba que viera. En realidad, Trespeó estaba siendo apartado y silencioso por la simple razón de que él también estaba avergonzado y mortificado por esas palabras. Ya había sido bastante malo, se había quejado una y otra vez durante el viaje hacia aquí, que Luke lo hubiera *«regalado»* a Jabba el Hutt durante su rescate de Han en Tatooine. Pero ser vendido sumariamente a un diplomático bothan sin ningún aviso en absoluto era una completa desgracia.

No le importaba que la venta sólo fuera en archivos y no genuina. Por lo que a él concernía, el engaño involucrado sólo la empeoraba.

Pero Orou'cya no sabía eso.

—Ya veo —dijo el bothan, su voz bastante llana, sus ojos todavía en Trespeó—. Ya… —Se quedó sin palabras.

—La sala de archivos está en el tercer piso, ¿correcto? —demandó Han en el silencio.

—Si prefiere esperar aquí abajo —agregó Leia—, estoy segura de que podremos encontrar lo que estamos buscando por nosotros mismos.

El pelaje de Orou'cya pareció marchitarse.

—No, yo debo escoltarlos —murmuró—. Síganme, por favor.

Los llevó por el atrio a una ancha escalera ceremonial de luz libre que se arqueaba grácilmente entre el primer y el segundo piso, aparentemente la única ruta desde las secciones más o menos públicas en el primer piso a las oficinas privadas y salas de reuniones de arriba. En la cima de la escalera había un balcón desde donde se veía la sala de abajo, también claramente diseñado con la ceremonia en mente.

Ceremonial o no, sin embargo, los bothans no habían escatimado en seguridad. Un par de guardias armados estaba parado abajo de la escalera, y Leia pudo ver los palos camuflados de una barrera estática integrados en los pasamanos a unos pasos a cada lado.

También se preguntó cuántas de las ventanas de las oficinas con vidrio de privacidad que se asomaban entre los árboles bajos, arbustos borscii y enredaderas kafvris de los dos pisos superiores tenían guardias escondidos vigilando la escalera y el atrio. Conociendo a los bothans, probablemente al menos una.

Pero nadie, guardias ocultos o no, interfirió mientras Orou'cya llevaba a la partida a la cima de la escalera, entonces a lo largo de un corredor a otro juego de escaleras más normal que llevaban al tercer piso, y finalmente a una puerta marcada simplemente ARCHIVOS. Allí el secretario hizo una pausa, pero si estaba teniendo segundos pensamientos, no iban a tener tiempo para madurar. Pasando más allá de él, Han abrió la puerta y entró.

Había otros cinco bothans en la sala, sentados en varias estaciones de recuperación de datos. Todos ellos estaban mirando a la puerta cuando Leia entró caminando detrás de Han con expresiones y posturas que podrían haber sido de sorpresa o culpa.

—Esa estará bien —dijo Leia, señalando a una estación de recuperación desocupada cerca de la puerta—. Adelante, comienza, Trespeó.

Silenciosamente, Trespeó se adelantó hacia la estación.

—Gracias, Secretario Orou'cya —agregó Leia para su escolta—. Lo llamaremos si necesitamos cualquier asistencia adicional.

—Estaré disponible para cualquier cosa que necesite —dijo Orou'cya. Volviéndose, dejó la sala, cerrando la puerta detrás de él.

Al lado de Leia, Han hizo un ruido rudo.

—Uno pensaría que Fey'lya habría mencionado en su carta que aquí nosotros estamos de su lado —murmuró.

—Estoy segura de que lo hizo —convino Leia—. Pero éstos son bothans. Ven cuchillos ocultos por todas partes.

Han hizo una mueca.

—Especialmente viniendo de otros bothans.

—Así es como funciona su política interior —le recordó Leia, apretándole el brazo—. Vamos, terminemos con esto.

• • •

La orden había especificado una muchedumbre grande, y Navett le había asegurado al Mayor Tierce que su equipo podía cumplirla. Pero ahora, mirando a los bordes de la muchedumbre que podía ver desde su mirador en la azotea, una muchedumbre que ya había inundado todo el espacio disponible en la Plaza de los Comerciantes, incluso él mismo estaba impresionado. Esta vez Klif definitivamente se había superado.

—¿Navett? —la voz de Pensin vino desde el diminuto altavoz en la oreja izquierda de Navett—. Parece que está listo para empezar.

—Correcto —dijo Navett, moviendo el micrófono unido un poco más cerca de sus labios. Era un comunicador de estilo militar, reciclado de un casco de soldado de asalto, y probablemente le harían problemas si lo atrapaban con él. Pero el diseño de manos libres era más privado y conveniente que el cilindro del tipo civil normal, con una mejor encriptación en tiempo real. De todos modos, no planeaba ser atrapado.

—Mejor ponte en posición. ¿Cuál es la composición?

—Esta vez es una verdadera mezcla —dijo Pensin—. Tenemos un manojo de espaciantes de todos los tipos del área del puerto, pero hay un montón de compradores y comerciantes también. De todo desde humanos hasta ishori y rodianos. También tenemos un puñado de froffli… puedo ver esas estúpidas espuelas de cabello sobresaliendo por encima del resto de la muchedumbre.

—Que bien —aparte de la agitabilidad general propia de la especie, el gobierno froffli era uno de los pocos que ya había pedido públicamente sanciones contra los bothans. Una especie basada en la vengatividad; y el hecho de que los bothans habían pasado los últimos quince años sistemáticamente moliendo a polvo la industria de maquinaria ligera froffli ciertamente no había ayudado—. Asegúrate de estar fuera de su camino cuando empiecen su carga.

—No te preocupes —dijo secamente Pensin—. Oops… está bien, allá van. Próxima parada, el Edificio de los Clanes Combinados. ¿Tú tienes todo listo?

—Todo listo —dijo Navett, acariciando la culata del rifle bláster de francotirador Nightstinger que yacía en el tejado a su lado—. Hagámoslo.

• • •

—Shh —dijo Han, frunciendo el ceño de concentración—. ¿Oyen eso?

Leia miró arriba desde la estación de recuperación.

—Yo no oí nada.

—Sonó como un trueno —dijo Han, forzando sus oídos—. O una muchedumbre o… allí está de nuevo.

—Es una muchedumbre —dijo Leia, con aspecto de Jedi en la cara—. Y se están poniendo más ruidosos.

Han miró a los demás bothans en la sala. Ninguno de ellos parecía haber notado el ruido.

—Debe ser de bastante buen tamaño si podemos oírla desde aquí.

El aspecto de Jedi se estaba poniendo más intenso.

—No me gusta esto, Han —dijo ella—. Hay algo que no está bien aquí.

—Quizás es una de esas manifestaciones que han estado apareciendo últimamente —dijo Han, acercándose a la puerta—. Quédate aquí… saldré a ver.

Los bothans en la sala de archivo podrían no haber notado lo que estaba pasando, pero el resto del edificio ya estaba al tanto. El corredor de afuera estaba lleno de bothans apurados, algunos llevaban cajas de datacards u otro equipo, otros simplemente corrían. Cruzando un balcón que miraba hacia abajo al atrio, vio lo que parecía ser todo el personal del primer piso empujándose por la gran escalera ceremonial, la mayoría de ellos también llevando cajas y equipo.

Un manojo de bothans se oponía a la corriente, bajando la escalera. Todos en ese grupo llevaban blásteres.

El atrio, decidió Han, no parecía un lugar particularmente bueno adonde estar en este momento. Afortunadamente, él no iba a tener que bajar allí. Ambos el segundo y tercer piso tenían balcones de observación que enfrentaban la fachada del edificio por donde podría evaluar la situación. Abriéndose camino a través de los bothans apurados, se encaminó en esa dirección. Después de un poco de ensayo y error para encontrar a qué oficina estaba conectado el balcón, empujó la puerta corrediza de vidrio de privacidad y miró afuera.

Era peor de lo que había temido. La muchedumbre era *enorme*, llenando toda la calle mientras humanos y alienígenas continuaban fluyendo hacia el edificio. Salió hacia el balcón para ver mejor, y cuando lo hizo, una figura cerca del frente de la muchedumbre gritó e hizo señas ferozmente mientras apuntaba hacia arriba. Automáticamente, la mano de Han bajó a su bláster…

—Ciudadanos de la Nueva República —llamó una profunda voz bothan desde alguna parte cercana—. Apelo respetuosamente a su calma. —La muchedumbre respondió con aún más ruido, ninguno de ellos sonó especialmente calmo ni respetuoso. Caminando hasta el borde de su balcón, Han asomó el cuello y miró hacia abajo al balcón del segundo piso debajo de él. Allí había: un bothan de edad de aspecto distinguido que llevaba la elaborada insignia y sello de un líder de clan.

—¿Ningún líder de clan en esta parte de Bothawui, eh? —murmuró Han, enderezándose de nuevo. Él no era ningún experto, pero seguro que no parecía la clase de turba que un poco de discursos azucarados bothans podría mejorar mucho.

Lo que sugería que lo inteligente sería volver adentro y de vuelta a Leia. Por si acaso. Dándole una última mirada a la muchedumbre, empezó a girarse.

• • •

Ahora el frente de la muchedumbre había alcanzado el Edificio de los Clanes Combinados, la gente detrás de ellos empujando y pasándolos y llenando todo alrededor de los costados. Descansando la culata del rifle bláster contra su hombro, Navett miró experimentalmente a través del visor macrobinocular que corría a lo largo del cañón. Ya casi era hora…

Y entonces, como sabía que pasaría, los bothans enviaron a un representante hacia el balcón más bajo para hablar con la turba. La figura alzó sus manos pidiendo silencio… sin ningún efecto perceptible, por supuesto… y Navett apenas estaba empezando a alinear su mira cuando otra figura apareció, esta vez en el balcón superior.

¿*Un humano*? Frunciendo el ceño, Navett apuntó arriba y ajustó su enfoque…

Y sintió los ojos abriéndose con incredulidad. *Han Solo*… era Han Solo. El héroe de la Rebelión, el enlace de la Nueva República con los transportistas, y alborotador general de todos. Y estaba allí, parado en un balcón justo delante de él.

Navett siempre había considerado que estaba llevando una vida encantada; pero a veces ni siquiera él podía creer su propia suerte.

—¿Navett? —vino la voz excitada de Pensin en su oreja—. Arriba en el balcón superior…

—Ya lo veo —dijo Navett, esforzándose por sonar calmo y profesional. El mismísimo Han Solo. Esto era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Entonces de cuál nos ocupamos?

Navett esbozó una estrecha sonrisa.

—De ambos, por supuesto. ¿Tienes una de más, no?

—Bueno, sí…

—Entonces nos ocupamos de ambos —le dijo Navett—. Y empezamos por Solo. Dame una cuenta regresiva.

—Correcto —dijo Pensin—. Cinco segundos, cuatro, tres…

• • •

Han se había ido por sólo unos segundos cuando repentinamente la puerta se abrió de nuevo.

—Consejera Organa Solo —dijo el Secretario Orou'cya, respirando agitadamente—. Necesitamos desesperadamente su ayuda. Hay una muchedumbre que viene hacia este edificio.

—Sí, ya lo sé —dijo Leia—. ¿Qué quiere que yo haga?

—Defendernos, por supuesto —exclamó el bothan, extendiendo una mano hacia el sable de luz que colgaba discretamente debajo de su sobretodo suelto—. ¿No es usted una Jedi?

Leia reprimió un suspiro. Había todavía tanta gente allá afuera que se negaba a ver a los Jedi en cualquier papel que no fuera el de defensor armado o combatiente.

—Quizás podría intentar hablar con ellos —sugirió ella suavemente.

—Rayl'skar, el Líder del Clan Askar, ya ha ido a hacer eso —dijo Orou'cya, con el pelaje ondeando de impaciencia nerviosa—. Por favor… pueden forzar la entrada en cualquier momento.

—Está bien —dijo Leia, poniéndose de pie. Hasta ahí llegaba eso de que no había ningún líder de clan en esta parte de Bothawui; pero este no era el momento de llamar la atención sobre este punto—. Trespeó, será mejor que vengas también.

—¿Yo? —jadeó el droide, tirándose atrás como sólo Trespeó podía hacerlo—. Pero… Ama Leia…

—Podría necesitar que me tradujeras —lo interrumpió Leia—. Vamos. —Tuvieron que oponerse al flujo general de bothans que fluían hacia arriba cuando descendieron por la escalera principal—. Ama Leia… parece haber alguna considerable preocupación entre los residentes de aquí —gritó Trespeó por encima de los pies apurados y el retumbar de la muchedumbre de afuera—. ¿Podría sugerir que reconsideremos nuestra estrategia?

—No habrá ningún problema —le aseguró Leia, agarrándolo de uno de los brazos para impedir que se separaran—. La mayoría de las veces lo máximo que estos manifestantes han hecho es arrojar frutas pasadas y piedras. Si puedo persuadirlos de que sus intereses están siendo considerados, quizá pueda conseguir que se dispersen sin siquiera hacer eso.

Alcanzaron el final de la escalera, pasaron a través del triple cordón de guardias bothans que bloqueaban el final inferior, y se dieron prisa hacia las puertas delanteras.

—Yo solamente pensé que podríamos desear reevaluar —continuó Trespeó, su rapidez de discurso se incrementaba con su nerviosismo, que se estaba incrementando bruscamente paso por medio—. Hay dos balcones desde los que podríamos hablar, después de todo, e incluso los vegetales pasados en el lugar apropiado pueden ser nocivos para los mecanismos internos de un droide…

—Silencio —lo interrumpió Leia, frenándose a unos metros de la puerta. De repente algo se sentía diferente allí afuera; un indicio de propósitos malignos fluctuando al borde del enojo y resentimiento cocidos a fuego lento de la muchedumbre. Se estiró con la Fuerza, intentando identificarlo…

Y entonces, para su horror, un sonido demasiado familiar hendió a través del rumor como el crujido del relámpago de un trueno distante.

El sonido de un tiro de bláster.

• • •

No hubo ninguna advertencia. Ninguna en absoluto. Un minuto Han estaba mirando afuera a la muchedumbre, preguntándose si debía llamar a Leia y sugerirle que saliera

aquí y hablara con ellos; y entonces el próximo minuto allí estaba, haciendo un sonido como el de una bota en el barro húmedo cuando vino desde ninguna parte para golpear la pared junto a su hombro izquierdo. Se giró a medias para mirarlo, consiguió sólo un vislumbre de una masa de una arcilla gris de aspecto suave con un pequeño tubo conectado a un cristal multifacetado empotrado en el centro…

Y de repente pareció explotar en una brillante llamarada de fuego bláster.

Se tiró atrás, girando la cara para alejarla de la llamarada mientras un pinchazo de dolor le aguijoneaba el hombro izquierdo. De en alguna parte debajo de él vino un grito de dolor, y aun mientras se tiraba detrás de la mínima protección de la baranda del balcón oyó el sonido y vio el parpadeo de luz reflejada de un segundo disparo. De un tirón, sacó su bláster de la pistolera, parpadeando por la neblina púrpura salpicada que flotaba delante de sus ojos, e intentó ver de dónde estaba viniendo el ataque.

Dondequiera que estuviera el pistolero, parecía no tener prisa en revelar su posición disparando de nuevo. Pero sus dos primeros tiros ya habían hecho suficiente daño. Debajo y a diez metros adelante, la muchedumbre había abierto un círculo alrededor de un mishtak que se retorcía en agonía en el suelo. Unos metros detrás de él, en el medio de otro círculo, un leresai yacía inmóvil.

Con los dos tiros la muchedumbre se había puesto mortalmente silenciosa. Un movimiento agarró el rabillo del ojo de Han: alguien moviéndose en una azotea a una cuadra de distancia. Se paró a medias, alzando su bláster…

—¡Allí está! —gritó alguien.

Han miró hacia abajo de nuevo. Alguien en la muchedumbre estaba señalando hacia arriba; pero estaba señalando a Han.

—Espera un minuto… —comenzó Han.

—¡Allí está! —gritó de nuevo el hombre—. ¡Allí está el asesino!

Y como si fuera una señal la muchedumbre volvió de repente a la vida. Rugiendo como cien rancors frenéticos, se abalanzaron hacia abajo del balcón.

Y con un golpe que agitó todo el edificio, forzaron las puertas.

• • •

—¡Han! —exclamó Leia cuando sonó el segundo tiro de bláster. Si él hubiera sido el blanco…

No, comprendió inundada de alivio. Todavía podía sentir su presencia, alerta y tenso. Pero le habían dado a alguien allí afuera, podía sentir las oleadas de dolor. Estirándose con la Fuerza, intentó localizarlo.

Y entonces, de repente, hubo un horrendo rugido de la muchedumbre afuera…

Y delante de ella las puertas se abrieron de golpe y una pared maciza de seres entró a raudales en el atrio.

—¡Oh, cielos! —jadeó Trespeó—. Ama Leia…

—¡Ponte detrás de mí! —exclamó Leia, dando una zancada al costado y agarrando su sable de luz mientras le daba una mirada rápida a la escalera ceremonial al otro extremo del atrio. Con algo de esfuerzo, ella debía poder alcanzarla por delante de la muchedumbre. Pero Trespeó no tenía ese tipo de velocidad. Y si lo abandonaba a la turba…

—Ponte detrás de mí —ordenó de nuevo al droide, encendiendo el sable de luz. Ella había venido aquí para hablar, y sería mejor que empezara. Los más cercanos de la muchedumbre se alejaron intimidados cuando la hoja del sable de luz ardió a la existencia, muchos de ellos probablemente notándola por primera vez.

—Ciudadanos de la Nueva República —gritó ella, sosteniendo el sable de luz en alto—. Yo soy la Consejera de la Nueva República y Caballero Jedi Leia Organa Solo. Les pido que se detengan.

La gente más cercana a Leia vaciló en su carga, muchos deteniéndose casi renuentemente. O más bien, intentaron hacerlo. El resto de la muchedumbre detrás de ellos, sin saber de la presencia de Leia, todavía estaba empujando hacia adelante. Impulsando a aquellos de adelante o forzando su camino alrededor y más allá de ellos, continuaron fluyendo hacia el edificio.

Pero por lo menos el impulso de la muchedumbre había sido retardado, y Leia tenía el principio de una audiencia atenta. Ahora si pudiera proyectar su voz a suficientes de ellos… y pudiera encontrar las palabras correctas que decir con esa voz…

Respiró profundo, usando sus técnicas de vigorización Jedi, y abrió la boca…

Y en ese momento hubo un grito de los guardias bothans agrupados al pie de la escalera, y una media-docena de rayos de bláster cayeron sobre la muchedumbre.

Y todo se volvió directamente en un infierno caótico.

Leia había pensado que la muchedumbre había estado en el pico de su nivel de ruido. Había estado equivocada. Los gritos de los heridos se perdieron en un rugido de furia y terror que hirió sus oídos. La línea delantera de la muchedumbre cayó en pedazos, muchos de los seres intentaron esconderse detrás de los árboles bajos y arbustos o sino se echaron a correr locamente a cubrirse en las oficinas alineadas al borde del atrio. Otros simplemente se congelaron adonde estaban, reacios a volverse y correr pero igualmente reacios a caminar hacia el fuego de bláster concentrado.

Los bothans dispararon de nuevo, encendiendo más gritos; pero esta vez los tiros fueron contestados. De una docena de lugares entre la muchedumbre unos blásteres abrieron fuego, y seis de los guardias se desplomaron al suelo.

—¡Eso es! —una voz de la turba gritó por encima del rugido—. ¡Todos… agárrenlos!

—¡Esperen! —gritó Leia—. ¡Alto!

Pero era demasiado tarde. La muchedumbre, inconsciente de rabia, estaba avanzando ahora como una marea de llamas, con blásteres disparando libremente mientras el atrio se volvía de repente una zona de guerra. Ahora ni siquiera aquellos cuyo avance había sido retardado por la vista del sable de luz de Leia estaban escuchando, y de hecho la mayoría ya la había abandonado o había sido arrastrada por la turba. Dos veces tuvo que alzar su

sable de luz por encima de su cabeza cuando los sacudones y empujones casi enviaron a alguien hacia la hoja. Oscuramente por encima del ruido oyó que Trespeó se lamentaba de algo, pero cuando pudo darse la vuelta se había desvanecido. Un khil rebotó hacia ella, silbando agitadamente a través de sus hullepi y ondeando un bláster hacia la escalera, completamente inconsciente de la hoja del sable de luz hacia la que estaba dirigiéndose…

Y con un oscuro reconocimiento de derrota, Leia apagó el arma, usando la Fuerza para impedir que el khil chocara contra ella. Aquí no había nada más, que ella pudiera hacer. Aquellos que todavía seguían disparando estaban a mitad de camino al otro lado de la muchedumbre, era imposible para ella alcanzarlos, y ninguno de los seres más cerca de ella había hecho algo que mereciera la muerte o el desmembramiento que eran el único castigo que su sable de luz podía infligir. Había demasiadas mentes aquí para que ella las tranquilizara… demasiados cuerpos para que los apartara con la Fuerza… y todo lo que le quedaba era intentar no ser pisoteada.

Y entonces, a través de todo el caos que la rodeaba, captó un débil indicio de algo diferente. Alguien no muy lejos; alguien silenciosamente aterrado por ella.

Han.

Se esforzó para ver, pero sin la hoja del sable de luz llameante para mantenerlos a raya la muchedumbre se había cerrado y ahora se estaba apretando demasiado cerca como para que ella pudiera ver en ninguna dirección excepto arriba. Por un momento buscó en las ventanas silenciosas que enfrentaban al atrio mientras luchaba para mantener el equilibrio, pero si Han estaba allá arriba ella, no podía ubicarlo.

Pero había algo allí, ahora casi directamente sobre su cabeza: una gruesa rama de enredadera borscii que sobresalía de la pared del atrio. Abriéndose camino a través de la muchedumbre en esa dirección, usando la Fuerza para deslizar a la gente al costado cuando era necesario, se puso debajo de ella. Entonces, estirándose de nuevo a la Fuerza, dobló las rodillas y saltó.

La rama no estaba a más de dos metros encima de ella, un salto fácil para una Jedi. Lo hizo con medio metro de sobra, agarrándose a la rama y usándola para subirse al cuerpo principal de la enredadera borscii donde esta se colgaba serpenteando por la pared. Desde su nuevo mirador ahora pudo ver a Han: agachado junto a la baranda del balcón ceremonial, su bláster apuntado abajo a la escalera, sus ojos buscando ansiosamente entre la turba por señales de su esposa. Flanqueándolo a ambos lados, con aspecto de estar listos para zambullirse desde el balcón hacia la muchedumbre si y cuando fuera necesario, estaban Barkhimkh y Sakhisakh.

Cómo y cuándo los dos noghri se las habían arreglado para entrar furtivamente al edificio Leia no lo sabía. Pero por el momento no importaba. Los guardias bothans al pie de la escalera habían caído, disparados o pisoteados, y todo el peso de la turba parecía apretarse contra la barrera estática unos escalones arriba.

Pero no los detendría por mucho tiempo. Incluso a esta distancia, ella podía ver el débil chisporroteo que significaba que la barrera estaba a punto de caer. Y cuando lo hiciera, sería un desastre para todos. Si Han y cualquier guardia bothan oculto abrían

fuego cuando la muchedumbre tomara por asalto la escalera, el resultado sería la matanza de docenas o incluso cientos de personas.

Pero si no abrían fuego, habría una matanza igualmente insensible de los bothans que habían escapado a los dos pisos superiores. De una forma u otra, un gran número de personas estaba a punto de morir.

A menos que…

Ahora uno de los noghri la había visto, y señaló en su dirección para los otros. Han se alzó a medias de su posición agachada, su boca se movió con palabras gritadas que ella no pudo oír.

Estoy bien, pensó desesperadamente hacia él, arriesgando su asimiento para intentar saludarlo con la mano. Si él o los noghri se dirigían abajo a ese caos, probablemente serían despedazados.

Pero no… él la entendió. Agachándose de nuevo, le hizo señas al noghri que se quedara atrás, sus ojos se clavaron en los de ella al otro lado del atrio.

Está bien, parecía decir esa expresión, *Si no quieres que vayamos por ti, ¿qué quieres*?

Toma, ella pensó hacia él, arriesgando su asimiento de nuevo y desenganchando su sable de luz. Por un momento luchó contra las ramas más gruesas que intentaban enredarlo; entonces lo liberó y lo sostuvo. Alzando el brazo por encima de su hombro, lo arrojó a través del atrio, medio agarrándolo con la Fuerza y guiándolo el resto del camino para caer en la mano de Han. Por unos latidos del corazón él sostuvo torpemente el arma, frunciéndole el ceño a la distancia. Ella le hizo señas y le envió sus pensamientos…

Y abruptamente él comprendió. Asintiendo con la cabeza, encendió el arma y giró la hoja para apuntar hacia abajo.

Y empezó a cortar soltando la escalera desde el balcón.

La acción no había pasado inadvertida. Alguien en la muchedumbre rugió, y un par de rayos de bláster lancearon, errando a Han por sólo centímetros cuando se agachó para esquivar. El noghri al costado de Han… el segundo noghri, notó Leia con una moderada sorpresa, había hecho de algún modo un acto de desaparición… respondió el fuego, y el otro bláster se calló.

Algo rozó la nuca de Leia. Se dio la vuelta, su mente retrocedió a las mortíferas enredaderas serpientes de Wayland…

Pero no era una enredadera serpiente, o dicho sea de paso ningún otro tipo de criatura, era un pedazo de sintesoga, que colgaba desde una de las ventanas directamente encima de ella.

Con la cara ansiosa de Barkhimkh mirándola abajo desde detrás de ella.

Agarrando la soga, empezó a subir. Casi había llegado a la ventana cuando, detrás de ella, la escalera se derrumbó al suelo.

• • •

—¿Almirante Pellaeon?

Con una sacudida, Pellaeon despertó, el sueño perturbador se desvaneció en la oscuridad de su camarote.

—¿Sí? —respondió.

—Mayor Tschel, señor —vino la voz del oficial del puente por el intercomunicador—. Hay una transmisión para usted, marcada con su encriptación personal.

—Entendido —dijo Pellaeon, bajando fatigado de la cama y yendo hasta la estación de computadora—. Transfiérala aquí abajo, Mayor —ordenó, dejándose caer en la silla.

—Sí señor.

La luz del comunicador se encendió, confirmando la conexión, y Pellaeon empezó a teclear el código de desencriptación apropiado. Viajar alrededor del Imperio intentando rogar, defender, o engatusar la aceptación de su iniciativa de paz ya era lo suficientemente cansador; pero tener entonces que soportar estas pesadillas encima de eso sólo estaba empeorando la situación. La edición de esta noche había mostrado al Gran Almirante Thrawn, reprobándolo en una voz calma pero amarga por dejar que lo que él había creado se perdiera…

La computadora pitó en aceptación de la desencriptación, y una imagen de un cuarto de tamaño apareció en la plataforma holográfica.

—Almirante Pellaeon, éste es el Comandante Dreyf —se identificó la figura—. Tengo un reporte preliminar para usted de mi análisis del Lord Graemon y sus finanzas.

—Muy bien —dijo Pellaeon, repentinamente totalmente despierto—. Continúe.

—Para ser franco, señor, el hombre es una serpiente —dijo Dreyf, sin siquiera molestarse en disimular su desprecio—. Parece tener un dedo en cada olla de estofado entre Muunilinst y Coruscant y de vuelta. Ya hemos destapado quince líneas separadas a los intereses financieros y de mercado de la Nueva República, y ni siquiera hemos rascado la superficie.

Pellaeon asintió severamente. Sí, eso encajaba en el patrón esperado. Para que el Moff Disra operara de esta forma tenía que haber colegas igual de sombríos que Graemon en el lado de la Nueva República de las fronteras políticas.

—¿Qué hay sobre las conexiones con bandas pirata conocidas?

—Todavía nada específico con Graemon —dijo Dreyf—. Pero tenemos una conexión bastante sólida entre el General Kyte y alguien que está definitivamente asociado a los Piratas Cavrilhu. Kyte envió una transmisión al contacto justo después de su reunión con la jerarquía de defensa de Muunilinst hace once días. Lo estamos siguiendo.

—Ya veo. —Así que Kyte era de hecho una parte de esto. A pesar de todos los indicadores, Pellaeon había esperado estar equivocado. Tener oficiales de la Flota involucrados en actividad traicionera era doblemente doloroso—. ¿Ha podido rastrear los contactos de Graemon en la otra dirección?

—Todavía no —dijo Dreyf—. Aunque él no es el de la cima del montón… de eso estoy seguro.

—No, no lo es —convino Pellaeon. Aunque fuera cual fuera la conexión entre él y Disra, estaría muy bien escondida. Demasiado bien escondida, quizás, para que Dreyf y sus recursos limitados la desenterraran—. Siga adelante —continuó—. Quiero los hechos, y quiero la evidencia.

—Sí señor —dijo Dreyf—. Si me permite una sugerencia, Almirante, todas estas conexiones comerciales con la Nueva República deberían ser suficientes para hacer caer al Lord Graemon, si eso es lo que usted quiere.

—No tengo un interés particular en hacer caer a ninguna persona específica —dijo Pellaeon, no era completamente cierto—. El comercio con la Nueva República puede ser técnicamente ilegal, pero usted sabe tan bien como yo que necesitamos los recursos demasiado como para que alguien se moleste en realmente hacer respetar las leyes.

Además de lo cual, agregó silenciosamente para sí mismo, si y cuando su iniciativa de paz tuviera éxito todo ese aislacionismo oficial de cualquier forma tendría que cambiar. Pero por supuesto Dreyf no tenía ninguna idea de que nada de eso estaba siendo planeado.

—Lo que quiero, *y todo lo que quiero*, es averiguar quién ha estado manipulando personal y fondos imperiales de esta forma y detenerlo —agregó en voz alta—. ¿Está claro?

—Perfectamente, Almirante —dijo Dreyf—. No se preocupe, señor; no importa qué tan profundo se hayan enterrado, los desenterraremos.

—Estoy seguro de que lo harán, Mayor —le aseguró Pellaeon—. ¿Había algo más?

—En realidad sí, señor —dijo Dreyf, consultando un datapad—. Acabo de recibir un mensaje de uno de mis agentes en Bothawui que estaba rastreando una de las conexiones del Lord Graemon allí abajo. Dice que hubo un alboroto bastante malo en el Edificio de los Clanes Combinados en Drev'starn, aparentemente por este asunto del Documento de Caamas.

Pellaeon frunció el ceño.

—¿Algún otro detalle?

—Sólo que definitivamente hubo bajas —dijo Dreyf—. Todavía no tenemos idea del número. Aparentemente acaba de suceder… las noticias todavía ni siquiera han llegado a los servicios de noticias. Probablemente les tomará un rato sacar algo en claro, pero pensé que le gustaría saberlo.

—Sí, gracias —dijo Pellaeon—. ¿Algo más?

—No por ahora, señor.

—Muy bien —dijo Pellaeon, asintiendo—. Manténgame informado, Comandante. Fuera.

Durante unos minutos permaneció sentado en la estación de computadora, mirando fijamente a la pantalla vacía mientras daba vueltas a esa última pieza de información. La Nueva República es inestable; al final, no tiene ninguna opción mas que auto-destruirse. ¿Cuántas veces, se preguntó, le habían lanzado esa idea en las tres semanas desde que había empezado esta campaña para persuadir a los líderes del Imperio de que era hora de

conceder la derrota? Cien veces, parecía, quizá más; y cada vez lo había enfrentado, repitiendo una, otra y otra vez su misma lista de argumentos hasta el punto en que su preciso y pulido fraseado le vino ahora automáticamente a la mente y a los labios.

Y sin embargo…

Había leído los reportes sobre los alborotos que habían estado desatándose acerca de esta revelación y controversia de Caamas; había revisado los resúmenes de Inteligencia de los debates cada vez más acalorados que tenían lugar en el Senado de la Nueva República y las varias asambleas de sector; había leído los análisis de amenaza de la beligerancia creciente entre antiguos rivales por toda la galaxia.

¿Estaba él equivocado y todo el resto en lo cierto? ¿Estaba la Nueva República al borde de destruirse a sí misma?

¿Si lo estaba, qué Imperios estaba él haciendo intentando hacer la paz con ellos?

Con un suspiro, se levantó de su silla y cruzó de vuelta a la cama. No, ahora mismo no parecía razonable; pero claro, nada nunca parecía razonable en la solitaria quietud de la noche profunda. Había tenido buenas y apropiadas razones para empezar este camino, lo sabía, y sólo podía asumir que esas razones todavía parecerían válidas cuando las examinara de nuevo a la luz del día. Y si esta controversia acerca del Documento de Caamas se interponía en el camino del proceso…

Pellaeon le frunció el ceño a la oscuridad, el recuerdo de un comentario que Thrawn le había hecho una vez le vino a la mente.

Examine cuidadosamente todos los obstáculos, lo había amonestado el Gran Almirante. *Con un poco de ingenio, a menudo pueden convertirse en apoyos*.

Si el Documento de Caamas estaba rompiendo en pedazos a la Nueva República… ¿qué podrían ofrecerles a cambio de la ayuda del Imperio en aplacar esa controversia?

Estirándose sobre la cama, manoteó su datapad y tecleó por su lista de próximas reuniones. Volver a Bastión estaba descartado; aparte de la perturbación que causaría en su itinerario, cualquier intento de sacar una copia del Documento de Caamas de la Biblioteca Imperial de allí sería indudablemente informado directamente a Disra, y no tenía ningún interés en darle cualquier advertencia previa de sus intenciones al Moff.

Pero había también un juego completo de los archivos imperiales en la base del Ubictorado en Yaga Menor. Y cuatro reuniones después de ahora, ahí era adonde el *Quimera* iba a estar.

Apagando el datapad, Pellaeon lo puso de vuelta en la mesa de noche y se acostó de nuevo. Sí, eso era lo que iba a hacer. Intentar encontrar una copia completa del Documento de Caamas y ofrecerlo a la Nueva República a cambio de concesiones políticas.

Asumiendo, por supuesto, que esa reunión realmente tuviera lugar.

Por un momento consideró llamar al puente para ver si había algún mensaje pendiente del Mayor Vermel. Pero los oficiales de comunicaciones ya tenían instrucciones explícitas de alertarlo inmediatamente si tal mensaje llegaba. Recordarles esas instrucciones dos veces al día sólo los haría preguntarse qué estaba pasando.

Además, sólo habían pasado once días desde que la nave de Vermel podría haber alcanzado Morishim. Con la situación política en Coruscant como estaba, el General Bel Iblis podría bien haber necesitado todo este tiempo para simplemente conseguir que la jerarquía de la Nueva República aceptara la idea de una reunión.

No, Vermel llamaría eventualmente. Y entre tanto, Pellaeon tenía cuatro reuniones más con oficiales de alto rango de la Flota probablemente hostiles que sobrellevar antes de que pudiera dirigirse a Yaga Menor.

La primera de las cuales sería en apenas seis horas. Rodándose, cerrando los ojos, aclaró su mente e intentó volver a dormir.

• • •

Han agitó la cabeza.

—No —dijo, haciendo una ligera mueca de dolor mientras Leia cuidadosamente pincelaba un bálsamo en su hombro izquierdo—. Yo no disparé. Ni a la muchedumbre; ni a ninguna parte.

—Aquellos con los que hablamos dicen que usted lo hizo —insistió Orou'cya—. Dicen que un disparo de bláster vino desde su balcón.

—¿También disparó el Líder de Clan Rayl'skar? —demandó Sakhisakh—. Los sobrevivientes también dicen eso.

—Están equivocados en eso —dijo Orou'cya, su voz enojadiza en raro contraste con la cautela con la que miraba al noghri—. El Líder de Clan Rayl'skar no tenía ningún bláster.

—Bueno, yo no disparé el mío —insistió Han.

El pelaje del bothan ondeó.

—Si ésa es su palabra, debo aceptarla —suspiró—. En realidad no importa.

Han hizo una mueca.

No, probablemente no. Con veintisiete de los manifestantes muertos y quizá cuarenta más heridos… y con el primer piso del Edificio de los Clanes Combinados hecho una pérdida total… ya importaba muy poco quién lo había empezado.

Excepto para los reporteros de las noticias, por supuesto. La mayoría de los cuales lo estaba culpando.

La puerta se abrió y un par de guardias bothans entró, llevando unos pedazos retorcidos de metal dorado.

—Aquí está el resto, Primer Secretario —dijo uno de ellos, ofreciéndole sus premios a Orou'cya—. Hemos completado nuestra búsqueda, y no queda ninguno más por encontrar.

Han le frunció el ceño a los fragmentos. Habían estado barriendo pedazos de Trespeó durante ya casi una hora, de los rincones y grietas de todo el primer piso. Era como en Ciudad Nube otra vez, sólo que peor.

—Estará bien —le murmuró Leia—. No parece que ninguno de sus componentes principales se haya dañado seriamente mientras fueron pateados alrededor. La mayoría de los daños son sólo cosméticos.

—Podemos repararlo, si usted lo desea —ofreció Orou'cya.

—No, gracias —dijo Han, deseando que Chewie estuviera aquí en lugar de en Coruscant cuidando a los niños.

O quizá no. La última vez que el wookiee había tenido que volver a armar a Trespeó, el droide no había exactamente burbujeado de gratitud.

—Tenemos gente en Coruscant que puede hacerlo.

—Por supuesto —titubeó Orou'cya—. Hablando de Coruscant, Consejera Organa Solo, el Líder de Clan Rayl'skar ha estado en contacto con el gobierno de la Nueva República. Al presidente Gavrisom le gustaría hablar con usted a su más temprana conveniencia.

Han miró arriba a Leia.

—¿Quieres que necesite algo de cuidado adicional después? —murmuró, sólo lo suficientemente alto para que ella lo oyera.

Leia hizo una cara, pero agitó la cabeza.

—No, mejor no posponerlo —dijo ella, dándole una venda—. Cuanto más pronto le hagamos llegar nuestro lado de la historia, mejor. ¿Puedo usar su sala de comunicaciones, Secretario Orou'cya?

—Por supuesto, Consejera Organa Solo —dijo gravemente el bothan, haciendo señas hacia la puerta—. Sígame, por favor.

Salieron, con los otros dos bothans siguiendo, Sakhisakh bastante visiblemente invitándose a unírseles. Frunciendo el ceño de nuevo, Han aprovechó su nueva soledad para aliviarse de unas palabras selectas; y acababa de ponerse la venda en su lugar en el hombro cuando la puerta se abrió y Barkhimkh entró.

—Leia ha ido a la sala de comunicaciones —le contó al noghri.

—Ya lo sé —dijo Barkhimkh, caminando hasta él y ofreciéndole la mano—. Pero yo quería que tú vieras esto primero.

Frunciendo el ceño, Han recogió el dispositivo carbonizado y retorcido de la mano del noghri.

—¿Qué es?

—Los restos de un engaño imperial —dijo Barkhimkh entre dientes, con voz áspera de desprecio—. Un cristal de redirección y cañón de disparo lleno de gas Tibanna montados en un taco de material adhesivo y ubicado cerca de alguien que deba ser acusado de un asesinato. Un buen tirador entonces dispara al cristal que redirige la energía al tubo.

—Que entonces dispara justo como un bláster regular —asintió severamente Han. De repente todo esto empezó a ponerse claro—. Un tiro al azar a la muchedumbre, y me culpan a mí por él.

—Sí —dijo negramente Barkhimkh—. Una vez más, has sido culpado de algo que no cometiste.

—Sí, pero esta vez han hecho un trabajo realmente bueno —dijo Han—. Aunque espera un segundo. ¿Cómo es que nadie vio el disparo de ese buen tirador?

—Es muy probable que estuviera usando un arma de francotirador Xerrol Nightstinger —dijo Barkhimkh—. Dispara un rayo invisible.

Han frunció el ceño.

—Estás bromeando. Nunca he oído hablar de un bláster que pudiera hacer eso.

—El Imperio no hizo exactamente publicidad de su existencia —dijo el noghri—. Y además de esa pequeña ventaja era decididamente un arma inferior. El gas de bláster requerido cuesta bastante más de mil por cartucho, y sólo puede usarse en blásteres especialmente diseñados, y sólo permite de tres a cinco tiros por cartucho antes de su reemplazo. Difícilmente un arma para uso común.

—Sí —dijo Han—. Por otro lado, tampoco es exactamente un arma que alguien llevaría por casualidad.

—Cierto —convino Barkhimkh—. Cualquier cosa que haya comenzado esta confrontación, no hay ninguna duda de que fueron agentes imperiales los que la convirtieron en un alboroto.

—El problema es cómo demostrar eso —dijo Han, sopesando lo que quedaba de la cosa en la palma de su mano—. No creo que esto sea suficiente por sí mismo.

El noghri agitó la cabeza.

—El dispositivo es un arma de un solo tiro, diseñada para desintegrarse con el uso. Yo sé lo que es solamente por tu descripción de lo que ocurrió.

¿Y porque los equipos de asesinato noghri habían usado los dispositivos en ocasiones? Probablemente, pero no tenía sentido mencionar el punto. Aun ahora, diez años después de aprender la verdad y cambiar de bando, los noghri todavía eran sensibles acerca de su largo servicio al Imperio.

—Bueno, por lo menos nosotros sabemos sobre esto —dijo—. ¿Quién está a cargo de la Flota Imperial ahora mismo, de cualquier forma? Creo que perdí la pista.

—El Comandante Supremo es el Almirante Pellaeon —dijo Barkimkh—. Él comanda al Destructor Estelar Imperial *Quimera*.

Han sintió que su labio se torcía.

—¿Uno de la gente de Thrawn, correcto?

—Pellaeon sirvió directamente bajo el Gran Almirante —confirmó el noghri—. Muchos lo consideraban el primer protegido de Thrawn durante esos meses.

—Seguro que parece haber aprendido bien los trucos del negocio —gruñó Han—. Tendremos que encontrar una forma de hacerlo pagar por esto.

Le devolvió el dispositivo.

—Aquí tienes… intenta mantener lo que queda de él en una pieza hasta que podamos llevarlo a la nave. Y tampoco se lo menciones a los bothans.

—Te obedezco, Han del clan Solo —dijo el noghri, inclinando la cabeza brevemente mientras deslizaba el dispositivo en un bolsillo lateral—. ¿Podrán usar esta información?

—Oh, la usaremos bien —le aseguró Han, sacudiéndose el hollín de las manos.

Casi sesenta humanos y alienígenas muertos o heridos; la Nueva República en general y él en particular culpados por ello; y el Comandante Supremo Pellaeon y agentes imperiales al fondo de ello.

—Créeme que lo usaremos.

Los ojos oscuros del noghri lo miraron fijamente a la cara.

—¿Cómo?

Han agitó la cabeza.

—No tengo idea.

CAPÍTULO 14

Las líneas estelares se desvanecieron en estrellas, y estaban allí. Dondequiera en el espacio que ese «*allí*» fuera.

—Detecto tres planetas en el sistema interno —dijo Faughn, la última sílaba medio aspirada mientras reprimía un bostezo. La rotación normal de la tripulación la ponía de franco para cuando iban a alcanzar el sistema Nirauan, pero ella había insistido en ser despertada para el final del viaje.

Mirando fijamente a la débil estrella roja, Mara se preguntó si había valido la pena.

—El segundo planeta parece habitable —reportó Torve—. Tiene atmósfera… la temperatura parece buena…

—Tenemos movimiento —exclamó Elkin—. A cincuenta y tres por diecisiete.

Mara arrojó una rápida mirada a los instrumentos. Según sus órdenes, el *Hielo Estrellado* había salido del hiperespacio en completo modo de encubrimiento de sensores, y no había ninguna indicación del tipo de sonda de alto-enfoque que debía ser necesaria para penetrar esa protección. Sin embargo, dado que estaban tratando con tecnología alienígena eso podía no significar nada.

—¿Hacia dónde se dirige? —le preguntó a Elkin.

—Sin duda al segundo planeta —dijo Elkin, tecleando en su tablero—. Espera… veamos si puedo delimitar su destino.

—¿Es del mismo tipo de nave que la que le zumbó al Destructor Estelar de Terrik? —preguntó Faughn.

—El perfil parece el correcto —dijo Torve—. No puedo decirlo con seguridad sin hacer un enfoque de sensor.

—El destino está llegando ahora —reportó Elkin—. Es un punto en el hemisferio norte, a bajas latitudes.

—¿Hay algo por ahí? —preguntó Faughn.

—Nada obvio —dijo Torve—. Por lo menos, nada que emita un espectro de energía legible.

—Todo este lugar me pone nervioso —gruñó Elkin, tamborileando los dedos inquieto en el borde de su panel de control—. ¿Por qué no hay nada sobre el planeta o el sistema en los archivos? Tiene un nombre… alguien debe haber estado aquí alguna vez.

—Oh, claro, alguien estuvo aquí —convino Faughn—. Pero probablemente no por mucho tiempo. Por algún tiempo durante la Antigua República podías básicamente simplemente entrar a un sistema desconocido, hacer un escaneo rápido por formas de vida, y archivarlo por derechos de desarrollo… la ley de «nómbralo y reclámalo», la llamaban. Tenías sistemas por todo el Borde Exterior puestos en mapas y listas de recursos sin que nadie tuviera la más remota idea de lo que realmente había allí.

—Recuerdo haber leído acerca de eso —dijo Mara—. El Sector Corporativo se aprovechó especialmente de abusar de ese privilegio, y no estamos tan lejos de allí.

—Correcto —dijo Faughn—. De todos modos, con todo eso dicho, tengo que estar de acuerdo con los instintos de Elkin en esto. Si esta es la base militar de alguien, ¿dónde están las defensas? ¿Dónde está la base misma, ya que estamos?

—Nadie dijo que fuera militar —le recordó Mara—. Están usando una tecnología alienígena… eso es todo lo que sabemos. —Miró afuera por el ventanal—. Y eso es todo lo que vamos a saber mientras nos quedemos aquí afuera.

—No lo sé —dijo Faughn—. Hemos confirmado que éste es el sistema. Quizá debamos volver atrás y conseguir algún respaldo.

—Desafortunadamente, no sabemos que éste sea realmente el sistema —señaló Mara—. Podría ser sólo el punto de reunión de este mes. Si nos vamos ahora, podrían haberse ido todos para cuando regresemos.

—Supongo —dijo renuentemente Faughn—. Bueno… parece que esa zona de blanco está rodando para alejarse de nosotros. Podríamos darles unas horas para que desaparezcan alrededor del horizonte, entonces acercar la nave.

—Eso asume que no tienen una red de sensores de advertencia esparcida alrededor del planeta —agregó Torve—. Si lo hacen, no importa si la base principal está en línea visual de nosotros o no.

Faughn se encogió de hombros.

—Es un riesgo calculado.

—Pero no uno que tenga que correr toda la nave —dijo Mara, seleccionando mentalmente las posibilidades. Junto con sus cápsulas de escape, el *Hielo Estrellado* llevaba tres naves del tamaño de una lanzadera: dos remolcadores de carga y un caza estelar intra-sistema Defensor de la Nueva República, altamente ilegal, del que Karrde se había apropiado en alguna parte—. ¿Cómo es el encubrimiento de sensores de ese Defensor? —preguntó ella.

—Mínimo —dijo Faughn—. Por otro lado, tiene una sección de cruce de sensor bastante pequeña para empezar, y por supuesto ninguna emisión de hiperimpulsor en absoluto. Si su equipo no es demasiado bueno y te lo tomas con calma, deberías tener una buena oportunidad de acercarte furtivamente.

—Está bien —dijo Mara, estirándose a la Fuerza. No había ningún hormigueo en particular de su sentido del peligro. Por lo menos, todavía no—. Usaremos tu idea de dejar que la zona designada ruede para alejarse de nosotros por unas horas. Quizá podamos mejorar un poco el encubrimiento del Defensor mientras esperamos. Después de eso… Yo voy y echo una mirada.

• • •

A la distancia el planeta había parecido oscuro, áspero y desolado. De cerca, decidió Mara, no parecía mucho mejor.

Cierto, había vegetación, de todo desde árboles achaparrados con hojas anchas en forma de abanico, hasta plantas rastreras que era imposible ver claramente a la velocidad que ella estaba llevando. Pero la variedad usual de colores, que era la norma en la mayoría de los mundos que ella había visitado, parecía de algún modo haberse saltado a Nirauan. Todo aquí parecía estar hecho en tonos marrones o grises, con sólo salpicaduras ocasionales de rojo oscuro o violeta profundo para romper la monotonía. Posiblemente era una adaptación natural a la débil luz roja del sol del planeta; quizás en la parte infrarroja del espectro las plantas realmente eran bastante coloridas. De algún modo, lo dudaba.

—Ahora empiezo a entrar en algunas colinas —le dijo al grabador atado a un extremo del panel de control del Defensor—. Realmente parecen bastante escarpadas… cualquier tierra que hubiera en ellas parece haberse erosionado. —Miró abajo a sus pantallas—. Todavía ninguna indicación de sondas de sensores.

Alzó la vista de su tablero, frunciéndole el ceño al paisaje adelante. ¿Allí arriba, entre dos de las colinas más escarpadas…?

—Parece una especie de hondonada adelante —dijo ella—. No… es todo un desfiladero. De hecho…

Tiró suavemente de la palanca de control del Defensor, arriesgándose a un poco más de altitud para conseguir una mejor vista. Su primera impresión había sido de hecho correcta: el profundo cañón adelante estaba apuntando directamente hacia la zona designada.

Y de hecho, a menos que el terreno estuviera engañándola de algún modo, parecía que la llevaría todo el camino.

—Creo que he encontrado mi ruta —dijo, tocando la tecla para transmitir la información de navegación hacia la grabadora de datos—. Parece que corre directo hacia su puerta.

A menos que los alienígenas desconocidos tuvieran el desfiladero aparejado de sensores, por supuesto, en cuyo caso sería correr directo a una emboscada. Sólo tendría que confiar en que su sentido del peligro le diera suficiente advertencia.

El desfiladero era de hecho así como había parecido desde la distancia: bastante derecho, su anchura variaba de cincuenta a cien metros, su profundidad promediaba alrededor de cien metros pero se zambullía tan profundo como trescientos en algunos lugares. La mayoría de los desfiladeros similares que Mara había visto habían sido cortados por ríos rápidos, pero el fondo de este estaba seco. Las paredes estaban compuestas de roca gris escarpada, con arbustos pequeños y enredaderas tenaces que se aferraban a los costados.

—Todavía ninguna señal de actividad de sensores —le dijo al grabador mientras se ocupaba de entrar al angosto pasaje. La lógica militar normal, sabía, sería que sus oponentes lanzaran su ataque en alguna parte a lo largo de estos primeros pocos kilómetros, mientras su maniobrabilidad estaba limitada pero antes de que estuviera

innecesariamente cerca de su base. Estirándose a la Fuerza, manteniendo un ojo cauteloso en el cielo azul-verde pálido sobre ella, siguió adelante.

Pero no vino ningún ataque. El desfiladero se ensanchó, se estrechó, entonces se ensanchó de nuevo, en un momento dado cambió de un cañón al lado abierto de un acantilado donde la pared izquierda se había derrumbado en un valle ancho y arbolado más allá. El respiro de aire abierto sólo fue uno breve; un momento más tarde la pared se alzó de nuevo a su izquierda y ella estaba de nuevo volando a través de un desfiladero. Como si estuviera inspirada por su visión del bosque, la vegetación estaba ahora volviéndose más espesa y más variada, con los arbustos y enredaderas a menudo cubriendo completamente las paredes rocosas.

Y también había otra cosa nueva.

—Ahora veo agujeros en los costados del desfiladero —reportó, intentando mirar en algunos de ellos mientras pasaba. Pero iba demasiado rápido para ver más detalles que el que eran demasiado profundos como para que la luz del sol penetrara todo el camino hasta el fondo.

—A primera vista, diría que no parecen particularmente naturales —continuó ella—. Podría ser una colonia de aves o reptantes de las enredaderas, o podría ser parte de una serie de sensores. Sugiérele a la próxima persona que traiga un mejor paquete de sensores… espera un segundo.

Bajó la velocidad, frunciendo el ceño adelante. El desfiladero se estaba ensanchando de nuevo; y allí a su derecha…

—Creo que puedo haber encontrado la puerta del frente —le contó estrechamente al grabador—. Parece la entrada de una cueva adelante a la derecha, de este lado de una leve angulosidad hacia la derecha. Una apertura de buen tamaño… maniobrando un poco, las naves que vimos podrían entrar. —Frunció los labios—. Y ahora tengo una decisión que hacer: llevo al Defensor, o voy a pie.

Ahora el Defensor estaba bajando la velocidad a una parada, y cambió a repulsores a plena potencia mientras intentaba pensar. La decisión obvia, por supuesto, sería entrar con el Defensor. Pero en este caso, obvio no necesariamente significaba inteligente. Hasta ahora no había habido ninguna respuesta de su presa lo que significaba que o todavía no la habían notado o sino que no la consideraban una amenaza.

Y de cualquier modo, una sola persona de a pie probablemente llegaría más lejos antes de detonar una reacción que un caza estelar de la Nueva República entrando rugiendo con cañones láser cargados y listos.

—Voy a entrar a pie —le dijo al grabador, posando el Defensor en el suelo junto a un grupo de arbustos y tecleando por un bioescaneo del aire de afuera—. Todavía no ha habido ningún acto hostil hacia mí, y sería bueno si pudiera mantenerlo de esa forma.

Alcanzando abajo al pequeño compartimiento de armas al lado de su rodilla derecha, abrió el panel.

—Pero sólo en caso de que no pueda, voy a llevar mi BlasTech, mi pistola de manga, y mi sable de luz —agregó—. Eso debería darme una ventaja en cualquier cosa que pase.

Deslizó el bláster BlasTech en la pistolera en su cadera y aseguró el arma más pequeña en la pistolera de su antebrazo escondida debajo de su manga izquierda. Recogió el sable de luz. E hizo una pausa, mirando fijamente al arma, sintiendo el frío metal contra su piel. Había sido una vez el sable de luz de Luke Skywalker, hecho por su padre y pasado a él por Obi-Wan Kenobi en Tatooine. Luke se lo había dado a su vez a ella después de que la gigantesca contraofensiva del Imperio bajo el Gran Almirante Thrawn había sido finalmente detenida.

Entonces, ella y Luke habían sido aliados. Ahora…

Con una mueca, enganchó el sable de luz en su cinturón. Ahora, no estaba segura de lo que eran.

O más bien, no estaba segura de lo que *él era*.

El bioescaneo pitó: el aire era respirable, sin toxinas ni microorganismos peligrosos que pudieran atravesar su inmunización de amplio espectro.

—Se ve bien allá afuera —dijo, arrancando sus pensamientos lejos de Skywalker y de vuelta a los asuntos inmediatos a la mano. Apagando los repulsores, cambió los sistemas del Defensor al estado de espera y verificó por segunda vez que el grabador estuviera seteado para transmitir un pulso de vuelta al *Hielo Estrellado*.

—Llevaré mi comunicador, enlazado al grabador.

Sujetó su comunicador en una posición de manos libres en su cuello, entonces abrió la carlinga. El aire de Nirauan entró violentamente, fresco y crespo, con los sutiles aunque exóticos olores de un nuevo mundo. Desabrochándose el cinturón, se puso de pie, sacando la mochila de supervivencia del Defensor de su compartimiento de almacenamiento y enganchando sus correas sobre un hombro mientras bajaba al suelo por el costado. Asegurando la mochila firmemente sobre sus hombros, echó una última mirada alrededor, cerró y aseguró la carlinga y se encaminó hacia la cueva.

La vegetación parecida a pasto bajo sus pies era baja y de hojas anchas, con una tendencia a aferrarse a sus botas, pero por otra parte no impedía sus movimientos. Escuchó mientras caminaba, pero sólo había el susurro de la vegetación y el suave silbido de la brisa a través del barranco. Ningún sonido de animales o aves en absoluto.

Pero estaban allí, sabía ella, mirando arriba a los pequeños agujeros que punteaban los lados del barranco. Los animales estaban allí. En los agujeros, o anidando en los arbustos, o acechando bajo las enredaderas que trepaban por la roca. Podía sentir su presencia.

Y por lo menos algunos de ellos estaban mirándola…

—Podría haberme equivocado acerca de esto —dijo en el comunicador, sacando su bláster—. Esta de aquí podría ser simplemente una cueva. Supongo que lo averiguaré lo suficientemente pronto.

Cautelosamente, se abrió camino hasta la cueva. Igual de cautelosamente, echó una mirada alrededor del borde.

Sí, era una cueva. Una cueva sucia, mohosa, de paredes ásperas, estirándose oscura hacia atrás a la distancia, con una gruesa alfombra de hojas muertas en el suelo a la

entrada, alguna especie de telarañas agitándose con la brisa, y un ligero indicio de la humedad de agua distante.

Bajó su bláster, sintiéndose anticlimática y un poquito tonta.

—Estoy aquí abajo —dijo en su comunicador—. Y si ésta es una bahía de aterrizaje disfrazada, han hecho un trabajo genial en ella.

Volvió de la boca de la cueva, protegiéndose los ojos mientras examinaba el costado del precipicio. Nada más que precipicio que ella pudiera ver. Justo más allá de la cueva, como ya había notado, el desfiladero viraba ligeramente a la derecha. Más por curiosidad que por cualquier expectativa de ver algo interesante, caminó hasta el lado lejano de la cueva y echó una mirada alrededor de la curvatura.

Y contuvo la respiración. Directamente adelante, quizás diez kilómetros más adelante, el desfiladero se acababa en la base de un acantilado gigantesco. Y descansando encima del acantilado, negro contra el cielo pálido, había un edificio.

No, no sólo un edificio. Una *fortaleza*.

Mara respiró hondo.

—Los encontré —dijo, luchando por mantener la voz estable mientras sacaba un juego de macrobinoculares de la bolsa en el costado de su mochila de supervivencia. Había algo sobre el aspecto de esa estructura que estaba enviando un zumbido desagradable a través de ella.

—Hay algún tipo de fortaleza descansando sobre un acantilado al extremo lejano del desfiladero.

Activó los macrobinoculares y los enfocó en la fortaleza.

—Parece estar construida de piedra negra —reportó, acercando la imagen—. Me recuerda a esa vieja fortaleza abandonada en Hijarna que usamos a veces como un punto de reunión. Puedo ver… parecen dos, quizá tres torres desde este ángulo, más algo que podría haber sido otra más truncada cerca de la base. De hecho…

Bajó la vista por el acantilado a donde empezaba el desfiladero, la sensación de hormigueo se hizo aún más desagradable.

—De hecho, si pones bien los ángulos —dijo lentamente—, podrías hacer un caso de que cualquier tiro que se llevó esa torre fue el mismo rayo que acanaló este desfiladero. Y en ese caso, habría sido un rayo impresionante. La Estrella de la Muerte podría haberlo hecho, pero no mucho más en los arsenales de o los imperiales o la Nueva República. —*No importa, supongo que esa es mi próxima parada*, decidió, deslizando los macrobinoculares de vuelta a su bolsa. Dando una última mirada a la fortaleza, se volvió y se dirigió de vuelta hacia el Defensor.

Miró adentro de la cueva, cruzó al otro lado…

Y se congeló, apretando su hombro contra la roca fresca junto a la abertura de la cueva. Algo había encendido de repente su sentido del peligro… y como esperaba, lo oyó de nuevo.

El gemido suave y distante de un vehículo aéreo.

—Creo que estoy a punto de tener algo de compañía —murmuró en su comunicador, dándole al cielo un rápido examen. Todavía no había nada visible, pero el sonido estaba definitivamente acercándose. Cuidadosamente, todavía mirando al cielo, volvió unos pasos hacia las sombras de la cueva.

Abruptamente su sentido del peligro destelló; pero aun mientras se daba la vuelta, supo que era demasiado tarde; De la profundidad de la cueva a su derecha algo oscuro pasó disparado más allá de ella, batiendo una ráfaga de aire húmedo a su cara cuando rozó su cabeza y se lanzó de vuelta a la oscuridad. Se agachó, con el bláster rastreando hacia la sombra voladora, pero ya estaba fuera de vista. Disparó una vez al techo, el rayo de luz le dio un breve vislumbre de las paredes ásperas y las púas de roca colgantes. Descubrió la sombra voladora, apuntó amenazadoramente hacia ella…

Sólo tuvo un vislumbre de la segunda sombra cuando cayó de alguna parte de encima de ella y diestramente le arrebató el bláster de la mano. Ahogando una maldición, sacó de un tirón su sable de luz de su cinturón con la mano izquierda, encendiéndolo y en el mismo movimiento pasándoselo a la mano derecha.

Y de repente toda la cueva pareció frenarse bruscamente.

Era, comprendió Mara, una bizarra caracterización de lo que acababa de suceder. Pero la impresión no obstante permaneció. Cualquier cosa que fueran las criaturas aladas, estaban de repente mirándola con nuevos ojos.

Y hablando con una nueva voz.

¿Una nueva voz? Mara frunció el ceño, esforzándose por escuchar. No había error: de hecho había nuevos sonidos murmurando por toda la cueva.

Por toda la cueva… o por toda su mente.

Retrocediendo a una ligera depresión en la pared, se estiró tan fuerte como pudo con la Fuerza. Las casi-voces parecieron enfocarse, pero permanecían justo en el atormentante borde de la comprensión.

—Genial —se murmuró a sí misma. Una nave aérea alienígena y posiblemente hostil en camino, y aquí estaba ella, atrapada por criaturas igualmente alienígenas que eran lo suficientemente inteligentes para quitarle su bláster. Criaturas con las que casi podía, pero no realmente, comunicarse.

—¿Dónde está Skywalker y su bolsa de trucos cuando los necesitas?

Fue como si una sacudida sísmica emocional hubiera agitado la cueva. De repente las casi-voces estaban clamando aún más ruidosamente al borde de su mente.

—¿Skywalker? —demandó Mara—. ¿Lo conocen?

De nuevo las casi-voces clamaron, esta vez con una sombra de frustración en su tono.

—Sí, yo también estoy frustrada —exclamó en respuesta Mara—. Vamos, hablen. O cualquier cosa que sea lo que están haciendo. ¿Qué tiene que ver Skywalker con ustedes?

Si le dieron una respuesta, ella nunca la oyó. De la boca de la cueva a su izquierda vino un susurro de movimiento. Se dio la vuelta, poniendo su sable de luz en posición de defensa…

Y se quedó boquiabierta de asombro. Moviéndose torpemente a la boca de la cueva había una gran nube de criaturas oscuras, de forma vagamente como de mynock, batiendo locamente las alas.

Y en el centro de esa nube, apoyada sobre las espaldas de aquéllas debajo de ella mientras era arrastrada por las medio-ocultas garras de las de arriba, estaba su nave.

—¿Qué llamaradas? —exclamó, saltando adelante. Demasiado rápidamente. Su pie resbaló en un montón de hojas muertas, haciéndole perder el equilibrio. Se giró, intentando recuperarse, y en cambio se desvió en la dirección opuesta. Por el rabillo del ojo vio una piedra de cantos afilados sobresaliendo de la pared de la cueva que se acercaba a ella…

• • •

Despertó gradualmente, dolorosamente, con una maraña de lo que se sentía como sangre seca en el costado de la cabeza y ojos que parecían no querer abrirse.

Pasó quizás otro medio minuto atontado más antes de que estuviera lo suficientemente consciente para comprender que sus ojos estaban de hecho abiertos. Simplemente era cuestión de que estaba demasiado oscuro para ver nada.

—Oh-oh —murmuró, su voz resonó extrañamente. ¿Había estado inconsciente el tiempo suficiente para que se hiciera de noche? ¿O había sido arrastrada o llevada más profundo en la cueva?

La mochila de supervivencia todavía estaba atada a su espalda. Sacando la barra luminosa de su bolsillo, la encendió.

Había sido de hecho movida más profundamente a la cueva. Y, para estar seguros, también se había hecho de noche afuera.

—Es bueno saber que todavía puedo llamarlos —murmuró disgustada, iluminando su crono. Había estado inconsciente por casi tres horas, mucho más de lo que habría esperado. O bien había golpeado la pared más fuerte de lo que creía, o sino sus secuestradores la habían dejado caer algunas veces en el camino hasta aquí.

Dondequiera que «*aquí*» fuera.

Por un momento pasó el haz de la barra luminosa alrededor de las paredes y el techo alto de la caverna a su alrededor, comparándolo con su recuerdo del breve vislumbre que la iluminación de su tiro de bláster le había dado más temprano. Pero nada coincidía. Eso la ponía treinta metros por lo menos dentro, estimó, probablemente más. No era una marcha irrazonable, asumiendo que no se perdiera en un laberinto de pasajes laterales. Y asumiendo que su Defensor estaba esperándola en alguna parte del camino donde pudiera encontrarlo.

Y asumiendo que si las asunciones uno y dos funcionaban hubiera algún lugar adonde ir allá afuera.

Miró de nuevo a su crono. Tres horas. El grabador había sido seteado para enviar un pulso de transmisión de vuelta al *Hielo Estrellado* si ella apagaba el comunicador o sino si dejaba de hablar durante quince minutos. Lo que significaba que ahora Faughn ya había tenido el registro de su viaje por mas de dos horas y media, incluyendo ese último grito sobresaltado, antes de que se noqueara a sí misma. La pregunta era, ¿qué había decidido hacer ella con esto?

Desafortunadamente sólo había una respuesta probable. Faughn no tenía ningún otro caza a bordo; no tenía ninguna forma para venir en ayuda de Mara excepto bajar al mismo *Hielo Estrellado*. No era tan estúpida como para arriesgar su nave de esa forma, particularmente cuando ella era la única que tenía la información que Mara había enviado.

Lo que significaba que el *Hielo Estrellado* se había ido hace mucho tiempo. Y sin ningún hiperimpulsor en el Defensor, eso significaba que Mara estaba atrapada aquí.

—Supongo que podría caminar hasta la fortaleza y ver si tienen una habitación para alquilar —murmuró. Pero eso no sonaba realmente como una idea inteligente; y aun mientras las decía, pudo oír una fuerte nota de desaprobación entrar en las casi-voces que cosquilleaban al borde de su mente.

—No se preocupen, no voy a ninguna parte —gruñó. Después de todo, era culpa de ellos que ella estuviera aquí aislada.

Por otro lado, dependiendo de quién o qué hubiera estado en esa nave que había oído, era posible que también hubieran salvado su vida. Bajo las circunstancias, supuso ella, era un cambio justo.

Y tampoco era como si fuera un destierro permanente. Unos días… dos semanas como máximo… y Karrde tendría una fuerza aquí para sacarla.

Entretanto, tenía la supervivencia para preocuparse. Acomodando la barra luminosa en un afloramiento desde donde pudiera darle algo de luz de trabajo, se desabrochó la mochila y empezó a preparar un campamento.

CAPÍTULO 15

Lando alzó la vista de su datapad hacia el hombre canoso sentado al otro lado de la mesa del café, con la cara medio escondida detrás de su jarro.

—Debes estar bromeando —dijo, ondeando su datapad—. ¿Cincuenta mil? ¿Al mes?

El otro se encogió de hombros.

—Tómalo o déjalo, Calrissian… a mí me da igual. Pero si quieres contratar al mejor, tienes que esperar que te cueste.

—Oh, vamos —gruñó Lando—. Estás hablando conmigo, Reggi. Ambos sabemos que la Guardia Soskin no es la mejor.

—Quizá no —admitió Reggi, tomando otro trago de su jarro—. Pero son los mejores que vas a tener oportunidad de contratar.

—Mira, aquí estoy hablando de darle seguridad a cargueros de minerales —dijo Lando, luchando contra el sentimiento de zozobra que había tenido tantas veces en los últimos diez días—. No de invadir Alion o abordar un Destructor Estelar o algo así.

—Qué lástima —dijo Reggi, limpiándose la boca con el reverso de la manga—. Esas cosas suenan más divertidas… los Soskins podrían darte un descuento en alguna de ellas.

—Mi punto es que no estamos hablando del tipo de trabajo que cuesta cincuenta mil —siguió adelante obstinadamente Lando—. Estamos hablando de un embarque de mineral que sale de Varn al mes, más algunos viajes de clientes que entran y salen del casino. Eso no puede costar más de, digamos, cinco mil al mes.

Reggi suspiró.

—Mira, Calrissian… —Hizo una pausa, miró alrededor del café—. Mira allí —continuó, señalando a un grupo de alienígenas amontonados alrededor de una mesa, con sus cabezas cornudas casi tocándose—. ¿Ves a esos clatear? Ellos tienen un feudo de seiscientos años con los nhoras que cinco generaciones separadas de Jedi intentaron detener y no pudieron. ¿Has oído hablar de eso alguna vez?

Lando asintió.

—Sí.

—Bueno —dijo Reggi—. Bien, con esta nueva política de no-intervención que viene de Coruscant, se figuran que ya nadie de fuera de su sector va preocuparse de lo que se hagan entre ellos. Por lo tanto, es tiempo para empezar a luchar de nuevo.

—Ahora, los clatear, tienen un ejército bastante bueno… estuvieron bajo las armas imperiales por mucho tiempo… así que están en bastante buena forma. Los nhoras han sido más afortunados… o quizá no, dependiendo de cómo lo veas. Fueron ignorados por el Imperio, así que no tienen mucho con lo que luchar.

Lando suspiró. Podía ver hacia donde iba esto.

—Así que están contratando mercenarios.

—Tú lo has dicho, viejo amigo —dijo Reggi con aprobación—. Trajeron al Escudo Dhashaano para cuidar sus sistemas… incluso convencieron al mismo viejo Dharus que

abandonara su retiro para manejarles la logística y la estrategia. Y están pagándoles treinta mil. Eso es por día.

Él agitó la cabeza de incredulidad.

—Es definitivamente el mercado de un vendedor allí afuera para cualquiera con soldados y naves, Calrissian. Todos están pensando en resolver viejos rencores. ¿Y quién allí afuera no tiene uno o dos rencores contra alguien?

—Pero los nhoras están contratando para una guerra a gran escala —dijo Lando, intentando una última vez—. Todo lo que yo quiero es alguien para ayudar a mantener a los piratas lejos de mis embarques.

Reggi se encogió de hombros.

—Algunas de aquéllas bandas pirata son peores que tomar toda la fuerza de defensa de un sistema. Por supuesto, eso depende del sistema.

Lando hizo una mueca.

—Reggi, mira…

—Y si vas a mencionar a Taanab de nuevo, no lo hagas —lo interrumpió el otro—. Has estado estirando ese poco de historia por favores por, oh, ya deben ser quince años. No va a servirte esta vez.

—Siempre es bueno ver gratitud —dijo heladamente Lando, poniéndose de pie—. Nos vemos, Reggi. Diviértete con cualquier guerra que escojas.

La luz de la tarde del sol cilpariano pareció especialmente áspera después de la fresca penumbra del café. Por un minuto Lando se quedó parado al lado de la entrada, estudiando las banderas comerciales que volaban de arriba a abajo por la Calle del Espaciante y preguntándose si valía la pena el esfuerzo de intentar comprobar su clientela actual.

No. Reggi tenía razón: cualquier grupo mercenario que valiera la pena contratar estos días estaba buscando un juego más grande que escoltar cargueros. Y un presupuesto más alto que el que Lando podía permitirse.

Después de casi dos décadas de forcejeo agónico, la galaxia finalmente había encontrado la paz… y todo lo que ellos querían hacer con ella era volver a las *pequeñas mezquinas guerras* que el Nuevo Orden del Emperador había interrumpido tan desconsideradamente.

Con una sacudida cansada de la cabeza, retrocedió hacia el espaciopuerto.

El ruido de la muchedumbre lo alcanzó mucho antes de que llegara a verlos. Era una turba de buen tamaño, como solían ir estas cosas: probablemente trescientos humanos y alienígenas, protestando ruidosamente alrededor de la entrada a la Bahía de Atraque 66. Aunque este grupo estaba mejor organizado que la mayoría, con pancartas así como las usuales demandas gritadas por justicia para Caamas.

En el humor en el que estaba, habría bienvenido la oportunidad de abrirse camino a través de ellos, quizá tener una oportunidad para descargar un poco del resentimiento que estaba a punto de estallar en su sistema. Pero hoy el universo no iba ni siquiera a cooperar tanto con él: el *Dama Suerte* estaba a dos bahías en la 68. Murmurando por lo bajo acerca

de la gente que no tenía nada mejor que hacer que protestar por algo que había pasado antes de que la mayoría de ellos siquiera hubiera nacido, caminó más allá de la muchedumbre y se dirigió hacia su bahía. Por lo que a él concernía, cuanto más pronto se fuera de Cilpar, mejor.

Estaba a unos buenos diez metros más allá del borde de la muchedumbre, cuando un hecho extraño se las arregló para penetrar su manta de auto-lástima gruñona. Estas protestas invariablemente apuntaban a los bothans: comerciantes, diplomáticos o compañías bothans. Pero no había ningún bothan en el Espaciopuerto Mos Tommro… ellos usaban un establecimiento completamente diferente.

Entonces, *¿qué estaban haciendo aquí los manifestantes*?

Manteniendo un ojo cauteloso en la muchedumbre, retrocedió hacia un callejón fuera de su vista y sacó el comunicador. Tecleó para que atravesara el sistema comunicador del *Dama Suerte* y llamó al centro de control del espaciopuerto.

—Éste es Lando Calrissian en la Bahía 68 —se identificó a la voz aburrida que contestó—. Me gustaría un listado de las naves en la Bahía 66.

—No hay necesidad de eso —dijo una voz tranquila desde el callejón detrás de él.

Lando se giró, con la mano apartando el borde de su capa con practicada facilidad y aterrizando en la culata de su bláster enfundado. Parados a unos metros, engalanados por completo en atavíos diplomáticos, había un par de diamalas de melena blanca y piel curtida.

—¿Sí? —preguntó él cautelosamente—. ¿Puedo ayudarlos?

—Sí, creo que puede —dijo el más alto de los dos alienígenas—. Permítame presentarme. Soy Porolo Miatamia, Senador de la Nueva República. ¿Puedo confirmar que mis oídos no me engañaron y que usted es el General Lando Calrissian?

—Sí, el ex-general —asintió Lando, aflojando su asimiento en su bláster y apagando su comunicador. Ahora la muchedumbre de manifestantes en la Bahía 66 estaba empezando a tener sentido—. ¿Puedo yo confirmar a su vez que este no es un encuentro casual?

Miatamia esbozó una delgada sonrisa, de la única forma que Lando había visto sonreír a un diamala alguna vez.

—Tiene razón —le aseguró el Senador—. Mi ayudante lo identificó a cinco calles de aquí cuando estaba aproximándose. —Una oreja en forma de abanico bajó para apuntar al diamala a su lado—. Lo hemos seguido en paralelo hasta este punto, buscando una forma de confirmar su identidad.

—La ha confirmado —dijo Lando. Una de las características sociales diamalanas más irritantes, molestas para él, aunque sea, era esta tendencia suya a allanar completamente el terreno alrededor de un problema antes de ir realmente a él—. ¿Hay algún servicio que yo pueda realizar para ustedes?

La oreja de Miatamia apuntó en dirección a la muchedumbre.

—Mi nave está en la Bahía de Atraque 66 —dijo—. Hay… gente que desaprueba la posición de mi gobierno en el problema bothan.

—Sí, eso he oído —dijo Lando. Así que ahora era el problema bothan, no el problema de Caamas. Interesante—. Su gobierno quiere perdonar y olvidar, o algo así.

El Senador lo miró de cerca.

—¿Preferiría usted entonces infligir una venganza irreflexiva contra inocentes?

Lando abrió las manos.

—Eh, esto es política. Yo sólo soy un simple hombre de negocios intentando obtener una pequeña ganancia.

Miatamia lo miró por un momento más. Entonces una de sus orejas se agitó.

—Eso puede ser —dijo misteriosamente—. De todos modos, los manifestantes ya han expuesto su punto. Yo he por consiguiente recurrido a las autoridades del espaciopuerto para quitarlos para que pueda volver a mi nave.

Lando asintió. Después de ese alboroto letal en Bothawui de hace una semana, podía entender la renuencia del Senador para intentar abrirse camino a través de la muchedumbre.

—Déjeme adivinar. Se negaron a mover un dedo.

—No hay necesidad de adivinar: Puedo declararle positivamente que esa fue su respuesta —dijo Miatamia—. Estábamos partiendo de sus oficinas cuando lo vimos a usted e hicimos nuestra identificación tentativa.

—Entiendo —dijo Lando—. ¿En qué puedo servirlos?

La otra oreja de Miatamia se agitó.

—Deseaba pedirle que use su posición e influencia en la Nueva República para interceder en mi nombre.

Claro. Su influencia con la Nueva República.

—Desearía poder ayudarlo —dijo—. Desafortunadamente, me temo que mi influencia estos días se limita a un selecto número de amigos y asociados. Ninguno de los cuales se encuentra actualmente en Cilpar.

—Ya veo. —Miatamia se quedó callado un momento—. En ese caso, quizás estaría dispuesto a hablar con la muchedumbre. Como un héroe de la Rebelión, usted tendría una influencia tranquilizante.

Lando resopló por lo bajo.

—Dudo muchísimo que mis actividades pasadas me hagan llegar muy lejos con ellos, Senador. Hay una mala tendencia en la gente estos días de olvidar lo que pasó entonces.

—¿Entonces se niega a ayudarme?

—No es una negativa —dijo Lando, esforzándose por ser paciente. Por supuesto, era un problema del idioma; a pesar de toda su apariencia calma y lógica, los diamala tenían una tendencia a usar palabras de formas no estándar. Una razón por la que a mucha gente no le gustaba tratar con ellos.

—Simplemente estoy señalando que no hay nada que yo pueda hacer para ayudarlos.

Y entonces se le ocurrió una idea súbita.

—Por lo menos, nada que pueda hacer para llevarlo a su nave —continuó antes de que Miatamia pudiera responder—. Si todo lo que necesita ahora mismo es llegar a Coruscant o de vuelta a casa eso es otra cuestión.

Ambas orejas se agitaron esta vez.

—Explíquese.

—Mi nave está atracada en la Bahía 68 —dijo—. Me sentiría honrado de llevarlo a dondequiera en la Nueva República que desee ir.

—Otros de la tripulación todavía están afuera —señaló el ayudante—. Atrapados lejos de la nave por la muchedumbre. ¿También les ofrece transporte?

—Estaba pensando principalmente en usted y el Senador Miatamia —dijo Lando, mirándolo—. Mi nave tiene un espacio vital más bien limitado.

Volvió la mirada a Miatamia.

—Pero me parece que la muchedumbre no está interesada en su tripulación, sólo en la atención del Senador. Una vez que él no esté aquí para prestarles esa atención, no tendrá mucho sentido que se queden esperando.

—Habla razonablemente —dijo Miatamia—. Ahora hable del costo.

—No hay ningún costo, Senador —le aseguró Lando, ondeando una mano hacia su bahía de atraque en invitación—. Me sentiría honrado de tener a un personaje tan distinguido a bordo de mi nave.

El otro no se movió.

—Hable del costo, por favor. Siempre hay un costo.

Hasta ahí llegó la idea de encontrar una forma sutil de plantear el tema a bordo del *Dama Suerte*.

—No hay ningún costo —repitió Lando—. Sin embargo, mi establecimiento de minería subacuática está teniendo problemas con ataques pirata. Pensé que quizás podría llegar a un arreglo con el ejército diamalano para proveer de seguridad adicional a mis embarques.

—La tarea primaria del ejército diamalano es proteger los intereses diamalanos —dijo Miatamia—. Sin embargo, puede haber espacio para discutirlo.

—Gracias, Senador —dijo Lando—. Una discusión honesta es todo lo que pido. ¿Podemos irnos?

El viaje corto por la calle hasta la puerta de la bahía de atraque fue sólo un tono peor de lo que Lando había esperado que lo fuera. Los dos diamalas se negaron a correr o siquiera a darse prisa… aparentemente, por una cuestión de dignidad… y no estaban más que a medio camino hacia la puerta cuando la muchedumbre esperando dos bahías más abajo los descubrió. Afortunadamente, no teniendo ningún escrúpulo propio contra un poco de prisa juiciosa, Lando ya había alcanzado el otro lado y estaba tecleando para abrir la puerta cuando la turba empezó su tardío avance hacia ellos. Los diamala llegaron adentro con tiempo suficiente, con sólo unas manchas menores de jugo de fruta de impactos indirectos como recuerdo.

—Son unos bárbaros —dijo el ayudante, con voz helada, mientras Lando sellaba la puerta detrás de ellos—. Ningún ser debería tener el derecho de intentar tal deshonra de otro.

—Paz —dijo Miatamia en el mismo tono mientras se sacudía unas gotas de jugo de su manga con los dedos—. Pocos otros seres tienen la sabiduría o capacidad de expresión apropiada que caracteriza a los diamala. En lugar de considerarlos como bárbaros a ser rehuidos, o incluso como malhechores a ser castigados, debes verlos como niños que meramente necesitan instrucción en el comportamiento civilizado.

Miró a Lando.

—¿No está usted de acuerdo?

—Creo que cualquier discusión al respecto debe ser pospuesta, Senador —dijo Lando, sin intenciones de ser arrastrado a ese tipo de conversación—. Por lo menos hasta que hayamos salido a salvo de Cilpar.

—Habla con sabiduría —dijo Miatamia, sus orejas se agitaron de nuevo—. Por favor; muéstrenos el camino.

• • •

Tierce alzó la vista de la pantalla… y sólo por su expresión Disra supo que había pegado en mena sólida.

—¿Tiene un blanco? —preguntó.

—De hecho sí lo tengo —dijo Tierce—. El Senador Porolo Miatamia, representante diamalano en la Nueva República. —Giró la pantalla para enfrentar al otro—. Y nunca adivinará a quién le a pedido un viaje.

Disra examinó el reporte, sintiendo a sus propios ojos ensancharse un poco.

—Deben estar bromeando. ¿Lando Calrissian?

—No es un chiste —le aseguró Tierce—. Y tampoco es un error. El agente que lo reportó verificó por respaldo los archivos de despegue del Espaciopuerto Mos Tommro. Calrissian, el Senador, y el ayudante del Senador despegaron todos juntos en el yate de Calrissian.

—Claro que sí —murmuró Disra.

No era ninguna maravilla que Tierce pareciera tan satisfecho de sí mismo. Los diamalas eran defensores aún más ruidosos de la actitud de perdonar y olvidar que los mon calamari o los duros. Una opción ideal para el pequeño drama que Tierce tenía en mente.

Y tener a un amigo cercano de Han Solo en el mismo paseo lo hacía aún más perfecto.

—Cuál es su destino… oh, aquí está. Coruscant.

—Sí. —Tierce había hecho aparecer un mapa estelar y estaba trazando líneas de velocidad-de-paso por él—. Asumiendo que Calrissian se dirija directamente hacia

Coruscant, no deberíamos tener ningún problema en interceptarlo dondequiera que queramos por el camino. La única pregunta es si Flim y yo podremos reunirnos con el *Implacable* antes de que atrapen al yate.

—No se verá bien si tienen que esperarlos a que se presenten —advirtió Disra—. Se supone que esto parezca uno de los trucos de casual-omnisciencia de Thrawn.

—Haga el favor de no sermonearme sobre las sutilezas de mis propios planes —dijo fríamente Tierce, manipulando las líneas por el campo estrellado—. Será un poco apretado, pero creo que podemos hacerlo.

—Sí —dijo Disra cuando examinó los números por sí mismo—. Todavía no estoy entusiasmado por este plan, Tierce. No tenemos idea de cómo reaccionará la Nueva República.

—Por supuesto que lo sabemos —dijo pacientemente Tierce—. Ya le he explicado todo eso.

—Me ha dado sus suposiciones —corrigió Disra—. Pero eso es todo lo que son. Suposiciones.

—Si no está dispuesto a correr algunos riesgos, no debería haber empezado esta conspiración en primer lugar —dijo Tierce, con la voz enfriándose algunos grados—. Todavía no es demasiado tarde para que se eche atrás si ha perdido el valor.

Disra lo miró fijo.

—Esto no es acerca de mi valor, Mayor —gruñó—. Es acerca de no correr riesgos innecesarios para lograr nuestro objetivo.

Tierce igualó su mirada.

—Este es necesario, Su Excelencia —dijo—. Confíe en mí. Ahora, también necesitaremos un Crucero Interdictor. —Alzó las cejas ligeramente—. Y aquí estamos en un itinerario algo ajustado.

Con un esfuerzo, Disra se tragó el resto de su argumento Tierce no le había lanzado esta nueva maquinación hasta después de su retorno de Yaga Menor, y todavía no estaba seguro de cómo el Guardia lo había convencido de ella. Pero si iban a hacerlo, mejor que lo hicieran llameantemente bien.

—Bien —gruñó—. Salga de mi silla y emitiré las órdenes.

CAPÍTULO 16

—Y bien, General —dijo el Almirante Pellaeon, reclinándose en su asiento mientras aceptaba un pequeño vaso de brandy Kareas del otro—. ¿Cómo están las cosas en Yaga Menor?

—Igual que siempre, Almirante —dijo el Alto General Hestiv, señalando al planeta distante centrado en el ventanal de su oficina mientras vertía un poco de brandy en su propio vaso y se sentaba de nuevo detrás de su escritorio lleno de datacards desperdigadas—. Muy tranquilas.

—Entiendo que hubo un poco de inquietud reciente entre segmentos de la población yagai —dijo Pellaeon.

—Completamente despreciable —dijo Hestiv, agitando la mano en despreocupación—. En realidad, ya que la aplastante mayoría de la población es completamente leal, se ocupan del manojo de disidentes principalmente por sí mismos. Normalmente, las únicas veces en que tenemos que alzar un dedo es para proteger a los disidentes de los leales demasiado devotos.

—Permitiéndole verse moralmente superior.

—Exactamente —dijo Hestiv—. Constituye un refrescante cambio de nuestra usual imagen entre los alienígenas.

—Sí —murmuró Pellaeon, sorbiendo su bebida—. Es una lástima que hace veinte años el Emperador no se esforzó más en ese tipo de relaciones públicas.

—Es una lástima que alguien que no estuviera tan locamente ciego de poder no lo derrocó mientras todavía había tiempo —contrapuso Hestiv, con un dejo de amargura en la voz—. Debe haber habido centenares de administradores u oficiales de la Flota competentes que podrían haber mantenido vivo al Imperio.

Pellaeon sintió un nudo en la garganta.

—Hubo uno, por lo menos —dijo en voz baja.

El labio de Hestiv se crispó.

—Sí… el Gran Almirante Thrawn. Siempre he lamentado el hecho de que nunca tuve oportunidad de conocerlo.

Por un momento los dos hombres siguieron sentados en silencio. Entonces Hestiv se aclaró la garganta.

—Pero supongo que no nos sirve de nada hablar de lo que podría haber sido —dijo—. Ése fue el pasado, éste es el presente; y presumo, Almirante, que usted está aquí para discutir el futuro.

Pellaeon tomó otro sorbo de su bebida.

—Sí —dijo, mirando cuidadosamente al otro—. Para ser brusco, la guerra contra la Nueva República ha terminado, y hemos perdido. En mi opinión militar profesional, es tiempo para hablar de paz.

Los músculos alrededor de los ojos de Hestiv se apretaron.

—Quiere decir rendición.

—Voy a negociar los términos —dijo Pellaeon—. Si hago el trabajo apropiado, creo que podremos mantener la mayoría de lo que tenemos.

Hestiv resopló.

—Con lo que eso es.

—Todavía controlamos más de mil sistemas habitados —le recordó suavemente Pellaeon—. ¿Preferiría usted que dejemos que la Nueva República nos recorte ese número aún más abajo antes de que aceptemos lo inevitable?

—La Nueva República no está en forma de hacer mucho recorte por el momento —dijo Hestiv—. Me parece que están preparándose para lanzarse hacia las gargantas de ellos mismos, no las nuestras.

—Ciertamente tienen problemas —dijo Pellaeon—. Pero si espera que colapsen en una guerra civil total por el asunto de Caamas o algo más, creo que está siendo poco realista.

—Ruego el perdón del Almirante, pero discrepo respetuosamente —dijo Hestiv—. Particularmente si nos dedicáramos a empujar juiciosamente un poco por nuestra parte.

Pellaeon ahogó un suspiro. Era otro argumento que había oído una y otra vez durante este viaje.

—Así que quiere que los animemos en su autodestrucción —dijo—. Vaciando sus astilleros si fuera necesario; agotando todo el poder humano y recursos de su base del Ubictorado. Dejando este sistema totalmente indefenso.

—Sí, si fuera necesario ir tan lejos —dijo Hestiv—. Ésta es una base militar, Almirante. Así es como se supone que deben usarse sus recursos.

—Concedido —dijo Pellaeon con una inclinación de la cabeza—. ¿Y qué supone que pasará cuándo averigüen que hemos estado irritándolos?

—No hay ninguna razón por la que ellos deban averiguarlo —discutió Hestiv—. No tenemos que usar a nuestros Destructores Estelares o cazas TIE o ninguna otra cosa evidentemente imperial.

—No. —Pellaeon agitó la cabeza—. Podemos mantener semejante charada durante algún tiempo, quizá incluso un largo tiempo. Pero al final, lo averiguarán. Y entonces se unirán de nuevo, por lo menos el tiempo suficiente para destruirnos.

Hestiv miró por la ventana a la esfera azul-verde a la distancia.

—Por lo menos caeríamos luchando —dijo con obvia dificultad—. De su forma… no hay ningún honor en la rendición, Almirante.

—Tampoco hay ningún honor en desperdiciar vidas para nada —contrapuso Pellaeon.

Hestiv sonrió irónicamente.

—Ya lo sé. Pero al menos, si estás muerto no tienes que vivir con la vergüenza de eso.

—Hay algunos en la Flota, que dirían que esa es una noble actitud guerrera —dijo Pellaeon—. Personalmente, yo la llamaría estúpida. Si somos destruidos… si todos morimos… los conceptos e ideales del Nuevo Orden mueren con nosotros. Pero si nos

rendimos, podemos mantener esos ideales vivos. Entonces, si y cuando la Nueva República se auto-destruya, estaremos en posición para alzarnos de nuevo. Quizás entonces la galaxia estará finalmente lista para aceptarnos.

Hestiv hizo una mueca.

—Quizás.

—No hay deshonra en retroceder de una situación imposible de ganar, General —dijo en voz baja Pellaeon—. Yo vi al Gran Almirante Thrawn hacerlo más de una vez, francamente y sin vergüenza, en lugar de malgastar sus hombres y sus naves. Eso es ni más ni menos lo que estoy proponiendo que hagamos ahora.

Hestiv arremolinó inquietamente la bebida en su vaso.

—Presumo que ya ha consultado a los Moffs acerca de esto.

—Lo he hecho —dijo Pellaeon—. Al final, estuvieron de acuerdo.

—Renuentemente, supongo.

—Ninguno de nosotros está precisamente entusiasmado acerca de esto —dijo Pellaeon—. Simplemente reconocemos que tiene que hacerse.

Hestiv inspiró profundo, y exhaló.

—Supongo que tiene razón. Desearía que no. —Alzó el vaso y lo vació de un solo trago—. Muy bien, Almirante. Tiene mi apoyo, lo que presumo fue la razón real de su viaje a Yaga Menor. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—De hecho lo hay —dijo Pellaeon, sacando una datacard y dándosela por encima del escritorio—. En primer lugar, me gustaría que buscara esta lista de nombres en el sistema de computadora de la base del Ubictorado.

—Seguro —dijo Hestiv, deslizando la datacard en su ranura y tecleando en su terminal—. ¿Hay algo en particular que esté buscando?

—Información inalterada —le dijo Pellaeon—. Éstas son personas que sospecho tienen siniestros lazos financieros con el Moff Disra, pero no hemos podido rastrear las conexiones.

—¿Y Disra no le permitiría buscar en los archivos de Bastión? —sugirió Hestiv con una sonrisa torcida.

—Estoy seguro de que lo haría —dijo Pellaeon—. Es sólo que no creo que podría confiar en lo que esos archivos digan.

—Bueno, puede confiar en éstos —le aseguró Hestiv, tecleando en su tablero—. Nadie entra en mis archivos sin la autorización apropiada y confirmada por partida doble. Ese mayor del *Obliterador*… Tierce… ciertamente averiguó eso cuando lo intentó…

—¿El Mayor Tierce? —lo interrumpió Pellaeon—. ¿El Mayor Grodin Tierce?

—Sí, ese es —dijo Hestiv, frunciendo el ceño—. Estuvo aquí en nombre del Capitán Trazzen, sólo que no pudimos hacer contacto con el *Obliterador* para confirmar la autorización, así que no le permitimos entrar al sistema. ¿Por qué, ocurre algo malo?

—Sí —dijo Pellaeon rechinando los dientes—. El Mayor Tierce no está asignado al *Obliterador*. Es el ayudante del Moff Disra.

La expresión de Hestiv se volvió de piedra.

—Oh, en serio.

Pellaeon hizo señas hacia la terminal.

—¿Hay alguna forma de averiguar qué archivos podría haber intervenido?

—Acabo de decirle que no pudo entrar.

—Oh, entró, créame —dijo oscuramente Pellaeon—. A través de una terminal que nadie estaba mirando, o quizás trajo a uno de los suyos e intervino en un punto de unión. Pero seguro que no se fue sin cualquier cosa que haya venido a hacer aquí.

Hestiv estaba tecleando en su tablero.

—Tiene razón, por supuesto. Ordenaré una verificación; y mientras estamos en eso, hagamos que verifiquen de nuevo su ID.

El examen tomó casi una hora; y al final, encontraron lo que Pellaeon había empezado a sospechar que encontrarían.

Nada.

—Esto no tiene ningún sentido —gruñó Hestiv, mirando su pantalla. Sabemos que estuvo aquí, y probablemente no sólo por razones de salud. Pero no hay ni una sola señal de acceso o manoseo. ¿Así que, qué llamas hizo?

—¿Verificó todos los archivos? —preguntó Pellaeon, girando la pantalla y recorriendo el listado con la mirada.

—Por supuesto que lo hicimos —dijo Hestiv, con tono un poco ofendido—. Todos los archivos desde mantenimiento básico hasta…

—No —dijo Pellaeon, mirando fijamente a la pantalla mientras un pensamiento escalofriante lo golpeó súbitamente—. No verificaron todo. No podrían hacerlo.

—Discúlpeme Almirante…

—Porque hay archivos a los que no tienen acceso —lo interrumpió Pellaeon, bajando por el listado—. Específicamente, la sección de Archivos Especiales.

Las cejas de Hestiv se alzaron.

—No puede estar hablando en serio —dijo—. ¿Está sugiriendo que un bajo mayor pudo acceder a los archivos sellados del propio Emperador?

—Estoy de acuerdo en que suena increíble —dijo Pellaeon—. Pero nos estamos quedando sin opciones.

—¿Pero un mayor?

—Es un ayudante de un Moff muy resbaladizo —le recordó Pellaeon—. No diría que es imposible para Disra haber encontrado una forma de entrar a los Archivos Especiales. De hecho, considerando su ambición y carencia de ética discernible, probablemente encontraría más sorprendente que no lo haya hecho.

—Yo todavía no lo creo —dijo pesadamente Hestiv—. Pero como usted dice, nos estamos quedando sin opciones. —Alzó una ceja—. ¿No creo que usted pueda hacernos entrar en esos archivos para comprobar esto?

Pellaeon agitó la cabeza.

—Los códigos y procedimientos se perdieron mucho antes de que yo subiera a la posición donde me habrían instruido acerca de su uso.

—Lástima —dijo Hestiv—. Si no podemos entrar, no vamos a poder averiguar qué estuvo haciendo allí.

—Esa es la gran pregunta, ¿no? —convino Pellaeon, frotándose la barbilla pensativamente—. No podría haber estado buscando algo… los archivos de Bastión son duplicados de los de aquí. Lo que implica que su propósito era agregar, anular, o alterar.

Hestiv murmuró algo por lo bajo.

—Lo que implica que esos nombres que usted está investigando pueden tener más historia con el Imperio de lo que creía.

—Quizás —convino sobriamente Pellaeon cuando otro pensamiento desagradable lo golpeó—. Pero hay otra posibilidad. Si quisiera detalles del ataque que destruyó a Caamas, ¿adónde buscaría?

Hestiv se encogió ligeramente de hombros.

—Debe haber copias de todos los medios de comunicación y reportes oficiales en los archivos regulares, de esa época y también posteriores.

—¿Y si Palpatine estuviera personalmente involucrado, como sugieren los rumores?

Hestiv exhaló ruidosamente.

—Algo así estaría en la sección de Archivos Especiales, ¿no? ¿Cree que eso es lo que Tierce buscaba realmente?

—O buscaba eso además de la lista de aliados de Disra —dijo Pellaeon—. Mientras estaba en los archivos de cualquier forma, ¿por qué no hacer ambas cosas?

—¿Por qué no, claro? —dijo Hestiv, tamborileando los dedos pensativamente en el escritorio—. ¿La pregunta es, qué querría Disra con los archivos de Caamas?

—Cualquier cosa que sea, dudo muchísimo que tenga otra cosa que el engrandecimiento personal de Disra en el centro —dijo agriamente Pellaeon—. Y sólo por esa razón, quiero saber lo que es. Creo yo, General, que nosotros dos deberíamos empezar una búsqueda silenciosa por alguien que pudiera hacernos acceder a esos archivos.

—Empezaré a hacer indagaciones inmediatamente —prometió Hestiv—. ¿Adónde puedo encontrarlo si tengo éxito?

—Estaré fuera de contacto por algún tiempo —dijo Pellaeon, poniéndose de pie—. Me comunicaré con usted cuando vuelva. Gracias por su ayuda.

—Cuando usted quiera, Almirante —dijo Hestiv—. Y la mejor de la suerte con todo.

Y finalmente era hora, supo Pellaeon mientras se dirigía por el corredor de la oficina de Hestiv hacia la bahía de atraque donde su lanzadera estaba amarrada. Los astilleros de Yaga Menor eran la última parada en su gira por los magros medios de defensa del Imperio, y había cosechado todo el apoyo de los militares de alto rango que iba a conseguir.

Ahora era hora del viaje solitario a Pesitiin.

Hizo una mueca. Ya habían pasado tres semanas. Tres semanas desde que el Mayor Vermel habría llegado a Morishim para intentar avisar al General Bel Iblis. Tres semanas desde que él y su Corbeta Corelliana se habían desvanecido sin dejar rastro. La

conclusión cada vez más inevitable era que había sido interceptado en alguna parte por el camino, o por piratas al azar, o por fuerzas demasiado devotas de la Nueva República, o por disidentes imperiales.

Había sido un buen oficial, incluso un amigo, y Pellaeon lamentaría su pérdida y extrañaría su servicio. Pero por el momento la pregunta crítica era si había podido entregar su mensaje antes de que esa intercepción ocurriera.

No había ninguna forma de que Pellaeon lo supiera. Simplemente tendría que presentarse en Pesitiin y ver si Bel Iblis hacía lo mismo.

Y si no lo hacía… bueno, se ocuparía de eso si y cuando se volviera necesario.

CAPÍTULO 17

Su nombre oficial era la Gran Acera del Borde; e incluso en un mundo que se enorgullecía de sus obras de ingeniería tanto como lo hacía Cejansij, era de hecho una obra notable. De treinta metros de ancho en su mayor extensión, unida a la pared oriental de la Cañonada a dos-terceras partes del camino del suelo al borde, se estiraba por toda la longitud, de más de diez kilómetros, del cañón. Pequeñas casillas de comercio y venta estaban fijadas todo a lo largo de la pared del cañón, áreas comerciales entremezcladas con círculos de conversación o diminutos jardines de meditación contorneados por racimos de esculturas. En otros puntos la pared había quedado completamente abierta para permitir la observación libre de obstáculos de los interesantes grupos de vegetación natural o de las pequeñas cascadas que se derramaban suavemente hacia el fondo del cañón.

Aunque, la vista más interesante, estaba al otro lado de la Acera. Más allá de la baranda de una verja metálica muy elaborada que llegaba hasta la altura del pecho, uno podía mirar hacia abajo a la propia Cañonada, a la ciudad que había sido creada en el suelo y los lados. A intervalos regulares la baranda se abría en arcos celestiales que se encorvaban grácilmente a través del cañón a las inferiores y más utilitarias pasarelas en el lado lejano. Los arcos celestiales estaban arreglados en grupos de nueve en un patrón de diamante: tres conectaban con la Acera, dos de cada uno se conectaban con las pasarelas por encima y por debajo de ella, uno a cada una de las pasarelas por encima y por debajo de aquéllas.

Una obra impresionante, que lo era aún más por el hecho de que toda la estructura de trescientos años de edad se mantenía sólidamente en su lugar sin ninguna ayuda en absoluto de repulsores. Caminando a lo largo de la Acera, mirando a través de la oscuridad a las luces esparcidas por el cañón y abajo, Luke se preguntó si alguien en estos días modernos hubiera tenido ambas la habilidad y la confianza en sí mismo para emprender una obra de semejante magnitud.

Rodando junto a Luke, Erredós gorjeó algo inquieto.

—No te preocupes, Erredós, no voy a acercarme demasiado al borde. —Luke tranquilizó al pequeño droide, moviendo los hombros debajo de su capa con capucha—. Sin embargo, no es peligroso… el folleto dice que hay rayos tractores de emergencia dispuestos para agarrar a cualquiera que se caiga.

Erredós trinó un asentimiento no completamente convencido. Entonces, girando su domo para dar una mirada subrepticia hacia atrás, pitó una pregunta.

—Sí —le dijo sobriamente Luke—. Todavía está siguiéndonos.

Había estado siguiéndolos, de hecho, desde poco después de su llegada a la Acera: un gran alienígena voluminoso, deslizándose dentro y fuera de los grupos de otros peatones con una gracia improbable. Luke no estaba exactamente seguro de cuándo él y Erredós lo

habían descubierto e identificado; posiblemente durante el viaje en el turboascensor desde el espaciopuerto, posiblemente no hasta que habían llegado a la misma Acera.

Por lo que sabía, era completamente posible que no hubieran sido identificados en absoluto. Su cola podría ser simplemente un ladrón local esperando aliviar a un extraño desvalido de su droide astromecánico.

En ese caso, iba a llevarse una sorpresa.

Erredós gorjeó de nuevo.

—Paciencia —le dijo Luke, mirando alrededor. Habían llegado al final de uno de los grupos de edificios que abrazaban la pared y ahora estaban entrando a una área ancha que sólo ofrecía una cascada y dos áreas de conversación actualmente desocupadas. Tranquilo, pacífico, y más privado de todo lo que Luke había visto aquí hasta ahora. Un lugar ideal para mantener una conversación improvisada.

O para hacer saltar una emboscada.

—Paremos aquí un momento —le dijo a Erredós, cruzando hacia el borde exterior de la Acera. Ahora estaban más o menos en el medio del área tranquila, con la cascada ondulando suavemente detrás de ellos. Escogiendo una sección de la baranda, Luke dejó de caminar y apoyó los codos en la barra superior, estirándose a la Fuerza mientras lo hacía. Ahora hubo un cambio sutil en las emociones de su perseguidor: un cambio que se sintió para Luke como que el otro había tomado una decisión.

—Viene hacia aquí. —Luke le murmuró a Erredós—. Creo que está solo, pero todavía podría haber problemas. Mantente atrás fuera del camino, ¿está bien?

El droide asintió con un gorjeo nervioso, rodando un metro para atrás en respuesta. Volviendo a poner los codos en la baranda, Luke miró fijamente afuera a la Cañonada, un suave escalofrío le recorrió la espalda cuando escuchó los pasos silenciosos que se aproximaban por el costado. Hasta donde podía decir, éste era el punto exacto donde se había visto en esa visión.

Los pasos se detuvieron.

—Disculpe —preguntó una voz suave—. ¿Es usted el Maestro Jedi Luke Skywalker?

Luke se volvió, dando su primera mirada clara al ser que había estado siguiéndolos. Era de una especie que no le era familiar: alto y ancho, con placas óseas oscuras medio-ocultas debajo de la capa de piel-afeitada que vestía. Su cabeza era grande, con ojos negros alerta y con pequeñas púas adonde la boca hubiera estado en un humano.

—Sí, soy Skywalker —confirmó Luke—. ¿Y tú?

—Yo soy Moshene Tre —dijo el alienígena—. El Un'Yala de la tribu Cas'ta del pueblo rellarino de Rellnas Menor.

Alzó una mano del tamaño de la de un wookiee al cuello de su capa y dio vuelta el borde. Abrochado a la parte inferior había un alfiler distintivo de oro afiligranado.

—También soy un Observador de la Nueva República. Me siento honrado de conocerlo, señor.

—Y yo a ti —dijo Luke, inclinando la cabeza en saludo mientras sus últimos vestigios de tensión se desvanecían. Los Observadores eran una parte experimental,

cuasi-oficial de la Nueva República, creada en esta última ronda de reorganización de política gubernamental. Moviéndose libremente por sus sectores designados, su trabajo era reportar directamente al Alto Consejo y al Senado lo que veían u oían, enfocándose en particular en las actividades gubernamentales impropias a las que las autoridades nativas o del sector podrían preferir hacer la vista gorda.

Había habido algunos temores tempranos de que los Observadores podrían evolucionar en el tipo de fuerzas de seguridad secretas que el Imperio había usado con efecto tan devastador durante su reinado de terror. Hasta ahora, sin embargo, eso no parecía estar pasando. Los varios gobiernos que se habían comprometido a patrocinar a los Observadores habían escogido a sus candidatos cuidadosamente, con cuidado de contratar sólo a seres éticamente fuertes y entonces definiendo estrictamente los límites de su mandato. El hecho de que los Observadores eran asignados a sectores lejos de sus casas y de cualquier rivalidad nativa o de la especie indudablemente ayudaba animar a sus patrocinadores a escoger candidatos que fueran tan incorruptibles e imparciales como fuera posible.

Un sistema similar había sido usado en la Antigua República, sabía Luke, con los Caballeros Jedi que actuaban en el papel de los Observadores. Quizás algún día sus graduados de la academia serían lo suficientemente numerosos, e inspirarían la suficiente confianza, para asumir esa tarea una vez más.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó.

—Por favor perdona mi impertinencia al caminar a tu sombra —continuó Tre—. Pero sentí que era una carga hablar contigo, y necesitaba estar seguro de tu identidad antes de aproximarme.

—Lo entiendo —dijo Luke—. No hubo ningún daño. ¿En qué puedo ayudarte?

El rellarino fue hasta la baranda al lado de Luke y señaló con una mano gigantesca hacia abajo.

—Deseo que veas lo que está pasando esta noche en la Cañonada. Que veas, y que lo entiendas.

Luke se volvió de nuevo a la baranda y miró hacia abajo. Todo lo que podía ver eran las luces normales de calles y vehículos de una ciudad moderna.

—¿Adónde se supone que debo mirar? —preguntó.

—Allí —dijo Tre, señalando directamente hacia una gran área en forma de diamante cerca del centro de la Cañonada directamente enfrente de donde los dos de ellos estaban parados. Aunque bordeada por la iluminación normal de las calles, el área en sí misma estaba casi completamente oscura, con sólo un manojo de luces diminutas visibles cerca del centro.

—Parece un parque —arriesgó Luke, mentalmente tratando de recordar el mapa de la Cañonada que había mirado en el camino al espaciopuerto—. ¿Tranquilidad Común, quizás?

—Eso es correcto —dijo Tre—. ¿Ves las luces en el centro?

—Sí —dijo Luke—. Son…

Hizo una pausa, frunciendo el ceño. En los últimos segundos, mientras él y Tre habían estado hablando, el número de luces aparentemente se había duplicado. Todavía agrupadas muy juntas… y entonces, incluso mientras él miraba, un nuevo círculo de luces se agregó al grupo.

—Son luces de paz —dijo Tre—. Esta noche, la gente de Cejansij se reúne para apoyar a la justicia.

—Sí —dijo Luke. Podía ver demasiado bien adonde iba todo esto—. Justicia.

—Percibo por tu tono de voz que todavía no lo entiendes —dijo Tre, con su propio tono de suave reprimenda—. El Alto Consejo y el Senado desestiman *todas tales manifestaciones* como alborotos hechos por los *violentos* o *ignorantes*, o sino como *complots* del Imperio. Pero ese no siempre es el caso.

—No creo que el Senado realmente vea las cosas tan simplísticamente —dijo Luke. Sin embargo, tenía que admitir que Tre tenía un punto—. ¿Así que, en qué tercera categoría encajaría la manifestación de allá abajo?

—Como ya dije: *apoyo a la justicia* —dijo el rellarino—. Las luces blancas que ves son en memoria del pueblo de Caamas. Pronto… sí, ahora; allí. ¿Las ves?

Luke asintió. Alrededor del grupo de luces blancas, había aparecido un delgado círculo de luces azules. Mientras miraba, más se les unieron, creando un anillo siempre-creciente de azul alrededor del blanco.

—Las veo.

—Representan la memoria de las víctimas de la masacre de Vrassh —le contó Tre—. La tierra ganada por los perpetradores de ese acto les ha redituado grandes riquezas; sin embargo ni el gobierno de Pas'sic ni la Nueva República han insistido en que nada de esa riqueza sea dado a las familias de los sobrevivientes, como dictan ambas la costumbre y la antigua ley de ese mundo.

—Uno de mis estudiantes Jedi venía de Vrassh —dijo Luke, con su corazón revolviéndose por el recuerdo—. Tenía mucha furia que superar antes de que pudiera comenzar su entrenamiento apropiado.

—Su rabia es entendible —dijo Tre—. Sin embargo no hay tal enfado en aquellos reunidos abajo. —Señaló de nuevo hacia el creciente círculo de luces—. No en la forma en que los humanos definen al enfado. Son tranquilos y pacíficos, no amenazan a nadie. Pero no se olvidarán de aquellos a quienes se les hizo mal, ni permitirán que aquellos en el poder se olviden.

—Sí —murmuró Luke—. Ciertamente hay algunas cosas que *nunca* deben olvidarse.

Durante algunos minutos se quedaron en silencio y miraron. El círculo de luces azules continuó creciendo; y entonces, cuando el centro blanco había dado paso al azul, el azul dio paso al amarillo. Al amarillo se le unió y fue abrazado a su vez por el rojo, entonces por el verde pálido, entonces por el violeta, y finalmente por un anillo exterior de blanco.

—Están todos reunidos —dijo Tre cuando la serie de anillos concéntricos estuvo completa—. Éstos son los que esta noche han donado su tiempo a la memoria. Otros donarán su tiempo otras noches; y cuando todos miren abajo a las luces recordarán

también. Y todo Cejansij se fortalecerá en su resolución de seguir solicitando a las sedes de poder hasta que todos esos males sean corregidos.

Luke agitó la cabeza.

—Excepto que ninguno de estos males puede ser realmente corregido, Un'Yala Tre —dijo—. Ni Caamas, ni ninguno de ellos.

—Los cejansijis entienden eso —dijo el rellarino—. Saben que los muertos no pueden devolverse a la vida, ni los mundos devastados ser arreglados de nuevo. Ellos meramente buscan la justicia tal como está dentro del poder de los seres mortales concederla.

—¿Y qué justicia buscarían para Caamas? —persistió Luke—. ¿El castigo a toda la raza bothan por los crímenes de unos pocos?

—Muchos dirían que tal cosa no sería verdadera justicia —convino Tre—. Pero otros no comparten esa opinión, y sus voces también deben ser oídas. —Señaló a los círculos de luces—. Pero ahora mira. Ellos demuestran que esa justicia no puede limitarse a un sólo pueblo o evento. La justicia debe existir para todos.

Luke frunció el ceño. Los prolijos círculos estaban separándose, los diferentes colores empezaban a mezclarse en los bordes. Su primer pensamiento fue que la manifestación había terminado y los participantes estaban empezando a dispersarse. Pero el grupo general de luces no parecía estar haciéndose nada más grande. Los colores continuaron amalgamándose, los anillos dieron paso a una mezcla más homogénea de color…

Y de repente comprendió. Los participantes estaban dejando sus propios círculos de memoria y estaban entretejiéndose con la gente en los demás círculos. Era una silenciosa aunque profundamente conmovedora demostración de unidad.

—Algunos de aquellos ahora en el Común creen de hecho que toda la especie bothan debe considerarse responsable del crimen de Caamas —dijo Tre en voz baja—. Por lo menos con respecto a las indemnizaciones a los sobrevivientes caamasi. Otros cejansijis rechazan ese argumento, sin embargo están de acuerdo en que al ocultar el conocimiento de su parte en el crimen, el liderazgo bothan ha renunciado a cualquier derecho de presunción de inocencia. Habrá también visitantes extraplanetarios en el Común, sosteniendo sus luces junto a ellos cuyas opiniones variarán igualmente.

—Parece que aquí es como en todo el resto de la galaxia —dijo Luke.

—Cierto —dijo Tre—. El punto que deseaba hacer, Maestro Skywalker, es que estas diferencias no son el resultado de complots enemigos o siquiera posturas entre rivales políticos. Son las diferencias de opinión genuinas y honestas entre los muchos seres que constituyen a la Nueva República. Desestimar a cualquiera de ellas como poco importante, o hecha sin pensar, es insultar el honor y la integridad de esos seres y sus culturas.

—Lo sé —dijo Luke—. Estoy seguro de que el Senado también lo sabe. El problema es cómo reconciliar todas esas diferencias. No sólo acerca de Caamas, pero también en otros mil asuntos.

—No sé cómo tendrás éxito —dijo Tre—. Sólo sé que debe hacerse, y que debe hacerse rápidamente. Ya he oído las conmociones de enojo genuino debidas a la inacción del Senado en este asunto. Hay otras conmociones aún más perturbadoras: sugerencias susurradas de que a la Nueva República ya no le importa qué hace cualquier mundo contra sus vecinos o adversarios. Incluso en este momento algunos se están preparando para resolver viejos agravios, mientras otros buscan nuevas alianzas para protegerse.

Luke suspiró.

—He perdido la cuenta de cuántas veces el gobierno de la Nueva República ha sido acusado de ser demasiado severo en una crisis u otra durante los últimos años. Ahora están intentando dejar que los sectores y sistemas se gobiernen por sí mismos un poco más, entonces por supuesto los acusan de no hacer nada.

—¿Esto te sorprende? —preguntó Tre—. La única certeza en toda la política es que algunas voces fuertes se levantarán contra cualquier decisión que se tome.

—Sí —dijo Luke, mirando abajo a las luces oscilantes.

—Muchos de aquellos que ahora se están manifestando se reunirán más tarde esta noche en el café *Pensar Es Libertad* —dijo Tre—. Está en el lado lejano del Común, en la esquina occidental del diamante. Si eliges unirte a ellos, estarán complacidos de contarte sus pensamientos.

—Estoy seguro que lo estarán —dijo Luke, escondiendo cuidadosamente una mueca—. Gracias por tomarte el tiempo para mostrarme esto.

—Es mi deber jurado proveer de información a los líderes de la Nueva República —dijo ceremoniosamente el rellarino—. Es un juramento que me tomo muy en serio.

Juntó los dedos e inclinó la cabeza.

—Te agradezco a la vez tu tiempo y tu atención, Maestro Skywalker, y te insto a que visites esta noche el *Pensar Es Libertad*. Ganarás mucho conocimiento allí. —Inclinando la cabeza de nuevo, se dio la vuelta y se alejó por la Acera.

Detrás de Luke, Erredós silbó suavemente, y él se volvió para ver al pequeño droide parado en mecánicas puntas de pies mientras miraba abajo a las luces de la Cañonada.

—Sí, es impresionante —convino sobriamente Luke—. Eso es lo que lo hace tan difícil de manejar. Hay tanto de esto que realmente son diferencias honestas de opinión.

Erredós trinó de nuevo, su domo giró significativamente en dirección al arco celestial a su izquierda la dirección que debían tomar para atravesar la Cañonada y bajar al café que Tre había mencionado.

—Supongo que debemos ir a echar una mirada —dijo renuentemente Luke—. Aunque dudo que allí consigamos ninguna información nueva. Sólo serán más opiniones.

Se separó de la baranda y empezó a caminar hacia la entrada al arco celestial.

—Si realmente quieres información tienes que ir con alguien como Talon Karrde —continuó mientras Erredós rodaba junto a él como una mascota bien entrenada—. De hecho, he estado pensando que quizás debemos intentar ponernos en contacto con él.

Erredós hizo un ruido que sonó rudo.

—Espero que eso sea para la actual actitud hacia él en Coruscant —advirtió Luke—, y no para el propio Karrde. Él ha hecho mucho por la Nueva República.

El droide dio un gorjeo ambiguo, seguido por una imitación notablemente buena de un montón de monedas tintineando.

—Sí, ya sé que se le pagó por su ayuda —reconoció Luke—. Podrías recordar que el dinero también fue la primera razón por la que Han se involucró con la Rebelión, y resultó bastante bien.

Llegaron a la entrada del arco celestial y entraron en el puente con barandas y techo como paraguas. Como la misma Acera del Borde, los arcos celestiales de la Cañonada eran notables ejemplos de habilidad de ingeniería, encorvándose suave y grácilmente por la garganta de medio kilómetro sin la ayuda de apoyos o cables de suspensión adicionales. El lado derecho de la pasarela estaba terminado en una simple superficie antideslizante, claramente diseñada para los paseantes casuales o aquellos que querían hacer una pausa y admirar la vista de abajo en la Cañonada. El lado izquierdo, en contraste, estaba provisto con un par de cintas transportadoras para el viajero serio que meramente deseaba ir de un lado al otro.

Habría sido un paseo placentero, pensó Luke con una silenciosa punzada de remordimiento, pero últimamente no parecía tener el tiempo para tales placeres simples.

—El punto importante es que Karrde siempre ha venido primero a nosotros con la información que necesitábamos —agregó para Erredós, conduciendo al droide hacia la cinta transportadora y entrando detrás de él—. Lo admita o no, realmente está de nuestro lado.

Erredós giró su domo alrededor para enfrentar a Luke, hizo una especie de gruñido de supongo-que-sí, entonces volvió a girar para mirar de nuevo hacia adelante. La cinta transportadora se estaba acelerando, notó con interés Luke, acelerando continuamente mientras se aproximaban al centro del arco. Presumiblemente no toda la cinta estaba acelerando, lo que crearía un buen desafío para cualquiera que intentara subir a la cinta detrás de él. Estaba compuesta de algún tipo de material pseudo-fluido, supuso, usando una variante de flujo laminar para crear velocidades variables a lo largo de su longitud. Una maravilla de ingeniería más para agregar a la lista.

Alcanzaron la cúspide del arco, y estaba pensando en pedirle a Erredós que le hiciera un análisis de la cinta transportadora, cuando sintió un parpadeo en la Fuerza. No fue mucho; poco más que una punzada a corta distancia. Pero fue suficiente.

En alguna parte muy al alcance de la mano, alguien estaba preparándose para el asesinato.

Salió de la cinta transportadora, luchando por un momento con el abrupto cambio de velocidad antes de recobrar el equilibrio. Erredós, de repente dándose cuenta que se había ido, graznó de sorpresa… entonces graznó de nuevo cuando Luke se estiró con la Fuerza y lo alzó completamente en el aire.

—Silencio —lo amonestó Luke mientras bajaba al droide en la sección estacionaria de la pasarela. Echando una mirada alrededor, se estiró de nuevo con la Fuerza.

La intención asesina todavía estaba allí, en alguna parte cerca. Pero aunque había un manojo de otros peatones a la vista, no había nada que pudiera ver que pareciera encajar con la sensación.

Por lo menos, no en este arco celestial en particular.

Se dio la vuelta, asomándose hacia arriba por debajo del borde del techo de su arco celestial y a través de la malla de la baranda del arco celestial que corría en paralelo a un nivel encima de él. Y allí estaban, quizás diez metros más adelante de donde él estaba: dos figuras con capas y capuchas paradas con las espaldas apretadas contra la baranda, la figura más pequeña del tamaño de un niño aferrada a la más alta. Más allá de ellos, Luke podía apenas distinguir las formas oscuras de tres atacantes moviéndose lenta y confiadamente hacia ellos. En la mano de uno de ellos, vio el brillo de un cuchillo.

No había tiempo que perder, y exactamente una sola ruta que tuviera alguna oportunidad de que Luke llegara a ellos a tiempo. Sería un salto recio, pero nada que un Jedi usando la Fuerza no pudiera manejar fácilmente. El único imponderable era si los rayos tractores de seguridad de la Cañonada reaccionarían lo suficientemente rápido para atraparlo en medio del aire y desviarlo.

Sólo había una forma de averiguarlo.

—Espera aquí, Erredós —murmuró.

Estirándose a la Fuerza, brincó de la pasarela a la cima de la baranda de su arco celestial. Por un par de latidos del corazón se quedó allí agachado, recobrando el equilibrio mientras hacía una medida visual final de la distancia entre este y el otro arco celestial. Entonces, respirando profundo, utilizó la Fuerza de nuevo y saltó.

Los rayos tractores de emergencia obviamente no estaban tan bien calibrados como había temido, y alcanzó el otro lado sin mas que un codazo ligero por parte de ellos. Agarrando el borde de la baranda del otro arco celestial, pasó las piernas a través de la apertura entre la baranda y el techo para aterrizar un poco agachado en la sección inmóvil de la pasarela.

Evaluó de una mirada el cuadro dispuesto ante él. Las dos probables víctimas, como ya había visto, estaban de pie adelante y a su derecha, con las espaldas apretadas contra la baranda. La capucha de la más alta de ellas había caído atrás, revelando la cara arrugada y el cabello blanco de una anciana. La cara del niño aferrado a su costado, probablemente un nieto o incluso bisnieto, considerando la edad de la mujer, todavía estaba completamente en la sombra. Pero Luke no necesitaba ver una expresión, la forma en la que el niño se aferraba al costado de la anciana era toda la evidencia que cualquiera necesitaba para reconocer allí el terror silencioso.

Un terror que estaba bien fundado; Desde el arco celestial más bajo Luke había visto a tres hombres blandiendo cuchillos que se les acercaban. Ahora, desde su nueva perspectiva, podía ver que esos tres sólo eran el círculo interno de un grupo mucho más grande. Otros nueve hombres estaban unos pasos más atrás, formando un semicírculo alrededor de su presunta presa. Los nueve tenían las caras endurecidas de hombres cuyas

vidas han sido formadas por la violencia y la crueldad; los nueve tenían blásteres desenfundados y listos.

Y en ese momento, las nueve caras… y cinco de aquellos blásteres apuntaban a Luke.

—Ya es suficiente —exclamó Luke, enderezándose de la postura agachada en la que había aterrizado—. Bajen sus armas.

—Tengo una idea mejor —gruñó uno de los hombres, su voz era tan sucia como su apariencia—. Por qué no te das la vuelta y te alejas. Mientras todavía puedas.

—No lo creo —dijo Luke, intentando sonar más confiado de lo que se sentía. Con cinco… ahora seis… blásteres apuntándolo, iba a haber una carrera para ver si podía sacar su sable de luz lo suficientemente rápido como para desviar los tiros que estarían viniendo en su dirección en el momento en que hiciera un movimiento hacia el arma.

Pero allí dos pasos a su izquierda estaba la cinta transportadora. Una sección en cada dirección; ambas moviéndose a una velocidad razonablemente alta.

—Estamos perdiendo el tiempo —riñó uno de los otros hombres—. Acábalo y…

Y en ese instante, en medio de la frase, el niño se movió.

Fue tan silencioso y tan rápido que Luke al principio no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. El niño se giró desde donde aferraba asustado de muerte a la anciana hacia el más cercano de los atacantes que blandía un cuchillo, un brazo barrió delante del hombre como una estilizada palmada cruzada al pecho que quedó corta. El movimiento del brazo pareció desviar al niño como una piedra rebotando hacia el segundo atacante; el movimiento de palmoteo de nuevo, y estaba lanzándose ahora hacia el tercer hombre…

Y con un grito borbotante, el primer hombre se derrumbó al suelo.

Alguien maldijo con un insulto sobresaltado, los blásteres apuntados a Luke vacilaron mientras la súbita confusión se entrometía en lo que dos segundos antes había sido una situación sólidamente segura. Las cabezas volvieron a mirar hacia el niño y su abuela…

Y entonces el segundo hombre se encogió, y el tercer hombre empezó a hacer lo mismo, su cuchillo ahora estaba inexplicablemente en la mano del niño. Pero sólo brevemente; un instante más tarde, con un abreviado giro de la muñeca, el cuchillo voló una corta distancia para enterrarse en el pecho de uno de los otros atacantes.

Y cuando lo hizo, la capucha cayó atrás lo suficiente para finalmente exponer la cara del niño.

No había un niño debajo de esa capa. Había un noghri.

Ese único vislumbre fue la última vista clara que cualquiera tuvo del alienígena. Para algunos, fue la última vista clara de algo que tendrían en su vida. Aun mientras Luke manoteaba su sable de luz el noghri se volvió un borrón de movimiento: zambulléndose, rodando, acuchillando ahora con hojas en ambas manos, evadiendo la frenética lluvia de rayos de bláster con facilidad casual. Una granada resonó por la pasarela hasta los pies de la anciana, se desvaneció cuando Luke se extendió a través de la Fuerza para hacerla pasar a través del hueco entre la baranda y el techo y, enviarla directo hacia arriba.

Para cuando explotó inofensivamente lejos encima de ellos, la batalla había terminado.

—Maestro Skywalker —dijo el noghri, inclinando ceremoniosamente la cabeza desde el centro de la carnicería mientras deslizaba sus dos cuchillos de asesino de vuelta a su escondite—. Me siento honrado por tu presencia, y agradecido por tu ayuda.

—Por lo que fue —dijo Luke, agitando la cabeza asombrado. Había visto noghri entrenando y en práctica de combate y había pensado que conocía los límites de sus habilidades de lucha. Ni siquiera había estado cerca—. De algún modo, creo que te las habrías arreglado bastante bien sin mí.

—Discúlpame, pero eso no es verdad —objetó el noghri, caminando por encima de los cuerpos y viniendo hasta él—. Tu distracción fue muy oportuna, permitiéndome casi cuatro segundos adicionales que de otro modo no habría tenido.

—Para no mencionar la granada —agregó la anciana. Se había agachado al lado de uno de los muertos y estaba revisando sus bolsillos con dedos experimentados—. Si no fuera por tu rápida acción, todos habríamos terminado muertos. Gracias.

—De nada —dijo Luke, mirándola con crecientes dudas mientras ella terminaba su búsqueda y seguía al próximo cuerpo. Un guerrero noghri y una mujer con la habilidad de un ratero profesional no eran exactamente lo que había tenido en mente cuando vino brincando al rescate.

—¿Puedo preguntar quién es usted?

—No quien probablemente temes que sea —dijo la mujer, haciendo una pausa en su búsqueda para mostrarle una sonrisa—. En realidad es algo bastante honesto y principalmente respetable. Mi nombre es Moranda Savich; Plakhmirakh aquí está actualmente asignado a mí como mi guardaespaldas. Trabajamos para alguien a quien conoces: Talon Karrde.

—En serio —dijo Luke—. Lo extraño, es que estaba pensando en intentar hacer contacto con Karrde.

—Bueno, has venido al lugar correcto —dijo Moranda, enderezándose—. Acaba de llegar a Cejansij.

—Estás bromeando —dijo Luke, frunciendo el ceño—. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Quién sabe alguna vez lo que Karrde está haciendo en alguna parte? —declaró filosóficamente Moranda—. ¿Por qué no vienes y le preguntas?

Luke miró abajo a través de la baranda hacia las luces de la ciudad de abajo. Una vez más, se las había arreglado para estar en el lugar apropiado en el momento correcto. La Fuerza sí que estaba con él.

—Gracias —le dijo a Moranda—. Creo que lo haré.

• • •

—¿Jefe?

Karrde alzó la vista de su escritorio para encontrar la cabeza de Dankin asomando por la puerta abierta de la oficina.

—Sí, ¿qué pasa?

—Savich y su guardia noghri están aquí —dijo Dankin—. Ella consiguió los datos que querías.

—Que bien —dijo Karrde, frunciendo ligeramente el ceño.

Cuando la tripulación del puente del *Salvaje Karrde* se había estado preparando para hacer saltar al *Ventura Errante* de Booster Terrik en la confiada H'sishi, Dankin había estado llevando una sonrisa medio disimulada. Ahora estaba llevando la misma sonrisa.

—¿Y? —preguntó Karrde.

La sonrisa dejó totalmente de esconderse.

—Y también te trajeron una sorpresa.

—En serio —dijo Karrde, dejando que la temperatura de su voz cayera un par de grados—. Espero que recuerdes cuánto me gustan las sorpresas.

—Te gustará esta, Jefe —le aseguró Dankin, dando un paso al costado y haciendo señas. Plakhmirakh y Moranda Savich emergieron de alrededor de la puerta y entraron a la oficina, la última sosteniendo un cilindro de datos en la mano. Y entrando detrás de ellos…

—Está bien, que me manden a las minas de Kessel —dijo Karrde, poniéndose de pie—. Una sorpresa de hecho placentera. Hola, Skywalker.

—Karrde. —Skywalker inclinó la cabeza en un saludo—. Me sorprende encontrarte aquí.

—El sentimiento es mutuo —convino Karrde—. ¿Estás solo?

—Erredós está conmigo —dijo Skywalker, señalando atrás con la cabeza por encima de su hombro—. Vio a un droide de reparación GV9T trabajando en tu bahía de carga y se detuvo para charlar.

—Espero que lo disfrute —dijo Karrde, tomando el cilindro de Moranda y mirando sus marcas—. Ése es el último GV9T que voy a comprar alguna vez. ¿Algún problema, Moranda?

—Nos asaltaron en el camino de vuelta —le contó ella—. Doce hombres, muy profesionales, ninguna indicación acerca de para quién estaban trabajando.

—Probablemente uno de los hutts —dijo Karrde, dando vueltas al cilindro encima de su mano—. No están exactamente entusiasmados acerca de perder esto.

—Podría ser —dijo Moranda. Quienesquiera que fueran, Plakhmirakh se ocupó de ellos.

—Con la ayuda del Maestro Skywalker —agregó el noghri con su voz ronca—. Llegó exactamente en el momento apropiado.

—Los Maestros Jedi tienen esa maña —dijo secamente Karrde, devolviéndole el cilindro a Moranda—. Está bien. Llévaselo a Odonnl, entonces puedes ir a relajarte en el salón de descanso de la tripulación mientras él lo revisa y te prepara tu pago. ¿Estarías interesada en tomar otra asignación?

—Sólo si es más divertida que el trabajo de mensajera —dijo Moranda—. Aparte del ataque, todo fue más bien aburrido. —Agitó una mano hacia Luke y Plakhmirakh—. Y con estos dos cerca, ni siquiera esa parte fue muy excitante.

—Intentaré hacerlo mejor la próxima vez —prometió Karrde—. De hecho, tengo un trabajo en particular donde tus talentos podrían ser útiles. Repórtate de vuelta aquí después de que te hayan pagado y hablaremos, ¿está bien?

—De acuerdo —dijo Moranda, inclinando la cabeza. Plakhmirakh dio una abreviada reverencia noghri, y juntos salieron de la oficina.

Karrde le alzó una ceja a Skywalker.

—Gracias por tu ayuda. Creo que ahora es mi turno de deberte una.

—Apenas —dijo el otro—. Plakhmirakh sobrevalora inmensamente mi ayuda de allá.

—Sí, ellos generalmente no necesitan de mucha ayuda, ¿no? —convino Karrde—. He estado muy satisfecho con su servicio. Aparte de interferir contra los mercenarios de los hutt, ¿qué te trae a Cejansij?

Skywalker se encogió de hombros.

—Al decir verdad, la Fuerza —dijo—. Estaba intentando ver una visión del futuro, y me vi aquí. Así que aquí estoy.

—Ah —dijo Karrde—. No es una técnica de planificación con la que yo estaría personalmente cómodo.

—Yo tampoco estoy exactamente acostumbrado a ella —dijo Skywalker—. Por otro lado, justo estaba pensando en intentar ponerme en contacto contigo, y aquí estás, así que parece haber funcionado. ¿Qué estás haciendo aquí, de cualquier modo, si puedo preguntar?

—No es un secreto —le aseguró Karrde—. Por lo menos, no para ti. He estado investigando la posibilidad de que agitadores externos pudieran estar involucrados en algunas de las protestas que han aparecido por toda la Nueva República. Puesto que Cejansij tiene una larga historia de manifestaciones pacíficas, pensé que sería un blanco obvio para la subversión.

—Tiene sentido —meditó Skywalker—. Aunque quizá sea demasiado obvio.

—Depende de qué tan sutiles decidan ser nuestros agitadores desconocidos —dijo Karrde—. Pensé que de todos modos valía la pena comprobarlo. ¿Dijiste que querías hablar conmigo?

—Sí —dijo Skywalker—. Me he estado preguntando si habías hecho algún progreso en nuestra cacería de clones.

—Ninguno en absoluto —concedió Karrde—. Ninguna de mis fuentes de información ni siquiera ha oído un cuchicheo acerca de actividad de clones. Si están allá afuera, quienquiera que esté usándolos está manteniéndolo muy en secreto.

—Mm —murmuró Skywalker—. ¿Qué hay sobre los Piratas Cavrilhu?

Karrde agitó la cabeza.

—Parece habérselos tragado la tierra. —Alzó una ceja—. No es que realmente los culpe. Ser perseguido de tu base más segura por un Maestro Jedi debe ser una experiencia más bien desconcertante.

—A ti te persiguió fuera de Myrkr el Gran Almirante Thrawn, y no te atemorizaste —le recordó Skywalker.

Karrde forzó una sonrisa. Los recuerdos de esa época todavía le provocaban punzadas desagradables.

—Quizás yo estoy hecho de un material más fuerte. O quizás sólo no me atemorizo tan visiblemente.

En su escritorio, el intercomunicador gorjeó, y se agachó para tocar el interruptor.

—¿Sí?

Era Dankin, su expresión de repente y atípicamente áspera.

—Mensaje de prioridad del *Hielo Estrellado* —dijo ásperamente—. Faughn dice que Mara ha sido capturada.

Karrde sintió un nudo en el estómago cuando se dejó caer de vuelta a su silla del escritorio.

—¿Está Faughn todavía en línea?

—En su mayoría —dijo Dankin—. La señal está un poco confusa… demasiados retransmisores en la mezcla… pero en su mayoría está claro. Canal de comunicador 5.

Karrde tecleó el canal, apenas consciente de que Skywalker había dado la vuelta al escritorio y llegado a su lado.

—Éste es Karrde. ¿Faughn?

—Sí señor —vino la voz de Faughn, vacilando ligeramente con la distorsión de múltiples retransmisores de hiperespacio—. Llegamos al sistema Nirauan y observamos una nave espacial no identificada aterrizar en el segundo planeta. Jade tomó a nuestro Defensor y bajó. Recibimos una transmisión de pulso de su grabador que indicaba que ella estaba en problemas. Capturada, quizá peor.

Karrde podía oír su corazón haciendo un ruido sordo en sus oídos.

—¿Dankin, tenemos una copia de la grabación?

—Justo aquí —dijo la voz de Dankin.

—Pásala.

Escuchó mientras se reproducía: el vuelo y aterrizaje, el descubrimiento de Mara de la cueva y fortaleza, su exclamación sobresaltada y ese último golpe enfermizo.

—Que H'sishi empiece con un análisis enseguida —ordenó Karrde. Ese golpe había sonado demasiado como el sonido de un cuerpo golpeando el suelo—… Quiero todo lo que puedan sacar de esa grabación.

—Ya estamos en eso.

—Ya hicimos algún análisis por nosotros mismos en el camino hacia aquí —dijo Faughn—. Hay definitivamente respiración y un latido del corazón a ritmo humano después de que ella se callara, así que por lo menos hasta ese punto todavía estaba viva. Hay cincuenta o más criaturas voladoras en la cueva, podemos distinguir por lo menos

tantos juegos de alas batiendo, aunque eso puede no haber sido con quien ella estaba hablando. Oh, y por las diferentes velocidades del sonido a través del aire y hueso, parece que ese golpe fue algo golpeando el frente o costado de su cabeza.

Karrde hizo una mueca.

—Un ataque.

—O un accidente —dijo Faughn—. Sabemos que se estaba moviendo justo antes de que sucediera, y que estaba dentro de una cueva. Podría haber chocado contra una pared o algo.

—Podemos intentar un análisis de eco —sugirió Dankin—. Para intentar deducir qué tan cerca de la pared estaba cuando fue golpeada.

—Sí. —Karrde alzó la vista hacia Skywalker, parado en oscuro silencio a su lado, con ojos preocupados enfocados aparentemente en el vacío—. ¿Sabes algo acerca de esto? —le preguntó al Jedi—. ¿Del planeta o de quienquiera con el que ella estuviera hablando?

Skywalker agitó la cabeza, sus ojos parecieron aún más preocupados.

—No. Pero vi una visión de Mara, al mismo tiempo que me vi aquí. Y donde estaba ella… podría haber sido una cueva.

—Odié tener que dejarla allí —dijo Faughn—. Pero tampoco quise arriesgarme a que todos nosotros desapareciéramos sin que nadie supiera lo que había pasado. Especialmente dadas esas naves y esa fortaleza.

—No, hiciste lo correcto —le aseguró Karrde—. La pregunta ahora es cómo la sacamos. —Alzó la vista a Skywalker—. O más bien, a quién enviamos para hacer el trabajo.

Skywalker debió haber oído el desafío en su voz. Sus ojos regresaron de cualquier cosa que estuvieran mirando para mirar abajo hacia Karrde.

—¿Estás sugiriendo que vaya yo?

—Alguien allí parece conocerte —señaló Karrde—. Por lo menos, eso pensó Mara. Puedes ser el único con el que él… o eso, o ellos… esté dispuesto a hablar.

—No puedo irme —dijo Skywalker, con palabras que salían casi mecánicamente, su atención estaba claramente en otra parte—. Tengo obligaciones aquí.

—También tienes una obligación hacia Mara —contrapuso Karrde—. Por lo que sabemos, también tienes una obligación para con el resto de la Nueva República. Viste a una de aquéllas naves… sabes que aquí estamos tratando con una cultura desconocida. Si esa fortaleza que ella vio está hecha del mismo material que la de Hijarna, podrían refugiarse allí y no preocuparse de cualquier ataque que pudiéramos tirarles encima. Y…

—Está bien —dijo Skywalker—. Iré.

Karrde parpadeó, tomado ligeramente desprevenido por la rapidez de la decisión. Había esperado tener que discutir por lo menos por algunos minutos más y probablemente tirar algo concreto antes de que el otro estuviera de acuerdo.

Pero también sabía que era mejor no cuestionar una decisión para la que él ya estaba presionando.

—Bueno —dijo—. Dime lo que necesites en equipo o suministros, y te lo conseguiremos. Querrás una nave más grande, por supuesto. ¿Dankin, qué tenemos disponible?

—No hay tiempo para eso —dijo Skywalker antes de que Dankin pudiera contestar—. Mi Ala-X está en el Rectángulo de Atraque 16. Si puedes transmitirle una copia de los datos de navegación a Erredós, le repondremos el combustible y estaremos en camino.

—No puedes llevar a un pasajero en un Ala-X —objetó Faughn—. Si ella está herida…

—Entonces tomaremos su nave y dejamos atrás al Ala-X —la interrumpió Skywalker—. Estamos perdiendo el tiempo.

—No llegarás muy lejos en un Defensor —le recordó Karrde, tecleando en su tablero con una corazonada. Sí, la sincronización y las distancias funcionarían—. Permíteme sugerir otra solución: dejas aquí tu Ala-X y yo haré que el *Golpe del Alba* traiga al *Fuego de Jade* para encontrarte cerca de Duroon. Su droide no será activado, pero tú y tu R2 deben poder volarlo sin ningún problema.

Skywalker agitó la cabeza.

—No quiero intentar introducirme furtivamente en Nirauan con una nave tan grande.

—Entonces deja al *Fuego* escondido en alguna parte en el sistema exterior y entra en tu caza estelar —sugirió Faughn—. El puerto de atraque debería poder manejar un Ala-X sin problemas.

Skywalker titubeó por un latido del corazón, entonces asintió.

—Está bien.

—Bueno —dijo Karrde—. Dankin, llama al control del espaciopuerto y pide una orden de combustible para su Ala-X. Número uno en la lista de prioridad, y puedes sobornar o amenazar a quienquiera que haga falta para conseguirlo. Entonces arma el equipo de supervivencia más completo que pueda entrar en la bodega de un Ala-X. Dos metros cúbicos y 110 kilogramos, según recuerdo.

—Lo tengo —dijo Dankin—. ¿Qué tipo de respaldo vamos a enviar detrás de él?

—Todo lo que podamos reunir —le dijo Karrde, tecleando por una lista de recursos disponibles. La flota de su organización era impresionantemente grande; pero como estaba esparcida alrededor de toda la Nueva República, le tomaría un tiempo precioso reunir cualquier tipo de fuerza de ataque.

—No quiero ningún respaldo —interrumpió Skywalker en sus meditaciones—. Llevar al *Fuego de Jade* es bastante arriesgado; cuantas más naves en el sistema, mayores serán las oportunidades de que una de ellas sea vista. Será mejor que intente introducirme solo.

—Pero no puedes sacarla solo —dijo Faughn.

—Puedo —dijo suavemente Skywalker—. Tengo que hacerlo.

—No puedes —insistió Faughn—. ¿Karrde? Díselo.

Por un largo momento Karrde estudió al hombre más joven, su mente retrocediendo al primer encuentro entre los dos de ellos a bordo del *Salvaje Karrde* hacía tanto tiempo.

Ni siquiera entonces Skywalker había sido lo que habría llamado temerario; pero viéndolo ahora Karrde quedó impactado por la madurez silenciosa que diez años le habían agregado a su cara.

—Es su parte, Faughn —dijo—. Si él dice que puede hacerlo, entonces puede.

Skywalker asintió.

—Gracias —dijo.

—Creo que las gracias son todas para el otro lado —señaló Karrde, intentando forzar una sonrisa—. Está bien: combustible y suministros, y el *Fuego de Jade* en Duroon. ¿Qué más necesitas que hagamos nosotros?

—Sólo lo que ya están haciendo —dijo Skywalker—. Sigan investigando estos alborotos, y si encuentran algo le haces llegar la información a Leia.

—Considéralo hecho —dijo Karrde—. ¿Algo más?

—Sí —dijo Skywalker, con una sombra cruzándole la cara—. ¿Podrías pasarle la voz a Leia en Coruscant y contarle adonde he ido?

—Iré yo mismo —prometió Karrde, poniéndose de pie de nuevo—. Saldremos en cuanto hayas partido.

—Gracias —dijo Skywalker. Se volvió y se dirigió hacia la puerta de la oficina…

—Dijiste que viste a Mara en una visión —le dijo Karrde—. ¿Qué estaba haciendo ella?

Skywalker hizo una pausa en la puerta.

—Estaba en un lugar rocoso, flotando en el agua —dijo, sin darse la vuelta—. Y parecía muerta.

Karrde asintió lentamente.

—Ya veo.

Siguió allí, mirando fijamente a la puerta abierta, mucho después de que Skywalker se hubiera ido.

CAPÍTULO 18

De forma bastante injusta, la alarma de batalla sonó justo a la mitad del postre.

Por una fracción de segundo Wedge consideró amontonarse los últimos tres mordiscos de su torta de nieve de citros en la boca a la vez, decidió que correr a las bahías de aterrizaje con la boca llena no tenía la dignidad apropiada, y lamentándose dejó huérfano al pastel en la mesa de la sala de descanso.

—Alas de cazas estelares, repórtense —llamó el coordinador de cazas del *Peregrino* mientras Wedge se ponía el casco de vuelo y se dejaba caer en la cabina de su Ala-X—. ¿Escuadrón Pícaro, dónde están?

—Justo aquí, Perris —dijo Wedge, mirando a su alrededor para confirmar que de hecho el resto del escuadrón estuviera presente en la bahía—. ¿Qué está pasando?

—No lo sabemos con seguridad —gruñó Perris—. Todo lo que sé es que acabamos de recibir una llamada de pánico del sistema Sif'kric. El General Bel Iblis habló con ellos durante quizá cinco minutos, y de repente nos estamos preparando para volar. Está bien, tienen luz verde para el lanzamiento cuando estén listos.

—Te copio. Está bien, Pícaros, vamos.

Veinte segundos más tarde estaban en el espacio, volando adelante a lo largo del flanco del *Peregrino* hacia la posición de vanguardia.

—Supongo que esto no puede ser un simulacro —sugirió Pícaro Seis en su frecuencia privada.

—Bueno, si lo es, el general me debe otro postre —agregó Pícaro Doce—. ¿Alguien está al tanto de la política local de este sector?

—Yo, un poco —dijo severamente Pícaro Nueve—. Mi suegro tiene algunos intereses aquí. Diez a uno a que son los frezhlix; han estado disputando con los sif'kries desde que echamos al Imperio del área.

—Quizá finalmente han decidido pasar a la acción —sugirió Pícaro Dos.

—¿Con el General Bel Iblis y una fuerza de choque de la Nueva República en la puerta de al lado? —interpuso incrédulamente Pícaro Seis—. ¿Qué están usando de cerebro, queso de groat?

—A todas las naves, éste es el General Bel Iblis —vino la voz del general por la frecuencia de comando, interrumpiendo la conversación—. Acaban de informarnos que una gran fuerza frezhlix está aproximándose a Sif'kric, el planeta natal de los sif'krie. Como ese sistema sólo está a unos minutos de aquí, nos han pedido que vayamos a echar una mirada.

Genial, pensó agriamente Wedge mientras evaluaba la fuerza de choque de la Nueva República. Un Acorazado de la flota Katana, dos fragatas de escolta Nebulon-B, y tres escuadrones de cazas estelares; ¿y se suponía que enfrentarían a una fuerza lo suficientemente grande para atacar a un planeta entero?

Bel Iblis podría haber estado leyéndole la mente.

—Obviamente, no estamos planeando ir cabeza a cabeza contra ellos —continuó—. De hecho, aquí vamos a tener que ser muy cuidadosos de no sobrepasar nuestros límites legales. Eso es todo lo que puedo decirles hasta que lleguemos allí y hagamos una evaluación de la situación. ¿Comandante Perris?

—Todas las naves, repórtense —ordenó Perris—. Prepárense para saltar a la velocidad de la luz a mi señal.

—¿Qué quiere decir con límites legales? —preguntó Pícaro Seis mientras la flota empezó a reportarse.

—Supongo que quienquiera que llamó a Bel Iblis no era alguien que pudiera pedir oficialmente la ayuda de la Nueva República —le dijo Wedge—. Algún burócrata menor, quizá sólo un director de tráfico espacial asustado. Si no tenemos un pedido oficial…

—Escuadrón Pícaro: adelante —ordenó Perris.

—Entendido —dijo Wedge.

Tiró de la palanca del hiperimpulsor, entornó los ojos mientras las líneas estelares resplandecían, y habían salido.

Era un vuelo de doce minutos hasta el sistema Sif'kric. En la soledad del hiperespacio, ocupó esos minutos ejecutando un chequeo final a los sistemas y armamentos del Ala-X, y preguntándose cómo el legendario General Garm Bel Iblis iba a resolver esta.

El cronómetro bajó hacia el cero. Preparándose, Wedge empujó de vuelta la palanca. Las líneas estelares resplandecieron de nuevo…

Parpadeó. *¿Qué espacios*…?

En el canal privado de los Pícaros, alguien resopló.

—Deben estar bromeando —dijo Pícaro Dos—. ¿Esto es una flota de invasión?

Wedge miró a su lectura táctica, agitando la cabeza en acuerdo silencioso. Dos bagones-de-batalla Kruk de cuarenta años de edad, cinco fragatas clase Lancero de probablemente la mitad de esa edad, y quizá treinta modernas naves de persecución de aduana Jompers.

—Hasta ahí llegó la amenaza grande y mala —comentó desdeñosamente Pícaro Ocho—. Probablemente podríamos echarlos de aquí por nosotros mismos.

—No lo sé —dijo Pícaro Once—. Alguien parece estar bastante preocupado por ellas. Echa una mirada al lado lejano del planeta… debe haber veinte cargueros corriendo hacia la seguridad del espacio.

—Y otro centenar que no lograrán hacerlo —señaló Pícaro Siete—. Allí a babor… la fuerza frezhlix los ha interceptado.

—Lo tengo —dijo Pícaro Nueve—. Esos astutos pequeños escoria podrida. Ese debe ser el embarque anual de planta pommwomm.

—Fuerza de ataque frezhlix, éste es el General Bel Iblis de la Nueva República —anunció la voz de Bel Iblis—. Por favor expongan sus intenciones.

—Yo soy Plarx —disparó una voz con un fuerte acento—. Portavoz de los frezhlix. Nuestras intenciones no involucran a la Nueva República. Éste es un asunto privado entre nosotros y los sif'kries.

—Me temo que no puedo aceptar eso —dijo Bel Iblis—. Cualquier agresión contra un miembro de la Nueva República nos involucra.

—Ésta no es una agresión, General Bel Iblis —contrapuso el frezh—. Somos una delegación que viene a discutir el voto sif'krie en la Iniciativa de Drashtine.

Hubo una pausa, Bel Iblis sin duda estaba haciendo que alguien buscara qué era exactamente la Iniciativa de Drashtine.

—Corran, ¿qué son estas plantas pommwomm que mencionaste? —preguntó Wedge.

—Son un tipo de arbusto de mundo-caliente que crece en el planeta interior del sistema —dijo Pícaro Nueve—. Puedes sacarles aproximadamente ocho medicinas exóticas diferentes y dos veces ese número de condimentos para comida. El problema es, que tienen que ser procesadas dentro de las treinta horas de que se cosechan o se vuelven inútiles.

—Así que eso es lo que los frezhlix están haciendo —gruñó Pícaro Siete—. Ellos no tienen que invadir a nadie ni prepararse para un asedio a largo plazo. Todo lo que tienen que hacer es retrasar a esos cargueros durante unas horas, y los sif'kries pierden un montón de dinero.

—Qué tal si es alrededor del veinte por ciento de su producto bruto anual —agregó Pícaro Nueve—. Aquí estamos hablando de una guerra económica en serio. No me sorprende que sonaran asustados cuando llamaron.

El canal principal se encendió de nuevo con un crujido.

—Portavoz Plarx, éste es el General Bel Iblis. He revisado la Iniciativa de Drashtine, y no veo ninguna justificación para este tipo de confrontación.

—Entonces no la revisó cuidadosamente —gruñó el frezh—. El gobierno sif'krie emitió el voto decisivo que le impidió al Senador de nuestro sector agregar su voz a la creciente condenación hacia el gobierno y pueblo bothan.

—El voto fue emitido legalmente…

—¡El voto estuvo equivocado! —exclamó Plarx—. Dejar que los bothans escapen del castigo apropiado, meramente animará más atrocidades como Caamas en el futuro. El gobierno sif'krie debe ser informado de esto y tener la oportunidad de cambiar su voto.

—Una excusa suficientemente conveniente —murmuró Pícaro Dos.

—Aunque, tiene un punto —dijo Pícaro Cinco—. Muy envuelto en política local y chantajes, pero un punto.

—Entiendo sus sentimientos en este asunto —dijo Bel Iblis—. Pero al mismo tiempo no podemos hacernos a un lado y permitirles interferir así con el comercio interestelar.

—Falso —dijo el frezh—. Lo animo a que revise las regulaciones de la Nueva República en tales asuntos, General Bel Iblis.

Hubo otra pausa.

—Tiene razón —dijo severamente Pícaro Doce—. Esto es intrasistema, no interestelar. No podemos interferir a menos que y hasta que recibamos una invitación oficial a hacerlo.

—Lo que significa que ahora todo queda en la corte de shockball del gobierno —murmuró Pícaro Cinco—. ¿Qué crees, Corran? ¿Pueden moverse tan rápidamente como para salvar a las plantas?

—No lo sé —dijo Pícaro Nueve—. Pero apostaría que los frezhlix escogieron para este truco un momento en que algún oficial sif'krie clave está fuera del planeta o de otra forma fuera de alcance.

Hubo un clic en el canal privado.

—Escuadrón Pícaro, éste es Bel Iblis. ¿Comandante Horn?

—¿Sí señor? —dijo Pícaro Nueve.

—Me han dado a entender que Booster Terrik tiene algunos intereses en este sector. ¿Es eso cierto?

Hubo sólo la más breve de las pausas.

—Sí, General, los tiene.

—¿Incluirían esos intereses ocasionalmente embarques legítimos? ¿Digamos, cuando la necesidad y las cuotas son lo suficientemente altas, como durante el embarque anual de pommwomm?

Esta vez hubo una pausa más larga.

—Realmente no lo sé, señor —dijo Pícaro Nueve, sonando confundido.

—Yo creo que es razonable que lo sepa —continuó Bel Iblis—. Asumiendo eso, ¿cree que alguno de esos cargueros acorralados allí afuera podría pertenecerle?

Y de repente, Wedge comprendió. Sí, el legendario General Bel Iblis iba a resolver esta. Quizás.

—¿Tenemos IDs de las naves, General? —preguntó.

—Estoy enviando los datos ahora —dijo Bel Iblis—. Comandante Horn, échele una mirada, por favor.

—Entendido, señor —dijo Pícaro Nueve, con voz ya no tan confundida.

Así que también había comprendido.

—Sí. Ese carguero listado como el *Sicofanta Jovial*… ¿en el lado lejano del grupo? Creo que realmente puede ser el *Diablura del Bribón*, una de las naves de Booster.

—Ya veo —dijo Bel Iblis, con voz repentinamente con todo el peso oficial—. Reconozco su relación familiar con el Capitán Terrik, Comandante, y comprendo que esto va a ser personalmente doloroso para usted. Pero es un oficial de la Flota de la Nueva República; y nosotros no podemos ni doblaremos las reglas contra el contrabando para nadie.

—Entendemos, señor —dijo Wedge, dando a su tono el mismo nivel de gravedad—. Pido permiso para revisar esta nave sospechosa.

—Permiso concedido, Escuadrón Pícaro —dijo Bel Iblis—. Tengan cuidado de no confrontar accidentalmente a las fuerzas frezhlix.

—Entendido, señor —dijo Wedge—. Escuadrón Pícaro, fórmense alrededor de mí.

Mandando energía al motor, giró el Ala-X para alejarse del *Peregrino*.

—Parece que la ruta más directa al *Sicofanta Jovial* es justo a través del medio de la fuerza de asedio frezhlix —comentó Pícaro Ocho.

—Y claro que no queremos darles tiempo, para descargar ningún contrabando mientras damos vueltas —convino Pícaro Nueve.

—Supongo que entonces, tendremos que pasar a través del asedio —concluyó Pícaro Dos—. Sólo tengan todos cuidado de no confrontar accidentalmente.

—Mucho cuidado —dijo Wedge—. Hagámoslo.

Estaban a mitad de camino hacia las fuerzas frezhlix antes de que el comandante alienígena pareciera notar de repente lo que estaba sucediendo.

—General Bel Iblis, ¿qué están haciendo sus cazas estelares? —demandó—. No tiene ninguna justificación legal para atacar a mis naves.

—Sus naves no están bajo ataque, Portavoz Plarx —le aseguró Bel Iblis—. Hemos identificado que uno de los cargueros que esperan más allá de su delegación es un contrabandista que vuela bajo un ID falso. Por ley de la Nueva República, tenemos el derecho y la obligación, de abordar cualquier nave en tales circunstancias e incautar su carga.

Nunca le quedó claro a Wedge qué fue lo que pensó exactamente el comandante frezhlix que iba a suceder después. O pensó que Bel Iblis estaba planeando transferir la carga perecedera de todos los cientos de cargueros al *Peregrino*, o simplemente declarar a todos los cargueros sospechosos e insistir en que fueran escoltados abajo al planeta para hacer una búsqueda apropiada. Pero fuera lo que fuera, saltó a la conclusión, y a la carnada, equivocada con ambas manos.

—¡No! —gritó Plarx—. No deben aproximarse. ¿Me oye? No se aproximarán.

—No pueden detenernos —interpuso Wedge—. Apártense del camino; vamos a pasar.

—¡No! —gritó el frezh. Hubo una cháchara en un idioma gutural siseante, y entonces el comunicador abruptamente se apagó. Wedge respiró profundo, preparándose…

Y de repente los bagones-de-batalla frezhlix abrieron fuego.

—¡Evasivas! —exclamó Wedge, haciendo girar a su Ala-X abruptamente a estribor mientras los rayos de láser pasaban junto a ellos, uno de los tiros casi le arrancó sus motores de babor superiores. Hubo otro gruñido de guturales siseantes, y otra salva de fuego láser disparada.

—Pícaros, vuelvan a formarse —llamó—. Volvemos a la flota.

Dando vuelta a su nariz más lejos, esquivando por debajo de una andanada final de fuego láser enemigo, se dirigió de vuelta hacia el *Peregrino*.

Pero el Acorazado ya no estaba allí. Él y el resto de la flota de la Nueva República, reconfigurándose en la formación de combate favorita del general, estaban acercándose decididamente a la fuerza de asedio frezhlix.

Algo que sonó como un graznido jadeado se apoderó del comunicador.

—¡Fuerza de la Nueva República! —gruñó el comandante frezhlix—. ¿Qué están haciendo? No tienen ningún derecho para moverse contra mí.

—Al contrario, Portavoz Plarx —dijo Bel Iblis, con la voz repentinamente cortante como una navaja—. Tengo todo el derecho. Acaban de abrir fuego contra naves espaciales de la Nueva República. Ríndanse inmediatamente, o prepárense a ser destruidos.

—¡Protesto! —jadeó Plarx—. Sus naves nos provocaron a defendernos.

—Es su última oportunidad, Portavoz —dijo Bel Iblis—. Ríndase o enfrente las consecuencias.

Hubo un gruñido de guturales; y mientras los Pícaros alcanzaban al *Peregrino* y doblaban de nuevo a sus posiciones en la formación de batalla Wedge vio que las naves frezhlix habían abandonado su asedio y estaban girando sus armas para enfrentar a la fuerza de la Nueva República que se acercaba. Efímeramente, Wedge se preguntó si Bel Iblis sería tan cortés como para simplemente mantener posición a la distancia ahora que había roto el asedio, o si insistiría en hacer pagar a los frezhlix por su agresión.

Plarx tomó la decisión por él. En una imponente llamarada de fuego láser los dos bagones-de-batalla Kruk abrieron fuego mientras las naves de persecución Jompers saltaban hacia adelante para encontrarse con los Ala-X.

—Fuerzas de la Nueva República —dijo fríamente Bel Iblis—. Ataque a discreción.

• • •

—El gobierno frezhlix me ha enviado una vigorosa protesta hace unas horas acerca de sus acciones —vino la áspera voz del Almirante Ackbar desde el altavoz del comunicador del *Peregrino*—. Dicen que lanzó un ataque sin provocación contra una delegación pacífica.

Parado a una respetuosa distancia de la silla del general, Wedge llamó la atención de Corran Horn y giró los ojos en gesto silencioso de aversión. El otro hizo una mueca de acuerdo.

—Al contrario. —Bel Iblis le dijo a Ackbar—, ellos estaban comprometidos en una clara violación al movimiento de la economía libre. Además de lo cual, atacaron primero.

—Así no es como los frezhlix lo cuentan —retumbó Ackbar—. Dicen que usted claramente sobrepasó la autoridad de la Nueva República.

—Estoy seguro de que eso dicen —dijo Bel Iblis—. ¿Quiere que enfrente un interrogatorio?

—No sea absurdo, General —dijo Ackbar; y por primera vez desde que la conversación había comenzado, la voz del mon cal le pareció a Wedge, se había relajado un poco—. Necesitamos a todos los buenos comandantes que podamos conseguir. Y no dudo que los frezhlix merecían cualquier cosa que usted les haya dado. ¿Dijo que había una nave contrabandista entre los otros cargueros?

Bel Iblis miró a Corran que asintió.

—Sí señor, sin duda —confirmó el general—. Una de Booster Terrik. Las autoridades sif'krie han incautado la nave y están buscando contrabando.

—Puedo imaginarme la conversación que tendrá lugar en el *Ventura Errante* algún día en el futuro cercano —dijo Ackbar, con la voz poniéndose un poco rara. Los mon cals tenían un viejo odio hacia el contrabando y los contrabandistas, y el almirante indudablemente estaba encontrando un cierto humor poético en lo que había sucedido—. Aunque la justificación de su posición se verá perjudicada si en realidad no había ningún contrabando a bordo.

—Las regulaciones no distinguen si la búsqueda es fructífera o no —le recordó Bel Iblis—. ¿O está sugiriendo que el Presidente Gavrisom pudiera escoger no verlo de esa forma?

—El Presidente está limitado por ciertas necesidades diplomáticas y políticas —dijo Ackbar—. Sin embargo, estoy seguro de que leerá su reporte sobre este incidente antes de hacer ningún juicio. De todos modos, le sugiero que interrumpa su circuito de patrulla y vuelva a…

Abruptamente la señal chilló y se desvaneció.

—Estación de comunicaciones, ¿qué está sucediendo? —demandó Bel Iblis.

—El problema no está en nuestro extremo, General —reportó una nueva voz—. Parece que la transmisión de la HoloRed se ha cortado.

Bel Iblis les lanzó una mirada a Wedge y Corran.

—¿Problemas en Coruscant? —le preguntó al oficial de comunicaciones.

—No lo sé, señor. Estoy verificando los demás retransmisores… no señor, no es Coruscant. Parece que el retransmisor de Mengjini ha salido de servicio.

—Señor, estamos captando una alarma general en la red secundaria —interpuso una nueva voz—. El retransmisor de Mengjini está según se alega bajo ataque por un pequeño grupo de, entre comillas, «elementos disidentes».

—Entendido —dijo Bel Iblis—. Navegación, trace un curso rápido a Mengjini. Comunicaciones, retransmita la alarma a todas las fuerzas y bases de la Nueva República en el área. Dígales que vamos en camino y pedimos refuerzos de respaldo.

Obtuvo asentimientos y se volvió de nuevo hacia Wedge y Corran.

—Parece que sus reportes tendrán que esperar —dijo—. Vuelvan a su escuadrón, y prepárense.

—Esto no es bueno —resopló Corran mientras él y Wedge trotaban por el corredor ventral del *Peregrino* hacia sus bahías de atraque—. Cuando empiezan a entrometerse con las comunicaciones de largo alcance, sabes que se están poniendo serios.

—No tenemos ninguna prueba de que este sea el grupo Venganza —señaló Wedge, esquivando a un dresseliano agachado encima de un panel de acceso abierto.

—Quizá no —contrapuso el otro—. Pero yo nunca mencioné al Venganza. Pensaste en ellos por ti mismo.

Wedge hizo una mueca.

—Sí —convino—. Lo hice, ¿no?

—Sí, lo hiciste —dijo Corran—. Y también estás pensando que entre los alborotos mortales, los ataques interplanetarios abiertos, y ahora esta interrupción de las comunicaciones de largo alcance, esto ha ido mucho más allá de unos pocos fanáticos que protestan sobre el envolvimiento bothan en Caamas.

—Sí —convino sobriamente Wedge—. Apenas puedo esperar para ver lo que vendrá después.

CAPÍTULO 19

—Mire y llore —dijo Lando, extendiendo sus cartas de sabacc sobre la mesa—. Veintitrés… un Sabacc Puro.

—Interesante —murmuró el Senador Miatamia, con su curtida cara diamalana inexpresiva mientras estudiaba sus propias cartas—. Presumo que la referencia a llorar no es una parte literal del juego como ustedes lo juegan. Un Sabacc Puro, ¿dice?

—Sí —confirmó Lando, con una sensación incómoda cosquilleándole en la nuca. El Senador había hecho esta misma pausa dramática en la mano de mazo del sabacc en exactamente cinco de los ocho juegos completos que habían jugado desde que el *Dama Suerte* partió apresuradamente de Cilpar. Cinco juegos que también sucedía que el Senador había ganado.

—Desafortunadamente —dijo Miatamia, poniendo las cartas casi delicadamente sobre la mesa—. Yo tengo un Arreglo del Idiota. ¿Creo que eso gana?

—Sí, gana —dijo Lando, agitando la cabeza en aversión. Eso hacía seis de nueve—. No puedo creer que no haya jugado este juego profesionalmente —refunfuñó, empezando a recoger las cartas.

El diamala agitó los dedos en el aire.

—No cree que los diamalas realmente hemos creado nuestro vasto imperio financiero y comercial sólo con sentido común y trabajo duro, ¿o sí?

Lando hizo una pausa, con la mitad de las cartas todavía sobre la mesa, mirando sospechosamente al Senador. ¿Estaba realmente implicando…?

No, por supuesto que no. Ridículo.

—Eso fue una broma. ¿Verdad?

—Por supuesto —dijo Miatamia, agitando los dedos de nuevo—. El sentido común y el trabajo duro son todo lo que cualquier ser o especie requiere para tener éxito. La suerte es una mera ilusión, en la que confían los ignorantes y que buscan los tontos.

Con esfuerzo, Lando reprimió un destello de molestia. Sus días de juego profesional desde hace mucho estaban en el pasado distante, pero el obvio desprecio del diamala todavía le dolía un poco.

—Así que en otras palabras, si uno es lo suficientemente inteligente, ¿nunca pasa nada que no pueda prever?

—Por supuesto que los imprevistos pueden presentarse —dijo Miatamia—. Pero quienes están preparados siempre pueden encontrar la forma de superarlos.

—¿Por sí mismos? —persistió Lando—. ¿Nunca necesitan nada de ayuda?

—Sí, pueden necesitarla —dijo sin inmutarse el diamala—. Pero anticiparse a la necesidad de ayuda es una mera parte más del sentido común.

—Ah —dijo Lando, asintiendo—. Así que, en otras palabras, el hecho de que yo reconozca mi necesidad de seguridad adicional en mis embarques de mineral significa que tengo buen sentido común.

—Puede —convino Miatamia—. También podría significar…

Y de repente, con un fuerte crujido de descarga de energía que venía en dirección del hiperimpulsor del *Dama Suerte,* el cielo jaspeado sobre ellos abruptamente fluyó a líneas estelares.

Lando estaba en la cima de la escalera redonda cuando las líneas estelares terminaron de encogerse de vuelta a estrellas.

—¿Qué sucede? —demandó Miatamia desde detrás de él.

—Falla del hiperimpulsor —gritó Lando por encima de su hombro mientras casi caía por la escalera.

Si uno de los acoplamientos había fallado, necesitaba reencauzar la energía antes de que empezara a desestabilizarse y se llevara a todo el resto del circuito. Con visiones de un trabajo de reparación mayor aquí afuera en el medio de ninguna parte cerniéndose ante él, un trabajo de reparación que no lo haría ser exactamente amado por su invitado diamalano, corrió a toda velocidad por el área de cena, pasando los camarotes, y se detuvo delante del panel de control de ingeniería.

Y frunció el ceño. No había ninguna de las luces rojas resplandecientes que habrían indicado fallas en los sistemas mayores, ni siquiera líneas de estado rojas parpadeantes que apuntaran a fallas en los sistemas menores. De hecho, según los diales, la salida del hiperespacio fue simplemente la respuesta automática normal al acercamiento planetario cercano. Había una nota debidamente registrada de que la comparación del curso con la computadora no indicaba que ningún planeta debería estar en rango en este momento…

—Oh, no —suspiró Lando, saltando a la corta escalera y apretando la apertura de la puerta del puente. La puerta se abrió, y entró.

Y allí estaba, flotando silenciosamente en la oscuridad directamente delante de él: la forma demasiado familiar de un Destructor Estelar Imperial.

Reprimiendo una maldición, se zambulló hacia el timón, palmoteando la fila de interruptores de refuerzo de energía de emergencia en el camino. Se dejó caer en la silla, mandó plena potencia a los motores, y giró la nariz del yate abruptamente a estribor.

O más bien intentó girarla. Incluso con plena energía de emergencia, el *Dama Suerte* no se estaba moviendo.

O más bien no se estaba moviendo hacia donde Lando quería que fuera.

—Estamos en un rayo tractor —dijo la fresca voz del Senador desde detrás de él.

—Ya lo noté —dijo brevemente Lando, cambiando a un abrupto movimiento de meneo arriba-abajo. Si el operador del rayo tractor pensaba que su blanco estaba intentando ir vertical, podría sobrecorregir permitiendo al yate escapar de su asimiento.

Pero no tuvo tal suerte.

—Abróchese las correas. —Lando le ordenó a Miatamia, dejando que el tractor amortiguara en meneo residual del yate y echando una rápida mirada a su alrededor. Los imperiales tenían que tener un Crucero Interdictor cerca en alguna parte… sí, allí estaba, a una buena distancia a babor, con la nariz apuntada en dirección al *Dama Suerte*.

Pero no tan precisamente apuntada. De hecho, el cono proyectado de ondas de gravedad inhibidoras de hipervelocidad no estaba ni siquiera cerca de estar centrado en el concurso de tire y afloje que tenía lugar aquí afuera. Si Lando podía zafarse del rayo tractor, había iguales oportunidades de que pudiera llegar al borde del cono y podría escapar antes de que el Destructor Estelar pudiera restablecer su asimiento.

—Llame a su ayudante por el intercomunicador y haga que se abroche sus correas —le dijo al Senador.

El *Dama Suerte* tenía un último truco en su manga, una cosita que Lando había hecho instalar, inspirado por una de las hazañas de hacía unos años de Luke. Encendiendo el lanzatorpedos de protones de respaldo, tecleó por un torpedo de tres etapas y disparó.

El torpedo salió con un destello de abajo de la proa del yate, acelerando de repente cuando el rayo tractor lo tiró hacia él. Hubo un parpadeo en el tablero de Lando mientras una de las baterías turboláser del Destructor Estelar empezó a rastrearlo…

Y entonces, a no más de veinte metros delante del *Dama Suerte*, el torpedo explotó.

No en una explosión devastadora, sino en una nube de brillantes partículas trac-reflectantes. Partículas que, en teoría, deberían confundir el asimiento, enredando a todo el rayo tractor, permitiéndole zafarse.

Y estaba funcionando. El yate se estremeció por un momento y entonces se estremeció violentamente cuando el asimiento invisible estuvo abruptamente roto.

—¡Agárrense! —gritó Lando, volviendo la nariz de la nave abruptamente hacia arriba. Si la experiencia de Luke con el gambito de la mortaja de encubrimiento servía de guía, tendría pocos segundos para llegar al borde del cono de sombra de masa del Crucero Interdictor antes de que los imperiales se despertaran y empezaran a disparar.

Pero aun mientras el *Dama Suerte* empezaba a volverse, hubo un estallido de luz desde atrás de la nube de partículas entre él y el Destructor Estelar. Apenas tuvo el tiempo suficiente para ver las partículas relucientes trac-reflectantes volverse de un negro mate, no reflectante…

Y con otro sacudón el yate estaba atrapado una vez más en el rayo tractor.

—¿Ahora qué? —preguntó Miatamia.

—Sólo nos queda una cosa por hacer —le dijo Lando, con un nudo en el estómago mientras apagaba los motores sublumínicos del *Dama Suerte*—. Nos rendimos.

• • •

Seis tropas de asalto iban adelante, agrupados en tres líneas de dos al unísono perfecto. Detrás de ellos, caminando más suavemente y sin siquiera intentar seguirles el paso, caminaban Miatamia y su ayudante. Lando caminaba detrás de los dos diamalas, obscuramente contento de estar en la posición menos notable en el fondo.

No que ese punto realmente lo pusiera en una posición mejor. Había otros seis soldados de asalto más llevando la retaguardia.

Aparte de un breve «vengan con nosotros» del soldado de asalto comandante, no había habido ninguna comunicación entre aprehensores y prisioneros. Pero Lando en su tiempo había estado a bordo de más de un Destructor Estelar, y no necesitaba una invitación o un mapa para saber que estaban siendo arriados hacia el país de los oficiales de alto rango. Posiblemente al nervio central de los oficiales de Inteligencia, posiblemente incluso al mismo complejo de oficinas del capitán.

Había sido incapaz de leer el ID de la nave antes de que el *Dama Suerte* hubiera sido arrastrado a la boquiabierta bahía hangar, y había estado esperando contra la esperanza que esta fuera alguna monstruosa broma que le estuvieran jugando con uno de los Destructores Estelares capturados por la Nueva República. A cada paso que daba, a cada oficial o tripulante imperial que se apartaba respetuosamente para dejar lugar a las tropas de asalto, la esperanza se desvanecía un poco más.

Pareció tomar para siempre, pero finalmente se detuvieron frente a una puerta marcada simplemente SALA SE COMANDO SECUNDARIA.

—Los esperan —dijo el comandante desde atrás de Lando mientras los soldados de asalto de adelante formaban un semicírculo de guardia alrededor de la puerta—. Entren.

—Gracias —dijo Miatamia, con voz imposiblemente calma. La puerta se abrió y, sin vacilación, los dos diamalas caminaron adentro. Renuentemente, Lando los siguió…

Y casi chocó contra la espalda de Miatamia cuando ambos alienígenas se pararon en seco de repente. Lando recuperó el equilibrio, asomándose entre ellos para intentar ver lo que los había sobresaltado tanto.

La sala estaba escasamente decorada, con poco más que algunos monitores tácticos de pared y un doble anillo de pantallas repetidoras alrededor de una silla de comando en el medio de la sala. De pie junto a la silla había un hombre de cara dura, que llevaba una insignia de mayor.

Y levantándose serenamente de la silla misma…

Lando sintió que su corazón se detenía en su pecho. *No.*

No, no podía ser.

Pero lo era.

—Buenos días, caballeros —dijo el Gran Almirante Thrawn, saludándolos—. Mis disculpas acerca del método bastante informal con el que fueron traídos hasta aquí. Por favor, pasen adentro.

El momento horrorizado pareció estirarse hacia la eternidad mientras Lando miraba fijamente en horror aturdido a esa cara. No podía ser. El Gran Almirante Thrawn estaba muerto. Él estaba muerto. Tenía que estarlo.

Y sin embargo aquí estaba. Muy vivo.

Todavía nadie se había movido.

—Por favor, pasen adentro —repitió el Gran Almirante, esta vez con una severidad de comando en la voz.

Miatamia se revolvió y siguió adelante, su movimiento aparentemente rompió la parálisis de su ayudante. Aturdidamente, Lando los siguió, sintiendo mientras lo hacía que la retaguardia de tropas de asalto llenaba el espacio detrás de ellos.

—Hasta ahí es suficiente —dijo severamente el mayor cuando Miatamia llegó a tres metros del anillo de pantallas exterior—. ¿Han sido desarmados?

—Ninguno de ellos llevaba arma alguna —informó el soldado de asalto comandante. Tres de ellos, notó Lando, se habían adelantado para formar una columna flanqueando su derecha, una mirada por encima de su hombro confirmó que el comandante y los otros dos se habían extendido a lo largo de la pared detrás de ellos. Un simple aunque eficaz posicionamiento que proveía una guardia cercana mientras que al mismo tiempo dejaba a los soldados de asalto fuera del mutuo fuego cruzado.

—Sí, lo están vigilando de cerca, Capitán Calrissian —confirmó Thrawn—. Después de esa situación desagradable en Bilbringi, he tenido que aceptar precauciones adicionales. No es que esté esperando problemas por parte de cualquiera de ustedes, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Lando, volviendo la vista para mirarlo. Por supuesto, era un truco. Tenía que serlo. Thrawn estaba muerto. El propio Comando Imperial lo había dicho.

Y sin embargo…

—Se ve usted notablemente bien, Almirante —dijo Miatamia—. Debo confesar mi sorpresa de verlo aquí.

Thrawn sonrió ligeramente.

—Mi reaparición ha sorprendido a muchos otros, Senador Miatamia. Y sorprenderá a muchos más en los días por venir. Sin embargo, no los hice traer a bordo para que meramente admiraran mi continuada salud. La verdadera razón…

—¿Cómo sobrevivió a los astilleros de Bilbringi? —dijo bruscamente Lando—. Los reportes imperiales decían que usted estaba muerto.

—No interrumpa al Gran Almirante —exclamó el mayor, dando un paso hacia él.

—Tranquilo, Mayor —dijo Thrawn en voz baja, deteniendo el avance del otro con un gesto casi lánguido—. Bajo las circunstancias, un cierto grado de aturdimiento es completamente perdonable.

—Todavía no ha contestado a su pregunta —dijo Miatamia.

Le pareció a Lando que un débil parpadeo de dolor distante tocó la cara del Gran Almirante por un momento.

—Mi supervivencia se debió a una combinación única de varios factores —dijo—. Me perdonarán si no entro en detalles.

—¿Pero sus propios reportes imperiales? —repitió Lando.

—Los reportes imperiales dijeron lo que yo les permití decir —dijo Thrawn, con los ojos empezando a destellar de molestia—. Era necesario que mientras me recuperaba…

Se interrumpió.

—Quizás lo he juzgado mal, Capitán —dijo, de nuevo con voz calma—. Y a usted, Senador. Asumí que cuando encontrara a un ser que volvía de entre los muertos, estaría más interesado en lo que tuviera que decir, que en los detalles del viaje. Mi error. —Su mirada pasó por encima del hombro de Lando—. Comandante, puede escoltarlos de vuelta a su nave. Mayor, haga que Inteligencia confirme la ubicación actual del Senador ishori, Dx'ono.

—Nuestras disculpas, Gran Almirante —dijo rápidamente Miatamia cuando los soldados de asalto empezaron a adelantarse—. Como usted dijo, sólo estábamos momentáneamente aturdidos. Pero ahora lo escuchamos.

Thrawn alzó una mano, y los soldados de asalto que avanzaban se detuvieron.

—Muy bien —dijo—. Mi mensaje es bastante simple, Senador. Ustedes han sido informados recientemente de que un grupo de bothans estuvo involucrado en el genocidio intentado en Caamas. Yo he venido a ofrecer mi ayuda a llevar a aquellos culpables a la justicia.

Miatamia inclinó la cabeza al costado, como si estuviera escuchando un sonido débil y distante.

—¿Discúlpeme?

—No, oyó correctamente —le aseguró Thrawn, una vez más con esa ligera sonrisa tocándole los labios—. Quiero ayudar.

Miatamia giró la cabeza para lanzar una mirada de vuelta a Lando, y giró de nuevo.

—¿Cómo?

—Identificando a las partes culpables, por supuesto —dijo el Gran Almirante—. Si el Presidente Gavrisom realmente desea que esta crisis se resuelva, sólo necesita pedir mi ayuda. Una visita a Bothawui, unos pocos minutos de conversación con cada uno de los líderes de los clanes bothans, y averiguaré la verdad.

Miatamia inclinó la cabeza al costado de nuevo.

—Los líderes bothans dicen que no saben quiénes entre su gente estuvieron involucrados en el crimen.

—Oh, en serio, Senador —dijo Thrawn, con tono oscuro y frío—. ¿Realmente esperaba que dijeran otra cosa?

Miatamia pareció digerir eso.

—¿Y usted cree que puede averiguar la verdad meramente hablando con ellos?

Los ojos rojos resplandecientes relucieron.

—Sí.

Hubo un breve silencio.

—¿No sería más simple para usted meramente localizar los archivos imperiales apropiados y dárnoslos?

—Por supuesto que lo sería —dijo Thrawn—. Y tal búsqueda ya está en marcha. Pero la biblioteca de archivos imperiales en Bastión es bastante extensa, y el proceso podría demorar semanas o incluso meses para completarse. —Alzó una ceja negro azulada—. No creo que tengan tanto tiempo para esperar.

—Parece estar convencido de que la Nueva República está enfrentando una seria crisis —dijo Miatamia—. Hemos superado otras crisis similares en el pasado.

—Su confianza es admirable —dijo Thrawn, recostándose ligeramente en su asiento—. Pero le aconsejaría que transmitiera mi oferta al liderazgo de la Rebelión antes de rechazarla prematura y unilateralmente.

—Yo nunca declaré que rechazaba su oferta, Gran Almirante —dijo Miatamia.

Thrawn sonrió.

—No, por supuesto que no —dijo, con tono mucho más astuto de lo que Lando encontraba cómodo—. No me gustaría nada más que continuar con esta discusión, Senador… ha pasado un largo tiempo desde que he tenido el placer de debatir con una mente diamalana entrenada. Pero tengo otros asuntos de los que ocuparme, y usted tiene un mensaje que entregar. Mayor, escóltelos de vuelta a su nave. Adiós, Senador, Capitán.

—Una pregunta, Almirante, si me lo permite —dijo rápidamente Lando mientras los soldados de asalto surgían detrás de él. Su mente estaba finalmente empezando a descongelarse; y si éste era un truco, ésta podría ser la única oportunidad que tendría de desenmascararlo—. Yo lo vi una vez, a la distancia, mientras usted estaba en la compañía del contrabandista Talon Karrde. ¿Puede decirme dónde ocurrió eso y por qué estaba allí?

La cara de Thrawn se endureció.

—Si ésta es una prueba, Capitán, ha escogido su tema imprudentemente. Me he pasado mucho tiempo durante mi recuperación considerando el pago apropiado que será exigido de Talon Karrde por sus muchas traiciones. No me gusta que me lo recuerden, excepto para considerar lo corto que será lo que le queda de vida. Ese mensaje lo puedes entregar.

—Ya veo —murmuró Lando, cerrando firmemente la boca. Su temeraria y desafiante juventud estaba muy atrás, y la expresión en la cara de Thrawn era definitivamente del tipo que descorazonaba más preguntas.

Sin embargo, una vez más, Miatamia no fue disuadido tan fácilmente.

—Todavía no ha contestado su pregunta —señaló.

Los ojos rojos resplandecientes volvieron al diamala, y por un solo horrible momento Lando pensó que el Almirante iba a hacerlos matar a los tres justo allí y entonces. Pero para su alivio, Thrawn meramente sonrió.

—La mente diamalana —dijo, de nuevo con voz absolutamente calma—. Mis disculpas, Senador.

Volvió a mirar a Lando.

—Se está refiriendo a mi reunión con Karrde en su base en el planeta Myrkr mientras yo estaba buscando a Luke Skywalker. Usted y alguien más… presumo que el General Solo… vieron nuestro aterrizaje desde el interior del bosque.

Lando sintió un estremecimiento frío subiéndole por la espalda.

—¿Sabía que estábamos allí?

—Sabía que había alguien allí —dijo Thrawn—. Como estoy seguro que usted sabe, algunos soldados de asalto selectos tienen equipos sensores adicionales integrados en sus

cascos. Uno de ellos detectó un brillo reflejado de los macrobinoculares que ustedes estaban usando.

—¿Y sin embargo no hizo nada? —preguntó Miatamia.

Thrawn se encogió ligeramente de hombros.

—En el momento asumí que era meramente alguna de la gente de Karrde, puesta ahí para asegurarse de que mis soldados de asalto no se volvieran, digamos, demasiado devotos. Dada la densidad del follaje, incluso un bláster pesado habría sido inofensivo contra nosotros desde esa posición, así que ordené que no se diera importancia a los observadores.

Su boca se endureció, sólo un poco.

—Los eventos subsecuentes, por supuesto, mostraron que la situación había sido otra. ¿Satisface eso su curiosidad, Capitán?

Lando se las arregló para asentir.

—Sí, Almirante. Lo hace.

—Bueno —dijo fríamente Thrawn—. Gracias por su tiempo, caballeros, y de nuevo mis disculpas por la parada no programada. Comandante, vea que lleguen a su nave.

Treinta minutos más tarde, sentado al timón del *Dama Suerte,* Lando miró como el Crucero Interdictor y el Destructor Estelar hicieron su salto sincronizado a la velocidad de la luz.

—Como usted dijo, Senador —murmuró—. A veces los imprevistos pueden presentarse. Me alegra que aquellos que están preparados siempre puedan encontrar la forma de superarlos.

Miatamia no dijo nada. Quizás, por una vez, no tenía nada que decir.

Haciendo una mueca, Lando tecleó el tablero y giró la nariz del *Dama Suerte* de vuelta a su curso hacia Coruscant. Al Presidente Gavrisom no iba a gustarle esto. Ni un poco.

Ni a nadie más.

• • •

No había habido ninguna comunicación planeada para este punto del plan. Y sin embargo, allí estaba la imagen holográfica de un cuarto de tamaño del Mayor Tierce, fluctuando ligeramente sobre el módulo holográfico privado del Moff Disra.

—La transmisión ha sido asegurada —dijo Disra, con el borde de un filo frío de miedo moliéndole el estómago mientras miraba la pantalla de encriptación. Si algo hubiera salido mal—… ¿Qué sucede?

—Ningún problema, si eso es lo que se está preguntando —dijo Tierce—. Toda la operación salió según el libreto.

—Estoy encantado de oírlo —gruñó Disra—. Entonces ¿por qué corre este riesgo de una comunicación abierta?

—Sabía que usted estaría preocupado —dijo blandamente Tierce—. Quería ayudar a tranquilizarlo.

Disra sonrió sardónicamente, sabiendo que la expresión probablemente se perdería con un holo de este tamaño.

—Muchísimas gracias, Mayor… aprecio tanto su preocupación. Así que ¿nuestro títere actuó adecuadamente?

—Iría más lejos y diría que actuó extraordinariamente —dijo Tierce—. Los tuvo en la palma de su mano desde el momento que entraron hasta el momento que salieron.

—¿Ninguna sorpresa, entonces?

—No realmente. Calrissian intentó atraparlo con una pregunta acerca de la vez en que Thrawn visitó a Talon Karrde en Myrkr. Afortunadamente para nosotros, él realmente había leído el detallado reporte que yo le había escrito acerca de mi tiempo con Thrawn y sabía la respuesta.

—Afortunadamente para él, quiere decir —dijo Disra, poniendo un borde de amenaza en la voz—. ¿Qué tan pronto regresarán?

—Ésa es la otra razón por la que llamé —dijo Tierce—. Ahora que estamos aquí, creo que vamos a quedarnos en el espacio ocupado por la Rebelión durante algún tiempo.

Disra frunció el ceño, el filo frío empezaba a molerlo de nuevo.

—¿Para qué?

—Me gustaría husmear por aquí un poco —dijo el otro con un movimiento casual de la mano—. Enviar señales de activación a algunos de los grupos durmientes que todavía no hemos contactado… quedan todavía algunos a los que no pudimos enviar transmisiones debido a la distancia o posicionamiento. Principalmente, quiero ver cuál será la reacción de Coruscant ante la reaparición de Thrawn.

—Probablemente enviar cincuenta Cruceros Estelares cargando hacia ustedes —exclamó Disra—. Esto es una locura, Tierce. Tampoco es parte del plan.

—Los planes militares siempre están sujetos al cambio, Su Excelencia —dijo serenamente Tierce.

—Esto no es lo que tenía en mente para Flim —gruñó Disra—. Usted lo sabe.

—Y usted sabe que cuando me uní dije que podíamos aprovecharlo mejor de lo que usted tenía en mente —contrapuso Tierce.

Disra apretó furiosamente los dientes.

—Va a estropearlo todo. Y hará que los maten a cambio.

—Al contrario —dijo Tierce, e inclusive en la imagen de un cuarto de tamaño Disra pudo ver su sonrisa de auto-satisfacción—. Voy a volver a encaminar al Imperio hacia la gloria.

—Tierce…

—Tengo que irme, Su Excelencia —dijo Tierce—. No debemos prolongar demasiado la transmisión, incluso con buena encriptación. No se preocupe, no estoy planeando llevar el *Implacable* a Coruscant, ni nada así de tonto. Yo sólo quiero pasar un poco más de tiempo aquí. Llámelo una corazonada.

—En mi experiencia, confiar en las corazonadas es un viaje rápido al extremo corto de las posibilidades —gruñó Disra.

Pero Tierce lo había agarrado, y los dos lo sabían. Excepto enviar a lo que quedaba de la Flota del Sector Braxant a perseguirlos, había poco que Disra pudiera hacer para contrarrestar sus órdenes a estas alturas.

—¿Cuánto tiempo está planeando quedarse?

Tierce se encogió de hombros.

—Un par de semanas. Quizá más. Depende.

—¿De qué?

—De si obtengo la reacción que estoy buscando. Me ocuparé de hacérselo saber si y cuando ocurra.

—Está bien —dijo agriamente Disra—. Si y cuando la flota de la Nueva República aparezca sobre Bastión, yo me ocuparé de hacérselo saber.

Tierce sonrió.

—Gracias, Su Excelencia. Sabía que lo entendería. Adiós.

La imagen fluctuó y se desvaneció. Disra se reclinó en su silla, con la vista fija en el módulo holográfico. Esto se estaba saliendo de control. Se estaba saliendo mucho de control. Había dejado a Tierce andar sin tornillo de contención lo suficiente; era hora de tirar un poco del sedal del Guardia.

Y de recordarle quién era amo y quién era sirviente.

Por el momento, Disra no estaba precisamente seguro de como hacer eso. Pero pensaría en algo.

CAPÍTULO 20

El Senador diamalano terminó su reporte y se sentó de nuevo en el banquillo del testigo al lado de Lando… y para Leia, la Gran Cámara de Asamblea se volvió de repente muy fría.

Lo imposible había ocurrido. El gran Almirante Thrawn había vuelto.

—Yo no veo el problema —declaró la Senadora likashana, con su voz aguda haciendo temblar el sistema de sonido de la cámara—. Nosotros somos muchos; los del Imperio son pocos. Unámonos y enfrentémoslo. Y esta vez, no nos detengamos hasta que lo hayamos destruido completamente.

—Si piensa que ésa siquiera sigue siendo una opción, es una necia —contrapuso el Senador sronk—. Yo vi lo que este Gran Almirante Thrawn le hizo con la mano izquierda abierta a las defensas de mi mundo hace diez ciclos estándar, y con nada más que siete Acorazados de la flota Katana como armas. Él no habría anunciado su retorno si todavía no estuviera preparado para recibir el golpe de nuestra mano derecha cerrada.

—No les quedan más que mil mundos —agregó con desdén un Senador al que Leia no pudo identificar—. Sin más que cien Destructores Estelares y unos pocos miles de naves inferiores. ¿Sugiere que una fuerza tan lastimosa puede resistir el trueno directo de nuestros cascos pisoteantes?

—No conoce a este Thrawn…

—Por favor —interrumpió el Presidente Gavrisom—. Todos ustedes. En el Consejo ciertamente entendemos sus preocupaciones y miedos. Sin embargo, a estas alturas los instaría a que ponderaran estas noticias sin saltar a conclusiones apresuradas o a acciones prematuras.

—Un golpe preventivo no sería una acción prematura —insistió una voz enojadiza—. Coincido con la Senadora likashana en que debemos movernos inmediatamente contra los remanentes del Imperio.

—Sí —chilló la likash—. El gran Almirante Thrawn casi nos derrotó una vez, no podemos permitirle el tiempo que necesita para atacarnos de nuevo.

—Ya tuvo todo el tiempo que necesitaba —respondió el fuego el sronk—. ¿No estaba escuchando lo que dije? Él no se habría revelado si no estuviera listo para nosotros.

—Pero la situación no es la misma de hace diez años —les recordó Leia, esforzándose por mantener su propia voz calma e impedir que la sensación de creciente miedo en la cámara alimentara sus propios temores—. En ese entonces Thrawn todavía contaba con casi un cuarto del antiguo Imperio con el que trabajar. Como ya ha sido señalado, ahora sus recursos son casi inexistentes.

—Así que quitémosle lo que le queda —gritó una voz—. ¡Destruyámoslo ahora!

—No podemos destruirlo —dijo Gavrisom—. Inclusive si quisiéramos hacerlo, lo que todavía no estoy convencido de que sea la respuesta apropiada a su oferta.

—¿Por qué no? —demandó la likash—. La Nueva República tiene muchas más naves de guerra que el Imperio.

El Senador maerdociano rugió algo en su propio idioma.

—¿Implica que en serio consideraría dejarle interrogar a oficiales de la Nueva República? —susurró la traducción en el oído de Leia—. Ese camino lleva a la locura.

—Él no nos quiere a todos nosotros —señaló el Senador kian'thar—. Sólo quiere a los bothans.

Hubo otro rugido.

—¿Cree genuinamente que acabaría con los bothans? —demandó la traducción—. En ese caso, su camino lleva a la locura.

Gavrisom oprimió una tecla en su tablero, apagando el sistema de sonido de la cámara. El griterío se extinguió renuentemente, y volvió a encender el sistema.

—Por favor —dijo suavemente—. Mantengamos nuestro enfoque claro en este debate. Ciertamente no tenemos ninguna intención de permitirle a un oficial imperial interrogar a los líderes de ningún mundo miembro de la Nueva República. Sin embargo, a estas alturas es igualmente irrazonable sugerir un ataque concertado contra el Imperio. Mientras que es verdad que un estado de guerra existe técnicamente entre nosotros, las recientes hostilidades han sido pocas y principalmente accidentales. Más al punto, aunque nuestras fuerzas superan en número a las suyas, estas fuerzas se encuentran por el momento ampliamente dispersas por la galaxia.

Agitó la melena en un gesto de apacible reprobación.

—Intentando, como todos ustedes saben, traer alguna medida de estabilidad a la Nueva República contra las conmociones de cientos de amenazas de guerras interiores.

—Que conv'niente —medio-silbó sarcásticamente el Senador garoosh—. P'ra el Imp'rio, al men's.

—Ellos probablemente son los que están incitando todas las guerras —sugirió alguien con obvio desprecio—. Eso sería justo el estilo de Thrawn. Alimentar los fuegos de odio estúpido y primitivos sinsentidos genocidas…

—No llame a nuestro largo forcejeo estúpido —retumbó la Senadora forshul—. Y en cuanto al genocidio, encuentro altamente significante que nuestros opresores los prosslee estén listos a excusar las acciones de los propios bothans contra los caamasi. Es el deber de todos los seres que piensen bien reconocer que semejante actitud es un peligro, no sólo para mi pueblo sino también para todo el sector Yminis…

Gavrisom tocó el interruptor de nuevo, y la voz de la forshul se volvió una voz distante y indistinta retumbando en su sección de la cámara.

—Agradezco a la Senadora del sector Yminis por sus comentarios —dijo el Presidente—. Yo también le recordaría que éste no es el momento para tales discursos.

—Presidente Gavrisom, me concede la palabra —una voz familiar rezumando un enojo familiar rodó por la cámara, llenando el espacio incluso con el sistema de sonido apagado.

Leia miró en esa dirección. Ghic Dx'ono, el Senador ishori, estaba de pie, con todo el cuerpo temblando con esa rabia física que en su especie siempre acompañaba al pensamiento profundo.

—Tiene la palabra —le dijo Gavrisom, encendiendo el sistema de sonido de nuevo—. Le advierto que así como esta cámara no desea oír una perorata contra los prosslee, tampoco deseamos oír una contra los diamalas.

—No pienso hacer ninguna perorata —ladró Dx'ono—. Meramente deseo recordar a la cámara, que sólo tenemos la palabra del Senador diamalano de que él realmente vio a este Thrawn. También quisiera recordarle a los Senadores que él acabó su testimonio hace momentos con una exhortación a que dejemos el asunto bothan atrás, sin castigar a los culpables, para que podamos enfrentar esta supuesta nueva amenaza.

—La reaparición del Gran Almirante Thrawn difícilmente es una amenaza supuesta, Senador Dx'ono —contrapuso Miatamia con la típica calma diamalana—. El que la última vez haya sido detenido antes de alcanzar ningún mundo ishori no garantiza su seguridad si se le da la libertad de avanzar de nuevo.

—No me acuse de pensar sólo en mis propios mundos —devolvió el fuego Dx'ono—. Los ishori buscan la seguridad de todo el pueblo de la Nueva República. Pero al mismo tiempo también demandamos justicia para ese pueblo.

—El pueblo diamala apoya todas las formas de justicia —dijo Miatamia—. Sólo que no consideramos que la venganza ciega sea justicia.

—Sólo un observador ciego consideraría que nuestra demanda es de venganza —gruñó Dx'ono—. Pero ése no es el problema aquí —agregó rápidamente cuando la punta del ala de Gavrisom se acercaba al interruptor—. El problema es que usted ha hecho una declaración a esta cámara que convenientemente le agrega peso y empuja a su lado político, pero que no tiene apoyo de cualquier fuente independiente.

—¿No considera que el ex-General Lando Calrissian sea una fuente independiente? —preguntó Miatamia.

—Según su propio testimonio, él se acercó a usted pidiéndole ayuda militar diamalana —ladró Dx'ono—. Considerando eso, ¿realmente espera que consideremos que su testimonio es imparcial?

—En nombre del Capitán Calrissian, repudio las implicaciones de esa declaración, Senador —dijo Leia, encontrándose de pie—. Él ha sido un amigo y aliado acérrimo, de la Nueva República y con anterioridad de la Alianza Rebelde. Si Lando dice que vio a Thrawn, entonces lo hizo.

—Una vez fue un amigo y aliado —replicó Dx'ono—. Una vez también fue un contrabandista y jugador profesional, experimentado en estafar y mentir para obtener lo que quería. Ahora es un hombre de negocios, manejando una operación de minería suboceánica cuyas ganancias dependen de obtener ayuda diamalana. Así que díganos, Consejera Organa Solo: ¿en cuál de esos dos antecedentes cree que él se está apoyando?

Leia alzó la vista a Lando, sentado con cara áspera y silencioso detrás de Gavrisom.

—He conocido a Lando durante dieciséis años —dijo ella en voz baja—. Yo avalaré personalmente su carácter.

—Está bien —dijo Dx'ono con un resoplido—. Puede avalarlo todo lo que quiera, Consejera. Suponga entonces, para seguir la discusión, que él vio a una persona en ese Destructor Estelar. ¿Pero era Thrawn, o era algo más?

Leia frunció el ceño, intentando leerle los pensamientos a través de la cámara. Pero todo lo que pudo captar fue el enojo exterior, enmascarando todo lo que había debajo.

—¿Está sugiriendo que el Imperio falsificó la reunión?

—Bien podría haber sido una falsificación —dijo el ishori, mirando a Miatamia—. Pero no culpo necesariamente al Imperio. Todos sabemos que hay numerosos Destructores Estelares Imperiales dentro del territorio de la Nueva República… algunos incluso en manos privadas, si se puede creer en los rumores. Y como ya he señalado, el mensaje que fue supuestamente entregado por este supuesto Thrawn convenientemente apoya la posición diamalana en el problema bothan. ¿Coincidencia? ¿O cuidadosa manipulación?

—La habilidad de manipular a sus enemigos era uno de los más grandes talentos de Thrawn —aportó Fey'lya.

—Un talento que no es único en él —exclamó Dx'ono—. Los bothans, para mencionar un ejemplo, también son maestros del arte. Así como lo son los diamalas.

—El hombre en el uniforme de Gran Almirante sabía de mi visita a Myrkr hace diez años —dijo Lando—. Las únicas personas que estaban allí en ese momento eran Thrawn y su escolta de tropas de asalto.

—No es cierto —respondió el fuego Dx'ono—. En su propia declaración dice que el ex-General Solo también estaba allí.

Leia sintió un súbito enojo.

—¿Está sugiriendo…?

—Como también lo estaba —continuó Dx'ono, interrumpiendo a Leia con una mirada oscura— el contrabandista Talon Karrde.

Leia le lanzó una mirada a Lando.

—Karrde no sería una parte de algo así —insistió ella.

—¿No lo sería? —demandó Dx'ono—. Al contrario del Capitán Calrissian, este Karrde nunca ha siquiera expresado alguna lealtad hacia la Nueva República. Es un contrabandista y vendedor de información, un hombre cuyas únicas preocupaciones y lealtades son el lucro y las ganancias.

El ishori se estiró un poco más alto, un dedo señalando acusadoramente hacia Leia.

—Y además, un hombre cuyos principales vínculos a Coruscant han sido personas tales como el Capitán Calrissian y usted misma, Consejera Organa Solo. Así que ahora díganos: ¿cuál es exactamente su posición en el problema bothan?

La pregunta tomó a Leia completamente por sorpresa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, intentando hacer tiempo.

—Sabe lo que quiero decir —gruñó Dx'ono—. Díganos cuál es su posición, Consejera Organa Solo. ¿Cree que se le deben demandar completas indemnizaciones y justicia a los bothans? ¿O, como el Senador diamalano, prefiere permitir que su horrendo crimen quede impune? ¿Quizás incluso lo suficiente para crear una situación que forzaría a esta cámara a tomar esa decisión?

—Sabemos su posición —gritó otra voz enfadada—. ¿No fue su parejaunida Han Solo el que abrió fuego en una protesta pacífica en el Edificio de los Clanes en Bothawui?

—Eso no ha sido demostrado, Senador Shibatthi —irrumpió severamente Gavrisom, viniendo al rescate de Leia—. Y sus acusaciones están igualmente fuera de lugar, Senador Dx'ono. Como ya he dicho, éste no es el momento ni el lugar para otro debate más acerca del problema de Caamas. Siéntense los dos, por favor.

Pero el daño ya estaba hecho, comprendió Leia mientras se volvía a sentar. En un solo golpe maestro, Dx'ono no sólo había lanzado serias dudas en la historia de Miatamia pero se las había arreglado para también minar la credibilidad de ella. De ahora en adelante, cualquier intento que hiciera para defender a Lando o al Senador diamalano meramente alimentaría las sospechas que él acababa de plantar.

Luchas interiores, sospechas, divisividad. Sí, era de hecho el estilo de Thrawn.

—Éste parece un buen momento para seguir con el reporte de Almirantazgo acerca de la situación militar integral en la Nueva República —continuó Gavrisom—. ¿Almirante Drayson?

El almirante subió al podio al costado de Gavrisom; y mientras lo hacía, un discreto parpadeo de luz captó la mirada de Leia. El pequeño indicador verde del comunicador en el apoyabrazos de su silla estaba destellando.

Frunció el ceño, lanzando una mirada subrepticia alrededor de la cámara. Se suponía que nadie más que su familia y ayudantes más íntimos tenía esta frecuencia de comunicador, y todos ellos tenían instrucciones estrictas de que sólo debía ser usado en caso de emergencia. Pero en ese caso también se suponía que debían tocar el indicador en un patrón de tres destellos, y en el momento estaba meramente parpadeando uniformemente.

Reprimiendo una llamarada de molestia, activó el campo de privacidad de su silla. La voz de Drayson bajó a una décima parte de su volumen normal mientras ella giraba la pantalla del comunicador de su posición de almacenamiento a lo largo del costado de su apoyabrazos. Si éste era Anakin que preguntaba si podía abrir un nuevo paquete de galletas, se prometió oscuramente mientras tocaba el interruptor, iba a quedar castigado por una semana.

—Leia Organa Solo.

Pero no era Anakin.

—Hola, Leia —dijo Talon Karrde, inclinando la cabeza educadamente—. Espero no estar llamándote en un momento demasiado inoportuno.

Por reflejo, Leia acercó la pantalla tanto como pudo. De todos los momentos incómodos para que llamara…

—De hecho, es inoportuno —le dijo brevemente—. Estoy en el medio de una reunión del Senado.

—Entonces seré breve —dijo él, estrechando ligeramente los ojos. Era demasiado inteligente, y la conocía demasiado bien, para no darse cuenta que había algo más que sólo eso—. Tengo un mensaje personal que entregarte, uno que preferiría no poner ni siquiera en un canal encriptado. Desafortunadamente, uno de los directores de línea en el Control Espacial de Coruscant siente que no se me debe permitir aterrizar.

Leia frunció el ceño, las acusaciones de Dx'ono hicieron eco a través de su mente. ¿Pero cómo podría haberse enterado tan rápidamente?

—¿Tienes su nombre?

—Sólo su número de operación burocrático: KTR-44875 —dijo Karrde—. A propósito, ni siquiera quería darme eso; tuve que verlo en su placa de ID. Es un ishori, si eso ayuda en algo.

Leia hizo una mueca. Eso explicaba cómo se había enterado tan rápidamente.

—Lo hace —le dijo a Karrde—. El Senador ishori acaba de acusarlos a ti y a Lando de conspirar con los diamalas para sacarle a los bothans la soga en el asunto de Caamas. Intentó lazarme a mí también, sólo para estar seguro.

—Ya veo —dijo Karrde, frunciendo los labios—. Y así que por supuesto aquí estoy yo, llamándote para ayudar. Mis disculpas por la mala sincronización.

—No es culpa tuya —dijo Leia, mirando por encima de la pantalla a la cámara y sus centenares de caras humanas y alienígenas que miraban abajo en su dirección. Ella no iba a permitirles dictar quiénes podían ser sus amigos y asociados.

—Dile a este director de línea ishori que yo te estoy dando permiso para aterrizar… transmitiré la orden en cuanto salgas del comunicador. ¿Estás en el *Salvaje Karrde*?

—Sí —dijo Karrde—. Pero podría bajar en una lanzadera si crees que eso sería más político.

Leia resopló.

—Los sentimientos retorcidos son la menor de mis preocupaciones por el momento. ¿Sabes adónde está el campo de aterrizaje de Championne Oriental? Está aproximadamente doscientos kilómetros al sur del Palacio Imperial, cerca de las Montañas Manarai.

—Lo tengo en el mapa —confirmó Karrde, mirándola cuidadosamente—. ¿Es esto algo nuevo, o simplemente que el debate de Caamas ha dado otra vuelta viciosa?

—Todavía no lo sé —dijo Leia—. Podría ser cualquiera de los dos, dependiendo de a quién escuches. Tenemos un lugar en el piso treinta de la Torre Bosqueoro, unos veinte kilómetros al este del campo de aterrizaje. Llamaré a los conserjes noghri y les diré que te dejen entrar; estaremos allí afuera esta noche en cuanto pueda escaparme.

—Suena cómodo —dijo, todavía mirándola pensativamente—. Para no mencionar apartado.

—Lo es —convino Leia, haciendo una ligera mueca de dolor. No era difícil adivinar sus pensamientos: que a pesar de sus protestas al contrario, ella no quería arriesgarse a ser vista con él en cualquier parte cerca del Palacio Imperial.

—Entenderás por qué quiero encontrarme contigo allí cuando te cuente lo que sucedió.

—Por supuesto —dijo igualmente—. ¿Estaría bien si uso el comunicador y equipo de recuperación de datos de tu retiro hasta que llegues? ¿Sólo para entretenerme, por supuesto?

Leia sonrió.

—¿Y para ver lo que puedes encontrar en los archivos gubernamentales?

Él se encogió de hombros.

—Podría aprender algo nuevo. Nunca se sabe.

—Estoy segura de que para ti es más difícil aprender algo que todavía no sepas que lo que lo es para la mayoría de nosotros —dijo secamente Leia—. Está bien, se lo aclararé a los noghri cuando los llame.

—Gracias. Te veré más tarde. Adiós.

—Adiós.

Con un suspiro, apagó el comunicador.

Luchas interiores, sospechas, divisividad. Sí, era el estilo de Thrawn. Sólo podía preguntarse qué les había planeado para después.

Encendiendo de nuevo el comunicador, llamó al Control Espacial de Coruscant.

• • •

Al final de cuentas, pensó Carib Devist mientras miraba fijamente los coloridos campos de granoalto ondeando por el Valle Dorchess, había sido un buen día.

Realmente lo había sido. El opresivo sol del verano que ardía tan firmemente sobre Pakrik Menor durante la estación de crecimiento se había estado escondiendo tímidamente detrás de las nubes por la mayoría del día, dando un respiro del usual calor. Las nubes no se habían disipado hasta tarde por la tarde, justo a tiempo para que el sol desapareciera durante una hora y media detrás del más densamente poblado mundo hermano de Pakrik Menor, Pakrik Mayor. Para cuando reemergió el calor adicional fue realmente casi bienvenido.

Todavía había algunos problemas en los campos mismos, por supuesto, pero todo eso era parte de la vida de un granjero. Carib y sus hermanos habían tenido que echar a otra colonia de gusanos más que había intentado hacer su casa entre las raíces entrelazadas de los granoaltos, y habían tenido que tratar con una infección de pulgones blancos que podría haber arruinado toda la cosecha en cuestión de días si no hubiera sido atrapada. Pero la habían atrapado, y los gusanos habían sido arrancados de raíz, y ninguno de los

droides se había roto o ni siquiera actuaba mal, y para variar la cosecha realmente estaba creciendo mejor de lo esperado.

No, había sido un buen día; y cuando Carib levantó los pies para apuntar al magnífico ocaso y sorbió de un bien-ganado vaso de agua mineral de R'alla decidió que era muy bueno estar vivo.

Un movimiento a su derecha atrapó su mirada: su hermano Sabmin venía hacia la casa en su viejo y golpeado deslizador terrestre. Lacy probablemente había invitado a Sabmin y a su familia a la cena… a ella siempre se le olvidaba contarle cosas como esa.

Pero no. Sabmin estaba solo en el vehículo… y cuando el deslizador terrestre se acercó Carib pudo distinguir la expresión en la cara de su hermano.

Estaba esperando al pie del camino cuando Sabmin paró el deslizador terrestre en una nube de polvo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó sin preámbulo.

—Pasó —dijo Sabmin, su voz era un cuchicheo ronco—. Yo estaba en la cueva y… bueno, pasó.

Carib miró atrás al camino a la casa. Podía ver a Lacy en la ventana de la cocina, cuidadosamente sacando el asado de la cena del fogón de enfoque.

—Caminemos —dijo él.

Lo llevó camino abajo hacia el borde de los campos.

—¿Confirmaste que el mensaje fuera legítimo? —preguntó.

—Fue lo primero —dijo sobriamente Sabmin—. Tenía todos los códigos imperiales apropiados.

Carib hizo una mueca de dolor. Había pasado mucho tiempo desde que la palabra «Imperial» había sido usada en esta parte de Pakrik Menor.

—Entonces supongo que es hora —dijo, con una sensación extraña en el fondo del estómago. Después de diez años de espera silenciosa, una vez más los llamaban al servicio—. ¿Ya le has dicho algo a los demás?

—No, vine directo hacia aquí —dijo Sabmin—. Pero hay más.

Miró alrededor, como si temiera que pudiera haber alguien escuchando de entre las apretadas filas de granoaltos.

—La orden de activación vino con el nombre del Gran Almirante Thrawn.

Carib sintió caer su mandíbula.

—Eso es imposible —siseó—. Thrawn está muerto.

—Eso es lo que dice todo el mundo —convino sobriamente Sabmin—. Todo lo que sé es que su nombre está en la orden.

Ahora habían alcanzado la primera fila de tallos.

—Podría ser una mentira —dijo Carib, volviéndose de costado para deslizarse entre las filas, olfateando el familiar aroma agrio-almizclado que subía a su alrededor mientras su chaleco de cuerois tostado se cepillaba por las hojas—. O si no un truco.

—Difícilmente un truco que podrían mantener —señaló Sabmin—. Incluso el usar holo-grabaciones viejas de él en las transmisiones no engañaría a nadie por mucho tiempo.

—Es cierto —dijo Carib, deteniéndose al lado de un tallo casi maduro y tocando con un dedo el cordón de granoalto que se asomaba tímidamente por una abertura en la vaina.

El Gran Almirante Thrawn que había revertido cinco años de firme declive y había traído al Imperio a la vista de la victoria total.

—Comprendes, por supuesto, que esto podría cambiarlo todo.

—No veo cómo —dijo Sabmin—. El hecho es que nosotros seguimos plantados aquí con el expreso propósito de estar listos para causar estragos si y cuando seamos llamados a hacerlo. —Acarició el cordón del granoalto—. Bueno, el sembradío echó raíz, la plantación ha madurado… y ahora están preparándose para la cosecha.

—Sí —dijo Carib, dejando caer la mano de vuelta a su costado.

Una cosecha de terror y muerte súbita y destrucción, casi ciertamente dirigida a la fruta madura que era Pakrik Mayor colgando sobre sus cabezas. Pakrik Mayor, y la conferencia anual que abarcaba el sector que acababa de ponerse en marcha en la capital. Un muy retrasado golpe contra los traidores de la Rebelión, cortesía del Imperio.

—Pero ése no es mi punto —le dijo a Sabmin—. Mi punto es que si Thrawn realmente ha regresado al comando, entonces cualquier cosa que nos ordenen que hagamos no será simplemente un grandioso pero sin sentido gesto de desafío suicida. Si Thrawn ha regresado, entonces el Imperio podría ganar.

Sabmin silbó suavemente.

—Tienes razón —murmuró—. Ni siquiera lo había pensado de esa forma.

—Bien, mejor que comiences a pensarlo de esa forma —advirtió Carib—. Y mejor que nos aseguremos que los demás también lo hagan. ¿Alguna idea de cuándo se hizo el último chequeo de mantenimiento en los TIEs?

—No hace más de un mes —dijo Sabmin—. Creo que fue Dobrow el que lo hizo. ¿Quieres hablar con él esta noche?

—Quiero hablar con todos esta noche —dijo Carib, saliendo de las filas de granoalto y poniéndose en camino de vuelta hacia la casa—. En mi casa, en dos horas.

—Podemos intentarlo —dijo Sabmin, caminando probablemente inconscientemente en un paso militar a su lado—. Sin embargo puede que Tabric y Hovarb no lleguen a hacerlo… tres de sus gornts entraron en labor esta tarde.

—Las gornts pueden parir a sus crías por sí mismas —dijo brevemente Carib—. Esto es importante.

Sabmin le lanzó un ceño.

—Oh, vamos, Carib, ¿no está sobrerreaccionando sólo un poco? Es una orden de activación, no un plan de ataque completo.

—Si Thrawn está a cargo, no habrá mucho tiempo entre los dos —gruñó Carib—. Cualquier cosa que él esté planeando, tendrá su itinerario ajustado a medio segundo.

Caminaron en silencio el resto del camino hasta el vehículo de Sabmin.

—Está bien, les diré eso —dijo Sabmin mientras subía—. Estarán aquí.

Carib suspiró.

—Mejor hagámoslo en tu casa —sugirió—. Está a sólo tres minutos en deslizador terrestre hasta su granero. Pueden volver con tiempo suficiente si algo sale mal con la labor.

Sabmin esbozó una estrecha sonrisa.

—Gracias, Carib. Te veremos allí.

CAPÍTULO 21

—Allí está Lando —dijo Leia, señalando afuera de la carlinga mientras Han bajaba su Incom T-81 a la plataforma de deslizadores aéreos en el tercer nivel de la Torre Bosqueoro—. Por allí, junto a la entrada, detrás de ese coche de nubes rojo.

—Sí, lo veo —gruñó Han, apagando los repulsores—. Todavía creo que ésta es una mala idea, Leia.

—Ya sé lo que crees —dijo Leia, tomándose un momento para mirar pasando el área de aterrizaje al perímetro oscurecido de arbustos más allá de ella. No había nadie visible, ni con sus ojos ni con sus sentidos Jedi—. Y no puedo decir que discrepe completamente contigo. Pero él insistió en venir.

—Mejor espero que Dx'ono no se haya enterado y hecho que alguien lo siguiera aquí —gruñó Han, abriendo la carlinga—. Alguien gritará «reunión secreta» y todos quedaremos implicados.

—Ya lo sé —dijo Leia, bajando del aerodeslizador y echando una mirada alrededor. Había algunos aerodeslizadores pasando con sus luces visibles en el cielo a su alrededor, y los varios caminos que entrecruzaban el área alrededor de la Torre estaban llevando su cuota usual de deslizadores terrestres. Ninguno de los vehículos parecía estar dirigiéndose particularmente en su dirección.

Pero estaban las ventanas oscurecidas de uno de los cinco cafés de la Torre que los miraban hacia abajo desde el cuarto piso, para no mencionar todas las ventanas de los departamentos que se estiraban al cielo nocturno. Si una de esas ventanas ocultaba a alguien con un juego de macrobinoculares…

Han claramente ya había tenido la misma idea.

—Mejor entremos —murmuró él, tomándola del brazo—. Vamos, Trespeó, muévete.

—Sí señor —dijo apresuradamente el droide de carrocería dorada, bajando torpemente de la parte de atrás del aerodeslizador y caminando rápidamente tras ellos. Esa era la primera vez que Trespeó decía algo, notó de repente Leia, desde que habían dejado el Palacio Imperial. ¿Se habría percatado del humor de Han, y estaba intentando no llamar la atención? ¿O habría estado pensando en sus propios recuerdos del último intento por llegar al poder de Thrawn?

Lando emergió de su medio escondite cuando ellos se aproximaron.

—Han, Leia —les inclinó la cabeza. Su usual sonrisa de saludo, notó Leia, estaba visiblemente ausente—. ¿Dónde está Karrde?

—Ya está aquí —le dijo Leia mientras Han tecleaba la cerradura de la entrada—. Los noghri lo dejaron entrar.

—Que bien. —Inclinando los hombros debajo de su capa, Lando lanzó una última mirada atrás a la oscuridad mientras seguía a Leia.

De treintiocho pisos de alto, la Torre Bosqueoro había sido planeada originalmente para ser el núcleo de una elaborada y extensa colonia de alderaanianos que habían estado

fuera del planeta cuando la primera Estrella de la Muerte destruyó su mundo. Pero aunque los arquitectos habían labrado cuidadosamente cada faceta de la Torre para que encajara con el estilo alderaaniano, las muchedumbres de Coruscant y el desarrollo terrestre casi total eran simplemente demasiado alienígenas en su visión de la vida para que la mayoría de los refugiados se sintieran cómodos viviendo allí.

Aunque el resto del proyecto había sido abandonado, había habido esperanzas de que suficientes alderaanianos permanecieran en Coruscant para mantener a la Torre misma ocupada, particularmente dada su vista espectacular de las Montañas Manarai. Pero ese sueño final había recibido su golpe mortal en el efímero pero espantoso asedio del Gran Almirante Thrawn al planeta. Cuando el asedio finalmente se levantó, virtualmente todos los alderaanianos se fueron de Coruscant, yendo a Nuevo Alderaan o esparciéndose entre las estrellas. Como uno de ellos le había explicado a Leia, habían tenido mucha suerte de escapar a la destrucción de un mundo, y no tenían ningún deseo de establecerse en un blanco aún más tentador.

Y así el gran experimento había caído en la vaga oscuridad, uniéndose a los demás centros residenciales anteriores que se arracimaban debajo de las montañas, la mayoría de los cuales proveían de casas secundarias o de vacaciones a ricos industrialistas y oficiales del gobierno. Extraplanetarios y alienígenas, la mayoría de quienes nunca ni siquiera habían oído hablar de los legendarios Bosques Oro en Alderaan, mucho menos caminado entre ellos alguna vez.

Con el pasar de los años, el dolor de esa ironía casi se había desvanecido del corazón de Leia. Casi.

El turboascensor operó con la eficacia silenciosa típica de la construcción alderaaniana, depositándolos en la escena de jardín lujuriante que comprendía el vestíbulo del piso treinta. No había nadie visible entre las frondas y montones de rocas de las que goteaba agua; pero claro, se suponía que nadie lo estuviera.

—¿Barkhimkh? —llamó suavemente Leia.

—Aquí estoy, Lady Vader —maulló la voz de Barkhimkh atravesando el vestíbulo. Hubo un susurro desde la fronda, y el guerrero noghri salió a la vista al lado del arco de entrada que se abría en el corredor que llevaba a su departamento.

—Todo está tranquilo.

—Gracias —dijo Leia.

—Asegúrate de que siga así —agregó Han cuando cruzaron el vestíbulo.

Barkhimkh inclinó la cabeza.

—Obedezco, Han del clan Solo.

Cuando Han abrió la puerta, Karrde estaba reclinado en una silla plash de contorno auto-amoldante en el círculo de conversación del apartamento, con un datapad en una mano y un vaso de líquido ámbar en la otra.

—Ah… aquí están —dijo el contrabandista, apagando el datapad y enderezándose de la silla cuando entraron en fila—. Estaba pensando en pedirle a Sakhisakh que intentara llamarlos.

—Partimos más tarde de lo que había esperado —explicó Leia—. Lo siento.

—No hay necesidad de disculparse —les aseguró Karrde—. ¿Los niños no están con ustedes?

—Acaban de partir esta mañana con Chewie para visitar a su familia en Kashyyyk —le dijo Leia—. Con todo lo que ha estado pasando últimamente, pensé que sería mejor para ellos estar allí.

—Entre su guardia noghri y un planeta lleno de wookiees es difícil imaginar algún lugar más seguro —convino Karrde—. Hola, Calrissian. Que bueno verte de nuevo.

—Sí —dijo Lando—. Aunque puedes no pensar lo mismo cuando te contemos por qué estás aquí.

La expresión de Karrde no cambió, pero Leia pudo sentir un apretón en sus emociones.

—En serio —dijo fácilmente—. Entonces, omitamos las formalidades. Siéntense y cuéntenmelo todo.

• • •

—Lo siento —dijo el sistema de pantalla del otro lado del comunicador con su voz mecánica enloquecedoramente simpática—. La comunicación con la residencia que usted solicita está restringida. No puedo conectarla sin un código de autorización apropiado.

—Dígale a la Consejera Organa Solo que es una emergencia —dijo Shada, poniendo en su voz el tono oficial más intimidante que pudo mientras miraba fijamente por la ventana del café al Incom T-81 de los Solo, estacionado allí en la plataforma de aterrizaje del tercer piso de la Torre Bosqueoro—. La estoy llamando con autorización del Almirante Drayson de Inteligencia de la Nueva República.

Al sistema de pantalla no pareció importarle.

—Lo siento, pero no puedo conectarla sin un código de autorización apropiado —repitió.

Haciendo una mueca, Shada apagó el comunicador. Ése había sido el último gambito verbal de su repertorio, y no había hecho nada más que conseguirle el mismo rechazo. Lo mismo que cada uno de todos sus intentos anteriores, y estaba empezando a cansarse mucho.

Había intentado el camino cortés y oficial primero: llamar a la oficina de la Consejera Organa Solo en el Palacio Imperial y… cuando las pantallas de allí tampoco la dejaron comunicarse… intentó entrar en el gigantesco edificio gubernamental mismo. Pero sin estatus o asuntos oficiales o conexiones en los que apoyarse, golpeaba contra paredes de transpariacero de un metro de espesor a cada vuelta. Después había intentado llamar a la casa principal de los Solo afuera del palacio, con los mismos resultados. Y ahora había intentado dar con ellos en su retiro de las Montañas Manarai, de nuevo sin suerte.

Y con cada desaire, su visión obviamente idealizada de la Nueva República se iba desmenuzando un poquito más. Ella había esperado que tuvieran más que ofrecerle, que la vida con las Mistryl a la que acababa de dar la espalda. Empezaba a parecer cada vez más que había estado equivocada.

Pero ahora no había nada que hacer mas que continuar con lo que había comenzado. Aunque no fuera por ninguna otra razón más que el que ella no tenía ninguna otra parte adonde ir.

Así que bueno. Había intentado el camino cortés y no había llegado a ninguna parte. Ahora intentaría el camino Mistryl.

El complejo de tiendas del segundo piso de la Torre era bastante extenso, y le tomó no más de cinco minutos recolectar los tres artículos que necesitaba. Un minuto después, armada con una longitud de cinta blanca brocada, un datapad barato, y una botella de igualmente barato pero imponentemente fuerte whisky dodbri, estaba en el turboascensor dirigiéndose hacia arriba.

Sería un paseo corto, lo sabía, pero ella ya tenía los detalles planeados en su mente y empezó a trabajar sin desperdiciar movimientos. Destapando el whisky, salpicó ligeramente un poco de la potente mezcla hacia el cuello de su vestido largo ligeramente arrugado que le llegaba hasta el tobillo y entonces sorbió un poco en la boca. Haciendo una mueca de dolor ante el escozor, se hizo unos buches mientras tiraba el resto de la botella en las cajas de flores decorativas que bordeaban la parte superior de la cabina. Escupió lo que le quedaba en la boca de vuelta a la botella, contenta de librarse de eso, entonces volvió su atención a la cinta. El peinado tradicional de novia de Coruscant era difícil de hacer, pero ella conocía una variante que era rápida y simple y se le parecía lo suficiente para engañar a cualquiera que no fuera un observador experimentado.

Para cuando las puertas se abrieron hacia la cubierta de observación en la azotea de la Torre, estaba lista para su actuación. Con la botella agarrada en una mano y el datapad en la otra, salió de la cabina y lanzó una casual y calculadamente insegura mirada alrededor. No había nadie visible entre las mesas, sillas y arbustos decorativos abandonados. Pero claro, el grupo de guardias personales que rodeaba a la Consejera Organa Solo raramente lo estaba. Agarrando mejor la botella, empezó a caminar tambaleándose hacia el borde del techo.

El guardia que sabía que tenía que estar allí no hizo su aparición para cuando ella alcanzó la baranda enrejada que le llegaba hasta la barbilla, y estaba fijada sobre una base sólida alta hasta su rodilla.

—Así que bueno, Ravis —murmuró para sí misma en una voz manchada y desalentada mientras dejaba caer la botella y datapad hacia el tejado junto a la baranda—. ¿No quieres, heh? Está bien. Puedo salir de tu vida, si eso es lo que quieres. Puedo salir del todo…

Se interrumpió con un único sollozo mal actuado. Metiendo los dedos en los agujeros de la celosía, se apretó contra la barrera y giró la cabeza al costado para asomarse por

encima y abajo al suelo, con los sentidos alerta. Sólo hubo un único cuchicheo de sonido desde detrás de ella, y entonces nada.

Así que iban a necesitar más antes de que hicieran algún movimiento. Está bien; podía complacerlos. Extrayendo los dedos de la baranda, sin dejar de sollozar suavemente por lo bajo, recuperó el datapad y lo puso en una silla cercana, sosteniéndolo para que fuera claramente visible. Con dedos ligeramente chapuceros se arrancó el tocado de bodas del cabello, lo besó teatralmente, y lo puso delante del datapad. Se tomó otro momento para acomodar cuidadosamente juntos los dos artículos; entonces, cuadrando los hombros, respiró profundo y caminó de vuelta al borde del tejado. Agarrándose de nuevo a la celosía, trepó hacia la base y pasó una pierna por encima de la baranda.

O más bien, intentó hacerlo. Aun mientras giraba la pierna oyó otro cuchicheo de sonido, y una mano de repente agarró la faja de su cintura, arrastrándola hacia atrás y forzándola a bajar la pierna para mantener el equilibrio.

—No hagas esto —maulló suavemente una ronca voz gatuna desde detrás de ella.

—Déjame ir —gimió Shada, soltándose de la celosía con la mano izquierda y palmoteando ineficazmente su brazo—. Déjame ir. No le importo… él me lo dijo. Ya no me quiere. Déjame ir.

—Éste no es el camino —dijo el noghri, tirando de ella suave pero firmemente—. Ven adentro y hablaremos.

—Estoy cansada de hablarlo —murmuró Shada, volviéndose a medias para mirarlo hacia abajo y asegurarse de que pudiera oler el whisky en su aliento mientras lanzaba una rápida mirada por la azotea. No había nadie más visible—. Por favor… él me dijo que me fuera —suplicó ella, agarrando de nuevo la celosía con la mano izquierda y tirando hacia arriba contra su asimiento—. Por favor.

—No —repitió el noghri, tirando hacia atrás con más fuerza de lo que ella habría pensado que una criatura tan pequeña podría tener. Sus dedos se esforzaron contra el tirón…

Y sin advertencia se dejó ir, girándose a medio camino mientras caía directo hacia él.

Sí, el noghri era rápido. Para cuando había rodado lo suficiente para verlo ya se había movido un paso al costado para apartarse de su camino. Su brazo libre subió, listo para agarrarla por los hombros y detener su caída…

Y mientras ella caía en ese firme asimiento, su mano se clavó fuertemente en el costado de su garganta. Sin ningún sonido, sus piernas cedieron debajo de él y se derrumbaron juntos hacia la azotea.

Por unos segundos yació allí, todavía sollozando ebriamente, sus ojos se lanzaron alrededor de la azotea en busca de señales de un respaldo. Pero aparentemente el noghri estaba solo aquí.

Lo que no significaba que no se hubiera reportado antes de apresurarse a salvar a la borracha desalentada inclinada a la autodestrucción. Si lo había hecho, no tenía mucho tiempo. Si no lo había hecho, no tenía mucho más.

Quitándose el vestido que había ocultado su traje de salto de combate y manteniendo un ojo en la puerta del turboascensor, se puso a trabajar.

• • •

Karrde dio vueltas al vaso en su mano, sus ojos miraban el fondo de la bebida que se arremolinaba hacia los lados en respuesta al movimiento.

—Estás seguro de todo esto —dijo.

—Estoy seguro —dijo positivamente Lando—. Busqué en lo que tenemos de los viejos archivos imperiales y encontré cada grabación que tenían de Thrawn. No había mucho, pero definitivamente se veía y sonaba como el hombre que vi.

—Lo que no significa que no pueda ser un truco —agregó Han, lanzándole una mirada subrepticia a Leia.

Si la actitud de Karrde era actuada, si él estaba secretamente detrás de este avistamiento de Thrawn por Lando, entonces ella ya debería haber podido ver la prueba de eso en su mente.

Excepto que su cara tenía la misma expresión austera que había estado allí cuando Lando empezó su historia por primera vez; y aun mientras la miraba, sus ojos se volvieron a los de él y ella agitó microscópicamente la cabeza en respuesta a su tácita pregunta.

Han había pensado que estaban siendo lo bastante sutiles. Aparentemente no.

—Me doy cuenta de que aquí estoy bajo alguna sospecha —continuó Karrde, todavía estudiando su vaso—. Y no sólo por parte de los ishori y sus aliados. ¿He pasado la prueba?

Han miró de nuevo a Leia a tiempo para ver su labio crisparse.

—Lo siento —dijo ella—. Si sirve de algo, yo misma no tenía ninguna duda.

—Gracias. —Karrde le sonrió ligeramente a Han y a Lando—. No avergonzaré a ninguno de ustedes preguntando si compartían la confianza de la Consejera.

—No me gusta tomar nada por seguro —le dijo Han—. No es como si alguna vez hubieras jurado obediencia a la Nueva República o algo así.

Karrde inclinó la cabeza.

—Tienes razón, por supuesto. Mis disculpas.

Volvió su mirada a Lando.

—Está bien, entonces. Empecemos con la suposición que todos esperamos que sea cierta: es decir, que fueron víctimas de un truco inteligente. Primera pregunta: ¿cómo lo hicieron?

—No debería ser tan difícil —dijo Han—. Alguna cirugía facial para hacer que este tipo se parezca a Thrawn, entonces simplemente se agrega algo de color de piel, cabello, y ojos.

—La cirugía facial usualmente deja marcas perceptibles —señaló Lando—. Yo sé qué buscar, y no estaban allí. ¿Además, qué hay sobre la voz?

—¿Qué hay sobre la voz? —preguntó Han—. Las voces también pueden imitarse, sabes. Una vez lo hicimos nosotros mismos con Trespeó, ¿recuerdas?

—Si la voz era realmente tan exacta, podría ser un droide réplica humano —sugirió Karrde—. Como el que tenía el Príncipe Xizor del Sol Negro.

Lando agitó la cabeza.

—No era sólo la voz, Karrde. O la cara, o nada más a lo que puedas mirar. Era… no sé. Había una presencia allí, un poder y confianza ocultos que no creo que ningún droide pueda falsificar. Era él. Tenía que ser él.

—¿Entonces podría ser un clon? —persistió Karrde—. Thrawn podría fácilmente haber tomado uno o más de los tanques de clonación del Monte Tantiss antes de que fuera destruido.

—Yo también he estado preguntándome eso —dijo Leia—. También podría explicar de dónde vienen los clones que Luke sintió en Iphigin.

—Un clon de Thrawn sería lo suficientemente peligroso —convino tensamente Lando—. Pero dalo vuelta un minuto. ¿No podría así de fácilmente haber sido un clon el que estaba sentado en el puente del *Quimera* en Bilbringi? ¿Qué tal si Thrawn se hubiera anticipado a todo lo que iba a pasar, a todo, e hizo los arreglos necesarios?

Karrde revolvió la bebida en su vaso un poco más.

—Entonces ¿por qué se retiró y permitió que el Imperio se derrumbase cuando su liderazgo muy probablemente podría haberlo salvado? —preguntó—. No. Si él realmente hubiera estado vivo, debió haber estado incapacitado por su herida y haberse escondido en alguna parte para curarse.

—Eso se parece bastante a lo que él nos implicó a Miatamia y a mí —convino Lando—. Implicó que había estado apartado recuperándose.

—A menos que eso sólo fuera lo que él quería que tú pensaras —advirtió Leia—. Quizá en cambio él sólo estaba apartado haciendo alguna otra cosa.

—¿En lugar de proteger al Imperio? —objetó Han—. Eso no tiene sentido.

Abruptamente Karrde apoyó su vaso en la mesa baja al costado de su silla.

—Está bien, entonces —dijo—. Asumamos el peor de los casos: que ese que vieron realmente era Thrawn, y que regresó y quiere sangre. ¿Por qué hace su aparición de repente ahora? ¿Y por qué sólo a ti y al Senador Miatamia en lugar de a todo Coruscant?

—Probablemente para crear exactamente la situación en la que estamos ahora —dijo Leia—. El nivel de tensión en el Senado ha saltado directo al techo, con una tremenda cantidad de animosidad y sospecha enfocada en los diamalas. Y, por extensión, en todos los de ese lado del problema de Caamas.

—Arrojando una indirecta de que Gavrisom podría no querer resolver la crisis sólo para avivar un poco más las cosas —agregó Lando—. He oído que algunos de los Senadores ya están quejándose de que él está arrastrando sus cascos en todo este asunto de indemnizaciones para los caamasi.

Han hizo una mueca. La crisis financiera de los bothans…

—Está haciendo todo lo que puede —le dijo a Lando.

—Quizá —dijo oscuramente Lando—. Pero se me ocurre que hay muchas otras formas en las que Thrawn podría haber perturbado al gobierno si eso fuera todo lo que quería.

—¿Qué más podría querer? —preguntó Karrde—. Seguramente no sería tan tonto como para enfrentar a toda la Nueva República. No con sólo ocho sectores de recursos a su disposición.

—Quizá ha encontrado una nueva super-arma que el Emperador había escondido en alguna parte —sugirió ominosamente Lando—. Otra Estrella de la Muerte, una completa esta vez, o quizá otro Triturador de Soles. O algo aún más peligroso.

Karrde agitó la cabeza.

—Improbable. Si hubiera algo así allá afuera, seguramente ya habríamos oído hablar de eso.

—Hay otro punto que necesitamos hacer aquí —dijo Leia—. Hablaste acerca de que él enfrentara a toda la Nueva República; pero eso es sólo si pudiéramos unir a toda la Nueva República para enfrentarlo. Con el problema de Caamas dividiéndonos tan fuertemente… y con el Imperio tan débil que la mayoría de la gente ni siquiera lo considera una amenaza… eso ya no es seguro.

—Si alguna vez lo fue —dijo agriamente Han—. Nunca hubo más que una pequeña fracción de la galaxia realmente luchando contra el Imperio.

—Y nunca más que una pequeña fracción del Imperio luchando contra nosotros —señaló Lando, con la mirada en Karrde—. Creo que no nos dimos cuenta entonces de cuanta de su energía iba a impedir que todas estas pequeñas vendettas y rivalidades planetarias explotaran en sus caras. Ahora nosotros estamos en esa misma situación, y en mi opinión, simplemente no tenemos los recursos disponibles para enfrentar cualquier cosa que Thrawn haya planeado.

—Eso por supuesto depende de lo que él haya planeado —dijo Karrde. Estaba mirando cuidadosamente a Lando, notó Han de repente. Tan cuidadosamente como Lando estaba mirándolo a él—. ¿Así que cuál sugieres que sea el próximo movimiento?

—Nuestro próximo movimiento —dijo Lando, alargando las palabras— es sacar a este llameante asunto de Caamas fuera del camino para que podamos enfocarnos en Thrawn. Y eso significa averiguar exactamente quiénes fueron los bothans culpables.

—Eso podría ser un problema —dijo Karrde, con voz estudiosamente calma—. Hasta donde yo sé, a los imperiales sólo les quedan dos juegos completos de archivos… uno en la base del Ubictorado en Yaga Menor, el otro en la actual capital imperial en Bastión.

—Supongo que no sabes por casualidad adonde está Bastión —dijo Leia.

—Me temo que no —dijo Karrde, mirándola y entonces devolviéndole su atención a Lando—. El verdadero nombre de Bastión es un secreto que los imperiales se las han arreglado para guardar.

—No estaba hablando necesariamente sobre los imperiales —dijo Lando—. Estaba pensando que alguien más podría tener los archivos que estamos buscando.

Han le parpadeó a Lando. De repente la insistencia del otro en unírseles aquí esta noche para su charla con Karrde estaba asumiendo toda una nueva dimensión.

—¿Quieres decir que Karrde…?

—No tengo los archivos, Calrissian —dijo Karrde—. Si lo hiciera, ya se los habría ofrecido hace mucho tiempo.

—Ya lo sé —dijo Lando, con voz de importancia—. Estaba refiriéndome a una fuente completamente diferente.

—Que probablemente tampoco los tiene —dijo fríamente Karrde.

La expresión de Lando no cambió.

—Pero que podría.

Por un par de latidos del corazón los dos hombres continuaron mirándose fijamente entre si. Han le lanzó un ceño a Leia, vio su misma perplejidad reflejada en la cara de ella.

—¿Hay algo aquí que nosotros deberíamos saber? —preguntó cuidadosamente.

—No —dijo Lando—. O quizá debería decir todavía no.

—Leia, Calrissian y yo necesitamos tener una corta charla —dijo Karrde, poniéndose abruptamente de pie—. ¿Hay algún lugar adonde podamos tener algo de privacidad?

—Puedes usar la habitación de los muchachos —dijo Leia, señalando al otro lado del vestíbulo—. La última puerta a la izquierda.

—Gracias. —Karrde le hizo señas a Lando hacia el vestíbulo—. Después de ti, Calrissian.

• • •

Shada había agregado un ancla adicional a su línea de seguridad aproximadamente a dos metros encima de ella, en la suposición de que si y cuando el noghri pidiera refuerzos a la azotea, podrían simplemente cortar la línea, sin molestarse en subirla primero para la formalidad del interrogatorio. Ahora, colgando en el aire a cien metros encima del suelo, deslizó su ahora iluminado visor alrededor del borde de la ventana oscura a su lado y espió adentro.

Era el dormitorio de un niño… el dormitorio de unos niños, se corrigió, al ver la segunda cama apretada contra la pared lejana. Actualmente desocupado; y dado que ninguno de los tres niños Solo había salido del aerodeslizador siguiendo a sus padres, era razonable asumir que la habitación se mantendría de esa forma.

Devolviendo el visor al bolsillo de su traje de salto, sacó uno de sus tres estiletes moleculares Zana M6W-9 y extendió la hoja invisiblemente delgada. Como un sable de luz, un estilete molecular podía cortar a través de casi cualquier cosa. Al contrario de un sable de luz, sin embargo, la hoja del Zana era increíblemente delicada. Un rápido

empujón contra un atacante casi siempre resultaba en una hoja rota… junto con un atacante muerto, por supuesto… e incluso el trabajo de corte más cuidadoso era igual de susceptible a terminar estropeando la herramienta.

Afortunadamente, la tarea que la enfrentaba no iba a ser tan grande como para forzar las posibilidades. Con la mayoría de los edificios en Coruscant habría tenido que cortar toda una ventana para entrar, pero los diseñadores de la Bosqueoro habían incorporado los tradicionales paneles batientes alderaanianos para permitir el libre flujo del aire. Todo lo que tenía que hacer era maniobrar la hoja del estilete entre los paneles y rebanar el pestillo, y estaría adentro.

Después, por supuesto, encontrar y desactivar cualquier alarma que los noghri hubieran instalado.

Esa tarea resultó ser más fácil de lo que había esperado. La ventana sólo tenía una sola alarma, calibrada para detectar aerodeslizadores aproximándose. Aparentemente, a los noghri no se les había ocurrido que alguien podría estar lo suficientemente loco para descolgarse desde la azotea de la forma en que ella lo había hecho. Aunque por supuesto, para ser justa, habían puesto un guardia allí arriba.

Dos minutos más tarde estaba adentro de la habitación oscura, cerrando la ventana detrás de ella y esforzándose por escuchar. Estaban los ruidos mecánicos suaves usuales en cualquier morada moderna, junto con los sonidos ahogados de la conversación que venían de otra parte en el apartamento. Las palabras eran imposibles de descifrar a través de la puerta cerrada, pero podía oír por lo menos a cuatro voces distintas.

Se paró justo al lado de la puerta, frunciendo el ceño con súbita indecisión. Había visto a Solo, Organa Solo y su droide llegar en su T-81, y había avistado a Calrissian esperándolos; ¿pero quién era la cuarta voz? ¿Algún amigo al azar que había pasado por casualidad? Improbable. ¿Un asociado comercial de Calrissian? Quizás, sólo que él había estado solo cuando acechaba en las sombras antes de que los Solos llegaran.

Una cosa era segura: dado lo furtivos que los tres habían estado comportándose afuera, ésta era claramente una reunión que se esforzaban mucho por mantener en secreto. Una reunión en la que dudaba que cualquiera de ellos apreciaría ser abordado por una total extraña.

Abruptamente se tensó. La conversación había hecho una pausa, y en su lugar había un nuevo sonido.

Pasos. Dirigiéndose en su dirección.

Atravesó la habitación en cuatro rápidas zancadas, arrodillándose junto a la cama de la pared lejana. Era una cama de estilo de nave espacial, con compartimientos de almacenamiento que ocupaban el espacio debajo del colchón. Pero de cualquier forma ella no había planeado esconderse abajo. Agarrando las manijas del almacenamiento, tiró.

Debía haber habido mucha basura en esos cajones: incluso con músculos entrenados de Mistryl detrás del tirón la cama se movió apenas veinticinco centímetros de la pared. Pero sería suficiente; y de todos modos, con los pasos ya pausando afuera de su puerta,

tendría que bastar. Levantándose de su posición arrodillada, medio se zambulló y medio rodó a través de la cama y silenciosamente se deslizó de costado por la brecha angosta.

Apenas lo había hecho. Aun mientras su hombro y cadera se apoyaban contra el fresco suelo, la puerta del dormitorio se abrió y dos juegos de pasos vinieron adentro. El panel de luz se encendió, y la puerta se cerró de nuevo.

—Teníamos un acuerdo, Calrissian —dijo una voz masculina no identificada. No identificada, aunque definitivamente familiar. Shada buscó en su memoria…

—Qué yo no he roto —dijo Calrissian, su voz sonaba un poco defensiva.

—¿En serio? —preguntó fríamente la otra voz—. Prácticamente les has dicho que hay un secreto aquí. ¿Crees que cualquiera de ellos necesita más que eso para buscar sus pequeñas palas y comenzar a excavar?

…y entonces abruptamente el recuerdo encajó. Era el jefe contrabandista, Talon Karrde.

—Francamente, Karrde, creo que ahora mismo ambos tienen cosas más importantes de las que preocuparse —dijo ásperamente Calrissian—. Y para ser honesto, nunca entendí por qué te obsesiona tanto mantener esta cosa en secreto en primer lugar. Y qué si Jorj Car'das fue una vez un competidor tuyo…

—Controla tu voz —gruñó Karrde—. No quiero que los demás oigan ese nombre. Y Car'das no era un competidor. Era algo completamente distinto.

—Está bien —dijo Calrissian—. Lo que sea. La cuestión es que ya no podemos darnos el lujo de estos juegos tontos. No con…

—¿Juegos tontos? —lo interrumpió Karrde—. Calrissian, no tienes ninguna idea de acerca de qué estás hablando.

—Sé exactamente de qué estoy hablando —replicó Calrissian—. Estoy hablando sobre el genio que estuvo así de cerca de derribar a toda la Nueva República hace diez años. Cualquier cosa que Thrawn haya planeado, tiene que estar contando con el problema de Caamas para mantenernos divididos.

Shada sintió el aliento atrapado en su garganta. *¿Cualquier cosa que Thrawn haya planeado*? Pero Thrawn estaba muerto.

¿O no?

—Gracias por la revisión histórica —dijo Karrde—. Si lo recuerdas, yo estuve allí. Sin embargo no actuemos como si toda la Nueva República estuviera al borde de la desesperación y el colapso, ¿de acuerdo?

—¿Estás seguro de que no?… —contrapuso Calrissian—… ¿Después de todo este tiempo, crees realmente que Thrawn se habría mostrado si no estuviera listo para golpear?

—Si es que él piensa golpear —discutió Karrde—. Hay muchas otras cosas que él podría estar planeando además de un ataque abierto.

—Oh, eso es tan reconfortante —gruñó Calrissian—. Y aún más razón para resolver el problema de Caamas tan rápidamente como sea posible, si hay incluso media oportunidad de que Car'das pueda ayudar, alguien tiene que ir a verlo.

—¿Y estás sugiriendo que ese alguien debería ser yo?

—Eres el que lo conoce —señaló Calrissian.

—Eso puede no ser una ventaja —dijo Karrde—. De hecho, podría ser bastante de lo opuesto.

Hubo el suave sonido de un suspiro ligeramente exasperado.

—Mira, Karrde, no sé lo que pasó entre tú y Car'das. Lo que sé es que aquí estamos enfrentando al Gran Almirante Thrawn. Y no sólo nosotros… tú también estás enfrentándolo. No olvides que él dijo específicamente que vendría por ti.

—Amenazas vacías —murmuró Karrde.

—No recuerdo que Thrawn nunca confiara en las amenazas vacías la última vez —dijo Calrissian—. Todo lo que dijo estaba apoyado con la acción. Pero ya que de cualquier modo has traído el tema de las amenazas vacías, ¿de qué estás tan asustado?

Hubo el sonido de pasos que se acercaban a la ventana.

—Tú nunca conociste a Car'das, Lando —dijo Karrde en voz baja—. Si lo hubieras hecho, lo entenderías. De su propia forma era incluso más cruel que Jabba el hutt.

—Sin embargo nos pediste a Mara y a mí que fuéramos a buscarlo.

—No te pedí que hicieras nada en absoluto —dijo Karrde—. Si lo recuerdas, intenté hacerte venderme esa señal de llamada inmediatamente.

—También intentaste decirme que era sólo alguna curiosidad inútil de los días pre-Guerras Clónicas —le recordó secamente Calrissian—. Sabías perfectamente bien, que yo no caería en una historia así. Sin embargo, esa no es la cuestión. Lo rastreamos, y volvimos bien.

—Sólo lo rastrearon hasta un sistema probable —dijo Karrde—. Estás pidiéndome que me meta caminando en cualquier fortaleza que se haya preparado allí y lo enfrente cara a cara.

—Si Thrawn no es detenido, él será el que eventualmente vaya a golpear en la casa de retiro de Car'das —dijo Calrissian—. Si Car'das tiene algo de cerebro, te agradecerá la advertencia.

—Car'das nunca le agradeció nada a nadie en su vida —dijo bruscamente Karrde—. Y muy probablemente tampoco se ha retirado. Estará maquinando o planeando algo… ésa es la naturaleza de este hombre. Y no querrá ser encontrado. Particularmente no por mí.

Calrissian siseó entre dientes.

—Bueno —dijo secamente—. Si quieres ir a enterrarte en un agujero y esperar a que Thrawn venga a desenterrarte, hazlo. Dame una copia de la ruta de Mara al sistema Exocron e iré a encontrarlo yo mismo.

—No seas absurdo —dijo Karrde—. Tú y el *Dama Suerte* no durarían ni dos días solos en el Interior de Kathol.

—¿Quién dice que iré solo? —contrapuso Calrissian—. Pensé en invitar al General Bel Iblis y al *Peregrino*.

—Eso sería absolutamente lo peor que podrías hacer —dijo Karrde, con un poco de exasperación empezando a teñir su tono—. Lleva una nave de guerra capital al sistema Exocron y Car'das o se esconderá completamente o la volará del cielo. No lo conoces como yo.

—No —convino Calrissian en voz baja—. No lo conozco.

Hubo un largo silencio. Un largo silencio de espera.

—Nunca debiste haber dejado tus orígenes de timador y manipulador, Calrissian —dijo Karrde por fin—. Eres demasiado bueno en eso. Está bien. Iré.

—Gracias —dijo Calrissian—. No te arrepentirás de esto.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —advirtió Karrde, su tranquilo humor usual volvió a su voz—. Supongo que debemos ir a darle la noticia a los demás.

La puerta se abrió y los paneles de luz se apagaron; y cuando la habitación quedó oscura de nuevo, Shada salió con esfuerzo de su escondite. Rodando de vuelta sobre la cama y a sus pies, cruzó la habitación y se deslizó afuera justo antes de que la puerta se cerrara de nuevo.

Los dos hombres, con Calrissian adelante, estaban dirigiéndose por el vestíbulo hacia el borde de lo que parecía un círculo de conversación de estilo alderaaniano, los dos completamente inadvertidos de su presencia detrás de ellos. Siguiéndolos, se quedó a un paso silencioso detrás de Karrde.

• • •

—Está bien, me rindo —dijo Han, con aspecto confundido en la cara—. ¿De qué se trata todo esto?

Leia agitó la cabeza.

—No lo sé —admitió ella, repitiendo en su mente el último intercambio entre Lando y Karrde mientras miraba fijamente al vestíbulo por donde los dos de ellos habían desaparecido hacia el dormitorio de los muchachos—. Algún tipo de secreto sobre el que no quieren que nosotros sepamos.

—Sí, me di cuenta de eso —dijo Han—. Lo que quise decir es ¿cuál es el secreto?

Leia le lanzó una de las de su vasto repertorio de miradas pacientes, un inventario creado por una vida de servicio diplomático y convertido en un fino arte por diez años de manejar a tres bulliciosos niños.

—Sabes que no puedo simplemente entrar y sacar cosas de sus mentes —le recordó ella—. Eso ni siquiera es ético con los enemigos, mucho menos con los amigos.

—Ustedes los Jedi a veces no son divertidos —dijo Han. Su tono era de broma, pero ella podía ver por sus ojos y humor que todavía estaba intranquilo acerca de la situación.

—No estamos en el negocio de divertirnos —señaló ella.

—¿No podrías sólo como, oh, estirarte y captar una percepción acerca de lo que están hablando allí?

Leia sonrió con ironía.

—Desearía que no hicieras eso —lo amonestó.

Él puso una de las de su propio repertorio de miradas inocentes.

—¿Hacer qué?

—Sugerirme que haga algo que no es ético justo cuando estoy intentando persuadirme a mi misma de que no le haría mal a nadie —le dijo—. Es muy desconcertante.

—¿Especialmente viniendo de un tipo que se supone que no tiene ni cerca de una conciencia tan buena como la tuya? —sugirió él suavemente.

Leia hizo rodar los ojos.

—Te juro, Han, que creo que puedes leerme la mente mejor sin sentidos Jedi que lo que yo puedo leerte la tuya con ellos.

Él agitó una mano.

—Secreto profesional. Una de las cosas que aprendes siendo un sinvergüenza.

—Por supuesto —dijo Leia, mirando de nuevo en dirección al vestíbulo—. Me pregunto qué tan poco ético sería enviar a Trespeó para tomar apuntes por ellos…

—Lady Vader —interrumpió una voz ronca.

Leia saltó; como de costumbre, no había oído o sentido el acercamiento del noghri.

—¿Qué sucede, Gharakh?

—Quizás haya problemas —gruñó Gharakh—. El centinela de la azotea no está respondiendo a su comunicador.

Por el rabillo del ojo, Leia vio que Han rodaba ligeramente en su silla para soltar su bláster en su pistolera.

—¿Has enviado un equipo a investigar?

—Están en camino —dijo el noghri—. Pero hasta que sepamos que no, debemos asumir que un intruso está intentando forzar la entrada. ¿Dónde están los demás?

—Al otro lado del vestíbulo —dijo Leia. Aun mientras señalaba, sintió el sutil cambio en la presión del aire cuando la puerta del distante dormitorio se abrió—. Ahí deben venir —agregó cuando el sonido de pasos aproximándose lo confirmó.

—Les pediría que por el momento se queden en este cuarto —dijo Gharakh. Mientras hablaba, Lando aparecía a la vuelta de la esquina, seguido por Karrde…

—Si hay un intruso, necesitaremos buscarlo.

…seguido por una mujer alta y delgada vestida en un traje de salto de combate gris oscuro.

—No se molesten —dijo la mujer en voz baja—. Aquí estoy.

CAPÍTULO 22

Sus reacciones, como reacciones, fueron rápidas y eficientes. Al mismo tiempo, Shada tuvo que admitir, que fueron extrañamente cómicas de ver.

El susto de la voz inesperada detrás de él envió a Calrissian medio saltando un metro en el aire, su mano del arma momentáneamente enredándose en su capa antes de que pudiera sacar su bláster. El bláster del noghri, como era de esperarse, ya estaba afuera y apuntándola, y Solo no se quedó atrás. Karrde no saltó ni tan lejos como Calrissian; pero en lugar de buscar un arma por sí mismo, meramente dio una zancada al costado para dar a Solo y al noghri un campo de fuego despejado. Un movimiento inteligente, pero nada más de lo que Shada habría esperado de alguien de su reputación.

La Consejera Organa Solo, contrastando con los demás, no se movió en absoluto.

Shada tampoco se movió. Se quedó donde estaba, con las manos colgando vacías a los costados, preguntándose distante si los preciados y probablemente sobrevalorados reflejos de combate noghri habrían hecho mayores o menores las posibilidades de que el guardia sobrerreaccionara a su aparición inesperada disparándole.

Casi esperaba que lo hiciera. De muchas formas, sería el camino más simple para terminar con todo.

Pero el noghri no disparó. Ni Solo, ni Calrissian; y con una vaga especie de medio arrepentimiento Shada sabía que no iba a irse por el camino fácil.

Fue Organa Solo la que rompió el quebradizo silencio.

—¿Quién eres? —preguntó, con la voz tan serena como la cara.

—Mi nombre es Shada D'ukal —dijo Shada—. No estoy aquí para hacerle daño a ninguno de ustedes.

Organa Solo asintió.

—Ya lo sé.

Solo le arrojó una rápida mirada de costado.

—¿Ya lo sabes?

—Si lo estuviera mi sentido del peligro habría reaccionado —le dijo Organa Solo—. Mucho antes de que ella llegara a esta habitación.

—¿Qué le hiciste al guardia en el techo? —gruñó el noghri.

—Le enseñé a no ser descuidadamente compasivo —dijo Shada—. No está herido, excepto posiblemente en su orgullo.

Hubo un maullido de idioma alienígena en voz baja de un comunicador colgado al cuello del noghri.

—¿Gharakh? —murmuró Organa Solo.

—Está ileso —dijo el noghri.

Su bláster todavía apuntaba a Shada, pero sus ojos parecieron parcialmente menos odiosos.

—Lo estamos desatando.

Hubo un cuchicheo de movimiento en el corredor detrás de Shada. Empezó a girar la cabeza…

—Quédate donde estás —ordenó una voz noghri desde atrás de ella—. Levanta los brazos.

Shada hizo lo que se le dijo, sosteniendo sus brazos a los lados mientras el alienígena cacheaba su cuerpo, preguntándose dónde había estado escondido este otro grupo. Para haber salido furtivamente desde atrás de ella de lo que había parecido ser un corredor sin salida…

Se sonrió a sí misma. Por supuesto: vinieron desde la azotea, siguiendo su ruta por la línea de seguridad y a través de la ventana del dormitorio.

Y lo habían hecho con una velocidad y eficacia que rivalizaba con lo mejor que las Mistryl podrían ofrecer. Quizás los noghri no estaban tan sobrevalorados como había pensado.

Un minuto más tarde las manos sondeantes se habían ido, llevándose su paquete de cadera y arnés de escalar con ellas.

—Siéntate —ordenó el noghri de pie al lado de Organa Solo, haciendo señas hacia una de las sillas en el círculo de conversación—. Mantén las manos donde podamos verlas.

—¿No confías en tus buscadores? —preguntó Shada, sentándose en la silla indicada—. ¿O en tu ama, dicho sea de paso? La Consejera Organa Solo ya te dijo que yo no estaba aquí para hacerle daño a nadie.

Los ojos del noghri parecieron arder.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Organa Solo serenamente antes de que el alienígena pudiera hablar.

—Quería hablar contigo —le dijo Shada, poniendo sus antebrazos a lo largo de los apoyabrazos de la silla—. Ésta fue la única forma en la que pude.

Había esperado un rechazo ultrajado, o por lo menos un resoplido de mofa. Pero la otra mujer meramente alzó ligeramente las cejas.

Solo no fue una desilusión tan grande.

—¿Qué se supone que significa eso? —demandó él. Su bláster, notó Shada, estaba en su regazo, ya no apuntado directamente hacia ella. Pero todavía lo estaba empuñando.

—Significa que a menos que seas alguien con poder o dinero, los corredores de los altos y grandes están cerrados para ti —le dijo Shada, sin preocuparse particularmente en si sonaba amarga o no—. He estado intentando llamar los últimos tres días, y nadie me comunicó. Hasta ahí llegó lo de la gran y maravillosa Nueva República, amiga de toda la gente común.

—Y que, ¿nunca oíste hablar de dejar un mensaje? —gruñó Solo.

—¿Un mensaje que diga qué? —contrapuso Shada—. ¿Que una nadie sin credenciales ni estatus quería hablar con una gran y gloriosa Alta Consejera? Lo hubieran arrojado a la basura en la próxima limpieza.

—Ahora estás hablando conmigo —dijo ligeramente Organa Solo—. ¿Qué es lo que quieres decir?

Shada se enfocó en ella, las palabras cuidadosamente ensayadas parecían pegarse en su garganta. Palabras que cercenarían sus últimos lazos con las Mistryl, su gente, y su vida.

—Quiero unirme a ustedes —dijo, con una voz que sonó hueca y distante a sus oídos—. Quiero unirme a la Nueva República.

Por un momento dolorosamente largo el único sonido en la sala fue el ruido sordo de su propio corazón en su garganta. Fue, previsiblemente, Solo, el que rompió el silencio.

—¿Quieres qué? —preguntó.

—Quiero unirme a la Nueva República —repitió Shada. La segunda vez no fue nada más fácil que la primera—. Tengo varias habilidades que encontrarán útiles: combate y vigilancia, escolta y seguridad…

—¿Por qué estás pidiéndonos esto? —interrumpió Solo, sonando desconcertado—. La Nueva República tiene centros de reclutamiento por todo Coruscant.

—Creo que no aprecias completamente la situación de aquí, Solo —dijo Karrde antes de que Shada pudiera contestar—. Shada no sólo acaba de entrar desde la calle… o más bien, de descolgarse desde el techo. Ella es la principal guardaespaldas de nuestro amigo el contrabandista Mazzic.

Una oleada de sorpresa recorrió las caras de los demás.

—La ex-guardaespaldas —corrigió Shada—. Renuncié hace tres semanas.

Karrde alzó una ceja.

—¿Idea tuya?

Shada sintió un nudo en la garganta.

—No completamente.

—No veo qué diferencia haga de dónde vino —persistió Solo—. De todos modos ninguno de nosotros está en el negocio de contratar.

—Han tiene razón, Shada —dijo Organa Solo, estudiando la cara de Shada con una mirada de una incómoda intensidad. ¿Esas técnicas Jedi habrían sacado la conexión Mistryl secreta de su mente?— En realidad no hay nada que nosotros podamos hacer por ti.

—No estoy pidiendo caridad —dijo entre dientes Shada—. Francamente, ustedes me necesitan más de lo que yo los necesito a ustedes. Especialmente con Thrawn suelto de nuevo…

—¿Qué sabes acerca de Thrawn? —preguntó ásperamente Solo.

—Acabo de estar ahora mismo en la habitación de atrás —dijo Shada. Miró a Karrde, captó un súbito endurecimiento de su expresión—. Calrissian implicó que había regresado.

Miró de vuelta a Organa Solo.

—También sé acerca del Documento de Caamas —le dijo a la otra mujer—. Y sé que la única forma en la que van a salir de este enredo es consiguiendo una copia intacta de él.

Por el rabillo del ojo vio a Calrissian lanzando una mirada significante a Karrde, una mirada que el jefe contrabandista ignoró cuidadosamente.

—Ciertamente ayudaría —reconoció Organa Solo—. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Van a necesitar ayuda —le dijo Shada—. Yo puedo proporcionarla.

—¿Tú sola? —murmuró Karrde.

—Sí, sola —dijo entre dientes Shada—. Me has visto en acción. Sabes lo que puedo hacer.

Miró de vuelta a Solo.

—También su gente, aunque podrían no saberlo —dijo—. Hace diecinueve años en Tatooine los ayudé a conseguir la lectura técnica de un componente prototipo del superláser de la segunda Estrella de la Muerte.

Otra oleada de sorpresa atravesó la habitación. Una oleada que, para sorpresa apacible de la propia Shada, no pareció tocar al propio Solo.

—En serio —dijo él—. Cuéntanos cómo.

—Una amiga y yo robamos el componente de una base de investigación imperial —dijo ella, intentando leerle la cara. De repente el que había estado rechazándola más casi parecía estar de su lado—. Su nombre código era *Hammertong*. Volamos la nave a bordo de la que estaba montado hasta Tatooine…

—¿Qué tipo de nave era? —interrumpió Solo.

—Crucero de Choque Loronar —dijo Shada—. Muy modificado… el interior se había destripado para que el dispositivo pudiera encajar adentro. Medio enterramos la nave en una duna y fuimos a la cantina de Mos Eisley para encontrar a un piloto de transporte con una nave que pudiera transportar un segmento de eso para nosotras.

Le hizo una seña a Solo.

—Mi compañera y yo te vimos dispararle a Greedo allí —dijo ella—. Íbamos a intentar contratarte, pero fuimos atrapadas por los imperiales antes de que pudiéramos llegar a ti.

—¿Por qué? —preguntó Solo—. ¿Quiero decir, por qué las atraparon?

—Karoly y yo nos hacíamos pasar por Brea y Senni Tonnika. Nuestros arch… habíamos oído que nos parecíamos mucho —se corrigió lo mejor que pudo. Ahora no era el momento para mencionar los archivos de camuflaje de preemparejamiento Mistryl—. No sabíamos que algún Moff les había puesto a ellas una orden de arresto. Sin embargo, un simpatizante Rebelde nos liberó de nuestra celda de la policía y nos consiguió un carguero. Nos llevamos un segmento del componente del superláser y le dimos un droide con la lectura técnica cargada.

—¿Cuál era el nombre de este simpatizante? —preguntó Solo.

Shada tuvo que buscar en su memoria.

—Winward —dijo ella—. Riij Winward.

Solo asintió lentamente.

—Así que esas fueron ustedes, ¿eh?

Organa Solo le parpadeó.

—¿Sabías acerca de esto?

—Leí el reporte de Winward —le contó Solo—. Estaba en el docutexto de información que Madine nos dio antes de que partiéramos hacia Endor.

Su esposa agitó la cabeza.

—Debí haberlo pasado por alto.

—Bueno, había un par de pequeñas diferencias —dijo secamente Solo—. Según Winward, le habían prometido su propio segmento del superláser a cambio de liberarlas.

—Venía una tormenta de arena —protestó Shada—. No hubo tiempo para cortar otro segmento y cargarlo.

—Y ellas no le dieron exactamente la lectura técnica —agregó Solo—. Él tuvo como que tomar prestado su droide para conseguirla.

Shada sintió su cara calentándose.

—Sí, tienes razón —admitió ella—. Me había olvidado de eso.

—Encantador —murmuró por lo bajo Calrissian.

Shada le arrojó una mirada intensa.

—Si sirve de algo, mis socias pensaron que debíamos haberlo matado en lugar de dejar que alguien sepa acerca de lo que habíamos hecho —dijo entre dientes—. No les dejé hacer eso.

Hubo otro silencio. Un duro, tenso, e incómodo silencio. Shada mantuvo los ojos en Organa Solo, intentando leerle la cara. Como la de mayor jerarquía en poder político del grupo, dependería de ella tomar la decisión final.

—Tengo una idea —dijo Calrissian—. Dijo que Karrde sabe lo que ella puede hacer. ¿Así que por qué no la enviamos con él?

Shada miró a Karrde, su negativa impulsiva se le congeló en la garganta. Acababa de desperdiciar doce años con un grupo contrabandista, y no había venido a Coruscant sólo para engancharse con otro.

Pero había algo en la expresión de Karrde…

—¿Y a dónde es que va Karrde? —preguntó Solo, señalando al jefe contrabandista con la cabeza.

—Una misión especial —dijo Karrde. Sus ojos seguían en Shada, con esa expresión todavía en la cara—. Algo que Calrissian me pidió que hiciera.

—¿Nos dan un indicio? —preguntó Organa Solo, con una pequeña sonrisa en los labios.

Karrde no le devolvió la sonrisa.

—Es posible que haya una copia del Documento de Caamas completo allá afuera que no esté en manos imperiales —le contó—. Voy a ver si puedo conseguirla.

Solo y Organa Solo intercambiaron miradas sobresaltadas.

—¿Por qué no nos dijiste esto antes? —demandó Organa Solo, la paciente diversión se había ido de su cara.

—Porque hasta ahora nada de esto había sido asunto mío —dijo fríamente Karrde—. Las discusiones políticas no tienen nada que ver conmigo, excepto en la medida en la que las agitaciones y resentimientos planetarios tienden a beneficiar a los distribuidores de información.

Miró a Calrissian.

—Pero ahora un nuevo factor se ha revuelto en la mezcla. Uno que he sido persuadido que ya no puede ignorarse.

Organa Solo inclinó los hombros como si una súbita ráfaga fría le hubiera dado en la espalda.

—Thrawn.

Karrde asintió sobriamente.

—Thrawn. —Miró a Shada—. Y sí, estaría muy complacido de tener la ayuda de Shada. Si ella está dispuesta, por supuesto.

Shada hizo una mueca, la ironía era un sabor amargo en su boca. Diecinueve años tarde, finalmente había tomado la condenada decisión de cambiar su fidelidad de su propia gente a la Nueva República… sólo para encontrar que la Nueva República no la quería. Y el único que lo hacía era tan proscrito de su gran y maravillosa nueva sociedad como ella.

—Claro —le dijo a Karrde—. ¿Por qué no?

—Confía en mí, Shada, así es como Karrde consigue a toda su mejor gente —dijo secamente Calrissian—. Cuando estés a bordo del *Salvaje Karrde*, pregúntale a Mara Jade cómo fue contratada.

Algo pasó por la cara de Karrde.

—Mara no estará con nosotros —dijo—. Esa es una de las razones por las que quería hablar contigo esta noche, Leia. Mara ha tenido algún tipo de… accidente.

La sonrisa furtiva de Calrissian se desvaneció, y los demás se sentaron más derechos.

—¿Qué tipo de accidente? —preguntó Organa Solo.

—Uno confuso —dijo Karrde con una mueca—. Ella y el *Hielo Estrellado* rastrearon a una de las naves no identificadas que tu hermano vio en el sistema Kauron…

—Espera un minuto —interrumpió Solo—. ¿Qué es esto acerca de naves no identificadas?

—Él y Mara la vieron acechando alrededor de la base de los Piratas Cavrilhu —dijo Karrde—. ¿No te envió un reporte?

—Sí, pero sólo uno muy vago —dijo Organa Solo—. Él sólo dijo que no había averiguado nada de los piratas y que nos daría todos los detalles cuando volviera a Coruscant. No había nada acerca de ninguna nave no identificada.

—No debe haber querido decir nada en un canal abierto —dijo Karrde—. Tengo una copia de los archivos de él y Mara de ese avistamiento, más los datos que tomamos

cuando otra de las naves zumbó por el *Ventura Errante*. Te alcanzaré las copias antes de irme.

—Olvídate de las naves por un minuto —interrumpió Calrissian con impaciencia—. ¿Qué le pasó a Mara?

—El *Hielo Estrellado* la siguió a un mundo pequeño en el sector Gradilis —dijo Karrde—. Mara bajó para mirar más de cerca y descubrió una fortaleza, entró en una cueva para una conversación de un solo lado con seres desconocidos, mencionó el nombre de Skywalker en respuesta a algo que ellos dijeron o hicieron, y entonces abruptamente se quedó en silencio.

La cara de Calrissian se había puesto rígida.

—¿Quieres decir que la…?

—No, no la mataron. —Karrdese apresuró a tranquilizarlo—. Por lo menos no entonces… se puede oír su respiración en la grabación que fue transmitida en un pulso de vuelta al *Hielo Estrellado*.

—¿Y estos seres conocían a Luke? —preguntó Organa Solo, con la frente arrugada. Shada no podía distinguir si era porque estaba pensando o asustada.

—Lo conocían, o sabían de él —le dijo Karrde—. No había suficiente contexto para que sepamos cuál.

—Tenemos que ponernos en contacto con él enseguida. —Solo le dijo a su esposa—. Para ver si puede contarnos algo.

Karrde se aclaró la garganta consciente de sí mismo.

—En realidad, yo ya he hablado con él. Tampoco pudo echar nada de luz en esto.

Organa Solo lo contempló sospechosamente.

—¿Y? —preguntó.

—Esa era la otra cosa que quería contarte —dijo Karrde, con su aire distinguido resquebrajándose sólo un poco—. Él se ha ido a ayudarla.

La expresión de Organa Solo no cambió, pero de repente la temperatura en esa parte de la habitación pareció caer unos grados.

—¿Que él hizo qué? —preguntó, con tono ominoso.

—Ella está en peligro, Leia —dijo Karrde—. Luke era el único que podía llegar allá lo suficientemente rápido para hacer una diferencia. El único que tenía una oportunidad razonable de tratar con lo que sean esas criaturas que Mara se encontró. Y con quienquiera o cualquier cosa que esté en esa fortaleza. Esto no sólo involucra a Mara; involucra a toda la Nueva República.

—¿Y qué, crees que este enredo bothan no lo hace? —gruñó Solo. Ahora estaba de pie, mirando a través del círculo de conversación a Karrde—. Tenemos cien pequeñas guerras a punto de estallar allá afuera, la mitad de ellas usando a Caamas como una excusa para empezar a resolver viejos rencores. Ya hemos vaciado al cuerpo diplomático de la Nueva República y a la academia Jedi intentando encontrar suficientes mediadores que enviar, y todavía no tenemos suficientes. Necesitamos a Luke aquí.

—Yo no lo forcé a que fuera a buscarla —contrapuso Karrde, sin realmente devolverle la mirada—. Él consideró todos los factores y tomó su propia decisión.

—Excepto que él no sabía que Thrawn había regresado —contrapuso Solo—. ¿O sí?

—Está bien, Han —dijo Organa Solo en voz baja, estirándose para tocar el brazo de su marido—. Lo hecho, hecho está. Karrde tiene razón: era la decisión de Luke. Él la hizo, y sólo tendremos que arreglárnoslas sin él hasta que regrese.

—Si sirve de algo, pueden considerar que mi servicios son a cambio de los suyos —dijo Karrde, con la boca todavía apretada—. Siento haberles traído estas malas noticias. Realmente pensé que serían más comprensivos.

Solo inspiró profundo y exhaló ásperamente.

—Sí —dijo—. Bueno… ¿cuándo partes?

—Inmediatamente —dijo Karrde, cruzando hasta Shada y ofreciéndole una mano—. Asumiendo que mi nueva ayudante no tenga ningún asunto que arreglar primero.

—Estoy lista cuando lo estés —le dijo Shada, ignorando la mano ofrecida y poniéndose de pie sin ayuda—. Asumiendo que los guardaespaldas de la Consejera Organa Solo hayan terminado de revisar mi mochila y equipo de escalar.

—Te esperan junto a la puerta —dijo gravemente el noghri junto a Organa Solo.

—Está bien —dijo Karrde, inclinándole la cabeza a Organa Solo mientras empezaba a ir hacia la entrada—. Gracias por tu hospitalidad, Leia. Te avisaré si y cuando encuentre algo.

—Dos cosas más, Karrde, antes de que te vayas —dijo Organa Solo—. En realidad tres. Primero: ¿necesitarás un droide traductor para tu viaje?

—Eso es verdad —concedió Karrde—. La organización tiene varios, por supuesto, pero ninguno está a bordo del *Salvaje Karrde* en este momento. Aunque no será demasiado difícil recoger uno por el camino.

—Eso tomará tiempo adicional —dijo Organa Solo—. Si lo prefieres, podríamos prestarte a Trespeó.

Solo hizo un ruido con el fondo de la garganta.

—Sobre sus engranajes desmantelados, por supuesto.

—Esa es una oferta muy generosa. —Karrde alzó una ceja—. No tendrá nada que ver con la idea de que podrían sacar de él un reporte imparcial del viaje cuando volvamos, ¿no?

—Por supuesto que no —dijo Organa Solo, arqueando ligeramente sus propias cejas—. Me ofende que sugieras tal cosa.

—Perdóname —dijo Karrde—. En ese caso, acepto muy agradecido.

—Como sugiere Han, querremos unos minutos para hablar con él primero —dijo Organa Solo—. Podemos traerlo al espaciopuerto cuando nos alcances esas grabaciones de naves espaciales. Segundo: No pude contarte esto antes, pero bajo las circunstancias es algo que puedes necesitar saber. Una de las otras datacards que el devaroniano encontró en el Monte Tantiss estaba etiquetada «La Mano de Thrawn».

Karrde asintió.

—Sí, eso había oído.

Las cejas de Organa Solo se alzaron.

—¿Cómo…? No importa, no quiero saberlo.

—Mi fuente y yo te agradecemos tu discreción —dijo Karrde—. Aunque hay algo más que necesitas saber. Antes de que Mara fuera a perseguir esa nave desconocida, captamos una transmisión de ella, claramente dirigida al *Ventura Errante*. Aún no hemos podido descifrar el mensaje, pero definitivamente contenía el nombre de Thrawn. Su nombre completo, no sólo el nombre central «Thrawn».

Solo frunció el ceño.

—Yo ni siquiera sabía que tenía más nombre.

—La mayoría de la gente no lo sabe —convino Karrde—. Pero Mara lo sabía. También quienquiera que estuviera a bordo de esa nave.

—¿Qué crees que significa? —preguntó Organa Solo.

—No lo sé —dijo Karrde—. Quizá tendremos algunas respuestas cuando Skywalker y Mara regresen. De todos modos, agregaré una copia de esa grabación con las otras. ¿Dijiste que había tres cosas?

Organa Solo sonrió. Una sonrisa ensombrecida de tensión, pero no obstante una sonrisa.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo ella en voz baja.

Casi involuntariamente, pensó Shada, Karrde le devolvió la sonrisa.

—Y también a ti —dijo. Sus ojos pasaron por Solo y Calrissian—. A todos ustedes —agregó—. Adiós.

• • •

—Hiciste un lindo parloteo allí —comentó Shada mientras Karrde hacía despegar al aerodeslizador de la plataforma de la Torre Bosqueoro y giraba su nariz hacia el campo Championne Oriental adonde el *Salvaje Karrde* los estaba esperando—. Un poco sobreensayado, quizá, pero no estuvo mal por eso.

—Eres muy amable —dijo Karrde, mirándola por el rabillo del ojo. Ella estaba mirando fijamente al frente al paisaje nocturno de Coruscant, con la cara débilmente iluminada por la luz del tablero de instrumentos. Con mejor luz, decidió él, probablemente su expresión de todos modos habría sido imposible de leer—. ¿Puedo preguntar qué parte del discurso te sonó como un parloteo?

—La parte acerca de por qué tenía que ser Skywalker el que salió a la carga para rescatar a Mara Jade —dijo ella—. ¿No esperabas realmente que recibieran esas noticias con gritos de alegría, no?

Karrde se encogió de hombros.

—Tampoco esperaba que los perturbara tanto —dijo él—. Por supuesto, para ser justos, yo no sabía acerca de Thrawn hasta esta noche.

Shada agitó la cabeza.

—Es difícil creer que sobrevivió.

—Estoy de acuerdo —dijo Karrde—. Por otro lado, es igualmente difícil creer que el Imperio haría una charada tan peligrosa sólo como una fanfarronada. O Thrawn realmente está de vuelta, o alguien en alguna parte tiene un 23 Puro escondido en su chaleco.

Shada pareció ponderar eso.

—Supón que este Thrawn es realmente sólo un clon —dijo—. ¿Sería tan habilidoso como el original?

—Supongo que eso dependería de cuánta de su habilidad táctica era innata y cuánta era aprendida —consideró Karrde—. Y si usaron o no una impresión de aprendizaje flash tomada de la propia mente de Thrawn, y qué tan bueno era el patrón. No lo sé.

—Porque si tienen a un clon de Thrawn, ¿por qué no cincuenta? —continuó Shada—. Y si tienen cincuenta clones de Thrawn, ¿por qué no también cien clones de ese loco Jedi Oscuro, Joruus C'baoth?

Karrde hizo una mueca de dolor. Esa última posibilidad ni siquiera se le había ocurrido.

—En serio, ¿por qué no?

Shada no respondió su pregunta retórica, y un oscuro silencio cayó en el aerodeslizador. Karrde voló mecánicamente, sin ver realmente las magníficas luces de horizonte a horizonte de Coruscant.

O más bien, viendo la destrucción total de esas luces sobrepuesta a su vista. Thrawn había amenazado tal destrucción la última vez que atacó el planeta. Esta vez, podría hacerlo realmente.

Estaban descendiendo hacia la tranquilizante mole del *Salvaje Karrde* cuando Shada habló de nuevo.

—¿Entonces quién es este Jorj Car'das al que estamos buscando?

Con esfuerzo, Karrde se sacudió la visión de un círculo de Destructores Estelares cerrándose sobre él.

—Es alguien que solía estar en el mismo negocio que yo —le contó—. En realidad, probablemente todavía lo está.

—¿Pero no un competidor? —preguntó ella.

—Ciertamente estabas prestando atención allí —la felicitó—. A propósito, sólo por curiosidad, ¿adónde te estabas escondiendo en el dormitorio? No noté ningún lugar donde nadie más grande que un noghri pudiera meterse.

—Estaba en el suelo, entre la cama del fondo y la pared —dijo ella—. Un hueco así siempre parece más pequeño de lo que realmente lo es. ¿Si Car'das no era un competidor, qué era?

Karrde le arrojó una sonrisa.

—Persistente, también. Me gusta eso en mi gente.

—Encantada de oír eso —dijo—. ¿Si no era un competidor, qué era?

Al frente, la puerta del hangar del *Salvaje Karrde* se estaba abriendo para recibirlos.

—Pregúntamelo en el camino al sistema Exocron —le dijo—. Asumiendo que lleguemos tan lejos.

Shada resopló por lo bajo.

—Entonces, ¿la razón por la que estás pidiendo que arriesgue mi vida no es nada más que tu palabra?

—No tienes que venir —dijo ligeramente Karrde—. Si quieres irte ahora mismo, eres libre de hacerlo.

Ella apartó la vista.

—Gracias por el permiso. Me quedaré.

El aerodeslizador se posó con un ruido ahogado en su ranura en el hangar del *Salvaje Karrde*.

—Como quieras —dijo Karrde apagando los motores—. ¿Por curiosidad, por qué exactamente dejaste a Mazzic?

Ella liberó los hombros del arnés.

—Pregúntamelo en el camino al sistema Exocron —dijo ella sardónicamente—. Asumiendo que lleguemos tan lejos.

Sin esperar una respuesta abrió la puerta y se dejó caer sobre sus pies hacia la cubierta.

—Estoy seguro de que algunos de nosotros lo haremos —murmuró Karrde, mirando como ella enhebraba su camino entre los demás vehículos hacia la salida.

La única pregunta era cuáles.

CAPÍTULO 23

Esta vez, la alarma no vino en medio del postre. Vino en cambio en medio de la noche.

Wedge se despertó con una sacudida, con la mano manoteando en busca de un interruptor de apagado que no estaba adonde se suponía que debía estar. Su rodilla se sacudió al costado, golpeando contra algo sólido; y mientras la breve puñalada de dolor lo despabilaba del todo, recordó adonde estaba. Siguiendo la orden… y una de las corazonadas del General Bel Iblis… él y el resto del Escuadrón Pícaro estaban durmiendo en sus Ala-X.

Por el sonido de la alarma que todavía sonaba, la corazonada del general había aparentemente dado fruto.

Palmoteó el interruptor de la alarma, acertándole esta vez, y tecleó el comunicador.

—Antilles —exclamó.

—Alerta de combate —exclamó en respuesta la voz del Comandante Perris—. Tenemos una llamada de pánico de Bothawui.

—Genial —murmuró Wedge, golpeando el preencendido de su motor. Confía en los bothans para estropear una buena noche de sueño—. Está bien, Pícaros, todos oyeron al hombre. Pongámoslos en el aire.

Hubo un coro de reconocimientos, y el gemido de preencendidos de motores empezó a llenar su esquina del Círculo de Desembarco Diplomático Di'tai'ni. Alguien en un mameluco de mantenimiento… un trintic, probablemente, aunque era difícil de distinguir a la escasa luz, estaba cortando camino hacia los Ala-X, gesticulando frenéticamente sin duda por este ruido sin autorización. Wedge le hizo señas de que se alejara y encendió sus repulsores.

—¿Qué pasa, otro alboroto en el Edificio de los Clanes?

—Agárrate bien el casco —dijo severamente Perris—. De acuerdo a los bothans, una fuerza de ataque leresena está en camino.

Wedge parpadeó.

—¿Una fuerza de ataque leresena?

—Eso es lo que dicen —confirmó el coordinador de cazas—. Una flota de guerra completa, y no me preguntes cuál es su problema.

—Escoge uno —refunfuñó Pícaro Tres—. Hay tantas razones hoy día para odiar a los bothans.

—No nos hundamos al divisor menor aquí —lo amonestó Wedge. Ahora todos los Ala-X estaban en el aire, formándose alrededor de Wedge mientras salían al espacio—. ¿Perris, dónde está el general?

—Está en camino arriba —dijo Perris—. C'taunmar y sus Ala-A están volándole de escolta a su lanzadera, sólo por si acaso. Aunque nosotros vamos a estar unos minutos detrás de ustedes, y él dijo que ustedes vayan adelante.

—¿Para hacer qué? —preguntó Pícaro Cinco—. ¿Disuadir alardeando a los leresai hasta que ustedes lleguen?

—Seguro —dijo secamente Perris—. A menos que, por supuesto, la deslumbrante reputación del Escuadrón Pícaro los derrote completamente.

—Oh, sí, claro —regresó Pícaro Cinco, igual de secamente—. ¿No es afortunado para los bothans que nosotros y nuestra deslumbrante reputación estuviéramos por casualidad a sólo dos sistemas de distancia de ellos?

Wedge frunció el ceño. Tenían suerte, ahora que lo pensaba. De hecho, eran increíblemente suertudos.

—Perris, ¿puedes buscar la orden original que nos trajo aquí? —preguntó.

—Ya está buscada —dijo Perris—. Según Coruscant, el gobierno di'tai'ni pidió específicamente al General Bel Iblis para mediar en esta disputa con sus trabajadores residentes no tai'ni.

—¿Alguna idea de si el gobierno di'tai'ni le debe favores o grandes cantidades de dinero al gobierno bothan? —preguntó Pícaro Nueve.

—Esa es una buena pregunta —dijo Perris pensativamente—. En realidad, una muy buena pregunta.

—Es mi viejo entrenamiento de CorSec —dijo Pícaro Nueve—. Nos enseñaron a siempre seguir el dinero.

—Bueno, por el momento el dinero es irrelevante —dijo Wedge. Habían alcanzado ahora la oscuridad más profunda del espacio, casi lo suficientemente lejos para hacer el salto a la velocidad de la luz—. Nos han llamado para defender a un miembro de la Nueva República de la agresión, y eso es lo que vamos a hacer.

—Buena suerte —dijo Perris—. Estaremos allí en cuanto podamos.

El panel pitó: el curso estaba trazado.

—Está bien, Pícaros —dijo Wedge—. Vamos.

El vuelo a Bothawui tomó un poco más que esa corrida por la llamada de pánico que habían hecho para ayudar a los sif'kries y a su embarque de planta pommwomm hace una semana. Aunque, de algún modo, se sintió mucho más corto. Wedge encontró a su mente rebotando de un lado a otro entre preguntas de la inminente agresión leresena, la posible duplicidad bothan, la tensión galáctica general, y en qué llamas estaba haciendo su escuadrón en medio de todo esto.

Demasiado pronto, estaban allí.

—Fórmense —ordenó cuando el resto de los Ala-X salió del hiperespacio alrededor de él—. Enciendan sus escáneres de largo alcance.

—No creo —dijo Pícaro Dos estrechamente— que eso vaya a ser necesario.

Wedge hizo una mueca.

—No —convino—. Supongo que no.

Sí, era una fuerza de ataque leresena. Y por una vez parecía que los bothans no habían estado exagerando. Extendidas directamente afuera por el cielo delante de los Ala-X entrantes había seis naves capitales, todas de diseño y manufactura alienígena pero cada

una casi del tamaño de una Fragata de Asalto de la Nueva República. Otras veinte naves más pequeñas llenaban los huecos entre ellas, con por lo menos cinco escuadrones de naves de clase caza estelar formando un perímetro defensivo alrededor de todo el grupo.

—Mas vale que nuestra reputación sea muy deslumbrante hoy —murmuró Pícaro Doce.

—Corta la charla —le dijo Wedge, estudiando al grupo. Estaban bien afuera del escudo planetario de Bothawui, más allá del rango de cualquier arma basada en el suelo que los defensores pudieran tener. No podía recordar si los bothans tenían o no alguna plataforma de batalla orbital rondando su planeta natal, pero si las tenían no había ninguna de este lado del planeta en el momento.

Lo que dejaba al Escuadrón Pícaro bastante por sí solo aquí afuera. Doce Ala-X y una reputación.

Aclaró su garganta y tecleó el comunicador para una frecuencia común de banda ancha.

—Este es el General Wedge Antilles y la unidad Escuadrón Pícaro de la Nueva República llamando a la fuerza de operaciones leresena —anunció—. Están invadiendo sin permiso el espacio bothan. Por favor declaren sus intenciones.

—Este no es asunto suyo, Escuadrón Pícaro —respondió una sorprendentemente melodiosa voz—. Es una disputa privada entre los gobiernos lereseno y bothan.

Wedge miró a sus escáneres. Todavía ninguna señal de Bel Iblis y el *Peregrino*.

—¿Puedo preguntar la naturaleza de esta disputa?

—Muerte y resolución —dijo la voz melodiosa—. La muerte de dos leresai a manos de los bothans, y la negativa bothan a resolver.

Wedge hizo una mueca, tecleando la frecuencia privada de los Pícaros. Claramente había un problema de terminología aquí, algún concepto o frase leresena que no se traducía de manera apropiada al básico. Pero aun así, había algo más, que él no estaba captando aquí.

—¿Alguna idea acerca de lo que está hablando? —preguntó.

—Espera… estoy verificando los archivos —dijo Pícaro Once—. Tengo una corazonada… sí, aquí está. Hubo dos leresai muertos en ese alboroto en el Edificio de los Clanes Combinados. Los dos por disparos, uno de ellos antes de que la muchedumbre irrumpiera en el edificio.

—Gracias —dijo Wedge, volviendo a la otra frecuencia—. Comandante lereseno, entiendo su enojo por su pérdida. ¿Qué es lo que quieren que los bothans hagan en restitución?

—La ley leresena es muy precisa —dijo el alienígena—. Garra por garra, cuerno por cuerno, vida por vida. Un culpable por sí mismo, o diez inocentes de su tribu.

Un escalofrío recorrió la espalda de Wedge.

—¿Qué quiere decir, diez inocentes? —preguntó cuidadosamente.

—Los bothans se han negado a entregarnos los miembros de los clanes que mataron a dos leresai desarmados —dijo la voz de igual modo—. Por lo tanto dos vidas serán pagadas por veinte.

Tan matemáticamente preciso, pensó Wedge. Pero cómo exactamente pensaban que iban a lograr semejante truco con todos los bothans apiñados a salvo detrás de su escudo planetario…

—Oh-oh —dijo Pícaro Cuatro en voz baja—. Vector tres-seis por cuatro-uno.

Wedge miró. Recién entrando en su campo visual alrededor del horizonte planetario por detrás y debajo de ellos había una pequeña estación espacial.

—Es una planta industrial de cristal cero-ge de órbita baja —continuó severamente Pícaro Cuatro—. De diseño mon cal. Si recuerdo correctamente, el complemento normal de trabajadores es de quince a veintidós.

Wedge reprimió una maldición entre dientes, tecleando de vuelta a la frecuencia privada.

—Curso de intercepción —ordenó—. Quiero que estemos entre la estación y los leresai.

Cambió de nuevo el comunicador mientras le daba energía al motor.

—Entiendo su enojo y frustración con el gobierno bothan —le contó al comandante alienígena—. Pero debe entender que nosotros no podemos simplemente esperar y dejarlos matar a personas inocentes. El General Garm Bel Iblis pronto estará aquí; quizás él pueda mediar…

—No puede haber ninguna mediación —dijo el leresai con una nota de finalidad en la voz—. La ley es la ley, y sus demandas deben cumplirse. Ni usted ni ningún otro nos detendrá.

Hubo un clic, y la conversación había terminado.

—Quizá no —murmuró Wedge por lo bajo, mientras tecleaba de vuelta a la frecuencia de los Pícaros—. Pero seguro que podemos darle un buen intento. Está bien, Pícaros, tiempo de ponerse serios. Alas en posición de ataque. —Se estiró hacia el control…

—¡No! —exclamó de repente Pícaro Nueve—. No muevan las alas.

Wedge pausó la mano encima del interruptor.

—¿Por qué no?

—No lo sé —dijo Pícaro Nueve, su voz estrecha de tensión—. Algo está mal. No puedo realmente… pero definitivamente algo está mal.

—¿Líder Pícaro? —preguntó Pícaro Ocho.

—Esperen —dijo Wedge, cambiando su comunicador a la frecuencia personal de Pícaro Nueve—. ¿Corran? ¿Qué sucede?

—Como ya dije, no lo sé —repitió Pícaro Nueve—. Todo lo que sé es que sentí peligro cuando ordenaste abrir las alas. Ahora estoy corriendo un diagnóstico, pero hasta ahora no he encontrado nada.

—¿Es esta una de tus…? —Wedge titubeó, no queriendo preguntar por sus habilidades Jedi ni siquiera en un canal seguro.

—Sí, eso creo. —Pícaro Nueve contestó la pregunta de cualquier forma.

Wedge miró a la fuerza de operaciones leresena. No se habían movido de su posición. Esperando pacientemente para que su blanco orbitara hacia ellos.

Y claramente sin esperar ningún problema en absoluto por parte del Escuadrón Pícaro…

Tecleó de vuelta a la frecuencia principal de los Pícaros.

—Todos mantengan el curso —ordenó, dirigiendo su Ala-X hacia Pícaro Nueve—. Especialmente tú, Pícaro Nueve. Voy a acercarme.

Un minuto más tarde estaban volando en estrecha formación de vuelo de desfile, los láseres gemelos en las puntas de las alas de estribor de Wedge casi rozaban la parte inferior del fuselaje de Pícaro Nueve.

—Está bien —dijo, acercándose otro par de centímetros—. Tú tienes mi flanco de estribor; Yo tengo el tuyo de babor. Dale una mirada rápida y dime si puedes ver algo que no debería estar allí. Si no ves nada, cambiaremos de lado.

—No hace falta —dijo Pícaro Nueve, con voz tensa—. Allí está: un cilindro delgado que corre verticalmente entre las alas-S, justo adelante de la línea de energía del láser.

—Tú también tienes uno —gruñó Wedge. Ahora que sabía adonde mirar, el agregado era obvio—. Diez a uno a que todo el escuadrón tiene trampas cazabobos.

—Está bien, así que si no movemos las alas —dijo Pícaro Dos—. ¿Aún podremos disparar, no?

—No creo que debamos intentarlo —advirtió Wedge, frunciéndole el ceño intensamente al cilindro de aspecto inocente—. De hecho… Corran, rueda un par de grados a estribor, ¿quieres?

El fuselaje de Pícaro Nueve rodó alejándose lentamente de él.

—Tenía razón —dijo entre dientes Wedge, ahora completamente asqueado—. La punta del cilindro tiene dos ramas. Una va a la línea del servo del ala, la otra parece alimentarse directamente de la línea de energía del láser. Mi suposición es que tanto abrir las alas o disparar destruirá los láseres. O peor.

Pícaro Doce maldijo con sentimiento.

—Tienen que haber sido esos dos leresai en el personal de mantenimiento di'tai'ni que siempre estaban por ahí —dijo—. ¿Entonces qué hacemos, intentar disuadirlos alardeando?

Wedge miró a las naves leresenas. Ahora estaban en movimiento, empezando a formarse alrededor de la estación industrial que se aceleraba impotente hacia ellos.

—No tiene sentido —dijo en voz baja—. Ellos ya saben que estamos afuera de esto.

Y así miraron impotentes como los leresai se ponían rápida, eficiente, y sistemáticamente a demoler la estación. Tomando sus veinte vidas inocentes en pago por los culpables.

Para cuando el resto de la fuerza de operaciones del *Peregrino* llegó, ya había terminado todo.

O, quizás para ser mas precisos, acababa de comenzar.

• • •

—Finalmente ha comenzado —anunció tristemente Leia mientras cerraba la puerta del departamento detrás de ella y se hundía en el sofá al lado de Han—. Finalmente ha comenzado el tiroteo.

—Sí, lo oí —dijo severamente Han, radiando preocupación mientras deslizaba el brazo alrededor de ella—. ¿Qué está haciendo el Senado al respecto?

—Principalmente intentando deducir qué pueden hacer —le contó Leia.

—¿Qué hay que deducir? —preguntó Han—. Los leresai mataron a veintiún bothans, sin mencionar el destrozar una estación espacial perfectamente buena. ¿No puede Gavrisom simplemente ordenar que se levanten cargos contra el gobierno lereseno?

—Desearía que fuera tan fácil —dijo Leia—. Desafortunadamente, no lo es. Tres de los Altos Consejeros ya han declarado que votarán en contra de cualquier resolución de ese tipo, basados en que no hemos hecho demandas de reparación similares al gobierno bothan acerca de la destrucción de Caamas.

—Pero no son la misma cosa —insistió Han—. De hecho, son precisamente opuestas. Los leresai mataron a gente inocente; el asunto de Caamas es acerca de no castigar a gente inocente.

—Tampoco demandamos que los bothans castiguen a los guardias sobrevivientes que dispararon contra los alborotadores —le recordó Leia.

Ella sintió su ruda turbación pasajera.

—Sí —gruñó él—. Debido a mí.

Leia le apretó la rodilla tranquilizadoramente.

—No sólo debido a ti, querido —dijo—. La posición del Consejo es que la acción de los guardias calificaba como autodefensa. Desafortunadamente, no todos lo ven de esa forma.

Han resopló.

—Pensamiento de clan.

—Sí, ya lo sé —dijo Leia—. Tampoco tiene sentido para mí, el hacer responsable a un pariente o miembro del mismo clan de las acciones de alguien más. Pero la realidad es que esa responsabilidad de la familia o del clan es un principio central de muchas culturas allá afuera.

—Quizá —concedió Han—. Pero todavía tienen que detener de una bofetada a los leresai. Si no, eso sólo animará a todos los demás que tienen algún rencor contra los bothans.

—Ya lo ha hecho —dijo Leia, con un escalofrío atravesándola—. Una docena de otros gobiernos han elevado notas al Senado de que van a presentar sus propias listas de demandas contra los bothans.

—¿O si no?

Leia se encogió de hombros.

—Esa es la amenaza implícita.

Han hizo un ruido rudo en el fondo de la garganta.

—Sabes cuan alta estima tengo yo de los bothans, querida, pero esto se está volviendo ridículo. ¿Supongo que Fey'lya le está pidiendo protección a gritos a Gavrisom?

—No tiene que hacerlo —le contó Leia—. Los diamalas y mon calamari han anunciado que van a enviar naves para defender Bothawui contra cualquier otra agresión.

Han silbó por lo bajo.

—Estás bromeando. ¿Qué tipo de naves?…

—Grandes —dijo Leia—. Cruceros Estelares de los mon cals, algunas naves de guerra clase Nebulosa y Resistencia de los diamalas. Ellos dicen que están protegiendo los derechos de los inocentes. Los otros dicen que sólo son las últimas víctimas de la manipulación bothan.

—Yo votaría por eso —dijo Han—. ¿Ya ha probado Bel Iblis que los bothans estaban detrás de esa engañosa demanda de mediación di'tai'ni?

—Ninguna prueba concreta, pero personalmente no tiene ninguna duda que todo fue una artimaña para mantenerlo y a la fuerza de operaciones a distancia fácil de actuar en Bothawui —dijo Leia, haciendo una mueca—. Entre eso y el sabotaje leresai a los láseres del Escuadrón Pícaro…

—¿Qué, lo han admitido?

—No sólo lo admitieron, estaban orgullosos de ello —dijo Leia—. Consideran que el impedir que los terceros sean lastimados en sus riñas es el más alto honor.

Han resopló.

—Apuesto a que Wedge estaba realmente contento acerca de eso.

—Él y Garm están listos para escupir rayos de bláster —dijo Leia—. Garm le dijo a Gavrisom lisa y llanamente que la Nueva República no va a jugar de pieza menor en los juegos políticos de nadie más.

—Eso suena como una cita directa —dijo Han—. Vamos, date la vuelta un poco. —Sacando el brazo de detrás del cuello de ella, empezó a masajearle los hombros.

—Lo era —dijo Leia, sintiendo sus músculos tensos aflojándose renuentemente bajo la presión de las yemas de los dedos de Han—. Eso se siente bien.

—Que bien… se supone que así debe ser —dijo Han con un toque de humor forzado—. Sabes, molestar a alguien como Bel Iblis no fue algo inteligente por parte de los bothans.

—Estoy segura de que lo saben —convino Leia—. Muestra lo desesperados que se están volviendo.

Sintió el movimiento a los lados cuando Han agitó la cabeza.

—Esto es una locura, Leia. ¿Ni siquiera le importa a nadie que Thrawn esté de vuelta?

—Por supuesto que no —dijo Leia—. La mitad de ellos no cree una palabra de eso… creen que los diamala cocinaron todo para asustar a todo el mundo a que saque a los bothans de la horca. La otra mitad concede que puede ser verdad, pero no ven ninguna forma en que el Imperio pueda posiblemente seguir siendo una amenaza para ellos.

—Entonces son todos unos tontos —gruñó Han—. Thrawn tiene algo en la manga. Apuesto el *Halcón* a que sí.

—Estoy de acuerdo —dijo Leia con un suspiro—. Por otro lado, a estas alturas él no tiene que hacer casi nada en absoluto. La Nueva República está degenerando rápidamente en cien campamentos armados diferentes, todos polarizados por el problema de Caamas.

—¿No pueden los caamasi hacer nada para detenerlo? —preguntó Han—. Ellos no pueden querer esto.

—Por supuesto que no —dijo Leia—. Pero tienes que entender que Caamas se ha vuelto más una excusa que un problema genuino. Todos dicen que tienen los intereses de Caamas y la justicia en el corazón, pero muchos de ellos sólo lo están usando como un grito de batalla mientras saldan viejas cuentas.

—Sí —dijo agriamente Han—. ¿Así que, qué hacemos nosotros?

—Sólo hay una cosa que nosotros podamos hacer —dijo Leia—. Tenemos que quitarles la excusa; y eso significa conseguir los nombres de los bothans que realmente estuvieron involucrados y someterlos a juicio.

Hubo un cambio sutil en las emociones de Han.

—Sí —dijo él—. Bueno… Karrde lo está intentando.

Leia frunció el ceño.

—¿Hablaste con él hoy? Creí que ya se había ido de Coruscant.

—Hasta donde yo sé lo ha hecho —dijo Han—. No, yo sólo pasé la voz entre algunos contrabandistas que conozco de que quiero hablar con Mazzic.

—¿Acerca de qué?

—Sólo quiero averiguar si esta Shada D'ukal realmente trabajaba para él —le contó Han—. Y exactamente por qué se fue.

Leia sonrió.

—No te estarás preocupando por Karrde, ¿no?

—No —protestó Han—. Por supuesto que no. Él puede cuidarse solo.

—Está bien, querido —lo tranquilizó ella, dándole golpecitos en la pierna de nuevo—. A mí también me cae bien.

—Él no me cae exactamente bien —dijo Han, todavía protestando—. Quiero decir, que a veces puede ser un verdadero dolor de cuello.

—También tú, querido —le recordó Leia—. Todavía puedes, dicho sea de paso. Sabes, a veces pienso que Karrde es algo así como lo que habrías sido tú si no te hubieras unido a la Rebelión.

—Quizás —dijo Han—. Excepto por la barba.

—Gracias a la Fuerza por los pequeños favores —dijo secamente Leia—. De cualquier modo, así es cómo pasé mi día. ¿Aparte de charlar con contrabandistas, qué hiciste en el tuyo?

—Estuve pensando, principalmente —dijo él—. Estuve pensando que ya es hora de que nos escapemos por algún tiempo.

—Y es un pensamiento encantador —murmuró Leia—. Pero Gavrisom tendría un ataque si yo intento irme ahora mismo.

—Eso podría hacerlo valer la pena por sí mismo —dijo Han—. No creo que nunca haya visto a Soplador tener un ataque.

Leia sonrió.

—Aprecio la oferta, Han, realmente lo hago. Pero sabes que no podemos.

—Te rindes demasiado fácilmente —la reprobó casualmente—. Te apuesto a que podría arreglar algo.

Leia se apartó del masaje, girándose para fruncirle el ceño. Había habido otro cambio en sus emociones justo entonces…

—Y asumiendo que tome esa apuesta —preguntó ella sospechosamente—, ¿qué más me contarías que hiciste hoy?

Él le mostró una de sus miradas inocentes.

—¿Yo? Oh, no mucho. ¿Tomas la apuesta o no?

—Dímelo, Han —dijo ella, poniendo un ceño algo intimidante—. ¿Adónde nos reservaste un vuelo?

Como siempre, la intimidación rebotó sin efecto perceptible.

—A ninguna parte importante —dijo él, con una sonrisa acechando ahora debajo de toda la inocencia—. Yo sólo pensé que podríamos tomar un pequeño paseo al sector Kanchen. Pakrik Mayor, para ser exacto.

Leia buscó en su memoria. Había oído hablar del sector Kanchen, y vagamente recordaba que Pakrik Mayor era la capital del sector. Pero de qué se trataba.

—¿Qué hay allá afuera que pueda interesarnos? —preguntó.

—Absolutamente nada —le aseguró Han—. Bueno, quiero decir excepto una conferencia anual del sector a la que un oficial de la Nueva República realmente debería asistir. Tú sabes… cortesía diplomática y todo eso.

Ella suspiró.

—¿Y por qué crisis están pasando en la que necesitan que medie?

—Ésa es la belleza de todo esto —dijo él, ahora sonriendo abiertamente—. No hay ninguna. Todo allí afuera es realmente pacífico. Nos sentaremos en algunas reuniones aburridas, y entonces saldremos a la tranquilidad y el relax.

—Asumes que habrá tranquilidad en alguna parte cercana adonde podamos ir.

—La hay —dijo Han—. Pakrik Mayor tiene un planeta gemelo, Pakrik Menor, donde no tienen mas que granjas, algunos recreos, y mucho campo sin desarrollar.

Esto estaba sonando cada vez mejor.

—¿Granjas, dices?

—De fruta y granoalto, principalmente —dijo Han con una inclinación—. Y bosques y montañas y toda la tranquilidad que quieras. Y nadie aquí ni siquiera tiene que saber que nos vamos.

Leia suspiró.

—Excepto Gavrisom —dijo ella, sintiendo una punzada de pesar—. Y él nunca lo aprobará.

La mueca de Han se volvió engreída.

—Claro que sí. El hecho es, que lo llamé esta tarde y preparé todo. Le encanta la idea.

Ella parpadeó.

—¿Le encanta la idea?

—Bueno, quizá no le encanta, exactamente —retrocedió Han—. Pero nos dejará ir, y eso es lo importante. ¿Correcto?

—Correcto —dijo Leia, mirándolo—. ¿Vas a dejar caer el otro guante, o no?

Han se encogió de hombros.

—Él no lo dijo directamente —admitió renuentemente—, pero yo entendí que no le importaría si nosotros dos como que desaparecemos por algún tiempo.

—¿Incluso con Thrawn suelto?

Han hizo una cara.

—Especialmente con Thrawn suelto.

Leia suspiró, envolviendo los brazos alrededor de su cuello. Ella debió haber supuesto que habría algo así detrás de esto. Entre la controversia del tiroteo bothan todavía aferrándose a Han y su propio apoyo a las declaraciones incomprobables de Lando acerca de que vio a Thrawn, los dos de ellos se habían vuelto unas vergüenzas políticas. No era sorprendente que Gavrisom aprovechara la oportunidad de sacarlos del ojo público durante algún tiempo.

—Lo siento, Han —se disculpó ella—. ¿Siempre hago esa pregunta de más, no?

—Está bien, querida —dijo él, apretándola fuerte—. No tenemos que dejarlos quitarle el brillo, sabes. Fue nuestra idea tomar unas vacaciones, no importa lo que piensen que es.

Leia esbozó una estrecha sonrisa.

—No pueden despedirme; renuncio —ella citó el viejo chiste.

—Algo así —dijo él—. De cualquier forma, hablé con Chewie, y no hay ningún problema con dejar a los niños en Kashyyyk un poquito más. Será un tiempo sólo para nosotros dos.

Leia esbozó una estrecha sonrisa contra el cuello de él.

—Sabes, eso es casi exactamente lo que yo me dije a mi misma cuando Gavrisom nos envió a Bothawui —dijo—. Viste lo bien que resultó.

—Bueno, esta vez va a funcionar —dijo Han positivamente—. Ningún bothan, ningún alboroto, nadie que dispare contra nosotros. Garantizado.

—Te tomo la palabra —advirtió ella, apartándose del abrazo para un beso rápido—. ¿Cuándo partimos?

—En cuanto empaques tus cosas —dijo él, apretándole el brazo—. Y date prisa… yo tengo todo empacado desde hace horas.

—Sí señor —dijo Leia, burlándose seriamente, mientras se ponía de pie y se dirigía hacia el dormitorio.

Un tiempo tranquilo y pacífico lejos de los problemas y controversias. Sí, era exactamente lo que ella necesitaba.

Las granjas de granoalto de Pakrik Menor. Apenas podía esperar.

CAPÍTULO 24

Los exploradores habían pasado las últimas veintiocho horas barriendo el sistema; y cuando volvieron trajeron el reporte que el Almirante Pellaeon había estado esperando. Excepto por el mismo *Quimera*, el sistema Pesitiin estaba tan desierto como cualquier región del espacio podía estarlo.

—A primera vista, señor, diría que él rechazó su oferta —dijo el Capitán Ardiff, subiendo junto a Pellaeon a la pasarela de comando del Destructor Estelar.

—Quizás —dijo Pellaeon, mirando a las estrellas por el ventanal—. También es posible que mi itinerario sugerido fuera un poco optimista. El General Bel Iblis puede estar teniendo dificultades para convencer a la jerarquía de la Nueva República de que sería en su beneficio hablar conmigo.

—O si no está teniendo problemas en juntar una fuerza de combate lo suficientemente grande para enfrentar a un Destructor Estelar Imperial —dijo ominosamente Ardiff—. Me parece que esta podría ser una telaraña de rachnid gigante en el medio de la cual estamos poniéndonos cómodos.

—Relájese, Capitán. —Pellaeon tranquilizó al hombre más joven. A pesar de toda su capacidad militar en ciernes, Ardiff tenía una tendencia a dejarse llevar por su propia lengua cuando se sentía nervioso—. Bel Iblis es un hombre de honor. No traicionaría mi invitación de esa forma.

—Creo recordar que una vez, él también fue un hombre de ambición —contrapuso Ardiff—. Y en este momento parece haberse perdido en el enjambre de otros generales y almirantes que infestan el ejército de la Nueva República. Podría ocurrírsele fácilmente a un hombre ambicioso que capturarlo a usted incrementaría dramáticamente su visibilidad.

Pellaeon sonrió.

—Me gustaría creer que después de todos estos años todavía puedo seguir siendo un premio tan valioso —dijo—. Pero difícilmente creo que ese sea el caso.

—Puede ser tan modesto como usted quiera, Almirante —dijo Ardiff, mirando inquieto al cielo iluminado por las estrellas—. Pero ahora mismo usted es prácticamente lo único que mantiene unido al Imperio.

Pellaeon miró fijamente a las estrellas.

—O la única oportunidad que tenemos de supervivencia —agregó en voz baja.

—De cualquier forma que quiera verlo, señor —dijo Ardiff, con una nota de aspereza filtrándose en su voz—. El asunto sigue siendo que el Coronel Vermel salió a entregar su mensaje y nunca regresó. ¿Por qué?

—No lo sé —tuvo que conceder Pellaeon—. ¿Supongo que usted tiene una teoría?

—Sí señor, la misma teoría que he tenido desde antes de que dejáramos Yaga Menor —dijo Ardiff—. Creo que Vermel se enteró de algo, o bien directamente de Bel Iblis o si no oyó por casualidad algo que dijo alguien más. Lo que sea que oyó hizo necesario que Bel Iblis lo encerrase adonde no pueda comunicarse con usted. Por lo que en el mejor de

los casos estamos perdiendo nuestro tiempo, y en el peor estamos metiéndonos en una trampa.

—Todavía es una apuesta que vale la pena, Capitán —dijo Pellaeon en voz baja—. Le daremos a Bel Iblis unos días para presentarse. Después de eso…

—¿Almirante Pellaeon? —llamó el oficial de sensores desde la trinchera de tripulación de estribor—. Se acercan naves, señor. Parecen ser ocho, entrando en el vector uno-seis-cuatro por cincuenta y tres.

Pellaeon sintió a su garganta apretarse.

—¿Identificación? —preguntó, intentando mantener la voz calma.

—Cuatro son cañoneras corellianas —dijo otra voz—. La grande es un crucero de batalla Kaloth… parece que ha sido muy modificado. Tres son botes de asalto clase Pacificadores Telgorns. IDs… inconclusos.

—¿Qué quiere decir «inconclusos»? —demandó Ardiff.

—Sus IDs no corresponden a nada en el registro —dijo el oficial—. Estoy corriendo un chequeo de recubrimiento para ver si puedo descubrirlos.

—Naves enmascaradas —dijo oscuramente Ardiff.

—Los contrabandistas también usan recubrimiento de ID —le recordó Pellaeon—. Al igual que los piratas y algunos grupos mercenarios.

—Ya lo sé, señor —dijo Ardiff—. También sé que hay muy poco en este sistema que cualquiera de esos grupos posiblemente pueda querer.

—Muy cierto —admitió Pellaeon—. Oficial de comunicaciones, transmita nuestra identificación y pida la suya.

—Identificación transmitida —dijo el otro—. Ninguna respuesta.

—Las naves entrantes han cambiado de curso —avisó el oficial de sensores—. Ahora en vector de intercepción con el *Quimera*.

Ardiff siseó tensamente entre dientes.

—Conserve la calma, Capitán —le aconsejó Pellaeon—. Teniente, deme un escaneo de sensores completo de las naves entrantes. Capacidades de armas y marcas en el casco en particular.

—Entendido, señor…

—¡Almirante! —interrumpió otra voz—. Las naves entrantes se han reconfigurado en formación de ataque.

—Creo, Almirante —dijo Ardiff, con voz dura—, que tenemos la respuesta de Bel Iblis.

Pellaeon cerró la mano izquierda en un puño al costado.

—¿Alguna marca en el casco, Teniente? —llamó.

—Ahora está llegando, señor… sí señor, la hay. Las cañoneras llevan la insignia de la Fuerza de Defensa Corelliana. Las otras… la misma, señor.

—Gracias —murmuró Pellaeon. Podía sentir los ojos de Ardiff en él, y el calor del enojo y vindicación amarga del otro—. Capitán, será mejor que prepare el *Quimera* para el combate.

—Sí señor. —Ardiff se volvió a medias hacia la trinchera de tripulación de babor—. Todos los pilotos a sus cazas —ordenó—. Prepárense para el lanzamiento a mi orden. Energicen pantallas deflectoras; energicen y preparen todos los turboláseres.

—Y rayos tractores —agregó en voz baja Pellaeon.

Ardiff le lanzó una mirada confundida.

—¿Señor?

—Podemos querer traer una o más de las naves —explicó Pellaeon—. O algunos de los restos de la batalla.

El labio de Ardiff se crispó.

—Sí señor. Activen todos los rayos tractores.

Pellaeon dio unos pasos más cerca del ventanal delantero, alejándose del zumbido elevado de la actividad de las trincheras de tripulación y el puente de popa. ¿Podría ese de allí afuera ser realmente Bel Iblis, arremetiendo hacia el *Quimera* en completa formación de batalla?

No. Ridículo. Nunca se había encontrado personalmente con Bel Iblis, pero todo lo que había leído alguna vez sobre el hombre indicaba un fuerte sentido del honor y la dignidad. Un hombre así no haría lo que era esencialmente un ataque cobarde y traicionero, no en respuesta a un pedido honesto para parlamentar. Incluso cuando Bel Iblis estaba perdiendo batallas contra el Gran Almirante Thrawn había mantenido esa misma dignidad.

Sus batallas contra Thrawn…

Pellaeon esbozó una estrecha sonrisa. Sí, eso era. Una forma, quizás, de averiguar si ese era realmente Bel Iblis o no liderando esa fuerza de ataque abigarrada allí afuera.

Hubo un movimiento de aire a su lado.

—Es posible que sólo esté siendo cauteloso —dijo Ardiff, con palabras que salían con obvia renuencia—. El solapamiento de escudos que viene de una formación de ataque también la hace útil para la defensa. Y puede no querer simplemente transmitir su identidad hasta que esté más cerca.

Pellaeon miró al capitán joven con sorpresa apacible.

—Me impresiona, Capitán —dijo—. Uno de los atributos más importantes de un buen comandante es la habilidad de pensar más allá de sus propias expectativas.

—Quiero ser justo, señor —dijo tiesamente Ardiff—. Pero no arriesgando su nave. ¿Quiere que lance los TIEs o los Aves de Presa?

—Todavía no —dijo Pellaeon, mirando de vuelta por el ventanal. Las naves entrantes ya eran visibles, manchas diminutas que se hacían más grandes rápidamente—. Sin importar lo que pase, quiero que quede claro que nosotros no hicimos nada para provocar las hostilidades.

Por un largo minuto estuvieron de pie juntos en silencio y esperaron. Las naves entrantes se volvieron más y más grandes…

Y de repente estaban acelerando a poca altura sobre el *Quimera*, rastrillando la superficie superior del Destructor Estelar con una andanada de fuego turboláser. Dieron

la vuelta, dirigiéndose directamente hacia el puente… alguien en una de las trincheras de tripulación detrás de Pellaeon gañó de sorpresa o miedo…

Y entonces se habían ido, separándose en ramas a ambos lados alrededor de la superestructura de comando y buscando la seguridad de la distancia.

Ardiff dejó escapar un resoplido siseante.

—Creo que eso demuestra sus intenciones, Almirante —dijo, su más temprano nerviosismo se había desvanecido en un helado profesionalismo—. Pido permiso para atacar.

—Permiso concedido —dijo Pellaeon—. Pero sólo con turboláseres.

Ardiff le dio una mirada cortante.

—¿Ningún caza?

—Todavía no —le dijo Pellaeon, buscando a los atacantes por el cielo. Probablemente todavía dando la vuelta después de esa zambullida salvaje a popa—. Tengo otra cosa planeada para los Aves de Presa.

Ardiff arrojó una mirada rápida a su alrededor.

—Almirante, lo insto respetuosamente a reconsiderarlo —dijo, con voz apenas lo suficientemente fuerte para que Pellaeon la oyera—. Ese crucero de batalla lleva algún armamento serio. Esta vez pasó demasiado rápido para hacer ningún daño importante, pero no es probable que ese tipo de actitud espantadiza dure. Si nosotros no utilizamos a los cazas para mantenerlos a distancia de armas, sólo estaremos buscándonos problemas.

—Entiendo sus preocupaciones, Capitán —le contó Pellaeon. Los atacantes ahora habían dado la vuelta hasta volver a ser visibles, puntos distantes girando casi lentamente para su segunda pasada—. Pero yo tengo mis razones. Ordene a las baterías turboláser que se preparen.

Pudo ver a la garganta de Ardiff moviéndose, pero el capitán meramente le dio un corto asentimiento con la cabeza.

—Tripulaciones de turboláser: prepárense —ordenó severamente.

—Confíe en mí, Capitán —murmuró Pellaeon, esforzándose por no sonreír cuando su mente de repente retrocedió diez años. Entonces, él había sido el diligente capitán parado en esta misma cubierta, intentando de la forma más diplomática posible hacer ver a su superior la sensatez en el medio de una tensa situación de combate. Él había tenido mucha más experiencia que Ardiff, por supuesto, pero eso meramente había hecho que sus frustraciones corrieran más profundamente mientras se quedaba parado desvalido y miraba como el *Quimera* se metía de lleno en el desastre seguro.

Y sin embargo Thrawn nunca lo había reprendido por su impertinencia o falta de comprensión. Él meramente había continuado serenamente con sus planes, dejando que los resultados hablaran por sí mismos.

Pellaeon sólo podía esperar que los resultados de este plan fueran la mitad de elocuentes.

Los atacantes habían completado su rodeo y se giraron hacia el *Quimera*.

—Aquí vienen —llamó el oficial de sensores—. Parece que esta vez van a pasar cruzados.

—Están preocupados acerca de chocar con la superestructura de comando —comentó Pellaeon—. Eso debe significar que una o más de sus naves casi no pudieron apartarse a tiempo esa última pasada.

—O si no que simplemente quieren variedad —gruñó Ardiff, con frustración burbujeando debajo de sus palabras.

De nuevo los recuerdos aparecieron, y de nuevo Pellaeon reprimió cuidadosamente su sonrisa. Ahora mismo, en el calor del combate, una sonrisa definitivamente no sería algo que Ardiff comprendería.

—Turboláseres listos —dijo—. Fuego a voluntad.

Los atacantes barrieron hacia ellos, con las armas ardiendo. Los turboláseres del *Quimera* contestaron, y por unos segundos el cielo afuera del puente se volvió un espectáculo deslumbrante de fuego verde y rojo.

Y entonces los atacantes se habían ido, arañando de nuevo a la distancia, y el imponente armamento del Destructor Estelar quedó en silencio.

—¿Daños? —pidió Pellaeon.

—Sólo daños menores —vino el reporte de la trinchera de tripulación de estribor—. Tres sistemas de rastreo de turboláseres en el Cuadrante Uno han salido de servicio, y hay algunas mínimas brechas en el casco a lo largo de la cresta delantera. Ya han sido selladas.

—Están intentando incapacitar todos los turboláseres en el Cuadrante Uno — murmuró Ardiff—. Una vez que lo hagan, ese crucero de batalla puede simplemente ponerse a proa y dispararle al casco.

—Esa parece ser su intención —convino Pellaeon—. ¿Daño al enemigo?

—Desconocido, pero probablemente mínimo —reportó el oficial de sensores—. Esa configuración de escudos solapados suya no es fácil de penetrar.

—¿Pero es principalmente de escudos de rayos? —preguntó Pellaeon.

—Sí señor, por lo menos en el crucero de batalla —confirmó el oficial—. Las cañoneras también tienen algún mínimo escudo de partículas.

—No vamos a tener muchas oportunidades de golpearlos con torpedos de protones, si eso es en lo que está pensando —advirtió Ardiff—. De cerca, su velocidad angular es demasiado alta para que los torpedos puedan fijarse; y a una distancia real, tendrán todo el tiempo que necesitan para apuntar y destruirlos.

—Entiendo las tácticas involucradas —dijo suavemente Pellaeon—. Veamos si podemos reescribir un poco el libreto. Coronel Bas, ordene a un escuadrón de Aves de Presa lanzarse a mi comando. Su vector de ataque…

Hizo una pausa, siguiendo a los atacantes con la mirada. Ahora habían alcanzado el punto más lejano de su curva, y estaban empezando a girarse para otra pasada.

—Vector de ataque dos-tres por siete —decidió—. Deben quedarse en ese vector en formación cerrada de desfile hasta que se les ordene lo contrario.

Podía sentir los ojos de Ardiff en él.

—¿Formación de desfile, señor? —repitió el capitán, claramente sin creer sus oídos.

—El solapado de escudos ayudará a protegerlos del fuego enemigo —explicó Pellaeon.

—No lo suficiente —contrapuso Ardiff—. No contra un crucero de batalla Kaloth a corto rango.

—Con algo de suerte, no necesitarán llegar tan cerca —dijo Pellaeon. Al igual que en sus últimas dos pasadas, vio él, los atacantes estaban acercándose en línea recta. Perfecto—. Coronel: lance el escuadrón de cazas.

—Entendido —dijo el Coronel Bas—. Cazas lanzados.

Pellaeon miró de nuevo al ventanal. Unos segundos más tarde los Aves de Presa aparecieron alrededor del borde del casco, un grupo de estelas de motores en formación cerrada disparándose como flechas directamente hacia los atacantes entrantes.

—Preparado racimo de torpedo de protones Número Ocho —llamó—. Que los quince torpedos disparen en secuencia de tres por cinco a lo largo del vector dos-tres por siete.

El zumbido del fondo en el puente de repente pareció vacilar.

—¿Señor? —preguntó vacilantemente el oficial de control de fuego—. Ese es el mismo vector…

—Que el de los Ave de Presa —terminó por él Pellaeon—. Sí Teniente, lo sé. Tiene sus órdenes.

—¡Sí señor!

—Dispare los torpedos sólo a mi orden —continuó Pellaeon, mirando a los Ave de Presa que rayaban hacia los atacantes entrantes. Ya casi—… Coronel Bas, ordene a los Ave de Presa que a mi orden realicen una maniobra de capullo de saggery a toda velocidad. Teniente dispare torpedos de protones.

—Torpedos disparados —confirmó el otro; y desde abajo de la proa del *Quimera* apareció una estrecha columna de estelas de torpedos, cinco grupos de tres torpedos cada uno, yendo directamente hacia las estelas de motores de los ahora distantes Aves de Presa.

Abruptamente Ardiff dio un pequeño resoplido de comprensión.

—Ah. Por supuesto.

—Ciertamente —convino Pellaeon, mirando los torpedos partiendo apretadamente, dolorosamente consciente de la sincronización de fracciones de segundo que hacía falta.

Ya casi…

—Coronel Bas… ahora.

Por un solo agónico latido del corazón no pasó nada. Entonces, con precisión de vuelo de desfile, los Aves de Presa rompieron su formación en racimo. Girándose abruptamente y alejándose de su vector original, formaron una breve estilizada forma de flor saggery mientras se encorvaban alrededor de vuelta hacia el *Quimera*. El fuego de turboláser enemigo que había estado golpeando a sus escudos solapados se separó en respuesta, abriéndose para rastrear a cada uno de los cazas individuales…

Y con una llamarada de luz brillante los tres primeros torpedos de protones rugieron por la indefensa área del centro, abriendo su ardiente camino directamente entre las dos cañoneras de adelante, e impactaron de lleno contra la proa del crucero de batalla.

Incluso a la distancia del *Quimera* la consternación entre las naves atacantes fue inmediatamente perceptible. Inmediatamente perceptible, y absolutamente inútil. Aun mientras las naves juntas intentaban desesperadamente separarse un poco entre sí, el segundo grupo de torpedos golpeó, estallando en una impresionante nube de metal de casco y transpariacero estrellado. El tercer grupo debió haber chocado con pedazos de los restos de esa segunda explosión; los tres torpedos explotaron prematuramente, enviando a una de las cañoneras espiralando violentamente hacia la noche con un casco fracturado.

Para cuando los últimos tres torpedos aplacaron su furia, la batalla había terminado. El crucero de batalla había sido reducido a chatarra, y las otras naves estaban corriendo por sus vidas.

—Brillantemente ejecutado, Almirante —dijo Ardiff, la admiración y turbación se mezclaban en su voz—. Yo, ah, lo siento si soné…

—Lo entiendo, Capitán —le aseguró Pellaeon—. Créalo o no, yo he estado en su lugar.

—Gracias señor. —Ardiff gesticuló hacia la nube resplandeciente de restos ardientes—. ¿Debo enviar un equipo a recuperar algunos de los restos? Podrían poder decirnos quiénes eran.

—Prosiga y envíe un equipo —dijo Pellaeon—. Pero puedo adelantarle que ese no era el General Bel Iblis.

—¿En serio? —dijo Ardiff, con la mirada en Pellaeon mientras hacía en señas su orden a la trinchera de tripulación. Esta vez, sin cuestionarlo, pero honestamente curioso—. ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Primero lo primero —dijo Pellaeon—. Mientras el equipo está recuperando los restos, quiero que corra una grabación de la batalla por el Predictor. ¿Todavía está en línea, no?

—Sí señor —dijo Ardiff, esbozando una estrecha sonrisa de comprensión—. ¿Es por eso que los dejó hacer esa segunda pasada contra nosotros, verdad? Para que el Predictor tuviera suficientes datos que analizar.

—Exactamente —dijo Pellaeon—. No funcionó muy bien para deducir las tácticas de un enemigo dado; veamos si puede funcionar en reversa para deducir al enemigo dadas las tácticas. Si tenemos suerte, puede poder darnos por lo menos un indicio de quién podría preferir este estilo de combate en particular allí afuera.

—¿Y está seguro de que no era Bel Iblis?

Pellaeon miró afuera a la nube resplandeciente.

—¿Alguna vez ha oído hablar de una cuchillada de Ala-A, Capitán?

—No lo creo, señor.

—Es una técnica de batalla de la Nueva República —dijo Pellaeon, volviendo a darse la vuelta para enfrentarlo—. Requiere de una sincronización altamente precisa por lo que

casi nunca es utilizada. Un grupo de cazas estelares, usualmente Ala-X, se dirige directamente hacia la línea de defensa que guarda una nave capital. En los últimos segundos los Ala-X se apartan, virando sobre sí mismos y alejándose.

—Bastante parecido a lo que nuestros Aves de Presa acaban de hacer.

—Exactamente lo que nuestros Aves de Presa acaban de hacer —asintió Pellaeon—. La reacción natural de los defensores, por supuesto, es asumir que los atacantes están intentando una maniobra de flanqueo y virar para seguir y atacar. Pero de lo que no se dan cuenta hasta que es demasiado tarde es que un grupo de Ala-A ha estado volando directamente detrás de los Ala-X, escondidos por los mismos Ala-X y sus estelas de motores. Para cuando detectan esa segunda oleada, ya están demasiado fuera de línea para bloquearlos, y los Ala-A tienen una pasada despejada a través de las naves ahora indefensas.

—Bastante inteligente —dijo Ardiff—. Puedo ver por qué uno no querría usarlo muy a menudo, aunque ciertamente funcionó lo suficientemente bien con torpedos de protones interpretando el papel de los Ala-A. ¿Qué tiene esto que ver con Bel Iblis?

Pellaeon esbozó una estrecha sonrisa.

—Yo estuve en la batalla adonde él la inventó.

Ardiff parpadeó de sorpresa; y entonces también sonrió.

—¿En otras palabras, no es una táctica que lo engañaría?

—No hay ninguna oportunidad en la galaxia —convino Pellaeon—. Pero con esas marcas corellianas, yo diría que alguien se esforzó mucho por hacernos pensar que era él.

Ardiff se puso serio.

—¿Alguien del Imperio?

—O alguien de la Nueva República —dijo Pellaeon—. Sabemos que hay facciones de nuestro lado que no quieren la paz. Me imagino que tienen sus contrapartidas del otro.

—Probablemente —dijo Ardiff—. ¿Entonces qué hacemos ahora?

—Quienquiera que ordenó ese ataque quería que pensáramos que Bel Iblis estaba detrás de él —dijo Pellaeon—. El pequeño tamaño de la fuerza, más la rápida y desvergonzada retirada, implican que realmente no le importaba si realmente infligía algún daño o no. Su propósito, por consiguiente, debe haber sido ahuyentarnos de aquí antes de que Bel Iblis pudiera llegar.

—¿Y entonces nos quedamos?

—Entonces nos quedamos —convino Pellaeon—. Por lo menos por algún tiempo.

—Sí señor. —Ardiff frunció los labios—. Comprende, por supuesto, que nuestro oponente desconocido puede no rendirse tan fácilmente. Podría atacar de nuevo.

Pellaeon se volvió para mirar de nuevo las ruinas ardientes.

—Déjelo intentarlo.

Concluirá